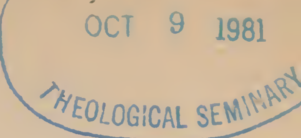
Lamping

Volvimos

Autobiografías de célebres convertidos modernos.

Editorial Guadalupe


LIBRERIA
LA POPULAR
MOSCA Hnos
18 DE JULIO 1574
MONTEVIDEO



VOLVIMOS...

Autobiografías de célebres convertidos modernos

COLECCIONADAS POR EL

P. SEVERINO LAMPING O. F. M.



EDITORIAL GUADALUPE - BUENOS AIRES

Nihil obstat. Villa Calzada, 26 de julio de 1944.
P. Matías Kohlen, S.V.D., Cens. Ecl.

Imprimatur. La Plata, 29 de julio de 1944.
Mons. Dr. Luis A. Borla, Vic. Gen.

Dedicado a la Acción Católica

INTRODUCCIÓN

La Verdad no es creación caprichosa nuestra, sino que se nos presenta como una realidad sin aderezos. Se podrá hacer caso omiso de ella por ignorancia o malevolencia, pero no se podrá suprimir su existencia o mudar su esencia. La verdad saldrá triunfante de cualquier conato de desfigurarla u ofuscarla, aunque tarde siglos en conseguirlo.

¡He aquí la triste fatalidad de la humanidad moderna! Cree, o a lo menos vive como si creyera, que la verdad depende del hombre, y no el hombre de la verdad. ¡En cuántas aulas se yerguen profesores que se creen con derecho de anunciar una nueva visión del mundo! ¡En cuántas tribunas callejeras se alza la voz de un predicador sectario que se cree con vocación de fundador de religiones! ¡Cuántas veces en el pasado y en el presente se han proclamado como principios de vida teorías ajenas a la realidad de la vida! La vida se tornó circunstanciada como el pensar. Se negaban verdades eternas. La autoglorificación humana provocó crisis espirituales cual nunca conoció la historia de sus fastos. Se ha desencadenado una era de tremenda lucha espiritual, una época de búsqueda ansiosa y de tanteo anhelante y deses-

perado de valores y principios eternos, en un mundo, que es juguete de contradicciones y de las más desenfrenadas opiniones humanas. Nunca como hoy han estado desorientados los hombres frente a los problemas de la vida; pero tampoco nunca como en el tremendo caos espiritual de los presentes días ha clamado la humanidad con más imperio por un cambio de destinos.

A través del cuadro difuso del mundo moderno, vuelven a surgir felizmente los claros contornos de las verdades eternas, de aquellas verdades eternas que son la columna del edificio doctrinario de la Iglesia Católica. La Iglesia Católica es el único poder objetivo que ejerce influencia en este mundo. Es ella el fenómeno mayor y más universal de los anales de la humanidad. Su visión del mundo está cimentada en bases eternas. De ahí que se explique, y a nadie debe extrañar, que en los tiempos modernos y novísimos en todas las naciones de mayor nivel cultural, y máxime entre los intelectuales, se haya iniciado un movimiento de retorno hacia el catolicismo. Todos los que en el caos de los tiempos actuales han logrado conservar una visión objetiva, reconocen más y más cada día que una vida racional y humana no se la puede construir sobre opiniones movedizas, sino que debe basarse sobre dogmas inmutables, si es que se desea que la existencia tenga una finalidad siquiera.

Por eso vuelven hoy al seno de la Madre Iglesia, "columna y fundamento de la verdad",

tantos herejes, infieles y descarriados. No hay Iglesia alguna que tenga entre sus miembros tantos y tan notables convertidos como la Católica. Listas interminables se podrían hacer con sólo los nombres de personajes conocidos que en estos últimos años se han hecho católicos. Cierto es que las estadísticas no son un criterio decisivo. Pero si nos hallamos frente al hecho que hombres de otros credos, tras largo y detenido estudio y con los mayores sacrificios personales, se han convertido al catolicismo, significa eso una poderosa apología de la verdad católica.

En Inglaterra son de once a doce mil los que anualmente se pasan a la Iglesia Católica. Desde la muerte del célebre convertido anglicano y luego cardenal de la Santa Iglesia, John Henry Newman, acaecida en 1890, solamente en Inglaterra han vuelto a la Iglesia más de 900 eclesiásticos protestantes. El convertido inglés Burges-Bably ha reunido en un libro la relación acerca de los convertidos del estado clerical. Entre los escritores ingleses está de moda el "catolizar", si se me permite la palabra. El célebre e ingeniosísimo escritor inglés Chesterton llega a afirmar que el hacerse católico no es sino cuestión de una seria reflexión.

En los Estados Unidos llega a cuarenta mil la cifra de los convertidos. En los últimos años han llegado a los cincuenta mil. Según un informe del periódico "The Lamp" (1934, pág. 363), de tres mil convertidos norteamericanos (esos tres mil posiblemente serán una selección entre los de las es-

feras superiores) pasados a la Iglesia en cierto tiempo determinado, 372 eran eclesiásticos protestantes y de ellos 135 se hicieron sacerdotes católicos. De los seglares, 115 eran médicos, 126 abogados, 45 miembros o ex-miembros del congreso, 12 gobernadores o ex-gobernadores, 180 oficiales del ejército y de la armada, 206 escritores, músicos y otras personalidades notables del campo de las ciencias y del arte.

En Alemania asciende de año en año el número de los conversos. Anualmente se convierten de diez a once mil. Algunos de los convertidos alemanes célebres de la actualidad son: el filósofo Teodoro Haecker, el capellán Fashel, el dominico P. Expedito Schmidt, el profesor Dr. Erik Peterson, el Dr. Carlos Thieme, el poeta Godofredo Hasenkamp, la poetisa Gertrudis von Le Fort, la poetisa y artista Rut Schaumann, etc. El Dr. Juan Rost cita una larguísima lista de conversos alemanes de diversos tiempos en su obra: "La Fuerza Cultural del Catolicismo" (edición Paderborn, 1930, páginas 411-418).

Para poder juzgar acerca del poderoso influjo de la verdad católica sobre un individuo convertido se ha de tomar en consideración la vida que llevaba antes de su conversión. Oigamos lo que el doctor Erik Peterson escribía después de la conversión a su amigo Carlos Barth: "Tengo ahora cuarenta años. He renunciado a familia, empleo y posición social. Durante veinte años he estado investigando la teología. Lo que he hecho lo llevé

a cabo bajo el imperio de la conciencia, con el fin de no caer en desgracia ante Dios. A quien me desapruebe le digo que contra su juicio apelaré al tribunal de Dios" (Theologische Blätter 193, n. 2, pág. 60.)

Mencionemos todavía otros convertidos célebres de todo el mundo: el almirante norteamericano Shephard Benson, el escritor irlandés P. John Svensson S. J., célebre por sus libros de "Nonni", la escritora noruega Sigrid Undset, laureada con el premio Nobel, el conde ruso Alejandro Volkonsky, el filósofo ruso Wladimiro Solovjev, el embajador francés Paul Claudel, el escritor Giovanni Papini, el otrora arzobispo cismático Mar Ivanos de la India, el que fué presidente de ministros en China y ahora es benedictino P. Celestino Lou y el almirante japonés Shinjiro Yamamoto.

No se nos escapa que, ante todo en la posguerra, son más los apóstatas de la Iglesia que los convertidos a ella. El racionalismo y el materialismo, las conmociones de la guerra mundial, la miseria social de las masas, la propaganda satánica del socialismo y del comunismo contra la Iglesia, he aquí otros tantos factores de este movimiento de apostasías. Pero no es esto un argumento contra la verdad de la Iglesia. Porque, en primer término, aun en este movimiento subversivo la Iglesia ha ostentado la magnitud de sus poderes defensivos. El "Manual Eclesiástico" (Bachen-Colonia, 1933-34, pág. 283), dice: "Mientras la población católica de Alemania con respecto

a la protestante guarda la proporción de 1 : 2, el número de apostasías católicas está sólo en la proporción de 1 : 7 en comparación con las protestantes." En segundo lugar, una apostasía de la Iglesia, en la mayoría de los casos, no encuentra en su camino ni de lejos tantas dificultades como una conversión a ella. Es muy problemático que la mayoría de los que han sido infieles a la Iglesia hayan tenido siquiera una idea de la esencia del cristianismo y de la Iglesia. Y es notable que, mudadas las circunstancias, miles de apóstatas se hayan reconciliado con la Iglesia, como sucedió, por ejemplo, en Viena, donde veinte mil volvieron a la verdadera fe en el lapso de tres meses; o en la parroquia de San Galo, de Francfort del Meno, donde abjuraron la herejía dos mil en un año. Esto demuestra que la apostasía de aquellos hombres no había sido un acto de seria reflexión.

Pero, no sólo entre los proletarios exasperados, sino hasta entre los laicos instruídos es precisamente la más supina ignorancia una de las causas de la apostasía. Es vergonzoso tener que comprobar que hay europeos que tienen más cabal conocimiento del budismo que del catolicismo, con ser éste el creador de la armónica y superior cultura del Occidente. Agréguese a esto que los hombres aman las ilusiones en lo referente al espíritu de sacrificio. Si en los tiempos modernos se habla de "noble humanidad" y de "cristianismo adecuado" y de "religiones igualmente buenas", no son éstas sino expresiones de un egoísmo cómodo y que dista mucho de

ser un anhelo leal de conocer a Dios. Tan lejos está la Iglesia Católica de ser "una entre las demás confesiones", cuanto lo está Jesucristo de ser "uno entre los demás fundadores de religiones". Aquella frase huera: "Soy cristiano pero no clerical" no es sino una cobarde y vil excusa ante la inobservancia de las leyes de la religión cristiana. Y aquéllos que en pleno siglo XX aun osan declararse "paganos" y niegan un Dios personal, son un baldón para los mismos paganos de la antigüedad. Sigrid Undset, la gran poetisa noruega, en su libro: "Encuentros y Separaciones", pone de relieve la diferencia entre el paganismo antiguo y el neopaganismo. "La antigüedad pagana", dice en su lenguaje inimitable, "fué una poesía amorosa a Dios que se mantenía oculto, fué una tentativa de acercarse mediante halagos a lo divino cuya proximidad se sospechaba; el neopaganismo, en cambio, es una declaración de guerra a un Dios que se ha manifestado".

Para menoscabar la grandeza de la Iglesia se habla muchas veces de las "maquinaciones de Roma", del "poderío de la Iglesia", como si así se explicase el perenne milagro de la Iglesia. ¿Mediante qué poderes y maquinaciones se han llegado a convertir ocho millones de paganos al catolicismo durante el reinado de Pío XI o bien, todos los convertidos de que nos habla este libro? Para todo hombre libre de prejuicios la Iglesia es y será una revelación del poder y de la bondad de Dios en la historia del mundo.

Los que con infantil ingenuidad hablan de la "extravagancia" del cristianismo no son los que han estudiado la historia, sino aquéllos que se alimentan de prevenciones y prejuicios. No saben ellos que es imposible que se piense y se diga la palabra "cultura" sin que a la vez se piense y se hable de la Iglesia Católica. El gran católico alemán José Görres les dice muy bien a la gente de esta laya: "Doquiera socavéis la tierra, sea aquí o en otra parte, sea ahora sea en la historia de los tiempos pasados, siempre brotará pujante el agua católica primitiva de la antigua roca. Arriba está la cumbre granítica, y abajo forma los más profundos estratos y todas las ulteriores formaciones. La unidad católica la encontraréis a cada paso. Cuantas veces se ha tratado de uniformarla y de colocarla entre el número de las demás confesiones, la Iglesia Católica siempre se ha opuesto, y siempre, en nombre de la Verdad, cuyo sello ostenta su frente, se ha sentado en el solio que le corresponde sobre las demás. ¡Volved a ella! ¡Reconoced en ella la base sólida donde podéis poner el pie confiados, siempre que andéis de acuerdo con su doctrina!" (Kirche und Staat, Weissenburg de S., 1842, página 220.)

¿No es notable que Julio Langbehn, el "Rembrandt alemán", el preconizador del hombre nórdico, se hiciese católico? Nadie más nórdico que él en sus sentimientos, y a pesar de ello escribe que mediante la fe católica su vida se ha desarrollado como una flor.

Se podría objetar: "Si la fe católica es tan evidente, ¿cómo es que no se convierte a ella mayor número de adeptos de otras religiones?" Contestaré: Porque son muy densos los prejuicios contra el catolicismo. Quien conozca, aunque sea someramente, el ambiente de los convertidos y quien tenga trato con personas de otros credos, no ignora cuánta ignorancia reina en estas esferas acerca de las doctrinas de nuestra fe. Parece increíble que circulen ciertas fábulas prosaicas, y burdas hablillas y que se les preste crédito. Ilustra bien este aspecto el sacerdote norteamericano Ambrosio Reger, O. S. B., en su excelente libro: "Alias oves habeo" (Pustet, New York y Cincinati, 1928, pág. 122-153), en el capítulo: "Intolerancia e ignorancia, intolerancia y malicia", en el cual narra experiencias propias. Lo que allí se dice de los Estados Unidos tiene aplicación también en otros países. Tales historietas corrientes son muy divertidas, pero involuntariamente el lector se hace la pregunta: "¿Por qué existe aún entre los no católicos el principio: "libros católicos no hay que leerlos?" Casi la totalidad de los convertidos ha tenido que demoler una muralla de prejuicios hasta alcanzar la verdad. El "Rembrandt alemán" dijo en cierta ocasión: "Tengo la certeza que nueve décimos de los protestantes e infieles que valen realmente algo, se harían católicos de inmediato, si conociesen la esencia del catolicismo."

El segundo impedimento para la conversión es el mal ejemplo de católicos tibios e indiferentes.

Son contados los hombres que saben distinguir entre una persona y una causa y no es de extrañar que los no católicos saquen las falsas consecuencias de la vida nada ejemplar de algunos católicos y que apliquen a la religión lo malo que observan en los individuos. ¡Cuántos católicos hay que tienen el valor de proclamarse cristianos, pero que no tienen ánimo de serlo en la práctica!

En las páginas de este libro veremos, pues, la evolución religiosa de un número de convertidos de todas las partes del mundo. Algunos de ellos son convertidos en el sentido amplio de la palabra, es decir, católicos que descarriados han regresado luego a la fe de su niñez. Los hombres que nos hablan a través de estas páginas no son ni ignorantes ni sentimentales. Casi todos ellos, sólo tras larga resistencia, han consentido en describir el proceso de su propia conversión. Se han decidido a hacerlo para cantar las misericordias del Señor y para ayudar a otras almas que se hallan en situación similar a la atravesada por ellos. ¡Desde estas páginas llegue a ellos nuestra más sincera gratitud! "Bueno es guardar el secreto del rey", dice la Sagrada Escritura, "pero pregonar las obras de Dios es honroso" (Tob. XII, 7). Naturalmente, era imposible insertar en esta colección de autobiografías muchos otros informes que habrían sido de interés, a no dudarlo, porque con muchos conversos no había posibilidad de comunicarse, otros se negaban a escribir y por fin, este volumen no tenía cabida para más. En vista de estas razones se

ha prescindido de antemano de algunas naciones. De ahí que sería vano decir: se ha omitido a éste o a aquél. Y hemos de agregar todavía que en el tiempo de la edición de este libro vivían aún todos los colaboradores, excepción hecha de Knute Rockne, muerto a poco de su conversión, en un accidente de aviación. Y nadie que tenga sentimientos cristianos extrañará que se haya incluído en la obra el autorretrato de conversos de diversas razas. El gran Apóstol de los Gentiles escribe en su epístola a los gálatas: "Por la fe en Jesucristo sois todos hijos de Dios; porque todos vosotros, que estáis bautizados en Cristo, estáis revestidos de Cristo. Y ya no hay distinción de judío ni griego, ni de siervo y libre, ni tampoco de hombre y mujer. Porque todos vosotros sois una cosa en Jesucristo (Gálatas III, 26).

Empezando por la "Apologia pro vita sua" (Londres, 1865), del célebre converso Dr. Newman, hasta la publicación de "My Long Way Home" del hombre de finanzas estadounidense John Moody (The Macmillan Co., New York 1933), existe en casi todos los países una infinidad de publicaciones de convertidos o acerca de ellos. Citemos sólo algunos de los diarios, revistas y libros, como ser, el "Osservatore Romano", órgano semioficial del Vaticano; los diarios "El Debate" y "El Siglo Futuro", de Madrid; la colección alemana de D. A. Rosenthal: "Konvertitenbilder aus dem 19 Jahrhundert" (Mainz-Ratisbona, eds. 1889, 1892, 1903); el reciente libro de C. Adrian-Verburg: "Ihre Wege

nach Rom" (Schönnigh-Paderborn); la revista "Die Friedensstadt" (Padeborn); el periódico "Der Eucharistische Völkerbund" (Viena); la colección francesa: "Les Témoins du Renouveau Catholique" y "Le Témoignage des Apostats" (ambas de París); los periódicos holandeses "Het Schild's" Hertogenbosch) y "Apologetisch leven" (Driebergen); el semanario nórdico "Nordisk Udeblad" (Copenhague); el periódico "Schönere Zukunft" (Viena); el diario inglés "The Universe" (Londres); los periódicos norteamericanos "The Commonveal" (New York) y "The Lamp" (Peekskill N. Y.); el boletín del arzobispado de Agram (Yugoeslavia) "Katolicki List", etc. En 1924 apareció en Nueva York una colección de autoestampas de conversos judíos, titulada "Why Jews become Catholics". En Londres apareció en 1923 un libro parecido al anterior: "Conversions to the Catholic Church", de M. Leahay (Cats Co., Washbourne, London 1933). Un libro como éste, en que conversos de todo el mundo describen la ruta de su propia vida, no nos es conocido.

Las siguientes exposiciones no han sido alteradas y cuando se trataba de informes escritos en lengua extraña, se los ha traducido lo más fielmente posible. Téngase, pues, consideración para con los traductores, ya que su fin principal no ha sido presentar una joya literaria. Ni se espere de ellos una ampliación psicológica de los autorretratos. El ensayo de una interpretación psicológica de las múltiples causas impulsivas de las diferen-

tes conversiones se lo dejamos a los psicólogos. ¡En este libro hablarán solamente sus propios autores! ¡Y mil gracias a todos cuantos han colaborado conmigo en esta obra mediante el envío de direcciones, o con traducciones o de algún otro modo!

Por supuesto que los breves informes no pretenden explicar a perfección y por menor los fenómenos sobrenaturales que llamamos conversiones, ya que más bien se refieren a los sucesos externos que a la evolución interna. Una conversión es algo más que una conclusión lógica, es un misterioso efecto de la gracia divina. No afirmamos que los conversos de este libro hayan juzgado siempre rectamente sus móviles y maneras de obrar, porque fácilmente se alteran y se aprecian de otro modo los sucesos pasados vistos desde un punto de observación nuevo. No decimos con eso que los informes dejan de ser verdaderos o menos ciertos. Pero sin duda el lector encontrará muchas cosas más simples de lo que lo fueron en la realidad de la vida de esos hombres.

A veces los tonos y expresiones agudos parecerán como una condena de otros sistemas religiosos. Pero, con rechazar otras doctrinas no se pronuncia ni remotamente la sentencia condenatoria contra los creyentes de otras confesiones. La celebérrima frase de S. Cipriano: "Extra ecclesiam nulla salus" no significa que los católicos creemos que todos los que no son de nuestra fe se condenan. Sólo

quiere decir que el Cristo siempre vivo, la Santa Iglesia Católica, con sus doctrinas de fe y sus medios de gracia es el camino dispuesto por Dios para la salvación. Una persona no católica, que no conoce la Iglesia y que de buena fe cumple sus obligaciones religiosas, pertenece, si no externa, al menos internamente a la Iglesia verdadera y hasta participa en cierta manera del tesoro de sus gracias, por las cuales puede salvarse. No se entienda, pues, mal la expresión que llama a la Iglesia "único medio de salvación". Hay muchos no-católicos que a los ojos de Dios valen mucho más que tantos católicos. Por eso la Iglesia recibe en su seno a los no-católicos no como pecadores arrepentidos, sino como hijos descarriados que han vuelto a la casa paterna. Las encíclicas de Pío IX (1854 y 63) y la carta de León XIII "Longinqua Oceani" (1895) a los obispos americanos demuestran con cuánta solicitud y cariño piensa la Iglesia Católica en sus hermanos y hermanas separados.

Nadie siente tan dolorosamente como el católico la tragedia del cisma occidental. Hasta el mismo Adolfo von Harnack, uno de los teólogos más notables de los tiempos modernos, escribe en cierta ocasión: "Creo que podré decirlo: el católico serio siente más vivamente la bendición de una gran comunidad cristiana, siente más dolorosamente la división de la cristiandad, siente más conscientemente el deber que incumbe a todos los fieles, que nosotros los protestantes" (Reden und Aufsätze, II, 2 Giessen, 1906, pág. 252.)

¡Ojalá este libro resuene como un llamado y suscite en todos los queridos hermanos y hermanas de la separación un vivo anhelo por la santa Madre, la Iglesia! En verdad, la Iglesia Católica es la madre de todos los pueblos y más se goza en ostentar el título de su maternidad que no la palma de heroína invicta. Está erguida sobre la roca no sólo para luchar y defenderse, sino para que su obra de bien, de custodia, de salvación y de felicidad dure para siempre.

Que este libro aumente en todos los católicos, sobre todo en la juventud católica, que tiene fija su mirada extática y llena de admiración en el Santo Grial de la Iglesia, la confianza en el triunfo de la misma; que aumente y fortalezca el amor a los hermanos y hermanas que viven lejos del redil. Existían en la antigüedad siete monumentos, obras de arte que conocemos con el nombre de las siete maravillas del mundo. ¡Hoy ya no son sino polvo y ceniza! El que hoy en día quiera ver una maravilla del mundo que ha suscitado la admiración de los siglos por su grandeza y extensión, por su belleza intrínseca y su indestructible duración, que dirija sus miradas a la Iglesia Católica. Existe una sola maravilla del mundo y es la Iglesia. Una, Santa, Católica y Apostólica. ¡Su fe es nuestra fe! ¡Su triunfo es nuestro triunfo!

ESPAÑA

1. DESENGAÑOS DEL COMUNISMO

DON ENRIQUE MATORRAS

Nacido de familia obrera (mi padre era cartero y mi madre hija de campesinos), me vi obligado a trabajar desde mi niñez. Cuando a los once años abandoné el internado, me coloqué de vendedor de diarios y billetes de lotería en el "Café Oriente" de la calle Atocha, Madrid.

Al empezar mi vida de trabajo poseía una cultura superior a las de los niños obreros de mi edad. Mi educación, que debo a los Hermanos de La Salle, me había provisto de una buena formación elemental. Unido a una buena dirección cristiana habría sido una bendición para mí; pero como ésta me faltó, fué para mi daño. La labor diaria era dura. Desde las ocho de la mañana hasta las once de la noche estaba expuesto a las inclemencias del tiempo y obligado a vocear las revistas y diarios.

Sensible como era, despertaba esto en mí un gran descontento. Comparaba mi vida con la de los otros jóvenes que pasando a mi lado iban a la Facultad de Medicina, y mi razón se rebelaba contra eso que calificaba de injusticia. Este pensamiento despertó en mí el deseo de una formación mejor, por un saber más amplio, por la posibilidad

de emprender estudios superiores, al igual de aquellos jóvenes.

Desde aquel instante me entregué intensamente a la lectura. Leía todo, diarios, novelas y cuanto me venía a las manos. Es natural que una lectura tal no me era de provecho, y uno de sus efectos más inmediatos fué la pérdida de la fe, la cual, como creía, me hacía esclavo de la injusticia social.

Los años pasaban entre constantes esfuerzos de participar en conferencias de toda clase, de devorar todos los libros posibles y de asistir a toda reunión donde hubiese algo nuevo que descubrir. El resultado final fué un alborotamiento completo del mundo de mis ideas. Hacia el mismo tiempo empezaron en España las revueltas políticas que precedieron a la caída del dictador Primo de Rivera, y este movimiento acrecentó aún más mi inquietud. Por aquel entonces trabajaba en varios puestos. Pero, a decir verdad, consagraba más interés a la política que a mi trabajo, a pesar de que estudiaba teneduría de libros y otros ramos comerciales. Cuando finalmente estalló la revolución, en Diciembre de 1930, decidí enrolarme en las filas comunistas. Ya durante el otoño pasado me había puesto en contacto con un grupo de revolucionarios que editaban un semanario llamado "Rebelión". Esta revista, aunque no predicaba abiertamente el marxismo, sustentaba una tendencia marcadamente materialista. Yo era uno de sus colaboradores entusiastas y particularmente proporcionaba artículos contra la religión y la Iglesia.

Mi entrada oficial en el partido comunista tuvo lugar en diciembre de 1930. Después de haber pertenecido durante unos días a una "célula", la autoridad superior me nombró miembro del comité madrileño de la juventud comunista. No necesito declarar que desde entonces mis lecturas favoritas fueron las obras de Marx, Engels, Lenin, Bucharin, Stalin, etc. Con todo ardor me entregué a la tarea de organización. En abril de 1931 se proclamó la república y pronto la organización de la juventud dió a la publicidad su periódico, "Juventud Roja". Yo fuí nombrado su administrador y miembro de colaboración. Fuera de esto desarrollaba una febril actividad a la cabeza del comité madrileño.

No quisiera extenderme aquí sobre todas las acciones revolucionarias que en aquel tiempo hicieron surgir rápidamente el comunismo español. Tratando de constituir una "célula" en un cuartel, fuí detenido y sometido a un tribunal militar. La detención, que aproveché para descansar, estudiar y reflexionar, no consiguió sino fortalecer mi ideología revolucionaria. La cárcel me fué casa, escuela, santuario, todo. Seis meses estuve recluído allí. Al abandonarla ya estaba en curso el órgano central del partido, el "Mundo Obrero". Fuí nombrado redactor de él, pero lo fuí por poco tiempo, pues el 22 de enero de 1932 fué prohibida la hoja por el gobierno, a causa de su propaganda revolucionaria, y así dejó de aparecer.

Enfermó entonces Etelvino Vega, hasta el momento secretario del comité central de la juventud

comunista. Para eludir su detención y restablecer su salud, fué enviado a un sanatorio de Rusia. Con esta ocasión fuí nombrado yo para ocupar su puesto de secretario general.

Puedo decir que al ponerme a la cabeza de toda la organización de la juventud comunista de España también asumí la responsabilidad de todo el movimiento. Pero a medida que intensificaba mi actividad, empecé también a experimentar las más crueles desilusiones. La vida privada de los funcionarios, de los agentes de la tercera internacional y de las esferas superiores del comunismo me desencantaba. Con mis propios ojos pude comprobar que les interesaba bien poco la libertad del proletariado y los derechos de la clase obrera. No les importaba más que su propio provecho. Permanecí, empero, fiel a la teoría, pues me decía que los errores y flaquezas que observaba eran humanos y que en cambio la idea, el marxismo en sí, quedaba puro e incólume.

Para olvidar mi desengaño, me entregué con tenacidad y entusiasmo a la difícil organización. Este celo me llevó varias veces a la cárcel y me trajo mil peripecias y privaciones como ser, hambre, incensantes viajes por todos los caminos de España, de un extremo al otro, continua intranquilidad y un trabajo abrumador. Todo lo soportaba con fe y entusiasmo. Estaba firmemente convencido que el proletariado habría de vencer por medio de la revolución y que entonces se remediarían todos los males de la sociedad. Trabajaba sin interrup-

ción. Posiblemente no había en toda España una publicación comunista en que no firmase un artículo. En las reuniones mis discursos levantaban oleadas de odio.

Pero mi alma joven e impetuosa necesitaba algo más grande. Ardía en deseos de luchar por una causa noble, de conquistar un excelso ideal. Pero todo cuanto me rodeaba entonces era demasiado bajo. Y así empezó en mi corazón una crisis moral que a menudo me llevaba a un estado de negro pesimismo. Busqué el aturdimiento allí donde esperaba encontrarlo, en la mujer. Trabé relaciones con una compañera comunista y tuve la gran dicha de encontrar en ella un alma capaz de comprenderme. Tuvimos una hijita. Pero, tampoco eso me satisfacía. Mi corazón enfermo buscaba otra cosa, más espiritual, más sublime que todo esto.

Volví a caer en mi crisis espiritual y volví a hundirme en aquel estado que me hacía indiferente a todo. Bajo el pretexto de estar fatigado, cedí en mi fervor por el comunismo. Busqué entonces el remedio en el placer y me entregué a él sin medida. El resultado siempre el mismo: mayor el vacío del corazón, más oscura la noche del alma. Temí volverme loco. Todo cuanto había amado en la vida, todo cuanto me había preocupado y entusiasmado, todo, absolutamente todo fracasaba.

Había esperado que el materialismo histórico resolvería el problema social. Ahora veía claramente que era incapaz para ello. Lo que había en-

gendrado era una sociedad desintegrada, plagada de los mismos crímenes y errores que precisamente debía combatir y eliminar. Ahí estaba a sus anchas la esfera capitalista que, pensando en su sola ventaja, se desentendía en absoluto del problema social y que concedía alivios al obrero sólo cuando éste lo exigía por la fuerza. Ahí estaba el Estado, instrumento servil de los intereses de esa clase egoísta.

Tampoco el amor de mi mujer y de mi hija, en el cual me había arrojado como en un lago estancado, fuerte y leal como era, no lograba llenar lo íntimo de mi alma. Y aunque era bello el amor... el desesperante abismo de mi alma no cerraba sus fauces. Momentos había en que juzgaba que no valía la pena sobrellevar una vida tan inútil y que sería mejor terminar de una vez con ella, para quedar libre de aquellos tormentos.

Entregado a mis pensamientos, paseaba un día por un parque de Madrid, cuando me encontré con un antiguo conocido, no recuerdo si de mis tiempos de colegio o de vendedor de diarios. Conversando con él, llegué a saber que se había hecho espiritista y fuí invitado a una sesión. El espiritismo siempre me había parecido muy ridículo, pero para pasar el rato acepté la invitación. Como lo esperaba, no vi nada extraordinario, sino cosas grotescas que me movían a risa. Pero me entregaron un folleto de Allan Cardec, con un resumen de sus teorías, que no me eran desconocidas. En él se hablaba de "Dios". Esta sola palabra despertó en mí una infi-

nidad de recuerdos... La escuela, la iglesia, las filas de los alumnos camino a la misa del Domingo..., la primera comunión... Con estos recuerdos pasé las últimas horas de la noche y el efecto fué que a la mañana siguiente fuí a una librería de viejo para buscar una Biblia, porque deseaba releer algunos pasajes. Francamente, lo hacía más por curiosidad que por otro motivo, y no tenía ni la más remota sospecha que podría ser aquél el primer impulso hacia mi conversión.

Me compré la Biblia y empecé a leer. Muy pronto di en el Evangelio con un pasaje sobre la justicia social. Lo leí con avidez, y a medida que adelantaba en la lectura se me abrían nuevos horizontes, hasta entonces ignorados. Seguí inquiriendo, y llegué a pensar que tal vez la religión cristiana podría darme la solución de mis problemas. Pero era un asunto muy delicado para mí. Estaba unido a una mujer comunista, hija de uno de los dirigentes del partido en toda España. La amaba sinceramente. Además, teníamos una hijita que alimentar y educar. Todo esto ponía estorbos insuperables en el camino de mi gran conflicto. Tuve una idea: consultar a un sacerdote. Pero, ¿a quién? Dudaba que hubiese alguno capaz de comprenderme. Temía que no se tomara interés en mi asunto y que en vez de contestaciones concretas recibiría evasivas. A pesar de todo, me decidí. Sabía que en la iglesia parroquial de las Santas Isabel y Teresa, donde había sido bautizado y había hecho la primera comunión, todavía estaba el mismo sacerdote que me había

preparado a recibir por primera vez los santos sacramentos. Iría a verle.

La entrevista fué el principio del fin. El sacerdote manifestó clara comprensión de mi situación, prometió dirigir mis pasos y me infundió ánimo. Él estaba plenamente convencido que el Señor no desoiría sus plegarias. Elaboramos el horario: todas las tardes, a una hora determinada, me presentaba en la sacristía de la iglesia parroquial para conversar sobre temas religiosos. De este modo poco a poco fueron vencidas mis dudas acerca de la revelación. Nuestras entrevistas fueron tan fructuosas que a los pocos días la fe había vuelto a echar brotes en mi corazón, y estaba resuelto a poner en orden todos los asuntos de mi espíritu. Esta transformación de mi alma, antes tan fría y estéril, y ahora tan cálida y generosa, me llenaba de gozo. Mi director espiritual me dió entonces el consejo de indagar con tino sobre la actitud de mi mujer y su posición con respecto a nuestros planes. Me recomendó también rezar con todo fervor a Jesús crucificado, para que mis dificultades se resolviesen. Hícelo así; y apenas tanteado el terreno, ya conseguí que mi compañera viniese conmigo a la iglesia y participase en las instrucciones religiosas.

Todo fué bien y todas las dificultades quedaron vencidas, tanto, que ya no había impedimento para que nos casáramos por la Iglesia. Aun ahora rehusaba dar mi conformidad para con las injusticias sociales y buscaba un camino que estuviese conforme con la religión y por el que se pudiese pro-

teger los derechos del oprimido contra la explotación del poderoso. También este asunto se lo propuse a mi director espiritual, quien acertó a dar cumplida satisfacción a mis inquietudes. En la doctrina social de la Iglesia encontré el venero donde pude apagar mi sed y calmar mis anhelos por la liberación del oprimido. Veía claramente cómo la doctrina de la Iglesia juzgaba severamente y lanzaba sus más terribles anatemas contra esa explotación del obrero.

Ya todo fué fácil. También mi compañera se convirtió, y asintió al matrimonio. El 11 de mayo de 1934 fué bendecido nuestro enlace y el mismo día fué bautizada nuestra hijita, de trece meses.

El aspecto moral de las cosas estaba aclarado y arreglado. Faltaba que tuviese ocasión de dedicarme al trabajo activo en mi nuevo campo. En efecto, consagré todas mis energías al sindicato católico. Ya el 16 de aquel mayo feliz de 1934 publiqué en la prensa una aclaración donde desechaba mis pasados errores e invitaba a mis correligionarios de otrora a seguir mi ejemplo. Al mismo tiempo anunciaba mi ingreso activo en las filas del movimiento católico de obreros. Asociéme efectivamente a esta corriente gremial y cuanto más tiempo transcurre, más entusiasmo siento por la causa y más firme se vuelve mi convicción de que éste es el único camino de salvación para la humanidad y para la clase obrera.

Cuando pienso en aquel mi tempestuoso pasado, en las masas obreras que viven separadas de la

vida; y cuando contemplo el suelo de mi patria inundado de sangre a causa de aquellas ideas que también yo un día sostuviera, se me llena el alma de pesar y compasión, porque la mayoría de estos obreros a quienes el odio marxista arrastra a crímenes y matanzas, son pobres seducidos. En el fondo son gente buena. Además, sus exigencias están en parte justificadas por la justicia social. No olvidemos esto. Su existencia miserable, ocasionada, cuando no impuesta abusivamente por las clases superiores, los lleva a actos de desesperación cuyas primeras víctimas son ellos mismos. A la vista de esta trágica situación, de esta conmovedora tragedia social, cabe preguntar si acaso la más responsable de todo no es la esfera social superior, porque no ha cumplido su deber, porque ha abusado de la propiedad como instrumento absoluto y ciego para someter y subyugar a los débiles.

¡Esta es la verdad! Y a esta verdad los católicos tienen que hacerle frente con todo valor. ¡No pueden retirarse a cada choque que amenaza! Nosotros que conocemos la situación, también estamos obligados a luchar para dominarla. A nosotros, que tenemos la dicha de conocer en toda su pureza la doctrina de Cristo, nos incumbe levantar la voz, sin contemplaciones a las resistencias, a los prejuicios y aun a las persecuciones. Debemos levantar la voz, debemos condenar la injusticia, debemos infundir respeto por la dignidad del obrero.

2. DIOS Y MI PATRIA

DON RAMIRO DE MAEZTU

Creo que propiamente no me puedo llamar convertido, porque nunca llegaron a romperse del todo los lazos que me unían a la Iglesia. Verdad es, empero, que con los primeros desconciertos y confusiones de la juventud aparecieron también en mi alma las primeras dudas y que durante varios años no pensé siquiera en buscar una persona que me las pudiese disipar. En efecto, preguntábame yo por qué Dios había creado al demonio; y no podía dar con una respuesta satisfactoria. A no dudarlo, mucho contribuyeron también a mi actitud las siguientes circunstancias. Había consagrado casi entera y exclusivamente mi vida de escritor al problema de mi patria española, que desde las cumbres del poderío y de la gloria había caído en tan profunda postración, sin que hasta el presente se conociesen bien las causas de esta fluctuación de destinos. De ahí que sostuviese entonces, y con leves variantes lo hago aún hoy, que los españoles de los siglos XVI y XVII habían sacrificado por la gloria de Dios y de la Iglesia los intereses inmediatos de la patria. Aunque esta realidad fácilmente hubiera podido ser el punto crítico de un

conflicto entre religión y patriotismo, será difícil que entre los miles de artículos que en el transcurso de cuarenta años he publicado en los periódicos, se encuentre una palabra siquiera que vaya dirigida contra las doctrinas de la Iglesia. Al contrario, en todos los períodos de mi vida he defendido, al menos incidentalmente, los sentimientos e ideas cristianos. Me acuerdo de un artículo que publiqué en 1901. Como incontables veces durante el siglo XIX, un helado viento de anticlericalismo soplaba por los ambientes literarios de Madrid. Varios sucesos contribuyeron en aquellos días al éxito clamoroso de "Electra", drama impío de nuestro gran novelista Galdós. Contábame yo entre los jóvenes literatos que asaltaron el escenario del "Teatro Español" para aclamar al autor. Pero, para demostrar que mi aplauso no nacía del anticlericalismo, sino de la sola admiración literaria por Galdós, publiqué en aquella semana un artículo en el cual defendía y alababa el proceder de aquellas jóvenes que prefieren la vida religiosa a la del mundo, tesis que opugnaba a la sostenida por Galdós en su drama.

Si los vínculos que me unían a la Iglesia nunca se disolvieron del todo, se lo debo al influjo benéfico de tres personas. Es la primera D. Emeterio de Abechuco, párroco de San Miguel, de Vitoria, donde fuí bautizado. Este sacerdote me había preparado esmeradamente a la primera comunión. Todas las tardes había tenido que presentarme en su casa para recibir una instrucción prolija del

catecismo. Entre mis recuerdos conservo la imagen de D. Emeterio, aquel gran amigo de hombres y libros, de figura seca, huesuda, ascética, como la encarnación de la bondad y hombría.

La segunda persona bendita fué una criada guipuzcoana, Magdalena Echevarría. Durante cuarenta años sirvió en nuestra casa y la venerábamos como a una segunda madre. Lo notable en ella era que sin que supiese leer ni escribir, y aun sin saber correctamente la lengua castellana, poseyese una extremada perspicacia en cuestiones morales. Su gran preocupación era el honor de la familia. Aunque ahora comprendo que aquella su penetración moral era debida a su intensa vida espiritual, nosotros los niños siempre la habíamos considerado como una santa o un ser superior. Era viva imagen de la resignación.

La tercera persona fué Don Manuel de Zurutuza, mi amigo de la más temprana juventud. Admiraba en él una inteligencia superior y una caballerosidad cristiana sin tacha. Fué él el primer hombre que me mostró la posibilidad de una coexistencia de razón y fe.

Debo advertir aquí, que al fin del siglo pasado había echado raíces en el norte de España el ridículo prejuicio que una persona instruída no podía ser religiosa y que la piedad no podía compaginarse con la intelectualidad. Creo que el recuerdo de aquellas tres personas tan queridas y tan profundamente creyentes habría bastado para

preservarme de la tentación materialista de negar la existencia del espíritu.

Pero permanecí alejado de la Iglesia, porque era incapaz de justipreciar los remedios que ella poseía para los males de mi patria. Probablemente nunca habría llegado al trance de preguntarme seriamente si era católico o no, si no hubiera comenzado el estudio de la filosofía. Como la ocupación diaria distrae el alma, se me escurría el tiempo en la solución de cuestiones del momento, sin acordarme de los problemas capitales de la vida. De esta manera necesité casi veinte años para recorrer el camino que S. Agustín hizo en un vuelo de pocos minutos.

El primer sistema que estudié fué la filosofía de Benedetto Croce. Fué por el año 1908. Su "Filosofía del Espíritu" me alejó de la fe. Según el sistema de Croce todo el universo es espíritu y el espíritu no necesita más que la libertad para desenvolverse de la teoría a la práctica, de la práctica nuevamente a la teoría, de la estética a la lógica, de la economía a la ética, y así sucesivamente, hasta el infinito. La conclusión que saqué de todo esto fué que los conservadores y reaccionarios no eran otra cosa que la oposición de la materia contra el avance del espíritu. Pero como Croce no me decía en qué consistía la materia y ni siquiera, a no ser indirectamente, admitía su existencia, decidíme a buscar otro sistema que pudiese sacarme de mis perplejidades. Así transcurrieron varios

años, hasta que noté que para "libertar" el espíritu es de sumo provecho el dominar la vida privada.

Parecerá extraño, pero es a Kant, cuya filosofía empecé a estudiar en Alemania en 1911, a quien debo el fundamento inconmovible de mis convicciones religiosas. No ignoro que Kant, con su doctrina acerca de Dios, de la inmortalidad del alma y de la libertad del espíritu como postulados indemostrables de la razón práctica, ha poblado el mundo de escépticos. También sé que es a la lógica de Kant a la que el mundo debe la confusión entre lo espiritual y lo no espiritual. Lo que me sorprendió en su filosofía no fué el principio que los juicios sintéticos a priori no tienen valor si las categorías lógicas o de pensamiento no son al mismo tiempo categorías de la esencia; lo que me sorprendió fué el hecho mismo de la existencia de tales juicios sintéticos a priori, como el hecho que "dos más dos es igual a cuatro" fuese un juicio sintético a priori. Esto equivale a decir que ni este hecho, ni las matemáticas, ni la lógica son ni pueden ser producto del mundo material, sino que son y deben ser creación del espíritu. Este conocimiento me reveló que el espíritu no tiene su origen en la materia. Y con eso me libré para siempre de todos los resabios de la doctrina darwinista, que de otro modo hubiera asentado sus reales en mi mundo ideológico. Si bien nunca había realizado un estudio especial sobre el darwinismo, con todo había respirado su doctrina en el ambiente de la época. Todo cuanto más aprendí de Kant me pareció insignificante junto

a esta conclusión decisiva a que me había conducido. No sé ni me importa saber si el cuerpo del hombre desciende del mono. Pero de una cosa no me cabe duda: que el espíritu no puede proceder de ninguna otra cosa que no sea espíritu. Esta verdad podrá parecer evidente a personas razonables y reflexivas. Pero estoy seguro que en los países latinos no tendríamos tantos incrédulos entre la intelectualidad si se repitiese y propagase suficientemente esta verdad. Porque entre nosotros suele ser una y la misma cosa la incredulidad y el materialismo.

La moral de Kant y aquel su imperativo categórico que rezaba: "Obra en tal forma que tu modo de proceder a la vez pueda servir siempre de norma y principio de una legislación universal", me ilusionaba ni poco ni mucho, ya por ser evidente que no todas las normas de la naturaleza (v. gr., que el pez grande devore al chico), pueden ser normas de moralidad, ya porque entre la gente pervertida está muy propagada la tendencia de contagiar a otros de su inmoralidad. Y con eso queda dicho que la universalidad en sí dista mucho de ser una norma para distinguir lo bueno de lo malo, es decir, de ser un criterio moral.

Por lo demás, tampoco iba de acuerdo con la moral de los hombres modernos que, como los socialistas, sueñan con hacer más felices a los hombres en un mundo mejor, sin procurar antes el mejoramiento de los hombres mismos. Porque, en

primer término, es evidente que toda mejora duradera de la situación del Estado depende de las virtudes cívicas de aquéllos que gobiernan el Estado. Y en segundo lugar, enseña la experiencia de la historia que los hombres se vuelven peores cuando se eleva el costo de la vida, a no ser que una educación rígida vele por la conservación y fortalecimiento de la virtud, o que la disciplina social los fuerce a ella. Al hambriento hay que darle su pan, esto se sobreentiende. Pero, lo más importante no es mejorar el mundo, no; lo decisivo es hacer más fuertes, más instruídos, mejores a los mismos hombres.

Aun más extraño y notable es que deba nada menos que a Nietzsche (1) mi separación de los utopistas y mi convicción de que los hombres para su salvación y enmienda deben volver a sentirse pecadores, como en los siglos de cristianismo más vivo y floreciente. Esta conclusión, que fluye de las doctrinas de Nietzsche, no ha llamado tanto la atención cuanto su odio al cristianismo y su concepto del superhombre. Pero, creo que con el andar de los tiempos será Nietzsche el precursor de los intelectuales en su vuelta al redil de la Iglesia. Este honor se le hará, porque fué el pensador moderno que con más elocuencia ha enseñado a los hombres a desconfiar de sí mismos. Yo leía a Nietzsche por patriotismo. La depresión general que notaba en mí

---

(1) El autor interpreta aquí desde un punto de vista católico los conceptos dudosos de Nietzsche y les da un sentido cristiano que ellos no tienen. Nietzsche es precisamente hoy otra vez uno de los más encarnizados enemigos de la Iglesia Católica.

y en todos durante la guerra colonial, desatada en 1898 por el ataque de los Estados Unidos, que a su fama de potencia mundial moderna quería agregar el lauro de "libertadora de pueblos oprimidos", despertó en mí la conciencia de que eran necesarios hombres que estuviesen por encima de los demás: ¡superhombres! Lo que España necesitaba era aquello que Nietzsche predicaba: "Os enseño al superhombre. El hombre es algo que debe ser dominado. ¿Qué habéis hecho por dominarlo?" La doctrina de Nietzsche es la de la Iglesia primitiva. ¡Vencer al hombre, al pecador que vive en cada uno! Ciertamente, Nietzsche echa en cara al cristianismo haber creado una moral "contra naturam". Pero es éste el momento en que separamos nuestros pasos. Ya había aprendido de Kant que los juicios sintéticos a priori no provienen del mundo material y que tampoco proceden de la experiencia. De eso había concluído que el reino del espíritu no era "naturaleza" en el sentido de los materialistas, sino "supernatura". Por otra parte, Zarathustra no me decía qué era el superhombre, y así fuí en busca de otros arquetipos.

Siempre consideré a los Santos Evangelios como un libro sublime. Propensos a la vanidad como somos los escritores, soñamos a veces que en un rapto de inspiración seríamos capaces de crear páginas como las de Platón, Shakespeare o Cervantes. Pero el alto vuelo de los Evangelios nunca me pareció asequible. Más aún. Los Evangelios dicen las cosas tal como hay que decirlas, porque el ideal literario

no está en exponer en forma complicada las cosas más simples, sino en decir las más intrincadas, con aquellas palabras que el niño aprende de labios de su madre. Nuestro Señor habló a los hombres como lo hace un padre con sus hijos. Dice las cosas más profundas, como son profecías del más remoto porvenir, revelaciones inesperadas de los secretos más recónditos, ya en conceptos inmediatos agudos como "espada", ya en amables parábolas tomadas de la vida diaria de las gentes sencillas. Nunca jamás ha escrito nadie mejor de lo que lo han hecho aquellos cuatro discípulos al recoger las palabras del Maestro. Aun más. La personalidad del hombre que nos pintan no es menos extraordinaria que los hechos que nos narran. Precisamente en esto nos muestran al sabio, al profeta, al moralista y al vidente. En sus actos, en cambio, no se nos revela solamente su poder infinitamente superior al nuestro, sino un admirable dominio y una estricta disciplina de este poder, que hace de Jesús el más grande "maestro de energías", como se decía hace treinta años. Una señal suya basta para arrojar a los mercaderes del templo. Durante toda la Pasión vemos y sentimos que con sólo quererlo podría acabar con Pilato, Herodes y Caifás. Pero, se domina, porque ha venido al mundo no para eso, sino para enseñar que Dios es amor. No impide esto que por ningún momento perdamos de vista su omnipotencia, la cual de modo tan maravilloso supo representar el maestro Mateo en el "Pórtico de la Gloria", de la Catedral de Santiago. ¿Hay una

escuela mejor de la energía que el constante dominio de su poder?

Ya convencido que se había de buscar el arquetipo moral del hombre en los Evangelios, iba un día despreocupado por las calles de Londres, cuando me atrajo la atención una inscripción en la fachada de una capilla protestante, creo que Bautista, decía: "All Forreigners are welcome". Han transcurrido desde entonces 25 años y aun hoy perdura la sublevación que aquellas palabras produjeron en mí. La idea de poder parecer extraño en una casa de Dios me causó tanta repugnancia que fué, creo yo, decisiva para mi vida. No se me ocultaba que aquella invitación era bienintencionada. Probablemente se trataría de una pequeña secta que pugnaba por conquistar prosélitos. Pero a un español jamás se le ocurriría invitar a "extraños" a una iglesia, porque para la Catedral de Burgos no hay "extranjeros". Unos años más tarde pude convencerme que si España había descubierto a América, era debido a que los españoles creíamos que los habitantes de aquellas tierras lejanas en cuya busca se iba, podrían, igual que nosotros, recibir la doctrina de la redención. Además, si el P. Francisco de Vitoria creó el derecho internacional, fué porque fundaba toda su doctrina jurídica en la homogeneidad del género humano. Si Láinez, el segundo superior general de la Compañía, consiguió que en el Concilio de Trento fuese desechada la doctrina de la "iustitia imputata", sostenida por el agustino Seripando, fué porque tenía la íntima convicción de

que los medios de justificación que nos ha merecido nuestro Divino Redentor eran suficientes para la salvación de todos los hombre que quisiesen aprovecharlos. No hace todavía muchos años escribía el P. González Arintero, el más docto entre nuestros místicos, en su obra capital: "No hay en toda la teología una doctrina más segura y cierta que aquélla que enseña que a todos sin excepción, próxima o remota, se les da la gracia en la medida necesaria." Era, pues, la constante tradición del catolicismo español la que me hacía aborrecer la sola idea de poder parecer extraño en una iglesia. Si bien aquella vez todavía no conocía esta doctrina, mi sangre española me hacía obrar en concordancia con ella.

En aquellos años trabé relaciones con varias personas que se debatían en los mismos o parecidos problemas que yo y que tuvieron sensible influencia sobre mí. T. H. Hulme, muerto en la guerra mundial, se hizo célebre ya de estudiante con un discurso pronunciado en Cambridge, en el cual sostenía que los románticos negaban el pecado original y que se imaginaban a los hombres como reyes encarcelados que recuperarían su trono tan pronto como se les devolviese la libertad. Enseñaba que el arte y la filosofía se habían esterilizado por obra del naturalismo y del subjetivismo y que sería necesario una polémica de muchos años para revalidar los principios del clasicismo católico en la filosofía y la moral. Era un partidario entusiasta de la doctrina ética de G. E. Moore, quien defendía la tesis

de la objetividad del bien frente al relativismo moderno. Pero Hulme no influyó en mí tanto por sus ideas cuanto por su modo de obrar. Tres veces marchó a la guerra como voluntario, fué herido una vez en el campo de batalla, y en él halló luego la muerte. Con este ejemplo me enseñó que el respeto al Estado y el valor en el campo de las armas son virtudes del amor y del espíritu mediante las cuales se vencen y superan las flaquezas humanas.

El arquitecto G. Arthur Penty, según William Morris el hombre que más ha popularizado las corporaciones e ideas medievales, me encaminó a restablecer la preponderancia y superioridad del espíritu sobre el culto supersticioso de las máquinas, en las cuales los modernos fundan sus esperanzas de un mundo mejor. El Barón von Hügel, quien me hizo ingresar en la "London Society for Study of Religion", me mostró la posibilidad de unir la más amplia tolerancia, siempre que se defienda una idea con intención sincera, con la más rigurosa piedad. Esta sociedad tenía una reunión mensual, con el fin de discutir por vez un tema de religión, partiendo del punto de vista de cada uno de los socios. Participaban en las reuniones unas cuarenta personas de diversas religiones: católicos, anglicanos, disidentes y judíos. Estos últimos formaban casi la mitad de los miembros. Después del orador de turno, generalmente tomaba la palabra el Barón von Hügel para exponer su opinión. Casi siempre tomaba la posición del expositor y la defendía con calor, a fin de provocar una inmediata discusión

que confirmase o debatiese lo expuesto, o para hacer resaltar que todo lo dicho también lo enseñaba la Iglesia, pero de un modo mucho más orgánico y perfecto y con mucha mayor altura de miras. El Barón me parecía una fuente inagotable de sabiduría, de libertad de espíritu, de ardiente amor y fe viva.

En aquellos años traté de adquirir nociones precisas de los dogmas fundamentales de nuestra religión. No me entregué a esta tarea con la ridícula pretensión de penetrar los misterios, sino con aquel deseo razonable de Pascal, de esclarecer mi visión de la vida mediante estos misterios. En el estudio, pongamos por ejemplo, de los métodos de filosofía y de la economía encontré que los autores discuten sobre la mayor o menor ventaja de los métodos teóricos —deductivos o inductivos—, de los métodos históricos o genéticos, de los métodos de acciones o de valores. Y llegué a la conclusión que las tres clases eran necesarias e inseparables, aunque fueran distintas. En efecto, se estudia la filosofía o la economía porque tienen valor para los hombres. Pero para valorarlas hay que distinguirlas de las demás ciencias. Asimismo crecen históricamente los motivos que impulsan a los hombres al estudio, como también los diferentes problemas de estas ciencias. Y así vi con evidencia que la existencia histórica de los contenidos del espíritu está unida inseparablemente a su esencia y valor.

Fué este mi primer acercamiento al misterio de la Santísima Trinidad. El segundo paso fué más

directo. Habiendo ordenado un poco mi sistema de valores, comprobé que todos los valores que merecen alguna consideración del hombre se dividen en tres grupos principales: poder, sabiduría y amor, porque ellos encierran todos los así llamados valores estéticos. Analizando estos tres grupos de valores, llegué a ver que aunque se los pueda distinguir fácilmente, en sentido estricto son inseparables. El poder, p. ej., además de ser poder debe ser también poder de sabiduría y de amor, porque tan pronto como se convierte en poder de ignorancia o de odio, se destruye a sí mismo. Y otro tanto se ha de afirmar de la sabiduría y del amor. Sobre las puertas del infierno leía Dante:

"Fecemi la suprema potestate
La somma sapienza, il primo amore."
("Hízome la divina gobernanza
el primo amor, el alto pensamiento.")

Cuando, pues, aprendí de Arintero que el Padre es la personificación del poder; el Hijo, de la sabiduría, y el Espíritu Santo, del amor; y que los pecados de debilidad van directamente contra el Padre, los de ignorancia contra el Hijo y los de malicia contra el Espíritu Santo, entonces comprobé que mis propias reflexiones me habían conducido al mismo conocimiento.

A la veneración de la Sma. Virgen no llegué por consideraciones y reflexiones, sino por los impulsos de mi corazón. Siempre encontré muy justo

y equitativo que a la Encarnación la precediese una digna preparación y que se escogiese para Madre de Dios a una virgen sin mancilla, concebida sin pecado original. Pero la necesidad de dirigir mis plegarias a ella no nació de mis ideas, sino del fuego y apremio de las pasiones. Cuando de ellas procede, como siempre es el caso, el dolor de un gran desengaño, entonces el corazón necesita un estímulo o un consuelo que nos levante de nuestra caída antes de sucumbir sin remedio. En tan triste situación nada es comparable a la protección que se encuentra bajo un manto amparador. Tal vez deba mi resurrección espiritual a un llamado de auxilio semiinconsciente dirigido a la "Virgen Blanca", la patrona de Vitoria, mi ciudad natal, a la Virgen que fuera uno de los amores de mi niñez. La Virgen nos recuerda que existe en nuestra alma una belleza moral superior; nos reconforta con el pensamiento de que somos posesión suya; no nos deja sumidos en el pecado, sino que nos exhorta a levantarnos y nos infunde la vergüenza por nuestra torpeza; reaviva en nosotros los ideales; y en la hora de la muerte, si hemos sido fieles a nuestra consigna, nos cierra los párpados y nos besa dulcemente en la frente.

Si se considera lo que significa una figura que representa el ideal de la pureza, entonces se comprende mejor lo que importaba la devoción a la Virgen a hombres valerosos como lo eran los soldados y marinos de la antigua España: les era un

escudo contra las pasiones, que son una humillación para el espíritu si se somete a ellas. Contra esta humillación nació en España, mil años hace, la "Salve", y no hay oración más dulce a los labios de los mortales.

El problema de los milagros no me creó mayores dificultades, ya que vivía en una época en que el severo determinismo de las leyes naturales había sido relegado al olvido. Se puede afirmar que para el ser que piensa, el mundo está lleno de milagros; la vida misma es un milagro, o al menos un eterno misterio; un milagro es el alma; mayor milagro aun es el que los hombres podamos comunicarnos nuestras ideas por escrito, que podamos trasmitirnos mutuamente las ideas, parecen cosas naturales, pero son un verdadero misterio. Si se ha entendido la experiencia diaria de este hecho del espíritu, apenas se encontrará dificultad en admitir que Dios ha dado a algunas almas privilegiadas ciertas muestras especiales de su influjo omnipotente sobre el mundo, para que den testimonio del poder divino.

Otra cuestión que me llamó la atención fué la infalibilidad de la Iglesia en su doctrina moral, aun en casos cuando era regida por hombres pecadores. El P. Arintero, en su obra "Desarrollo y fuerza vital de la Iglesia", me demostró que eso era explicable únicamente por el magisterio infalible del Espíritu Santo que, conforme a las circunstancias y exigencias de los tiempos, infunde a los diversos miembros

de la Iglesia la inteligencia adecuada. El testigo del mundo sobrenatural, la perenne atalaya del reino del espíritu, la Iglesia, es a la vez el mejor guardián de la paz, de la felicidad y del progreso de los reinos del mundo, porque es ella la que vela para que triunfe en todas las clases y en todas las regiones la idea de la justicia. Ella es la que unge a los reyes; ella, la que recuerda el deber y protege al débil. Y así recibe el Estado un poder que al mismo tiempo le indica sus límites. Ostenta la Iglesia por eso una aureola carismática que hace que su autoridad sea reconocida. No sólo vela por el orden, poniendo vallas a las perversas inclinaciones de los hombres, sino que apoya todo progreso estimulando todos los ideales superiores. Y estrechando con vínculos de amor las relaciones entre señores y súbditos, crea en la sociedad y en el Estado una unidad armónica que representa el secreto de su poder y duración.

Otras religiones servirán al Estado tanto como la Iglesia Católica; pero sólo ella no sirve al Estado sino sometiéndolo a un ideal superior al propio egoísmo nacional. Por eso jamás existió Estado que tuviese servidores más fieles que la antigua monarquía española, al menos mientras fué fiel a sus grandes destinos. Cuando se llegó a creer que España había sacrificado demasiado por la Iglesia, aparecen también al mismo tiempo los españoles que creían que se había hecho demasiado por la monarquía y por España.

Y casi sin querer volvemos a España, nuestro punto de partida. Al final de cuentas hallo que mi patria, después que empezó a separarse de la Iglesia, comenzó a extraviarse y que no podrá encontrar el camino de regreso mientras no se decida, en cuanto sea posible, a adaptarse a la Iglesia. Es demasiado cierto que en el tiempo de la contrareforma sacrificó sus fuerzas por la Iglesia, pero ésa es su verdadera gloria y no su ruina. Dios premia con largueza a sus servidores. Dios ya nos había dado en recompensa el mayor de los imperios del mundo. Y si lo hemos perdido después de habernos entregado durante medio siglo al enciclopedismo, reconozcamos la verdadera causa de nuestra ruina en que, en la realidad, habíamos dejado de ser ya la monarquía católica, para transformarnos en un Estado laico como los demás de Europa.

A menudo durante mi vida, sobre todo en los años que pasé en el extranjero, sentía remordimientos de no hacer por España todo cuanto estaba en mi poder. Y eso fué lo que me impulsó a volver a la patria, después que ya hube conquistado alguna fama en el mundo. Mas ahora siento la preocupación de que no consagro a la religión la mayor parte de mi tiempo y de mis energías, dando la preferencia a la patria. Pero me consuela la idea que la causa de España y de la Iglesia se identifican, según he conocido por experiencia. Fué el amor a España y la constante investigación sobre el origen de su decadencia lo que me hizo descubrir su prístina grandeza en su fe religiosa. Y al mismo tiempo

comprendí también con claridad meridiana que la fe es cosa razonable y digna de ser aceptada, y que no solamente es compatible con la cultura y el progreso, sino que es su base y estímulo. Y esto me ha hecho más católico y me ha proporcionado mayores y más poderosos medios para servir con eficacia a mi querida patria.

FRANCIA

3. AMISTAD DE DOS POETAS

FRANCIS JAMMES

"Yo soy el que enseño al hombre la ciencia y doy más claro entendimiento a los pequeños que ningún hombre puede enseñar...

"Yo soy el que levanto en un instante al humilde entendimiento, para que entienda más razones de la verdad eterna que si hubiese estudiado diez años en las escuelas. Yo enseño sin ruido de palabras, sin confusión de pareceres, sin fausto de honra, sin alteración de argumentos" (Imit., III, 43; 2 y 3).

Es la mía la más oscura e insignificante de las conversiones. No he ido al encuentro del Señor con los brazos cargados de flores, ni con cánticos melifluos a flor de labios. No. Era yo un ser miserable que, atacado de vértigos, perdido el equilibrio y ya a punto de sepultarse en el abismo, logró asirse a un arbusto salvador. Era como aquel arbusto que la Virgen alargó a la niña que se ahogaba en el torrente de Bétharram. ¡Había yo bebido de tantas aguas, tantos frutos había gustado! ¡Había llegado a los últimos extremos a que el hombre puede llegar! Una tristeza sombría me había invadido, sumido estaba en una especie de muerte, porque no quería comprender que es imposible que al

mismo tiempo que se obra el mal, se obtenga de Dios el bien indecible de su gracia renovadora.

Aun conservo vívida en mi memoria aquella escena. Estaba echado en la cama, decaído física y moralmente; humillado, miserable, neurasténico. Al surgir después de veinte minutos de aquella postración, exclamé con voz ahogada por los sollozos: "¡Eso debe existir, o no existe nada!"

"¡Eso!" ¿A qué me refería? A la Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Paul Claudel, mi segundo ángel custodio, a pesar de separarnos distancias oceánicas, había empezado a instruirme nuevamente acerca de esta Iglesia.

Aquel domingo me levanté para ir a misa y regar con mis lágrimas la Catedral de Burdeos. En las entrañas de mi ser empezó a bullir una gran alegría. ¿Sería posible tanta bienaventuranza para un ser humano? Por vez primera sentía yo, pobre pagano, ¿cómo diré?, un movimiento que suscitaba Dios en el abismo de mi existencia. ¡A Ti, Padre, te he conocido el primero!

Pero, debía seguir la práctica, para que de la luz celestial de la gracia se desprendiese un débil rayo que penetrara entre las grietas de la noche opaca e iluminara la noche oscura de mi espíritu. Tremendas dudas y escrúpulos de conciencia se apoderaron de mí, tanto que dudaba si la confesión y la comunión fuesen siquiera posibles para mí. Pero un día llegué a la siguiente conclusión: "Es imposible que Dios estorbe que un hombre que ansía por Él llegue a unírsele." Y entonces me decidí,

después de haber tomado consejo, a pasar adelante sin hacer caso de las espinas y dificultades que hubiera en mi camino. Como peregrino atribulado pedí a Nuestro Señor que sumase a mis méritos aquellas pruebas espirituales cuya maduración estorbaba la ignorancia de tantos sacerdotes.

Aun veo ante los ojos de mi espíritu aquel sencillo aposento donde el 7 de julio de 1905 el P. Miguel escuchó mi confesión y me dió la comunión. Claudel ayudaba la misa; su rostro transfigurado se inclinaba sobre los vasos sagrados. Recuerdo mi melancolía, un pequeño viñedo en un huerto, una planta fragante...

Lo sabéis vosotros; usted, mi querido padre espiritual, y tú, hermano, que en estos días antes del Corpus has regresado desde China, que me he robustecido. Sabéis que seguí perseverante en la realización de mi deber, sin turbarme cuando por mi deserción vociferaban tantas almas débiles. Sabéis vosotros que el Salvador de las bodas de Caná me ha bendecido; que he fundado mi hogar, que protegido por Dios se ha poblado de cuatro retoños, de los cuales el menor se llama Pablo, tu ahijado, Claudel.

4. EN LUCHA CON DIOS

PAUL CLAUDEL

Nací el 6 de agosto de 1868. Mi conversión tuvo lugar el 25 de diciembre de 1886. Contaba, pues, 18 años, pero ya mi carácter estaba entonces muy adelantado en su formación.

Si bien mis antepasados, en ambas líneas, eran creyentes, y de ellos habían salido varios sacerdotes, mi familia era indiferente en materia de religión. Y después que nos trasladamos a París, la indiferencia se convirtió en frialdad absoluta. Había yo hecho antes mi primera comunión, y fué buena. Fué ella como para tantos jóvenes, a la vez el principio y el fin de mis prácticas religiosas.

Primeramente fuí educado, mejor dicho, instruído por un maestro privado; luego en las escuelas laicas de la provincia; y por fin, en el "Lycée Louis-le-Grand". Al pasar los umbrales del liceo, sacudí de mí los últimos restos de mi fe, pues la juzgaba incompatible con la multiplicidad de mundos. La lectura de la "Vida de Jesús" de Renán me armó de nuevos pretextos para esta mudanza de convicciones que, además, me creaba un ambiente de vida fácil y liviano.

¡Deplorables tiempos aquellos, hacia el año 1880, época del pleno desarrollo de la literatura

naturalista! ¡Nunca como entonces fué absoluto el dominio de la materia! Todos los hombres de alguna figuración en el arte, en la ciencia, en la literatura, todos sin excepción eran antirreligiosos. Todos los, así llamados, grandes hombres de las postrimerías del siglo se habían caracterizado por su odio a la Iglesia. Renán ocupaba el solio. Fué él quien presidió el último reparto de premios a que asistí en el "Lycée Louis-le-Grand", y aun creo haber recibido mi premio de sus manos. Víctor Hugo acababa de desaparecer entre resplandores de gloria.

A mis 18 años creía lo que entonces estaba de moda entre los que ostentaban el nombre de "intelectuales". El claro concepto de lo individual y concreto se había vaporizado en mí. Por entero y sin reservas me adherí a la hipótesis monística y mecánica. Creía que todo estaba sujeto a las "leyes" y que nuestro mundo era una conglomeración intrincada de efectos y causas, que el día de mañana la ciencia lograría desenmarañar. Pero, no negaré que todo aquello me parecía triste y aburrido. El imperativo kantiano que nuestro profesor de filosofía, Sr. Burdeau, nos exponía, nunca llegué a digerirlo.

Por lo demás, vivía ajeno a toda moral y de a poco caí en un estado de desesperación. La muerte de mi abuelo, cuya lenta extinción a consecuencias de un cáncer de estómago había yo presenciado durante meses, me infundió grandísimo terror y no lograba apartar de mi mente el pensamiento de la

muerte. La religión ya no tenía cabida en mi alma y no la conocía mejor que un salvaje.

La primera centella de verdad la encendió en mi alma la lectura de las obras de un gran poeta, a quien deberé eterna gratitud, pues su benéfica influencia fué decisiva en la formación de mi ideología, Arturo Rimbaud. Su "Illuminations" y unos meses más tarde su "Une saison en Enfer", fueron sucesos extraordinarios en mi vida. Estos libros abrieron un boquete en la hermética cárcel de mi materialismo y me dieron una impresión viva, casi diría física, de lo sobrenatural. Pero esto no cambió mi estado habitual de asfixia y desesperación.

Tal era la deplorable situación de aquel joven que el 25 de diciembre de 1886 fué a la Catedral de Nôtre Dame, para asistir a la misa de Navidad. Estaba yo en los comienzos de mi carrera literaria y en mi petulancia de aficionado pensaba encontrar en las ceremonias católicas un motivo de inspiración y la materia para una composición. Pensando esto y empujado y apretado por la multitud, asistí a la misa mayor con alegría no exagerada. No sabiendo qué hacer durante aquel día, resolví regresar a la Catedral para las vísperas. Los niños del coro de la Catedral, con sus sotanas blancas, secundados por los alumnos del seminario menor de Saint Nicolas du Chardonnet, habían entonado precisamente lo que más tarde supe que era el "Magnificat". Yo estaba entre la multitud de los fieles, junto al segundo pilar a la entrada del coro, a la derecha. del lado de la sacristía.

Y entonces se produjo el hecho que orientó toda mi vida. De repente me sentí atacado de una viva emoción y, no sé cómo, en mi alma había nacido la fe. ¡Creía! Creía con tal fuerza adhesiva de mi corazón, con tal exaltación de todo mi ser, con tan ciega convicción, con tan cierta confianza, que como por encanto las dudas desaparecieron sin dejar huellas siquiera, y desde entonces ni todos los libros, ni todos los razonamientos, ni todos los sucesos de mi vida agitada han podido conmover, qué digo, ni aun rozar esta mi fe. ¡Sentimientos que apenas cabían en mi alma, de la inocencia, de la paternidad de Dios! ¡Una revelación indecible! Cuando trato de reconstruir, que es muchas veces, los minutos que siguieron a aquel instante supremo, encuentro siempre los siguientes elementos, que no fueron más que un único rayo de que se sirvió el Señor en su Providencia para herir e iluminar el corazón de un pobre hijo descarriado: "¡Cuán felices son los que creen! ¿Y si fuera verdad? ¡Sí, es cierto! ¡Dios existe y está presente! ¡Él es alguien! Es un ser tan personal como yo. ¡Él me ama, me llama!" Las lágrimas y sollozos me ahogaban, y la dulce melodía del "Adeste" acrecentaba mi emoción.

Era una tierna emoción, pero a la que iba mezclado un sentimiento de miedo, casi de horror. Porque aun quedaban intactas mis convicciones filosóficas. Deleznables como eran, Dios no había puesto su mano en ellas, y yo no veía qué cambio debía introducir en ellas. El catolicismo siempre seguía pareciéndome un acervo de fábulas y mitos. Sus

sacerdotes y fieles me seguían infundiendo la misma aversión, rayana en el odio y la repugnancia. El castillo de mis opiniones y convicciones quedaba en pie y no encontraba yo tacha en él, sólo que yo lo había abandonado. Se me había revelado un ser nuevo y eficaz, con todas sus exigencias, horribles para un joven artista, como yo lo era, y no sabía cómo conciliarlo con cuanto me circundaba. Para expresar este estado de confusión absoluta no encuentro otra comparación que la situación de un hombre a quien han extraído violentamente de su propio cuerpo para meterlo en un cuerpo extraño, en medio de un mundo desconocido. Todo aquello que más contrariaba mis opiniones y gustos, esto era precisamente lo verdadero, y de buena o mala manera tendría que someterme a ello. Pero, no; esto no sucedería sin que yo me defendiera hasta el último aliento.

Esta resistencia se prolongó durante cuatro años. Puedo afirmar que me defendí como valiente, en un combate leal y a muerte. No omitía recursos, aprovechaba todos los medios de defensa. Pero uno tras otro los baluartes vacilaban y caían. Fué ésta la crisis más tremenda de mi vida, una agonía espiritual como la que decía Arturo Rimbaud: "El combate espiritual es tan brutal como una batalla entre hombres. ¡Oh noche oscura! ¡Efluvios de sangre brotan de mi rostro!" Los jóvenes, que tan fácilmente abandonan su fe, ignoran cuántos tormentos cuesta el reconquistarla. El estorbo mayor para mi decisión era el pensamiento del infierno y



G. Claude

también la necia idea que al recobrar la fe perdida tendría que sacrificar todos mis ideales de belleza, todas las alegrías.

Pero, tomé por fin en mis manos una biblia protestante, regalo que una amiga protestante alemana había hecho a mi hermana Camila. Era a la noche de aquel memorable día de Nôtre Dame. A mi regreso de la Catedral aquellas calles de París, inundadas por la lluvia, me parecían desconocidas. Por vez primera oí entonces la suave, pero inflexible voz de la Sagrada Escritura, que ya nunca dejaría de resonar en mi corazón. Hasta ahora había conocido la vida de Jesús sólo a través de Renán. Y por haber dado crédito a este impostor, hasta ignoraba que Cristo jamás se hubiese declarado Hijo de Dios. Cada frase, cada palabra refutaba con mayestática sencillez las desvergonzadas afirmaciones y mentiras del apóstata, y bañaba en luz deslumbradora los días de mi espíritu. Oh, no necesitaba yo que se me instruyese sobre el infierno, porque ya había pasado yo allí una "Saison". Estas brevísimas horas habían bastado para demostrarme que el infierno está allí y doquiera que no esté Cristo. ¿Y qué podía importarme ya el resto del mundo, después que se me había revelado este ser nuevo y maravilloso?

¡Eran palabras del hombre nuevo! Pero el hombre viejo luchaba a brazo partido, no quería someterse a esta nueva vida que le abría sus sendas. ¿Lo diré? ¡El sentimiento que más me impedía manifestar mi conversión era el respeto

humano! ¿Qué dirían mis padres si los viernes me negara a comer carne, qué dirían todos al verme entre esos católicos que eran objeto del ludibrio común? A veces me rebelaba con esta violencia interna que sin cesar me tenía en prisiones. ¡Pero, una mano invencible me tenía asido y me reprimía!

No conocía a ningún sacerdote. Amigos católicos no los tenía. ¡Ya todo mi interés científico se había concentrado en la religión! ¡Interesante! El despertar del alma y el surgir de la inspiración poética fueron simultáneos y huyeron mis prevenciones e infantiles temores. Hacia este tiempo compuse la primera redacción de mis dramas "La Cabeza de Oro" y "La Ciudad". Si bien todavía no recibía los sacramentos, sin embargo participaba ya en la vida de la Iglesia. Por fin respiraba las auras de un mundo hasta entonces desconocido, y a grandes bocanadas aspiraba la vida. Los libros que más provecho me trajeron entonces fueron, en primer término, las "Meditaciones" de Pascal, obra inapreciable para aquéllos que van en pos de la fe, por desastroso que haya sido en otros tiempos su influjo; además, las "Contemplaciones espirituales sobre los misterios" y las "Meditaciones sobre los Evangelios" de Bossuet, como también sus otros tratados filosóficos; "La Divina Comedia" de Dante, y finalmente, las admirables revelaciones de Catalina Emmerich... La metafísica de Aristoteles me había purificado la mente y me había llevado a los dominios de la razón verdadera. La "Imitación de Cristo" trascendía por entonces mi capacidad

y sus dos primeros libros me parecieron de austeridad y rigidez excesiva.

Pero, el libro de oro que me abrió sus páginas y donde estudié con ahinco, fué la Iglesia. ¡Sea loada eternamente la Madre grande y majestuosa en cuyo regazo todo lo aprendí! Mis domingos los pasaba en Nôtre Dame, y siempre que podía iba también allí los días de semana. Pero, era yo entonces tan ignorante en mi religión, como lo podría estar cualquiera acerca del budismo. Veía desarrollarse ante mis ojos atónitos el drama sacrosanto con una grandiosidad y magnificencia superiores a toda mi fuerza imaginativa. ¡Oh, no era ya aquel lenguaje trivial de los libros de rezos! ¡No, era la poesía más sublime, más grandiosa, eran las acciones más santas que jamás en la tierra se pudieron realizar! ¡No se cansaban mis ojos de ver el espectáculo de la santa misa, y cada movimiento del sacerdote se me imprimía en el alma con caracteres indelebles! El oficio de los difuntos, las ceremonias de Navidad, los días sacros de la semana de Pasión, el canto arrobador del "Exsultet", junto al cual la voz de Píndaro y Sófocles era trivial, todo esto me inundaba de inmensa alegría, me llenaba de gratitud, me hundía en el arrepentimiento, me elevaba a la adoración.

Poco a poco, lenta y trabajosamente se aclaró en mi mente la idea de que también el arte y la poesía son cosas divinas y que los goces carnales no les son indispensables, sino que les son más bien detrimento. ¡Cómo envidiaba a los fieles que veía

comulgar! Pero, yo apenas osaba unirme a aquéllos que todos los viernes de la cuaresma iban reverentes a besar la corona de espinas...

Pasaban los años, y mi situación se volvía insoportable. En secreto oraba a Dios entre lágrimas, mas no se abrían mis labios para manifestar mi miseria. Pero, ya mi resistencia decaía ante las exigencias de Dios que eran cada vez más apremiantes y precisas. ¡Cuán bien me daba cuenta de esta situación, y cómo me veía sujeto por el brazo de Dios! ¿Cómo pude tener valor para hacerle frente? Al tercer año desde los sucesos aquellos leí las obras póstumas de Baudelaire. Vi cómo este poeta, mi preferido entre los poetas franceses, había vuelto a la fe en sus últimos años y que había luchado con los mismos temores y remordimientos que a mí me atormentaban.

Hice un supremo esfuerzo; y una noche entré en el confesonario de St. Médard, mi iglesia parroquial. Los minutos que tuve que esperar al sacerdote fueron de los más angustiosos de mi vida. Me encontré con un sacerdote anciano que, contra todas mis esperanzas, no se conmovió en lo más mínimo por mi historia. Con gran disgusto le oí hablar de los recuerdos de mi primera comunión, y sin ambajes me ordenó que debía descubrir mi conversión a mi familia; en este punto le doy hoy plena razón. Humillado, ardiendo de enojo salí del "cajón" y sólo al año volví a arrodillarme allí. Esta vez ya estaba dominado en definitiva, subyugado, a punto de rendirme. Allí, en la misma iglesia de

St. Médard, me reconcilió con la Iglesia un sacerdote joven, misericordioso, casi diría hermano, el Abate Ménard. Más tarde encontré allí al santo y venerable sacerdote, Abate Villiaume. Fué éste mi director, mi amadísimo padre espiritual, cuya poderosa intercesión desde el cielo siento constantemente. La segunda santa comunión la recibí, como la primera, en Nôtre Dame, el 25 de diciembre de 1890.

SUIZA

5. AMORES BENDITOS

IRMA DI LENA

Las causas de mi conversión del protestantismo al catolicismo tienen su origen en los años de mi infancia; casi diría, en la misma cuna. Como fruto primicial alegró mi nacimiento el hogar de un matrimonio mixto. Si bien mi padre era protestante, dejaba plena libertad a mi madre en el ejercicio de su fe católica, pero exigía que sus hijos fuesen bautizados en el protestantismo, y esto fué lo que sucedió conmigo. Un poco más grandecita, enseñábame mi madre aquellas infantiles plegarias católicas, tan hermosas, y según sus posibilidades trataba de darme una educación católica. Me era, por eso, sumamente grato poder asistir al catecismo junto con las niñas católicas, sin encontrar en ello oposición alguna de parte del ministro protestante de nuestro distrito.

Era hacia 1910. Había llegado a la edad en que, según la costumbre y conforme a la instrucción ya recibida, debía hacer la primera confesión. Y aquí apareció el obstáculo que retardaría por algún tiempo el camino de mi evolución religiosa. El párroco católico del lugar exigía incondicionalmente que para ser admitida a este sacramento debía ser antes rebautizada. Pero mi padre oponía una férrea

resistencia a ello. Y el sacerdote, en vez de tratar de convencerlo con amabilidad y prudencia, empeoró las cosas con advertencias indiscretas, de tal modo que tampoco mi madre volvió a pisar la iglesia. A partir de este momento mi educación fué completamente protestante.

Tenía yo unas amigas católicas, amistad que conservé por muchos años, con quienes solía frecuentar las funciones religiosas, sobre todo las atrayentes funciones marianas de las tardes de mayo y octubre. Asistía como ellas, pero en el interior me apenaba porque no podía participar en todos estos actos como verdadera católica. Pero, ¿quién conoce los designios maravillosos del Señor? El año 1922 debía ser el año decisivo en el proceso de mi conversión.

Llegué a conocer entonces a quien hoy es mi esposo. Era un joven miembro activo del círculo católico de obreros, puntual en la asistencia a la misa de los domingos y en el cumplimiento de las comuniones reglamentarias. Con alegría y orgullo veíalo pasar los domingos junto a nuestra casa, de camino a la iglesia, y su vista producía en mí un dejo de tristeza por no poder acompañarle en aquel acto del culto.

Nuestra amistad pronto se convirtió en trato íntimo, y un día mi novio me declaró sin reticencias ni ambajes las condiciones absolutas, sin las cuales jamás se realizaría el matrimonio entre nosotros. Mi esposo, ya entonces muy liberal en muchas cosas, debido a sus continuos viajes y prolongadas estadas

en el extranjero, me prometió que en cuestiones religiosas jamás ejercería violencia sobre mí. Pero nos casaríamos por la Iglesia y nuestros hijos serían bautizados y educados en la religión católica. Accedí a ello y díle palabra de que no ahorraría esfuerzos por dar una formación católica a los hijos que Dios nos diese.

En octubre de 1924, en el célebre santuario de María Einsiedeln, el asesor general de los Círculos Católicos de Obreros de Suiza bendecía nuestra unión. Aun hoy resuenan en mis oídos las palabras que pronunciara el sacerdote en la exhortación.

Los primeros años de nuestro matrimonio los pasamos en distintas partes del extranjero, según las exigencias de la profesión de mi esposo. Siempre que nos era posible íbamos los domingos juntos a misa, y me resultaba casi insoportable cuando durante el tiempo pascual no podía acompañarle en la recepción de los santos sacramentos. Mi esposo cumplía al pie de la letra la promesa hecha antes de casarnos. Nunca habíamos tenido una desavenencia o altercado por motivos religiosos. Siempre volvía a repetirme que si llegara a convertirme, jamás debería ser por imposición suya o por miramientos hacia él, sino por convicción. Nunca tomaría él sobre sí la responsabilidad de acto tan serio.

En 1926 bendijo Dios nuestra unión con el primer hijito, que recibió el bautismo católico. Y nuevamente partimos al extranjero, donde también asistíamos a los oficios divinos, y mi esposo me ayudaba cuanto podía en la educación católica de nuestro

hijo. Nunca iba mi esposo a trabajar, o de noche a descansar, sin haber hecho antes los dos una devota oración; y como yo de niña había aprendido los rezos católicos, se los enseñaba al niño lo mejor que sabía. Y cuanto más tiempo transcurría desde nuestro matrimonio, tanto más maduraba en mí el proyecto de cambiar de religión. Y con sobrada razón pensaba así, ya que mis años de experiencia y mis serenas reflexiones habían traído a mi alma la convicción íntima y plena de que la religión católica era el único camino verdadero y real para la salvación.

El año 1929 sería para mí el año de la gracia. Mi esposo debía partir por un tiempo prolongado y yo le seguiría bien pronto. Proyectaba darle una agradable sorpresa, presentándome a él hecha católica. Comuniqué mi resolución al párroco del lugar, pero éste me exigía antes una preparación de medio año. La urgencia del viaje no me permitió completar esta preparación. Llegada a Egipto, propusimos el estado de cosas a un Franciscano alemán, conocido de mi esposo, quien con mucho agrado empezó a impartirme varias lecciones semanales, y al cabo de tres meses estaba suficientemente instruída para recibir los sacramentos. Mi maestro, el R. P. Cipriano Michels, había desempeñado tan bien su cometido, que abrazaba yo el catolicismo sin sombra de duda o vacilación.

A principios de diciembre de 1929 recibía el bautismo en una sencilla ceremonia realizada en la sacristía de la iglesia de San José, en El Cairo. De

testigos actuaron dos damas suizas. Luego hice mi primera confesión y a la mañana siguiente me acerqué por vez primera a la mesa eucarística. Arrodillada en el comulgatorio al lado de mi esposo, ya no sentía aquella envidia de antaño, sino radiante de felicidad compartía el privilegio de los católicos. Poco después, habiendo llegado a El Cairo el obispo de Alejandría, recibí de sus manos la santa confirmación, para luchar en adelante por mi fe como católica verdadera.

Desde mi conversión he seguido cumpliendo siempre con toda fidelidad mis deberes de católica, y encuentro un consuelo especialísimo en la oración, sobre todo cuando veo expuesto a mi esposo a los múltiples peligros de los viajes y travesías. Él a su vez me da un ejemplo edificante en este sentido. Antes de cada viaje nos ponemos de rodillas y elevamos nuestras plegarias al cielo, y antes de cada travesía oceánica hacemos rezar una misa. Y también ahora, cuando por razón de los hijos no puedo acompañarle ya en sus viajes, estoy ciegamente convencida de su fidelidad y de su amor, que me guarda gracias a su fe católica. Y esto es un motivo más para permanecer fiel hasta la muerte a nuestra santa Religión.

HUNGRIA

6. LA VOZ DE LA BIBLIA EN EL RETIRO

EMMA DESSEWFFY

Mis padres eran muy creyentes y abnegados. Mi padre, Dionisio Dessewffy de Csernek y Tarkcö fué uno de los héroes que se distinguieron en la guerra de la independencia de Hungría, en 1848-49. Sus enemigos hasta le ahorcaron "in effigie", ya que, por la gracia de Dios, había logrado salvar su persona huyendo a Suiza. Allí contrajo matrimonio con mi madre, Adela Jourdan. Los antepasados de mi madre también habían sido emigrantes, descendientes de una antiquísima familia hugonote.

Nací en 1848, en Ginebra, como tercer vástago de la familia. Unos años más tarde, en 1863, logró mi padre la amnistía, y volvió con toda su familia a su patria, Hungría. Cuando alcancé los catorce años fué confiada mi educación a mi abuela y para esto fuí enviada otra vez a Suiza. Dirigida por mi abuela, mujer de grandes virtudes y de relevantes dotes intelectuales, se operó un cambio en las orientaciones de mi vida y fuí introducida en las obras sociales de caridad, cosa a que sentía afición desde pequeña. Los Santos Evangelios eran mi libro de texto y hacía lo posible para conformar mi vida con sus consejos y preceptos. También leía muchos libros de otras religiones con el fin de ampliar

mis conocimientos. Pero por la religión Católica nunca había sentido el menor interés, debido a una infinidad de falsos conceptos y prevenciones que acerca de ella me habían infundido. Siempre me habían dicho que esta Iglesia era creación de hombres y un conglomerado de supersticiones e idolatrías. Tres ocasiones tuve para convencerme de lo contrario, pero las tres veces rechacé orgullosa los llamados de la gracia divina.

Como ninguna criatura humana, así tampoco yo me libré de grandes dolores, pesares y tentaciones. Hacia aquel tiempo falleció mi amadísima madre. Yo permanecí en Ginebra hasta los 21 años y regresé a Hungría cuando mi hermano mayor, después de diez años de feliz matrimonio, perdió de repente a su esposa. Le quedaban varios hijitos que necesitaban del cuidado y cariño de una madre y presurosa acudí para hacer las veces de la extinta y prestar el honroso servicio de madre a aquellos huerfanitos. Sin reservas me entregué a la educación de mis sobrinitos y cuando fueron un poco mayores traté de extender mi obra de beneficencia más allá de los límites de la familia, para el bien de la sociedad. Me ocupé mucho en los problemas sociales y a mi iniciativa se deben los actuales patronatos que combaten la prostitución, y otras fundaciones importantes del Estado.

Mi hermano no volvió a contraer enlace. Vivimos juntos hasta su muerte, acaecida en 1922, y hasta mis 64 años me fué concedida la vida más hermosa que criatura alguna pudiera desear. Pero,

de una vez todo se disipó. ¡Todo se convirtió en ruina y desolación dentro y alrededor mío! Sobrevinieron las revoluciones comunistas, la muerte de mi hermano y de mis mejores amigos, entre ellos el conde y la condesa Tisza y otras altas personalidades. Todo esto me postró de tal manera corporal y espiritualmente, que hube de retirarme de todas mis actividades acostumbradas.

Sintiéndome conmovida en el alma y completamente aislada, sin saber a quien recurrir, después de mucho cavilar hallé por tercera vez en la vida mi refugio y consuelo en la Biblia. Allí encontré, después de tantos dolores y sufrimientos, una contestación sublime y segura a todas mis dudas. Ante mis ojos, como por un milagro, se abría la Sagrada Escritura con sus tesoros. De repente, leyendo la Sagrada Escritura, comprendí claramente el origen de las ceremonias católicas y ya no dudé que todas aquellas prescripciones eran obra de Dios y mandadas por él. Leyendo el Nuevo Testamento, llegué a la Epístola de Santiago que contiene doctrinas rechazadas por los protestantes, como la necesidad de las buenas obras, la confesión, la extremaunción, etcétera, y al pasaje de la vocación de San Pedro, en el Evangelio según San Mateo. Cristo transmitió al principal de sus apóstoles la suprema potestad de la Iglesia, lo puso como su vicario en la tierra y fundó así la santa sede apostólica.

Un violento combate se trabó en mi alma. Afortunadamente vinieron en mi ayuda dos de mis amigos, los cuales me presentaron a su común confesor.

Este inteligente y virtuoso Franciscano fué durante años mi director espiritual y mi guía hasta la Iglesia. Me ayudaba por medio de sus fervorosas cartas, me proporcionaba buenos libros católicos y me explicaba cuanto me ofrecía dificultades. Y de este modo consiguió aclararme y hacerme comprensible, a mí, la protestante, la sublime y profundísima doctrina de la transubstanciación del pan y del vino en el santo sacrificio de la misa. Doblegué mi frente en humildad rendida y el 20 de enero de 1928 pedí la admisión en la Iglesia Católica y con firmísima convicción reconocí aquella fe que Nuestro Señor mismo enseñara.

En una magnífica metáfora compara S. Agustín al alma con una paloma que no quería volver al palomar abandonado, hasta que un fuerte gavilán la obligó a ello. También yo me sentía como una paloma que forzada por el poder del Espíritu Santo fuí llevada nuevamente a la Iglesia primitiva y original y a los pies de Cristo eucarístico.

ALEMANIA

7. RATIONABILE OBSEQUIUM

Dr. KARL THIEME

¿Por qué me hice católico? ¿Cómo contestaré esta pregunta? Bien pocas palabras diré en respuesta y son éstas: Hízome conocer el Señor que solamente la Iglesia Católica es la depositaria de la palabra de Dios y que sólo ella está destinada a predicar al mundo la buena nueva que Nuestro Señor Jesucristo nos trajo a esta tierra, el Santo Evangelio. El cristiano que llega a este conocimiento tiene la obligación gravísima de ponerse en camino hacia la casa paterna y su corazón debe estar lleno de gratitud si la Santa Madre Iglesia se digna recibirlo en su seno.

Cuestión más ardua de contestar resulta ésta otra: ¿Cómo alcancé el conocimiento antedicho? De esta pregunta surge una segunda: ¿Cómo llegué a la idea, y más aún, cómo formulé el propósito de ser un "verdadero cristiano"? Pero no dilucidaré esta cuestión, puesto que se trata de las experiencias más íntimas de mi vida y de circunstancias especiales que no entran en cuenta en la finalidad que me guía en el presente informe. Lo que sé y confieso es que nunca habría llegado a conocer la necesidad salvífica de la Iglesia, si con anterioridad no hubiese tenido ya la fe en Jesucristo y si no me

hubiera guiado la misma palabra divina, conforme a lo que dice el Evangelio de San Juan: "Quien quisiere hacer la voluntad de Éste, conocerá si mi doctrina es de Dios o si yo hablo de mí mismo" (VII, 17). Y comprendí que no sin razón decía San Anselmo: "Credo ut intelligam", lo que en otras palabras significa: creo para ser capaz de entender. En estas páginas no haré sino exponer la manera cómo este "entendimiento" de que nos habla el Santo se desarrolló en mí.

Podría decir que en 1919 este "entendimiento" se hallaba en su punto muerto. Estudiaba yo entonces en Leipzig. Mi visión espiritual del mundo era idéntica a la de cierto compañero de curso, joven de carácter singularmente simpático. Cuando hace pocos meses volví a encontrar a este compañero, me manifestó que su Biblia era el "Mito" de Rosenberg. No es que estuviésemos afiliados a una tendencia política determinada. Sin duda que si yo hubiese dado en hora propicia con este libro de Rosenberg le habría dado la misma importancia. Opinaba yo en aquellos tiempos que los católicos eran todos tan necios que no se podía tener trato con ellos. Y si a pesar de eso el primero y único drama de mis años estudiantiles trataba de Tomás Moro, era porque me intrigaba el asunto, cómo el hombre más progresista de su tiempo había podido dar su vida por la más burda y retrógrada superstición. Discurría yo así: Mediante trucos y engaños se le ha hecho creer en "milagros". Y precisamente estando en la cárcel maduró tanto su inteligencia que compren-

dió la imposibilidad absoluta de los milagros. Quedó tan anonadado con este descubrimiento que se sintió hastiado de la vida y murió con el ánimo y la serenidad de un sabio de la antigüedad.

Cuando hoy leo ciertas piezas teatrales que levantan gran polvareda, me acuerdo siempre de mi drama de estudiante y siento un dejo de compasión hacia aquéllos que ni cuando adultos saben lo que hacen. ¡Cuánto odio no tiene más origen que la más supina ignorancia! ¡Nada sería más errado que mostrar los dientes a los que nos muerden! Pero también sería una equivocación tratar de reducirlos a juicio mediante demostraciones de superioridad. En tales casos nada hay mejor que dejarlos librados a su propio arbitrio y a la gracia de Dios y tratar de evitar el peligro de contagio propio de tan maligna peste. Porque, tengamos en cuenta que no todos los que han bebido el veneno con la propia leche materna tienen la fuerza espiritual necesaria para contrarrestar sus efectos.

Siete años más tarde, en 1926, había logrado extirpar el mal en uno de sus aspectos. Mediante el estudio de la Iglesia primitiva, de la ideología de la Iglesia occidental y de la ciencia práctica de Ludwig Klage me había librado radicalmente de la orientación histórica y de la cosmología de la "ciencia" liberal. En caso determinado, me serviría todavía como piedra de toque de algunos hechos determinados de la tendencia abandonada. Pero ya no sería la piedra angular de mi edificio científico, porque para este servicio ya me parecía ridículo,

tan ridículo como los "santos pórticos" de Sarastro en las "flautas mágicas" de los dos masones Mozart y Schikaneder. Y nunca he podido comprender cómo esta "ciencia" todavía logra imponerse a tantos hombres de la generación vieja.

Cierto es que entonces ya comprendía que la teología es la reina legítima de todas las ciencias, con respecto a la cual las "ciencias" modernas obran como súbditos rebeldes. Pero más tarde volvió a ser también la filosofía el elemento de mi vida espiritual. Ya no era ahora aquel desordenado "idealismo" que me había hecho decir en 1923, remedando a Goethe: "Ser kantiano, aun en el puesto más humilde, siempre resulta muy hermoso." Adoptaba ahora precisamente la filosofía contraria a este sistema, la de Platón —la realista, no la nominalista— y ella fué el puente que me condujo a bordo de la escolástica.

Pero antes de llegar a ésta tuve que curarme de otra peste de la época. Desechada la superstición de la "ciencia" liberal, aun tuve que lidiar con otra mucho más necia y desenfrenada que había ido ocupando los sitiales de la anterior: la superstición que ponía a la "verdad" en dependencia de condiciones históricas y hasta geográficas y biológicas, es decir, el historicismo moderno. Esta teoría histórica moderna, que en su tendencia más exagerada se expresa en frases tan torpes como la siguiente: "Es absurdo que creamos hoy en Alemania en el mismo Dios que reconocían los judíos hace tres milenios en Palestina", esta teoría, digo, sólo tiene

vida posible en ambientes no-cristianos. El historicismo ha sido adoptado en nuestros días, aunque en forma más depurada, por no pocos católicos. Tal sucede, p.ej., cuando E. Michel habla del "espíritu completamente atado a las circunstancias" (situación en la cual naturalmente se hará recurso a aquella "responsabilidad ante Dios" que es infaltable). Pero, pregunto: ¿En qué terminaremos si todo "conocimiento de los contenidos de la fe católica" es proscripto como "seudocristiano"?) Si he logrado escabullirme del historicismo, al cual me había entregado en cuerpo y alma a pesar de todas mis protestas de cristianismo, lo debo sólo a ciertos hechos concretos de mi vida, de los cuales, como dije en un principio, no hablaré aquí. Pero fueron ellos los que me hicieron comprender que los mandamientos de Dios fueron dados para todo tiempo y lugar y de ellos aprendí que debe estar muy agradecido a Dios aquél que habiendo transgredido aquellas llamadas "beaterías", siente a tiempo la voz severa de su autor que lo llama al buen camino. En una palabra, de hecho fuí capaz de dar de mano al historicismo porque vi fracasada mi vida en el vano intento de "acomodar" los mandamientos de Dios a la época. Más tarde también rompería de teoría con el historicismo.

Pero a este punto sólo llegué varios años después de haber alcanzado un conocimiento sólido del privilegio de legitimidad de la Iglesia Católico-romana como Iglesia auténtica de Cristo. Porque en aquel entonces este conocimiento como tal no

tenía importancia alguna para mi vida personal, debido justamente a mi apego al historicismo. Reconocía yo a la Iglesia como madre de todos los cristianos, pero personalmente me creía ya hombre adulto y hallaba superfluas las andaderas de esta madre.

Pensando bien, en el sentido romano no era hombre todavía, sino "iuvenis", pues no tenía yo entonces treinta años. Pero sólo después que se ha pasado el umbral de los treinta años se nota cuán joven es uno y cuánta enseñanza aun se necesita. (Y hay quienes ni entonces notan esta falta.) Ni aun después de haber desechado mi historicismo y de haberme compenetrado del valor eterno de las verdades "antiguas" (en grado mucho mayor que el que exige el magisterio eclesiástico del católico que quiera merecer el nombre de tal), soñaba en salir de mi aislamiento para encaminarme a la Iglesia Católica. Había nacido en el seno del luteranismo evangélico sajón y en él había sido bautizado. Como miembro de esta iglesia me sentía obligado, como en cierta ocasión manifesté, a trabajar por la recuperación de la verdad católica y de la herencia de los antepasados. Pero esto solamente lo deseaba hacer marchando en las filas del movimiento evangélico pro unión con la Iglesia, al cual me había asociado ya en 1926 y en unión de socialistas religiosos, entre los cuales había figurado siempre como uno de los más entusiastas, y por fin, pero en último lugar, en el magisterio. Esperaba yo buenos frutos de este modo de

obrar y que contribuiría a reincorporar al tronco de la Iglesia la rama separada. Creía poder evitar el trance de la "conversión". No volveré a hablar aquí de los sucesos y las reflexiones subsiguientes, que en 1913 me hicieron comprender que había sonado la hora del regreso al regazo materno. Ampliamente he expuesto estas peripecias en el folleto que circula con el título "Cristianos evangélicos alemanes de camino hacia la Iglesia Católica".

Sólo agregaré en estas páginas que desde que había leído el intercambio epistolar de Adolfo von Harnack, el mayor teólogo protestante alemán, y no sólo a juicio mío, de los tiempos actuales, con Erik Peterson (publicado en "Hochland", XXI, 1, páginas 111 ss., Nov. 1932), había empezado a columbrar la situación insostenible del protestantismo después de la disolución del "territorio confesional".

Y ya antes me había dado cuenta de la absoluta inconsistencia y sobre todo de la cruel depravación de la doctrina luterana acerca de la completa abyección de la naturaleza por el pecado original. A esta conclusión llegué con la ayuda de la "Deutschen Bauhütte" (pág. 55 ss.: "Die deutsche Tragik"), escrito genial del más grande pensador cristiano post-protestante de habla alemana, entonces todavía católico inconsciente, Florens Christian Rang, y con la obra de Walter Benjamin: "Ursprung des deutschen Trauerspiels", escrita bajo el influjo de Rang. Aunque seguía sosteniendo todavía el "solo Cristo" luterano, ya sabía que al hablar de ello me refería a otra cosa que Lutero y que no comulgaba con su

herejía unilateral, a la que se había dejado arrastrar en el ardor de la lucha contra determinados abusos medievales de la Iglesia Católica, extirpados ya hace mucho tiempo. Además pude comprobar con clarividencia creciente que la teología evangélica ni siquiera en esta doctrina, que según su propio juicio es la que más la diferencia del catolicismo, es capaz de poder establecer límites que la separe del terreno de las verdades católicas. ¿Qué se ha de decir cuando por una parte, por ejemplo, los barthianos, los más competentes en materia teológica, conceden que la "contrarreforma" (luego no solamente la tan mentada Iglesia pretridentina), "ha incorporado admirablemente a su sistema teológico, gracias a la ayuda del tomismo y del agustinismo, la doctrina evangélica de la justificación?" (Gerlach, "Evangelische Theologie", I, 11, pág. 446, febrero 1935). ¿Qué se ha de decir, repito, cuando hombres como Gogarden y Brunner son declarados como semicatólicos (por Barth, en su polémica de Monte Pincio; véase: "Nein! Antwort an Emil Brunner", página 32 ss.), simplemente porque no desconocen que después del pecado del paraíso no ha sido aniquilada, sino que al menos perdura formalmente aquella "imagen de Dios", creada en el hombre por el Verbo eterno, Cristo? Y por otra parte, un conocedor tan experto de la teología reformista como Walter Köhler (para no hablar de otros teólogos menos competentes de esta misma corriente, como Wobberin, Shlemmer), escribe que precisamente la idea fundamental de Barth, su concepto de la reve-

lación es "agustinianomedioeval, pero no reformista", y que Brunner, en cambio, "se apartaba del catolicismo por su negación radical del concepto del mérito" ("Basler Nachrichten", 5 de Enero, 1935). ¿No es manifiesto el círculo vicioso? ¿No queda patente, tan pronto como se hace caso omiso de los escándalos posmedievales conocidos, y se fija la atención en el núcleo de la cuestión, que resulta absurda, si se quiere merecer siquiera el nombre de cristiano, toda tentativa de poner una barrera de separación con las verdades católicas, como sucedió en los casos de Barth y Lutero? ¿No es evidente que esto conduce a una reproducción caricaturesca de las doctrinas católicas, como Barth echa en cara a Brunner y como podría hacerlo también a Köhler?

Y no son pocos ni contados los que, como yo, se percatan de estos hechos. Pero con sólo advertirlo queda todavía lejos para ellos, como sucedió también en mi caso, la ejecución de la consecuencia lógica deducida; queda aún lejos, digo, la conversión a la Iglesia Católica, la única que enseña la verdad entera. Diría que es propiamente aquí donde comienzan a surgir las verdaderas dificultades psicológicas. No, no es la doctrina católica lo que mantiene alejadas de la Iglesia a innumerables personas que muy de corazón quisieran ser cristianas. Es antes bien cierto cuño, cierta característica de la vida católica lo que les hace tremendamente difícil, si no imposible, el rendirse sin condiciones a la evidencia absoluta y a la certeza sin

restricciones de la verdad católica. Es ésta la causa que les impide prestarle la obediencia de ninguna manera absurda y paradójica, sino muy puesta en razón, aquel "rationabile obsequium" que el mismo Apóstol de la fe proclama como exigencia de Dios (Rom. XII, 1).

Aquel cuño característico de la vida católica, que era en Alemania la raíz, muy cultivada, de parte de los interesados, a saber, "su romanidad", fué también para mí el último, y subjetivamente el mayor, de los estorbos en el camino hacia la Iglesia. Por eso este informe quedaría sin savia ni medula si no declarase con franqueza cómo había llegado a lo que yo llamaba "mis reservas antirromanas", y cómo de ellas me descarté en la misma Roma. Fueron hechos concretos que me parecieron sintomáticos, y por eso diré de ellos algo, no todo, en estas carillas. Fué ante todo el sonado caso de Wittig. En el verano de 1924, viajando por el sur de mi patria, puse por primera vez en mi vida mis plantas en un convento. Durante esta visita, un Padre con quien hablé breve rato de cuestiones religiosas, me recomendó el libro de José Wittig: "Herrgottswissen an Wegrain und Strasse" como muy apto para formarme un cuadro vivo de la fe católica. Aunque aquel librito no me causó mayor impresión, cuando en 1925 los escritos de Wittig fueron puestos en el Índice, me sentí picado por la curiosidad de leer sus obras. Y fué notable lo que me sucedió: cuanto más estudiaba el caso (lo seguí de cerca desde 1925 a 1930), a través de las obras que Wittig siguió

escribiendo, desde "Erlösten" hasta "Höregott", tanto más se enfriaba mi primer fervor por él y tanto mejor comprendía la justicia con que se le colocaba en el Índice, acto que no incluía todavía ninguna condena, y luego se le excomulgaba. Nunca he podido comprender cómo pudo él, siendo sacerdote católico, negarse a prestar el juramento reiteradamente exigido por sus superiores.

Como una tremenda confirmación de la autocondena de aquél que se separa del cuerpo de la Iglesia fué lo que leí en "Christlichen Welt", del 19 de enero de 1935, en el artículo de Martín Rade acerca de Wittig. Decía: "Informa" (Wittig en su prólogo a una nueva edición de su "Vida de Jesús"), "cómo su libro "Vida de Jesús" ha ido a ocupar en el Índice romano precisamente el lugar vecino al "Mito del Siglo veinte" de Rosenberg. ¿Con qué ojos se mirarán ambos? De noche se entregarán al coloquio. Y pese a toda separación, proclamaré algo positivo: "Ambos quieren poner de relieve lo divino en el pueblo alemán. Difícil será que otro que no sea Wittig llegue a ocupar punto tan avanzado." ¡Así había de terminar!

Esto más diré. Justamente por eso no me satisfizo, ni hoy todavía me satisface, la forma empleada en las decisiones, en sí justas, adoptadas contra Wittig. No es que pretenda disculpar lo que no tiene disculpa, ni que trate de poner sobre el tapete un asunto ya dilucidado hace mucho. No; lo digo porque sé que las dificultades subjetivamente más graves que un cristiano descarriado encuentra para

reincorporarse a la Iglesia estriban en la "conciencia herida". Y de esta herida vuelve a brotar la sangre a borbotones cada vez que se observa aquella infeliz combinación entre la atropellada acción de hombres exageradamente meticulosos de las esferas oficiales, y el inevitable automatismo burocrático impersonal en asuntos espirituales, tal como sucedió en el caso de Wittig.

Porque tan evidente como es para todo hombre de sano juicio la necesidad de una institución como el Índice de los libros prohibidos (ya reclamada con insistencia por Platón); así también debería ser evidente que no se escatimó esfuerzo para borrar hasta la impresión que podría hacer creer no haberse dado ocasión a un teólogo, antes muy buen creyente, de reconocer las exageraciones en que ha caído y de rectificarlas luego. Esta impresión, empero, se me grabó entonces, si bien no leí solamente los libros de Wittig, sino también revistas y diarios católicos (p. ej., desde 1925 leía "Rhein-Mainische-Volkszeitung" y "Hochland").

Comprendo que no puede haber razón suficientemente grave, ni errores humanos tan lamentables que puedan alejar a un hombre de la Iglesia visible, una, santa, por Dios fundada y dotada de los medios de salvación. Pero por la razón arriba indicada, he estampado al final de mi "Religiösen Besinnung" ciertas palabras quizás muy severas, inspiradas por mis "reservas antirromanas". Precisamente cuando hube escrito aquellas palabras con toda sinceridad y cuando, para gozo mío, las vi recibidas con bon-

dad e imparcialidad en esferas competentes, desaparecieron mis últimos titubeos. Si la Iglesia estaba dispuesta a recibir al que a sus puertas golpeaba como hombre de espíritu libre y nunca domado, sin pretender hacer de su corazón una guarida de criminal, ¿qué motivo me detendría ya alejado de ella? ¿Qué obstáculo detendría a un hombre de dar este paso, en vista de la disolución de la iglesia protestante, a cuyos miembros, aquél que conozca el verdadero estado de las cosas y no esté obligado por cargo o responsabilidad a perseverar en ella, no puede prestar servicio más provechoso que indicarles la única puerta de escape de aquel abismo de necesidades espirituales, precediéndolos en el camino a Roma?

Este camino me llevó a mi meta espiritual el día de mi conversión, el 20 de enero de 1934, en la iglesia de Ntra. Sra. de Leipzig-Lindenau. Pero después me dirigí también en persona a Roma, donde me despojé hasta de los últimos resabios de mis prevenciones antirromanas.

En inolvidables conversaciones que sostuve en el colegio de la iglesia alemana de Roma, Santa María dell'Anima, comprendí claramente que la culpa mayor de los sucesos que despertaban en nosotros aquel "sentimiento antirromano" era generalmente de los alemanes mismos. No es Roma la que se inmiscuye en nuestros asuntos, sino que somos nosotros los que por regla general y principio imaginamos a Roma entrometida en todas nuestras decisiones, cuando en realidad ella vive muy ajena a to-

do. Dejemos a Roma y veámonos a nosotros mismos; fijémonos en las flaquezas de nuestro carácter nacional. Adolecemos de una irresolución en el pensar, de un temor a toda responsabilidad que a nada se atreve; nos falta aquel valor cívico, defecto contra el cual ya Bismark descargó sus sarcasmos; y no en último lugar, tenemos desgraciadamente la propensión de combatir a nuestros adversarios de opinión no en lucha leal y franca, sino denunciándolos ante sus autoridades constituídas. Es ésta la inclinación que las autoridades del nuevo orden han denunciado muchas veces. Estos defectos nacionales, afortunadamente descubiertos y combatidos por el Estado nuevo, con su acción necesariamente retroactiva producen aquellos fenómenos que nos inducen al extremo de crear un complejo antirromano. Sucede en este caso lo que con nuestro liberalismo, que se había encastillado en una actitud contraria al Estado, no obstante haber descargado toda su responsabilidad en aquel mismo Estado. Nuestro sentimiento hostil a "Roma" no es, pues, en realidad otra cosa que nuestra mala conciencia puesta fuera de acción por falta de independencia interna. Para que desaparezca este sentimiento, no es Roma, no, la que debe cambiar; somos nosotros los que debemos combatir esta enfermedad anímica. El catolicismo alemán debe sacudir aquel complejo de inferioridad que le abruma desde la reforma, y que, sobre todo en los últimos decenios, lo ha menoscabado enormemente. A Dios gracias, el aspecto ha variado ya en nuestro mundo juvenil moderno.

Y esta experiencia feliz fué como el complemento positivo de mis conversaciones sostenidas en Roma. Si entonces me había quedado alguna raíz de mis prejuicios antirromanos, ahora, ante el espectáculo de nuestra juventud, desaparecían casi por entero mis temores por el porvenir de la Iglesia en Alemania.

La generación actual, empeñada en lucha heroica y sublime en defensa de su Iglesia contra las maquinaciones del neopaganismo, está alejada de la tentación de imaginar en el mundo riquezas y tesoros intelectuales mayores que los que posee la Iglesia. La juventud moderna ha rechazado ya la tentación de aquellos temores que ora la hacían recurrir al auxilio de las disposiciones de Roma contra tales peligros, ora la hacían clamar contra la severidad de Roma que impedía a sus hijos todo contacto espiritual exterior. Para la juventud católica moderna no es "Roma" el agente policial en cuyas manos se entrega con gusto al compañero de desorden, pero al que uno mismo rehuye. (No digo que haya sido así en todos los hombres de la generación vieja.) "Roma" es el padre bajo cuya tutela, que representa la Providencia divina, uno se sabe seguro, en cuanto es posible estarlo en esta vida. "Roma" es el Padre Santo que en su augurio pascual de 1934 ha dicho a los jóvenes: "¡Vuestra causa es la nuestra!" Y con esto queda dicho todo.

Tocaré sólo de paso otra cuestión, si es que desde nuestro punto de vista es dable opinar. Hablando de Roma, la Roma verdadera, no de la que

en nuestra ficción alemana nos hemos creado, cabe preguntar si en ella habría que introducir algún cambio, y en qué consistiría éste. Diría, en cuanto desde nuestra situación podemos juzgar, que en las decisiones de la Curia debería salir a relucir más, —entiéndase bien, más y no menos—, aquel antiguo espíritu imperialista, tal como lo representa personalmente nuestro Padre Santo de una manera admirable. Desde que no existe el Estado Papal en el sentido histórico, solamente una voluntad malintencionada y una calumnia perversa podría achacar de orientación política y mundanal la labor seria y fecunda del Papado por la extensión del reino de Cristo, causa por la cual tanto se trabaja en nuestros días. En todo caso, no será la juventud católica alemana la que caiga en este craso error. Ésta fué la experiencia feliz y admirable que hice después que hube tentado de someterme a Roma.

También pude comprobar que de ninguna manera está vedado a los católicos ni a los convertidos, contra lo que opinan los no católicos, el mantener sus sanas opiniones y aún el exteriorizarlas, en lo referente al aspecto humano de la Iglesia. Siempre he encontrado, con rarísimas excepciones, una cordial acogida de toda propuesta a favor de una "acomodación" modernizada y he comprobado siempre grandes deseos de mejoras y un oído siempre atento a insinuaciones provechosas, fruto de la conciencia de la autoinsuficiencia y del aprecio de consejos ajenos. Involuntariamente me acordaba de aquella abierta y franca benevolencia con que la

Iglesia antigua recibía con singular regocijo precisamente a las vocaciones tardías, como Pablo y Agustín, para nombrar sólo a los más notables. En realidad de verdad, la Iglesia obraba como el mismo Padre celestial para con los hijos descarriados.

No quisiera que estas mis palabras fuesen interpretadas como un ditirambo, y que se me incluyese en el número de aquellos conversos que, con perjuicio de la dignidad de su fe se exceden en sus alabanzas. Quien conozca mis publicaciones y las críticas que ha suscitado la mala interpretación de su fondo positivo, sabrá que nada es más ajeno a mi tendencia que el optimismo halagüeño, y que más bien corro peligro de ser excesivamente estricto en las formas externas de la Iglesia, ya que no con la Iglesia misma, y que no rehuso hablar con claridad cuando creo que así lo exige la íntegra conservación de la misión divina de la Iglesia.

En tales casos, pensando en las almas débiles que podrían sufrir escándalo, mido cada una de mis palabras. Desconfiando de mi propio juicio, consulto a católicos experimentados, sabios y dignos de confianza antes de dar a la prensa cualquier publicación. Sé que mi mismo estilo y mi decisión son pedagógicamente muy eficaces, pero no ignoro que las apariencias de cierta presunción y confianza propia son un poco irritantes. (Y creo que debe haber siempre de esta clase de hombres, que ante grandes dificultades se atrevan a proferir una "palabra apasionada". "Guardafrenos" siempre los habrá de sobra, y no sólo en las filas católicas.)

Y es ésta una de las experiencias felices que hice en la Iglesia. A pesar de tantos negros presagios, he hallado en ella plena comprensión de una libertad cristiana y que hoy, como en los siglos más gloriosos de su historia, siempre hay en ella espacio suficiente para moverse a gusto y discreción. Y esta experiencia consoladora la podrá hacer todo el que, en un espíritu de obediencia filial sin límites ni condiciones hacia la Madre infalible, levante su voz y hable con plena libertad y se exprese con sinceridad, aunque no sin cordura y prudencia.

Todavía he de agregar dos palabras muy importantes a este informe que, debido a la escasez de espacio, he tenido que estrechar mucho. He pertenecido al número de aquellos convertidos que llegaron a la Iglesia sólo por el conocimiento del deber de obediencia a Cristo, sin que para nada interviniese el sentimiento de una necesidad personal. En otras palabras, sabía que para salvarme no tenía más remedio que afiliarme a la Iglesia, pero estaba convencido que en cuanto a mi persona me las arreglaría también perfectamente sin ser miembro suyo. Siendo católico comprendí cuánta falta, cuán urgente falta me hacía el auxilio de la gracia divina, si quería cumplir de veras los mandamientos del Señor y si quería aligerarme la carga. Porque, están muy equivocados aquellos protestantes sinceros que creen que a los católicos se les hace más fácil el ser buenos cristianos a los ojos de su Iglesia que a los protestantes. (Lo cierto es que muchos, tanto católicos como protestantes, se

aligeran la carga ellos mismos.) En realidad la Iglesia exige mucho más de un católico, aunque también le da medios de salvación mucho más abundantes y eficaces. Y todo el que considera aquellas exigencias, las encuentra muy justificadas y las juzga como puestas por Dios mismo por conducto de su Iglesia. Y cuando el hombre a veces se siente débil para cumplirlas, al menos se encuentra en el estado de verdadera conciencia de esta su flaqueza concreta y de su necesidad de la gracia (y no de aquella necesidad vaga del luteranismo, tan cómoda para los hombres). De este modo al menos queda preservado del tremendo peligro de hacer virtudes de sus necesidades y de declarar verdes las uvas que están fuera de su alcance, es decir, de despreciar las "buenas obras" que le parecen difíciles de ejecutar.

Si bien hube de luchar por mi fe cristiana y por su plasmación mediante el amor, mi camino a la Iglesia estuvo, con todo, libre de combates espirituales, de dudas y reveses. Y me gozo en que mi fe no me haya costado esfuerzos excepcionales, sino más bien me haya fortalecido, permitiéndome el inmediato alistamiento en las filas de los soldados que la defienden, después que hube luchado por conquistarla. ¡Quiera el Señor bendecir el combate en que todos nos encontramos empeñados!

8. EL LLAMADO DE LA LÓGICA

P. Dr. EXPEDITUS SCHMIDT, O.F.M.

¿Cuándo nacieron mis dudas respecto de mi fe protestante? A la verdad, no sabría qué responder si tal pregunta se me formulara. Sólo recuerdo que desde que alejé mis pasos de la sencilla fe de mi madre profundamente creyente, nunca más volví a sentirme sosegado en mis creencias. Y crecieron mis dudas y aumentó mi escepticismo religioso con la lectura de un Moleschott y de un Büchner, cuyos escritos llenaban por entonces, 1870-80, las columnas de los periódicos científico-populares. Y si socavaron mis convicciones religiosas, no fueron ellos los que me dieron orientaciones nuevas.

Llegué a los años de enseñanza secundaria, y tampoco en los colegios encontró mi alma hambrienta el alimento sano y nutritivo que le hacía falta. Todo cuanto allí se nos decía de una voluntad salvífica de Dios me parecía un cuento mal hilvanado, una excogitación arbitraria y descabellada. Hoy diría con Goethe: "En las manos teníamos todas las partes integrantes, pero para constituir el todo faltaba la conexión espiritual." Lejos de mi intención el querer enrostrar algo a mis maestros de otrora; daban lo que podían dar, y más no se les podía exigir. Decía uno de ellos, con quien más tarde

intimaría mucho: "Sea como fuere, nuestra religión es la más verdadera." ¿La más verdadera? Esto expresaba nada más que un valor relativo, y lo que yo buscaba era el valor absoluto, la consecuencia única y necesaria.

En tal postración espiritual, ¿a quién se le ocurriría buscar en la Iglesia Católica una tabla de salvación? Jamás ni yo ni mis compañeros habríamos soñado encontrar allí lo que buscábamos. Para nosotros era ésa una Iglesia para retardados, para los retrógrados que se contentan con formas exteriores, en fin, era un cristianismo pasado de moda.

Era Hegel el que así hablaba por boca nuestra. Como la mayoría de los protestantes más o menos instruídos, éramos hegelianos inconcientes, para quienes ya no era materia de discusión lo una vez establecido y aceptado por el proceso dialéctico. Lo mismo, en nuestra preparación a la confirmación solamente de paso se mencionaba a la Iglesia Católica. En cambio, todo el odio luterano de mi profesor, por lo demás persona muy respetable, se desencadenaba en furiosa diatriba contra los heresiarcas Zwinglio y Calvino, compañeros de Lutero en la reforma, pero contrarios en doctrina al apóstata de Wittenberg. Y fué ésta la piedra de toque de mi fe. Empecé a reflexionar. ¿Cuál de ellos tendría la razón de parte suya? ¿Quién tendría la autoridad divina que todos se atribuían? Abierto el signo de interrogación, nunca supe contestarme la pregunta que hubiera sido la clave de la solución

en mi angustiosa duda. ¿Qué camino tomar en esta encrucijada tremenda? En la necesidad de tomar una resolución, lo que hice fué volver las espaldas a las tres. Y una incredulidad declarada fué el resultado positivo de las intrucciones de preparación a la confirmación. Al pronunciarse la profesión de fe en la ceremonia acostumbrada, me mordí los labios y permanecí callado. ¡Me era imposible mentir! Y a fe mía, que nunca habría representado esta farsa a no haber tenido gravemente enferma a mi madre. Esto me impidió por entonces cortar de una vez con el protestantismo. Por no disgustar a mi madre dejé correr las cosas por su curso; en mi interior, en cambio, me oponía a la confirmación. La antorcha de la fe ya se había extinguido en mi alma. Ya mis labios eran incapaces de balbucear una sola oración; la consideraba como un adefesio y la había desechado.

Como es de suponer, a nadie hablé de mis dificultades y evoluciones internas, aunque a ninguno habría causado asombro mi actitud. Fuera de mi madre tan piadosa, apenas había en mi familia alguna persona de vida interior más intensa. Pero, como una pesadilla, los problemas religiosos seguían atormentándome y si intentaba dar un paso por este camino, casi siempre era en sentido negativo.

Cuatro años más tarde el dolor había sazonado la sementera de mi alma. A mis puertas volvieron a llamar las preocupaciones religiosas con golpes repetidos y claros. Pero la oración huía de mis



Dr P. Expeditus Schmidt Ofm.

labios como el sueño de los ojos del enfermo. Subí las gradas de un templo protestante, y una especie de horror me hizo volver sobre mis pasos sin que llegara a las puertas. Como sonámbulo fuí vagando, y sin percatarme de ello di con una iglesia católica. Sus puertas, abiertas de par en par, me parecieron una invitación del cielo. Entré. Un sacerdote predicaba desde el púlpito. Escuché. Hablaba sobre el Evangelio de la pesca milagrosa de Pedro. El Evangelio era el que yo conocía, pero su explicación era una revelación para mí. Nunca los protestantes lo habían entendido así... tan bien. El sermón distaba mucho de ser una pieza maestra de oratoria sagrada, pero, llevaba impreso el sello de lo sobrenatural que conmovía y transformaba. "Es el espíritu de Dios el que habla aquí", no pude menos que decirme.

Una, muchas veces volví a esta iglesia; asistía a la santa misa, por más que no la comprendía, y allí me estaba, como mudo espectador, sin lograr elevar una plegaria al cielo.

Pasaron pocos días. Golpeé a las puertas del despacho parroquial. Expuse mis dificultades, a la vez que mis simpatías por el catolicismo. Pero, en un momento se me derrumbó todo el edificio que había construído sobre aquel sermón de la pesca milagrosa. Aquello parecía un desaire. Lo que yo esperaba era que se me recibiría con los brazos abiertos, y lo que recibía era una ducha helada. "No atropellamos en eso de convertir a la gente", me decía el párroco. Pero, eso fué decisivo

para mí. Mi deseo de conocer a fondo a la Iglesia se hizo irresistible. Veía que en absoluto era ella tal como nos la pintaban. Si ella fuese la verdadera, nada me detendría de agregarme al número de sus adeptos.

Menudearon mis visitas al párroco. De a poco a poco su trato fué cambiando y un día me dejó entre las manos un pequeño catecismo. Ya creía en mi seriedad. Por vez primera mi dura cerviz protestante debió doblegarse. La roca de Pedro resistió el embate de las olas y humilde la reconocí como "columna y fundamento de la verdad". Al principio estas pretensiones de la Iglesia me parecieron un poco presuntuosas. Para mí nunca había sido ella más que una de las muchas sectas cristianas. Pero, por otra parte, no dejaba de impresionarme vivamente el espíritu que reinaba en ella. ¡Era tan diverso del espíritu protestante! ¿Quién de los reformadores decía la verdad? Era una incógnita. En el catolicismo la doctrina era única y uniforme.

Por coerción moral me puse a estudiar a fondo a la Iglesia. Aun no era capaz de rezar; poco después, en un hospital católico, uniría tímidamente mi voz a las plegarias de mis compañeros de dolor.

Cada vez que me vuelvo para mirar el camino recorrido, no puedo menos de exclamar: ¡Cuán bueno fué Dios conmigo! Por vericuetos y encrucijadas la oveja había encontrado el redil, guiada por un buen pastor que el Señor en buena hora puso en mi camino.

Se comentaba entre la gente que sabía de mi conversión, mi terquedad frente a la doctrina de la autoridad divina de la Iglesia. Con la gracia del cielo salvé este obstáculo postrero. Las demás verdades ya no eran más que corolarios necesarios.

La lógica de la Iglesia Católica me había atraído a su seno, así como la falta de lógica me había alejado del protestantismo.

Contaba yo en aquel entonces 19 años, y jamás hasta el presente lamenté haber seguido aquel llamado de la lógica.

9. DE LUTERO Y HARNACK A LA INCREDULIDAD

PROFESOR ERNST M. ROLOFF

Múltiples procesos y evoluciones religiosas he visto desarrollarse en otros. Son infinitas, y a veces originalísimas, las causas que pueden hacer encontrar a un hombre el camino de la fe, o también extraviarle en las sendas de la incredulidad. Desde la cumbre de mis 67 años aprecio ahora en visión la obra secreta de la gracia que superando obstáculos me fué conduciendo a través de vericuetos de falsas opiniones hasta la meta de mi total desenvolvimiento religioso. La célula primaria y original del proceso genético de mi fe fué el hecho que voy a narrar a continuación.

Estudiaba yo teología en Leipzig. Tuve entonces ocasión de tratar muy de cerca al profesor doctor Cristóbal Ernesto Luthardt, autorizado e inteligente jefe del luteranismo ortodoxo (de la llamada "Escuela de Erlange"). Me dispensó el honor de emplearme en la redacción de su periódico "Allgemeine evangelisch - lutherische Kirchenzeitung", de mucho arrastre en aquella época. Con vivo interés asistía yo a las frecuentes conversaciones y consultas eruditas que el Profesor mantenía con sus colegas, el Dr. Francisco Delitzsch, el mayor he-

braísta de su tiempo y traductor genial del Nuevo Testamento al hebreo, y el eruditísimo y sabio doctor Gustavo Adolfo Fricke. En una de estas reuniones llegó a plantearse un problema religioso, cuya mención detallada no es del caso. Las opiniones divergían. Fué entonces el doctor Luthardt a su biblioteca, extrajo un volumen manoseado, hojeólo y a poco leyó una sentencia de Lutero. Fué esta cita el punto y fin de la discusión. ¿De dónde tal autoridad de Lutero, que transcurridos cuatro siglos su palabra aun sea respetada como un oráculo? Como un relámpago cruzó esta idea por mi mente, y pensarlo y formular la pregunta de viva voz fué una misma cosa. ¡Miradas de reproche de todos los ojos! Unas palabras de benévola chanza de parte del paternal Dr. Luthardt fué la única contestación que recibí. Para ellos la escena concluía ahí; a mí, en cambio, se me abrían con eso nuevos e ignotos horizontes.

Nunca las sabias exposiciones y magistrales lecciones del Dr. Luthardt llegaron a disipar las tinieblas y la confusión suscitadas en mi alma por la reciente lectura de las dos Vidas de Jesús aparecidas poco hacía, la de Bernardo Weiss (1882) y la de Wilibaldo Beyschlag (1885). El resultado de mis estudios en Leipzig fué una desilusión desastrosa. Lleno de esperanzas había llegado a aquella ciudad, centro y corazón del luteranismo. Con celo fervoroso me había dedicado a su estudio y sólo había cosechado el desencanto y la intranquilidad. En la desesperación de mi naufragio extendí el

brazo hacia lo que creía tabla de salvación. ¡A Berlín!, fué la resolución que tomamos un amigo y yo. Me ilusionaba con la idea de que en la forma más moderna del protestantismo hallaría la continuación más perfecta de la reforma. Y di un adiós eterno al luteranismo ortodoxo.

Lo que me atraía a Berlín era la figura deslumbrante del colosal innovador Adolfo von Harnack, llamado recientemente de Magdeburgo. Una palabra decidida del joven emperador había puesto fin a las largas discusiones que se libraban en pro o en contra de este llamado. Desde aquella su lección inaugural, en octubre de 1888, solamente por fuerza mayor me resignaba a perder alguna de sus clases. No cabía imaginar mayor contraste que el existente entre Luthardt y Harnack. Mientras el primero, con un dejo de compasión, pasaba por alto toda objeción contraria y rehuía el cuerpo a toda opinión discordante, Harnack buscaba la lucha. Era un revolucionario de gigantescos proyectos, y sin consideraciones ni prejuicios lo sometía todo al examen de la crítica. Ciegamente me aferré a ésta que creía áncora de salvación, y me sentía muy honrado por ciertas relaciones personales que nos ligaban. Sobre todo sus exposiciones acerca de la historia de los dogmas ejercían sobre mí un atractivo de imán. Hacia el fin del tercer año de mis estudios en Berlín apareció el tercer tomo de su célebre "Lehrbuch der Dogmengeschichte". Leílo con ávido interés, influído por el teólogo racionalista profesor Enrique Holtzmann, convencido de antemano de

encontrar el libro "como la exposición muchas veces conmovedora y emocionante de la evolución del mundo de las ideas del Nuevo Testamento a través de un siglo, después de haber desembocado en el revuelto torrente del helenismo popular".

Y pese a ello, en mi alma seguía viviendo y germinando la semilla del disconformismo y de la oposición contra esta nueva orientación. Mi ideología filosófica se resistía a la hipótesis de la ininteligibilidad de toda verdad trascendental, ni podía resignarse a entrever un peligro en toda especulación metafísica, ya que de este modo jamás se llegaría a algo positivo y cierto ni acerca de Dios ni de Cristo. Me rebelaba contra la idea de ver en Cristo sólo una figura histórica descollante y de tener a las verdades y principios del cristianismo únicamente como elucubraciones de la conciencia subjetiva o como actos de la voluntad humana. Si Albrecht Ritsch, el maestro de Harnack, desechando todo dogma, ponía definitivamente la religión en un mero y exclusivo aspecto práctico del espíritu humano, conservando del cristianismo no más que "el fiel cumplimiento del deber diario de cada uno, santificado por la fe en la Providencia de Dios, quien, sin exigir la muerte de un redentor y medianero como víctima expiatoria, reparte a manos llenas la gracia del perdón por los pecados de ignorancia", si tal maestro, digo, esto enseñaba, por adelantado y a ojos cerrados preveía yo que aquellas ficciones no llenarían el mar sin fondo de mis ansias por la verdad.

Ya entonces se planteaba en mí el conflicto que en 1892, con el nombre de "Apostolikumstreit", levantaría tanta polvareda. Ya entonces preveía la profunda discrepancia entre la teoría teológica Ritsch-Harnack y su realización práctica en el ejercicio del ministerio espiritual o pedagógico de sus adeptos. ¿Podía yo atenerme al Credo Apostólico, cuando, en opinión de ambos teólogos y pensadores, estaba él en disonancia con la enseñanza primitiva de la Iglesia? ¿Cómo salir de este laberinto? ¿Volver a Lutero? Imposible, porque en el correr de los años había perdido por entero el respeto a su autoridad. Ante este dilema, dirigí mi angustiada mirada en derredor, escudriñé por mil sendas, pero ni por asomo se me ocurrió pensar en la Iglesia Católica. ¿Qué hacer? Una a una habían caído todas las hojas del árbol de mi fe, y resolví volver las espaldas a Berlín, la ciudad que me había atraído como una aurora de esperanzas; la abandonaba con la desesperante convicción de que en vez de la verdad buscada había dado con la más espantosa incredulidad. ¡Ya el árbol estaba sin hojas!

Para tener un sedante en el hondo drama de mi espíritu, y evitar que las olas de dificultades dieran conmigo en el escollo de la negación total, además de la teología, me había dedicado al estudio de la filología clásica, y poco después del examen de teología di también el de filosofía. Dada mi actitud negativa hacia el dogma, es natural que no me dedicara al ministerio espiritual. Durante

dos años y medio estuve como maestro en una casa distinguida de Neumark. Una escuela dominical que había fundado, copiada de las vistas en Berlín, me conquistó el más halagüeño de los éxitos exteriores, llegando a juntar en poco tiempo unos 60 niños de ambos sexos. En apariencia la vida me sonreía con el triunfo, pero las dificultades internas crecían y me abrumaban.

Lo mismo me sucedía cuando, como teólogo que era, daba clases de religión en una escuela del Estado. Las zozobras espirituales iban continuamente en aumento. A estas clases me preparaba siempre con el más escrupuloso esmero. Tenía para ello un motivo que conceptúo muy fundado en razón. Es la religión una materia que por todos los medios posibles se ha de hacer agradable y atrayente al corazón tierno de los niños, para que de veras la lleguen a amar, de lo contrario se educará una generación incrédula y hostil a la religión. Para conseguir lo primero había establecido en los cursos superiores unas clases de conversaciones sobre temas religiosos, a las cuales daba suma importancia. En estas horas los alumnos me exponían todas cuantas dudas y dificultades sentían en la materia. ¡Bien conocía yo por experiencia el bien inmenso que pueden causar en un alma tales consultas y confidencias! Mas, al aliviar los corazones de estos jóvenes y al resolver sus dificultades, me iba enredando yo mismo en una malla cada vez más resistente y fina. Pero, me consolaba con el bien que hacía, porque habría sido muy injusto y

cruel si a estos retoños delicados los hubiese hecho partícipes de mis luchas y dificultades.

Así seguí bregando durante varios años. Como azotado por incontenible alud, se había desmoronado el edificio de mi fe. A mi vista sólo quedaban los escombros, el vacío, la nada. De todas mis creencias ya nada quedaba, sino la fe en la trascendencia moral de la "filosofía del Sermón de la Montaña".

Y lo peor del caso era que no tenía yo a quien confiar mi estado de ánimo. Sólo mi madre, que vivió como el más leal de los amigos. Murió en octubre de 1896 con la muerte de una santa, cumpliéndose en ella lo que con mucha verdad decía S. Agustín, que muchos semejan estar fuera de la Iglesia cuando en realidad son miembros vivos de ella, y viceversa. A partir de aquel día fué completa mi soledad. Sabía de cuánto alivio podrían serme las confidencias y el desahogo con los amigos. Recordaba que cuando era estudiante en Berlín me decían mis compañeros, al verme acongojado: "¿Cómo estas tus dudas teológicas pueden afectar a tu fe? ¡La fe es absolutamente independiente de toda ciencia!" Confieso que en mi cortedad aun hoy persisto en la convicción de que el edificio de la fe carece en absoluto de solidez y está amenazado de ruina si sus cimientos no descansan en la piedra inconmovible de la teología.

El tema de este escrito me exigiría todo un tratado de dogmática, o mejor dicho, de apologética, cosa imposible cuando lo que se me exige es bre-

vedad y concisión. Pero, estoy llegando al nudo de mi drama.

En el colmo de mi angustia recibí un día la visita de un amigo católico, antiguo compañero de estudios en Berlín. Como médico que era, de inmediato notó un gran desmedro en mí y con insistencia indagó por su causa. ¿Le declararía a él, al católico, la quiebra de mis creencias? Me resultaba humillante y violento, pero lo hice. Inútilmente había tratado de apagar mi sed en las turbias y encontradas corrientes protestantes; el agua viva no estaba allí. "—Pero, díme, ¿has leído alguna vez un buen libro católico?", fué la pregunta que me dirigió mi amigo. Siempre lo había considerado como una cosa vana, como una pérdida de tiempo. Para todo protestante esto equivalía a rebajarse a un nivel inferior. No se me ocultaba que en este prejuicio había una dosis abundante de injusticia e ignorancia. ¿No eran católicos, genios como Miguel Ángel, Rafael, Mozart, Haydn, Beethoven, Eichendorff, Brüchner, Pasteur? Y no vacilé en pedir a mi amigo qué libro me recomendaba. Prometió enviarme de inmediato desde Berlín un ejemplar de "Symbolik" de Adán Möhler. Con ansias febriles me entregué a la lectura de este libro clásico. Comprobé que en profundidad científica no era inferior, ni mucho menos, a cualquiera de los mejores libros protestantes, quitándoles sin disputa la corona en la síntesis armoniosa admirablemente perfilada.

Pero, incalculable era todavía la distancia entre esta lectura y la verdadera conversión. El dique,

empero, ya estaba roto, quebrada la barrera y los libros católicos habían conquistado mi predilección. En su elección encontré un guía experto y seguro en la revista "Pastor Bonus", fundada en 1889 por el profesor Dr. Einig, en Tréveris. Por su intermedio me familiaricé muy pronto con la literatura católica que hasta hacía poco había sido selva virgen para mí.

Lo que más me prendaba de estas obras era la admirable uniformidad invariable sobre la cual fundaban sus exposiciones y raciocinios siempre concordes entre sí. A pulmón lleno volvía a respirar en estos libros católicos el aire de aquella paz de mi niñez, perdida en Berlín en medio del mundo de crudo subjetivismo, rebelde a toda traba y freno, de los periódicos protestantes modernos, y en medio de la anarquía caótica de los sistemas filosóficos de nuestra época.

Levantándome de la postración de la derrota, tras un sereno estudio prolongado por varios años, había rehecho el baluarte de mis creencias. Un amigo, conocedor del proceso evolutivo de mi conversión, diría de él años más tarde que había seguido el desarrollo más lógico y consecuente que imaginarse pueda. Este amigo era el Padre Franciscano Jeiler de Quaracchi, de Florencia, célebre por su edición de las obras de San Buenaventura, calificada por el mismo Harnack como obra clásica. Y no era pequeña la satisfacción que me producía la comprobación de la proximidad de mi complejo religioso a la fe de mi hogar paterno.

Pero, si no invencibles, muy grandes eran las dificultades que todavía me saldrían al paso. Una de ellas era la imposibilidad de comunicarme con un católico instruído, cercado como estaba de protestantes. Una sola vez, cuando trabajaba en Brunswick, me atreví a ir a una iglesia católica, y esto lo hice muy de mañana. Este acto me valió una severa reprimenda de parte de mis superiores que llegaron a saber el caso y calificaron mi actitud como incomprensible.

Pero, esta dificultad desaparecía junto a otra que me martirizaba y que provenía de aquellas mis clases de religión. La materia de clase me ponía en continuo apuro y desasosiego. Y el mal llegó a complicarse, huyó el sueño de mis ojos y recrudeció de tal modo una antigua dolencia de garganta que casi me quedé afónico y sólo con grandes esfuerzos podía ejercer el magisterio. ¡Únicamente una resolución heroica podía ponerme a flote en este mar de dificultades! ¿Qué camino tomar?

Como una promesa de dicha me llegó entonces una oferta de mi amigo el Dr. Weser, pastor de la iglesia de María de Berlín. Me ofrecía por un tiempo más prolongado la dirección provisional de la escuela alemana de El Cairo. ¡Qué más deseaba! Con permiso de mis superiores acepté el ofrecimiento y con alegría di parte de mi próximo viaje a Egipto a mis amigos y conocidos.

Una de mis primeras preocupaciones al llegar a El Cairo, fué entablar relaciones con varios sabios religiosos católicos. Mi predilección fué por los

Franciscanos y ellos serían quienes más tarde me encaminarían por la senda de la verdad. También en Jerusalén, donde estuve entregado a estudios durante muchas semanas de las vacaciones, fruto y compendio de los cuales es mi libro "Im Lande der Bibel" (Berlín, 1922), establecí trato íntimo con varios Franciscanos. ¡Por primera vez sentía la dulzura de la fe! Ya la cuesta escarpada estaba vencida. ¡Un paso más y llegaría a la cumbre anhelada respirando a pulmón pleno los aires vivificantes de la verdad total! Sólo me faltaba una persona capaz de sondear mi situación y abrirme las puertas del redil.

Y este pastor amable y bueno lo hallé de modo casi maravilloso. Era en abril de 1899. Regresaba a Europa. Recostado contra la borda sobre la cubierta del "Semíramis", miraba con distraída curiosidad los pasajeros que iban subiendo a bordo. De repente salí de mi actitud pasiva. ¡Subía una venerabe figura en hábitos franciscanos! No sé por qué, pero su vista me causaba una singular impresión y una especie de idea fija me iba repitiendo: "Ésta es la persona que buscas." En la lista de pasajeros figuraba como el P. Bernardo de Roma. En la mesa éramos vecinos y muy pronto entablamos conversación. Durante los tres días que duró el viaje fué mi constante compañero y yo no me apartaba de su lado. De Brindis iría el Padre por vía férrea a Roma. Había estado como visitador de su Orden en Egipto y Palestina; al año siguiente sería obispo de Neri y Sutri.

Al despedirme en Brindis era media noche. En la oscuridad me entregó su tarjeta, invitándome a que lo fuera a visitar en Roma. Yo seguía viaje a Venecia y una vez acostumbrado al clima europeo pasaría a mi patria. Un frío intenso e inesperado me obligó a retroceder hasta Florencia. Ya a sólo cinco horas de Roma, me decidí a seguir viaje a la Ciudad Eterna para visitar al P. Bernardo. Le expondría mis dudas, mis dificultades, mi estado psicológico, pues, de esto no le había confiado palabra durante el viaje.

Iría a verle... Su tarjeta decía... ¡La había perdido! ¡Ni el nombre ni el domicilio sabía! Tras larga búsqueda encontré que mi amigo era el Padre Bernardo Döbbing, que era natural de Münster y que en la actualidad residía en el convento de San Isidro de los Franciscanos irlandeses, sobre el Monte Pincio.

Su alegría fué grande al volver a verme, pero mayor fué su asombro al oír que yo era protestante. Después de una hora de conversación, concluyó: "Si usted está realmente convencido de cuanto me lleva dicho, entonces es usted ya católico y debe obrar como tal." Con eso y todo, trató de diferir en lo posible el paso de mi Rubicón. Y hago mención especial de este rasgo, porque entre los no-católicos está muy propagada la falsa opinión que la Iglesia atropella cuando se le presenta el caso de una conquista espiritual valiosa.

Durante cuatro meses siguió instruyéndome el sabio sacerdote. El 29 de julio de 1899, en la

capilla de la casa de conversos, presentes solamente el P. Döbbing, el amigo de éste, arzobispo Monseñor Monstantini y el director de la casa, Mons. Onesti, hice mi profesión de fe y recibí la primera santa comunión.

Traslad́eme luego por algún tiempo al convento S. Isidoro, de mis amigos los Franciscanos irlandeses. Prestaba allí servicios de organista y de este modo tuve ocasión propicia para interiorizarme rápidamente en la liturgia católica. Durante cuatro semanas me encerré en una clausura estricta, sin poner pie fuera del convento. Ni siquiera atendía mi correspondencia. ¡Por fin, tras penosa refriega, había conquistado la paz! ¡Qué consuelo me daba la santa comunión, echada de menos durante toda mi vida! Con fundada razón lamentaba Goethe que la confesión era algo "que no se nos debería haber quitado". Lutero mismo decía en sus postreros años que la confesión era "una cosa preciosa y excelente y sumamente provechosa". Este tesoro ya estaba en mi poder y con emoción profunda me acercaba a aquella otra fuente de riquezas y de vida, la santa comunión, este privilegio incomparable de los católicos.

Muy instructivo y provechoso me fué también el trato con los Padres, sobre todo con los jóvenes que eran más dados. En conversaciones diarias me introducían en todas las prácticas y costumbres católicas. Veía a las claras que con la conversión había dado solamente el primer paso; tenía aún

mucho que andar hasta llegar al conocimiento perfecto de la religión.

Y mientras yo llevaba una vida descansada, lejos del ruido mundanal, la prensa hacía los comentarios más variados. Por medio de un indiscreto había llegado la noticia a los diarios, que traían los comentarios más caprichosos. ¡Una lluvia de cartas de amigos, conocidos, discípulos! Da pena ver la incomprensión, hasta en personas eminentes e inteligentes, para todo cuanto sea católico. Ni que hablar de otros, malintencionados y enemigos de toda religión. Y esta actitud hostil al catolicismo es fruto de la ignorancia más crasa. Contestaba yo a todas las cartas que me llegaban, muchas de ellas sinceras y sentidas. Tres eran los epítetos de moda contra los convertidos: locos, interesados, románticos. A mí me tocó el tercero. Se hablaba de una niña muy adinerada, sobrina de un cardenal, relacionada a mi conversión. A muy pocos les resultaba comprensible que un hombre, hasta ahora tenido por honrado y serio, hubiese llegado al catolicismo después de diez años de ardua investigación científica, y que en consecuencia este hombre no era tal como se le desfiguraba en las charlas. Más tarde, sí, todos sin excepción volverían a mostrarme buena cara.

Las objeciones que se me hacían eran en su mayor parte muy superficiales, de modo que sin dificultad daba en tierra con ellas. Así decían: "La fe no se cambia como la luna." ¡Muy conforme con ello! Mísero aquél que tan poca constancia

tuviese. Pero, no son ni los más sabios ni los más dignos los que contra viento y marea persisten siempre y en toda ocasión en su juicio considerado como infalible, porque de lo contrario no habría adelanto científico y ni la reforma misma se habría llevado a cabo.

Otra objeción me echaba en cara mi infidelidad a mis tradiciones familiares. Esto me recordaba una frase chispeante del Conde Federico Leopoldo de Stolberg. Decíale un día con disgusto Federico Guillermo III de Prusia: "No tolero a los infieles a la fe de sus padres." "Somos de la misma opinión, Majestad", respondió al instante el Conde, "y por eso he vuelto a la fe de mis antepasados." ¡Cómo hablar de tradiciones familiares en las creencias religiosas! El famoso historiador W. H. Riechl, decía al respecto: "¿Por qué soy protestante?" Y contestaba: "Porque lo fueron mis padres". Tal criterio ya lo condenaba Confucio al decir: "Conocer la verdad y no ponerla por obra es cobardía."

Por caso fortuito puedo reconstruir la genealogía de mis antepasados hasta el año 1483 y me alegro de verme enlazado y unido a mis ascendientes en una y misma fe. Para llegar a esto, cierto es, he tenido que sufrir mucho, hasta de parte de ciertos católicos. Pero, loado sea Dios por todo esto y lo mucho que aquí no puedo decir. En muchas cavernas he buscado mi tesoro y lo he encontrado en una montaña donde menos lo esperaba. ¡Feliz aquél que en vida tranquila y apacible va por la senda de la justicia y de la verdad! ¡Pero,

doblemente feliz aquél que por caminos escarpados y selvas oscuras ha llegado a la luz de la fe! Agradezco al Señor por haberme extraído del mar de tinieblas para colocarme en el reino de la alegría y de la luz. Agradezco al Señor por haberme hecho conocer las verdades infinitas que proclaman cielos y tierra.

10. VANIDAD DE LA FILOSOFÍA

Dra. FANY IMLE

Desde niña fuí amante de las ciencias abstractas, y me caracterizaban un vivo amor a la verdad y una gran curiosidad por lo sobrenatural y metafísico. En mis estudios, las ciencias prácticas ocupaban el segundo plano, llevándose la preferencia las especulaciones. Los libros filosóficos fueron mi lectura predilecta, y los había en gran número en la biblioteca de mi casa paterna. En mi ciudad natal tuve ocasión de estudiar a fondo el protestantismo. Religiosamente ortodoxo, empero, no lo era nadie en mi casa, y yo misma distaba mucho de serlo. Para mí la religión no era más que uno de tantos sistemas filosóficos, ciertamente uno de los más dignos de consideración y estudio. Horas y horas me abismaba en la contemplación abstracta de los atributos divinos, del misterio de la Santísima Trinidad, de la doctrina de la gracia; pero, la aplicación del dogma en el terreno moral, y ante todo la piedad sentimental que de ello derivaba, me infundía una repugnancia casi invencible. Esta aversión llegó a su grado extremo durante la temporada que estuve en el internado de Herrunter.

Fué en esta época cuando me di cuenta exacta de lo descabellado de la doctrina protestante. Una

perpleja desorientación me invadió cuando por aquel entonces comenzó la preparación a la confirmación y primera cena. Y no era para menos. En cadena interminable se nos había expuesto mil sentencias y opiniones sobre el sacramento del altar. Todas tenían sus adeptos, todas creían enseñar la verdad. Cada una de nosotros podía elegirse el sistema que le gustaba, o bien podía interpretar los misterios a su gusto. Allí no había una norma fija, no había verdad. Y así la llama de piedad sencilla y el anhelo de mi corazón infantil por unirse a Dios, quedó sofocado por la investigación científica y los deseos de verdad. Acerquéme por vez primera a la mesa eucarística, sin convicción interna, y fué ésta también la postrera en toda mi juventud protestante. Consideraba este acto como una ceremonia usual en el paso de la niñez a la juventud. muy pronto después de la confirmación vi claramente que me esperaba una tarea de las más arduas en la vida: la forja de mi ideología, de mi "visión del mundo", que preveía apartadas de todo cristianismo y hasta de todo concepto teístico.

Entre todas mis compañeras protestantes constituía yo una excepción por algunos conocimientos que tenía del catolicismo. En trato con varios sacerdotes católicos había llegado a conocer esta doctrina en sus aspectos más atrayentes, y durante algún tiempo había manifestado abiertas simpatías por ella. Hasta me había mezclado varias veces, a escondidas, entre los niños del catecismo. Lo que allí oía ciertamente me parecía más uniforme y completo

que lo que enseñaban los protestantes, pero con todo lo juzgaba ni digno ni adecuado para constituir la "visión del mundo" de una persona instruída, libre de prejuicios y pletórica de ideales juveniles.

Como a tantos no-católicos, también a mí me encantaban aquella majestad y singular hermosura de la liturgia de la Iglesia. Pero ya en aquel entonces me repugnaba el ascetismo frío y vacío, y para la elección de mi religión o la formación de mi ideología nunca entraría en cuenta el efecto tierno o sentimental.

Con ansias de saber y con voluntad resuelta de vencer las pequeñeces de la vida, pero religiosamente descaminada y ciega, sin norma fija, así equipada me lancé a la vida. ¿Mi ley moral? Un principio único admitía yo: hacer y aceptar decidida y heroicamente todo cuanto me pareciera bueno y verdadero, lo que equivalía al propósito de no sacrificar jamás lo grande y sublime a lo bajo y deleznable. Era ésta sin duda una idea que tenía como meta el heroísmo, plasmando en mí el amor por todo lo noble, pero no dejaba de ser también una pendiente muy resbaladiza.

En mis estudios podía entregarme por entero y sin preocupaciones a la filosofía, ya que ni me gustaba el magisterio, ni tenía necesidad de recurrir a una profesión. Completaría los estudios filosóficos, a los que mi inclinación me llevaban, y dado el caso los aprovecharía a cuenta propia o en círculo de eruditos. También me interesaban las ciencias históricas, pero siempre les atribuí una

importancia menor. Saber la verdad era mi aspiración suprema, y para conocerla me confié sin restricción a los grandes pensadores antiguos y modernos. ¡No lo hubiera hecho! ¡Coseché aquí la desilusión más amarga de mi juventud!

Con pujanza arrolladora se había impuesto en aquellos tiempos en la filosofía la corriente de la psicología experimental, primando el empirismo material en toda especulación mental. Como en una vitrina de fósiles y museo de antigüedades se arrinconaba con indiferencia todos los conceptos absolutos, inmutables, eternos, para irradiar desde las cátedras la experiencia biológica y materialista.

Con dolor contemplaba yo tal mutación de valores y veía en actitud de oposición esta desvalorización arbitraria. Decaída así la filosofía, entreguéme al estudio de la sociología, economía política y filosofía del derecho. Estas ramas del saber inauguraron nuevos horizontes en mi visión de la vida, conocíla en su realidad y palpé de cerca el problema de la clase obrera. La miseria, y más aun las aspiraciones sociales y culturales de la masa me arrebataron en su corriente y a brazo partido emprendí la lucha por sus ideales. Y, conforme a mis fuerzas, fomentaba la revolución social, propia de nuestra época y de cerebros arrebatados por entusiasmos juveniles.

Sin duda tomaba yo estas cosas mucho más en serio que la mayoría de mis compañeras de ideas, puesto que yo en esta brega buscaba algo que me hiciera las veces de religión, bien que nunca llegué

siquiera a vislumbrar una centella de verdad en esta empresa. El panteísmo superficial y vacío que impregnaba este ambiente no llegó a producir en mí una impresión más honda que la que nos puede causar una poesía inspirada o un canto melódico. Lo consideraba como una ideología cómoda, capaz de servir de entretenimiento al espíritu despreocupado de la juventud. Como sistema de filosofía me parecía huero y sin consistencia. Con un suspiro de resignación fatal me decía: "Jamás hallaré la fuente de aguas cristalinas donde pueda saciar la sed de mi alma." ¡Nunca hallaría el sosiego, la paz tan buscada! ¿Qué hacer, pues? Cerraría los ojos ante este abismal vacío, viviría por vivir y si posible fuese, sembraría un poco de dicha en la vida de otros.

Y mi espíritu, aunque ciego, tanteaba en la oscuridad. Topó con el marxismo. Me ilusioné una vez más, pero fué sólo un sentimiento pasajero. El materialismo histórico, que servía de base a este sistema, me era una espina. Trataba de disculparlo como una reacción material, como un clamor por la justicia económico-social y por reconocimiento del derecho universal al desarrollo y progreso. Pero a la vez me infundía un pavoroso sobresalto, que me lo hacía considerar como la más estrecha concepción de la realidad de la vida. Para que tal mutilación horrorosa llegase a constituir el implemento de la religión, ¡qué inmenso piélago de dolor y miseria debía mediar entre las márgenes opuestas! ¡Cuánta degradación significaba eso en un

pueblo, cuánta opresión injusta y qué abuso de la autoridad!

¡Ah! ¡Si cual un mesías, un enviado de la dicha, hubiese podido dar a este mísero pueblo una migaja del pan de verdad que engendra la felicidad! ¡Pero, si yo misma desfallecía de hambre espiritual! Veía sufrir a la masa, y con toda mi filosofía no era capaz de enjugarle una lágrima, de aliviarle en un mínimo su carga. ¡No, esta mi filosofía era una cosa sin fundamentos, era incapaz de gobernar una vida! ¿Cómo iba a merecer fe a los ojos de nadie? Y palmariamente vi que la ciencia sola es un edificio construído sobre arena, que la ciencia no puede servir de norma moral sino como coronamiento de la fe sustentadora. Diariamente me lo demostraba la experiencia en los que me rodeaban.

¡Se necesita la fe, no basta la sola ciencia! En toda su dolorosa desnudez me hería esta realidad, al verme arrojada desde el nimbo ideal de mis estudios a la intemperie de las pequeñeces y miserias de la existencia. ¡Ahí estaba la vida, dura, inexorable, cruel! También palpaba el alma juvenil e idealista del pueblo, la miraba cara a cara. Me veía hundida, aplastada como ella, y fijos los ojos en los suyos, con la proximidad, perdía la perspectiva de su grandeza para detenerme en sus pequeños defectos. Me veía pobre como esta masa popular. Como ella carecía de ideal... como ella caminaba sin rumbo ni meta... porque como ella... carecía de fe. ¿Y qué fe iba a tener? ¿Qué creer? ¿A quién?

Fué esta mi segunda gran desilusión. Tenía 20 años. En los ocios que me dejaban mis labores sociales, económicas y políticas, volvía a sumirme en los problemas de la filosofía pura. Ya no era el interés científico el único móvil para estos estudios. No, lo que buscaba era una orientación religioso-moral, una solución de los problemas y anhelos de mi alma y la del pueblo.

Mis estudios sociales me pusieron entonces en contacto con círculos de obreros católicos. Y no es que me arrebatase su modo de pensar y trabajar; al contrario, no pocas veces encontré aquí menos pericia y conocimientos positivos, y muchas, menos firmeza de convicciones y creencias. Lo que me llamaba la atención en esta gente sencilla y buena era la uniformidad espiritual y moral, reflejo de sus creencias en una autoridad sobrenatural del magisterio eclesiástico. ¿Sometería yo sin más ni más mi juicio a la autoridad de este magisterio de la Iglesia, que se decía infalible? No, antes estudiaría sus dogmas, haría un análisis de sus enseñanzas, lo sometería a la crítica filosófica, como siempre había hecho con todo sistema de filosofía.

Sin prejuicios, con la más absoluta imparcialidad, me puse a examinar las doctrinas católicas. Debo confesar que, no obstante sentirme subyugada por su sublimidad espiritual, por su lógica impecable, por su sistematización perfecta, me dominaba cierta antipatía personal contra el catolicismo, máxime contra la piedad católica. Pero, mi resolución más firme era no hacer entrar en cuenta en este

examen ni simpatías que me inclinaran a aceptar, ni antipatías que me hicieran desechar la religión.

Pero, entre la convicción científica y la conversión al catolicismo mediaba una distancia abismal. Este paso supera las fuerzas de la criatura. La gracia de Dios se necesita para ello, y ésta es gratuita y no se puede merecer. Veía con claridad meridiana que el catolicismo desentrañaba y aclaraba aquellos conceptos que superan la razón humana, que era una revelación de aquellas contradicciones imposibles de explicar por el razonamiento de la criatura, que era un ideal sublime para las generosidades de un alma espiritual, que era un misterioso acercamiento al Creador tanto en lo que se refiere a la doctrina, como a los sacramentos. Enfocada la dogmática bajo esta luz, el misterio de la Eucaristía cambiaba de apariencias, y confieso que ya entonces se despertó en mí un férvido anhelo de comulgar. ¡Y el cuerpo místico de Cristo! ¡La solución buscada para mis problemas sociales!, si esta verdad se realizara en pensamiento y obra. Por eso, distante aun el día de mi conversión, declaré que sólo el catolicismo, en su inquebrantable inmutabilidad dogmática, ofrecía los ideales y recursos necesarios para una evolución social verdadera.

¿Podría yo aun resistirme por más tiempo a aquellos influjos espirituales que sentía en mí, y en los cuales reconocía la salvación del pueblo, la elevación de las masas? ¿Podría yo aceptar el catolicismo exclusivamente como mi sistema filosófico, sin entrar de hecho en la Iglesia, cosa tantas veces

pensada? Y mi conversión fué una consecuencia lógica de la verdad conocida. Creía yo entonces que este acto lo exigía mi sinceridad, y que era obra de mi buena voluntad. Ignoraba que la fe procede de la gracia.

No me entregué con eso a suaves sentimentalismos, y doy gracias a Dios por no haberlo hecho, porque habría sido un gran peligro para mí. Creada por la omnipotencia de Dios, su sabiduría me guiaba. Aunque pronto intimé con los conceptos de lo sobrenatural, pasaron años hasta que me encontré interiormente contenta en mi fe y familiarizada con la comunión de los santos.

Dada mi preferencia por las verdades dogmáticas, no hallé las dificultades que muchas veces abruman a los conversos que se entregan a la piedad sencilla. Pero en el acto de mi abjuración nunca hubiera sospechado que encontraría tal tesoro de riquezas espirituales, tal venero de conocimientos, sol tan esplendoroso de luz divina, mar tan hondo de gracias, como todo lo hallé en la Iglesia Católica. No me vi defraudada en mis esperanzas de encontrar aquí la verdad. Todo lo contrario, lo que en vano había buscado en tantas partes, lo encontraba abundante más allá de todas mis sospechas y superior a cuanto imaginaba, en la Iglesia Católica. ¡Fué esta sorpresa la compensación de todas mis anteriores desilusiones!

11. POR LA HISTORIA ECLESIÁSTICA

HANS KARL WENDLANDT

La gracia de mi conversión, después de Dios y de la Medianera de todas las gracias, la debo al conocimiento que la religión católica es la verdad y la caridad.

Nací en 1898, en Sanssouci de Potsdam, hijo menor del predicador de la corte Federico Wendlandt. Mi padre, al servicio del último rey de Prusia, fué desde 1891-1918 párroco de la iglesia de la Paz, construída por Federico Guillermo IV.

¡Grata evocación la de mi casa paterna! ¡Recuerdo dulce el de aquellos paisajes encantadores! Bella la naturaleza, acrecentaban su hermosura las creaciones artísticas concebidas por un rey romántico. Como si fuera ayer, veo y admiro la esbelta basílica, vuelvo a enternecerme ante aquellos pasos del Víacrucis...

Mis buenos padres, tan queridos en los alrededores, no escatimaron esfuerzos ni sacrificios para sembrar en la vida de sus hijos muchas flores de alegría, para darles mucho sol de dicha. Mi padre era un ministro protestante piadosísimo, caritativo, y un sincero propagador de la fe en un Cristo-Dios. Adalid valeroso e irreductible en la lucha contra los enemigos liberales, guardaba una fidelidad sa-

grada a su rey, pese a varias postergaciones dolorosas, y era humilde, justo y de inteligencia poco común.

Mi madre era una santa y estaba dotada de todas las virtudes domésticas; poseía una rara inteligencia y era firmísima en sus convicciones. Mis horizontes intelectuales de niño se ampliaban rápidamente al contacto con ciertos conocidos y parientes que formaban el círculo de amistades de la familia. Se contaban en este número, entre otros, el médico Ernesto von Bergmann, el predicador de la corte Bernardo Rogge y el que más tarde sería canciller del reino von Bethmann Hollweg.

Muy gratos recuerdos conservo de mis años de estudio en el colegio real de Victoria de Potsdam. Hecho ya todo un hombre egresé de sus aulas en 1917, para entregarme a investigaciones críticas de la historia de las órdenes religiosas. Ya de estudiante había sentido siempre un vivo interés primeramente por las Órdenes monásticas medievales y luego también por las Congregaciones modernas de la Iglesia Católica. Nunca hallé oposición de parte de mis padres en estas mis curiosidades juveniles. De día en día ahondaba más en el estudio de estas admirables y benéficas instituciones, de las cuales mis correligionarios o tenían concepto muy erróneo o no sabían nada. Con el placer del aficionado y la curiosidad del estudioso, leía una tras otra todas las grandes obras clásicas de la literatura católica. No se escapa a mi criterio sano la relación íntima existente entre el pasado y el pre-

sente, entre la historia de las Órdenes y las demás ciencias, entre la esencia de las Órdenes y la esencia de la Iglesia. De este modo adquirí conocimientos que rarísima vez poseen los no-católicos.

En proporción inversa al acrecentamiento de mi saber disminuía a mis ojos el valor intrínseco del protestantismo, y al verlo en lucha contra los baluartes de la autoridad de la Iglesia y contra los consejos evangélicos lo deseché como una causa fracasada. Por lo demás, seguía creyendo todavía en aquel postulado protestante de la existencia de la Iglesia invisible como complemento de la visible, identificada ésta con la romano-católica.

Mi padre, enemigo acérrimo del luteranismo y de la unión protestante, falleció en abril de 1918, víctima de la caridad. Q.E.P.D. De este modo no llegó a vislumbrar más que la primera fase de mi evolución religiosa hacia el catolicismo.

Durante mis años de estudio en Berlín (1919-1922), mis investigaciones llegaron a interesar al máximo teólogo protestante Adolfo von Harnack y hallé un enérgico estímulo en la aprobación del predicador mayor de la corte Ernesto von Dryander. Recuerdo que este último me dijo un día: "Con mucho gusto le doy a usted una mano en sus dificultades; esto seguirá así solamente mientras no se haga católico." Y Harnack decía después de mi conversión: "Dudo que sus nuevos correligionarios den los honores debidos a la tan grandiosa obra de usted."

Por consejo de Harnack me resolví a hacer una exposición de mayor envergadura de las congregaciones femeninas en Prusia, tema que me estaba bullendo en el cerebro desde 1918. Sería ésta la tesis que presentaría en la facultad de teología protestante para adquirir el título de licenciado. Pero, no teniendo ya Harnack ni voz ni voto en el Senado por haber terminado su período, mi trabajo no fué aceptado en la Facultad, "a pesar de su gran aplicación", como decía una nota. Me desligué entonces de la Universidad y edité mi obra por cuenta propia. En el ínterim dictaba clases privadas para sufragar mis gastos. En 1924, subvencionada por el mismo Papa, aparecía mi obra con el "imprimatur" de la censura eclesiástica (Editorial Schöning-Paderborn).

Desde mi abandono de las aulas universitarias me había enfrascado por completo en mi estudio favorito. Gracias a la hospitalidad de muchos conventos de Alemania y Holanda, en largas estadas en ellos pude interiorizarme en la vida y obra de los religiosos. Cierto es que nunca había dado crédito a las charlas insulsas y malevolentes tan comunes entre los protestantes y repetidas por boca de ganso por tantos católicos irreflexivos e ignorantes. Pero cuando fuí testigo ocular de la realidad del espíritu religioso que desde su silenciosa y estricta clausura irradiaba a torrentes haces de benéfica luz sobre las esferas más distantes del catolicismo; cuando vi tomar carne y vida a aquellas pálidas ficciones que me había forjado de la

adoración, de la penitencia, de la pobreza evangélica, de la caridad con el prójimo, de las misiones, de las escuelas cristianas, ¡ah!, entonces la tan mentada "Iglesia invisible" se me convirtió en un estropajo vano, en una elucubración de fantasía enfermiza. E hice mías aquellas palabras del Apóstol de los Gentiles: "Ahora conozco (la verdad) por partes; día vendrá cuando conoceré con la claridad con que yo mismo soy conocido."

Sucedieron años de lucha dura y sin tregua. Mi madre y mis amigos tomaban mi conversión como un hecho. Sin embargo, yo titubeaba aún. ¿Había sentido de veras el llamado del Señor? ¿Mis ideas de catolicismo no eran más bien un racionalismo disfrazado? ¿Tenía el concepto verdadero de lo sobrenatural? Tales eran mis vacilaciones y con insistencia pedía a Aquél que sanaba a los ciegos que me abriese los ojos a la luz de la verdad.

Diez años hacía que el Pastor bueno iba en pos de su ovejita; diez años hacía que me mostraba sordo a los aldabonazos que la razón daba a las puertas de mi alma.

En marzo de 1927 se descongeló por fin el témpano de mi corazón. En una carta a un amigo católico que vivía atormentado de dudas religiosas había tentado hacer una loa de las bellas Letanías Lauretanas. ¡Se me cayeron las escamas de los ojos! ¿No era ya católico como el que más? Unos días más tarde me hallaba en Magdeburgo. Una idea me perseguía, una obsesión continua me

subyugaba y oía como el eco de una voz ultraterrena: "O te haces católico o te condenas para siempre." Y con voluntad decidida me dije: "¡Sí, seré católico!" Y como por arte de encanto me sentí transformado en un hombre nuevo, cual si Dios hubiese premiado en el acto mi propósito. Y la realidad del amor divino, que hasta ahora había adivinado en las personas piadosas y en los siervos de Dios, se apoderó de mí y me llenó de su perfumada fragancia. Y lo que en los santos, también en mí se cumplió: "Ipse enim Pater amat vos, quia vos me amastis et credidistis".

El día de las vísperas del Corpus de 1927, en una sencilla ceremonia realizada en la capilla del hospital de San José de Postdam, pasé al número de los hijos fieles del redil de Cristo.

En mis investigaciones científicas había encontrado que sólo la Iglesia Católica era el reino de la verdad y del amor, que son los antemurales indestructibles del reino de Cristo y el sello de sus verdaderos discípulos.

12. LA TEORIA DE LOS VALORES

Dr. EDUARD SCHAEFFER

Como quinto hijo de una familia numerosa, vi la luz del mundo en una tranquila población rural del antiguo condado de Rovensberg, región casi del todo protestante. Murió mi padre cuando yo era todavía muy joven y nuestra madre, para atender convenientemente a nuestra educación, vendió la finca paterna para trasladarse a la ciudad cercana. Era ésta un centro industrial en pleno auge y desarrollo. La educación que allí se nos daba en las escuelas y colegios estaba imbuída del más cerrado protestantismo.

Desde temprana edad arraigaron en nuestros corazones los prejuicios anticatólicos que entre los protestantes se transmiten de generación en generación. Según la opinión generalizada, la Iglesia era una institución anticuada, llena de creencias y prácticas supersticiosas. Es éste un juicio tan propagado que hasta los protestantes más indiferentes lo comparten, como lo comprueba el hecho que ninguno de cuantos abandonan el protestantismo llama a las puertas del catolicismo en busca de la verdad.

A medida que progresábamos en los estudios, el programa iba restando siempre más toda impor-

tancia a la instrucción religiosa. De manos de piadosos maestros de las escuelas primarias, pasábamos a escuchar las lecciones de eruditos profesores, de tendencia liberal casi todos ellos. Y en verdad que la lectura de los clásicos alemanes era un rodrigón poco adecuado para apuntalar una fe vacilante. De ningún modo se me escapaban ciertas frases y alusiones, como aquellas palabras de Schiller: "Rousseau, quien de cristianos hizo hombres", o aquella poesía que comienza: "Cuando aun regíais la tierra hermosa".

Pero el golpe de gracia para mi fe fué la sonada teoría de la descendencia. ¡Cuántas luchas y combates interiores he tenido durante años a causa de este tópico de las ciencias modernas! Mi conclusión fué radical en esta materia. Si el hombre, a través de una evolución de millares de años, traía su origen de seres unicelulares, insectos, etc., no podía diferenciarse de ellos específicamente y por consiguiente no poseía un alma inmortal. El tratado de Dennert Godesberg, titulado "Von Sterbelager des Darwinismus", no me trajo gran provecho, por cuanto no combate y refuta sino el principio de la selección mecánica, sin atacar el fondo mismo de la teoría de la descendencia.

Pero un veneno más activo aun se oculta bajo la hipótesis que dice que así como los organismos llamados superiores se han desarrollado de los inferiores por un proceso automático, así también el hombre y la humanidad entera ha evolucionado con la lucha por la existencia, llegando así por

sus propios medios a una perfección no sospechada. Porque de la falsificación del concepto "progreso" o "evolución" nace la ciega incomprensión del neopagano de la esencia del hombre y de la necesidad de su redención.

Reconozco con franqueza que el falso concepto del tan mentado "progreso" me causó graves trastornos, como a tantos otros ha sucedido. Quizás hubiera sucumbido a las influencias peligrosas a que me exponían mis estudios de medicina, a no haber encontrado un contrapeso en el movimiento juvenil que entonces se iniciaba.

En el colegio nacional de Steglitz se había fundado hacia el año noventa un círculo de jóvenes, llamado "Wandervogel", en cuyas filas me alisté al momento. Olvidados de las aulas severas, recorríamos las campiñas, libres de todas las estrecheces de formulismos convencionales. Llevábamos una vida alegre y despreocupada que nos ponía en contacto con la gente sencilla que encontrábamos en el curso de nuestras excursiones; nos llevaba a conocer los monumentos históricos de la patria, las obras de arte, la arquitectura de los siglos pasados; nos transformaba en ávidos inquisidores de cantos populares y en curiosos investigadores del folklore.

El "Wandervogel" distaba mucho de tener una visión definida del mundo y un ideario propio, ni se caracterizaba tampoco por su uniformidad en materia de creencias. Un día íbamos de paseo por las campiñas de una región católica. Un haeckeliano convencido se atrevió a decir en voz alta: "Lo que

hace falta es que a esta gente se le dé una instrucción filosófica netamente naturalista." Un amigo mío, Juan Breuer, jefe del grupo, que caería después en la batalla de Verdún, le contestó sin ambages: "¡Dejemos las cosas como están! ¿Podemos darles algo mejor de lo que tienen?" El respeto hacia la religión tradicional del pueblo regía en el grupo mandado por Juan Breuer.

Fué en las filas del "Wandervogel" donde recibí las primeras impresiones gratas e imperecederas del catolicismo. Como buena parte de mis estudios los hice en la Alemania meridional no me faltó ocasión de observar la vida y costumbres del pueblo católico y de la Iglesia. Una procesión de rogativas a banderas desplegadas y estandartes agitados al viento, en los Alpes Bávaros, entre verdes sementeras; un bondadoso párroco amigo de nuestro círculo; visitas a los templos durante el mes de Mayo, entremezcladas con las lecciones de medicina, he aquí otros tantos atractivos de la Iglesia que me salían al camino de la vida como una invitación. Pero mi alma ya estaba muy opaca. Ya el fulgor de los conceptos cristianos no se transparentaba en ella. El efecto de aquellas impresiones amables fué la mengua de mis prejuicios anticatólicos, cediendo el lugar a una simpatía incipiente. Si alguno de los asociados más jóvenes nos preguntaba a Breuer o a mí si éramos católicos, solíamos responder: "Somos estudiantes de medicina", lo que en nuestro concepto equivalía a decir que las ciencias naturales no tenían relación ni con la religión ni con la Iglesia.

Pero cuando en mis cavilaciones imaginaba el mundo como un mero conglomerado físico-químico, sin luz, sin color, sin sonido..., átomos y nada más que átomos en revuelto torbellino; cuando consideraba la contradicción entre el espacio astronómico infinito y nuestra incapacidad de imaginar sino espacios limitados, entonces me decía con Platón: "Vivimos en una caverna donde se proyectan sombras misteriosas."

En medio de las tinieblas de la vida y de las borrascas del alma lucía la fe cual faro lejano que guía al puerto seguro. No era una luz clara y refulgente, no, sino que sólo indicaba la dirección, sin alumbrar más allá de los linderos de la senda estrecha. ¡Y estaba tan lejana la luz que su calor no llegaba hasta mí!

Dos años y medio hacía que era yo médico practicante en Berlín y año y medio llevaba de casado, cuando estalló la Guerra mundial. Fué ella para muchos la ocasión de vacilar en la fe o para perderla del todo; para mí fué el camino de la religión católica.

Recuerdo perfectamente bien la viva impresión que me produjo la figura y el semblante de un joven sacerdote francés que ante la pequeña casa parroquial de un pueblecito del departamento de Meuse contemplaba el paso de nuestra cruz roja. Diría que en su rostro refulgía trasparente la belleza de su alma. Semanas más tarde, el 13 de septiembre, después de la batalla del Marne, recibí orden de quedarme con 200 heridos alemanes. En esta oca-

sión encontré y traté en la cruz roja francesa a más de un "prêtre sac au dos" y recuerdo la satisfacción que me causaba la ayuda que antes de las operaciones graves me prestaba un sacerdote en la administración del narcótico.

Un médico alsaciano me hacía las veces de intérprete y consejero. Me prestaba muchos servicios y fué él el primer católico instruído y convertido con quien tuve trato. Como buen discípulo de los jesuítas poseía no pocos conocimientos de astronomía y estando los dos una noche observando los anillos de Saturno me contó, para mi mayor extrañeza, que siempre había amado y respetado a sus maestros del colegio y que todavía conservaba hacia ellos deferente veneración. En otra ocasión me afirmó con plena convicción que todos los problemas sociales y todos los conflictos internacionales hallarían fácil y pacífica solución si el mundo estuviese compenetrado del cristianismo. No pude negarle la razón en ello. Y creo no equivocarme al decir que cuando el doctor asistía cada mañana a la santa misa en el campamento, rezaba también por mí.

En Navidad de 1914 fuí canjeado por un médico francés y a través de Suiza pasé a la patria para estar unos días con mi esposa y mi hijita. Poco después me encontraba otra vez en la "Champagne pouilleuse".

Durante la batalla de Champagne, en otoño de 1915, en medio del fragor de la lucha, del estampido del cañón y del estallido de la metralla me

perseguía constantemente un pensamiento. ¡Cuánta fuerza moral y qué valor, pensaba, debe producir en momentos trágicos como éstos una conciencia tranquila, fundada en una fe firme y segura! Después de la terrible batalla tuvimos unos días de sosegada calma. Sentado en mi cuarto miraba meditabundo por la ventana. Estaba absorto en serias reflexiones sobre el fin y sentido de la vida. Mi alma semejaba un campo surcado por la reja de la guerra; esperaba la simiente. El sembrador que con mano pródiga desparramaría el grano fértil en los surcos esperanzados sería el filósofo Max Scheler. "Der Genius des Krieges" fué el primer libro de Scheler que cayó en mis manos. Devorélo con avidez y volví a leerlo, porque en la primera lectura no había penetrado bien su sentido más profundo. Conseguí luego sus obras completas reunidas en el volumen titulado: "Der Umsturz des Werte". Después de este manjar exquisito los diarios se me caían de entre las manos como cosa insípida y vana, porque junto a Max Scheler me resultaban materia soporífera. ¿Seguiría a Scheler? Si tal hiciera, debería virar en redondo en mi modo de pensar. Pero ahí no había vacilación ni duda posible y realicé el viraje.

Nítida impresión conservaba yo en mi mente de cierta pintura admirable de Juan Memling que años hacía había visto en una ocasión. Era la obra "Ritter und Priester", en la cual representaba el artista un caballero de pie, con rasgos casi sacerdotales y un sacerdote de rodillas con facciones de soldado.

De modo similar me pintaba ahora Scheler en palabras sentidas y ardientes el ideal de la milicia y del sacerdocio cristianos. Las palabras paradójicas de Cristo: "Amad a vuestros enemigos" no significaban, como muchos querían interpretar: "Lejos toda enemistad, reine la paz y la concordia a precio de cualquier sacrificio." El modelo del soldado cristiano lo era aquel caballeresco general Tilly entregado a devota oración por sus enemigos antes de lanzarse a la refriega.

De Scheler aprendí también que el cristiano no posee los dogmas para someterlos al análisis crítico de la razón y para ahuecarlos con una menguada interpretación subjetiva, sino que debe considerarlos como misterios divinos de los cuales Dios nos hace partícipes por su benigna revelación, a fin de que saquemos de ellos las riquezas y tesoros que sostendrán nuestra vida. Un ejemplo tenemos en el dogma de la resurrección de la carne, el rompecabezas de tantos pensadores, que eleva a honores insignes a nuestro cuerpo mortal, dándole como una glorificación anticipada.

El tratado de Scheler sobre el ideal de caridad del paganismo y del cristianismo era una demostración patente del cambio de valores ocurrido con el advenimiento de la era de Cristo. Completamente nueva y desconocida me resultaba también la categoría de los valores que, partiendo de lo provechoso y vital, trasciende a lo noble, hermoso, bueno, verdadero y llega al exponente máximo con lo santo; valores todos ellos plasmados en la realidad, en la

persona del artesano, del artista, del caballero, del filósofo, del santo. La definición del hombre ya no era "ser natural", sino "ser espiritual". Su fin primero y último es alabar y servir con plena conciencia a su Creador. Como no cumple con su finalidad la flor que no despliega sus matizados pétalos fragantes, el pájaro que no desgrana en los aires las perlas de sus trinos melodiosos, así no sin razón se afirma del hombre: "Homo non est homo nisi orans", es decir, que no cumple con su destino sino orando a su Dios.

Las relaciones existentes entre alma y cuerpo quedan muy bien ilustradas con estas comparaciones de Scheler. El cuerpo humano es como un instrumento, digamos un órgano, en el cual ejecuta el espíritu. El alma es el ejecutante; los pensamientos, las palabras, las resoluciones, las obras son como la melodía. El centro nervioso, el cerebro y la medula son como el teclado del órgano. La dirección de la ejecución corresponde a los nervios y el corazón es como el motor que mueve el fuelle.

La investigación científica de la naturaleza, que con Vischer había considerado como una especie de culto divino, cayó de su elevado e inmerecido pedestal después que hube conocido y aceptado la categoría de los valores. Las ciencias naturales distan mucho de desentrañar la esencia de las cosas. Su obra se reduce a lo que podríamos llamar contralor de orden sobre las fuerzas naturales. No se puede negar que realizan adelantos provechosos y de valor vital. Pero mientras por una parte estas

ciencias se fundan en deducciones lógicas como medio de progreso, por otra parte no hacen más que poner en práctica aquel mandato divino: "Sojuzgad la tierra y sometedla a vuestro dominio."

Con alegría comprobé que la ideología cristiana que me comunicaba Scheler me ponía en contacto directo con la tradición cuatro veces secular de mi pueblo. Y así mi propósito de volver a la fe de mi juventud fué sólo obra de una reacción natural. Las publicaciones protestantes que por aquel entonces cayeron en mis manos eran de muy poco valor y consistencia intrínsecos. Un tratado del teólogo Hermann, de Marburgo, tan venerado por sus discípulos, señalaba que nuestros aliados, los turcos, con la aceptación del imperativo categórico de Kant estaban en un nivel espiritual más próximo al nuestro que nuestros enemigos cristianos.

Una nota del libro de Scheler me llamó la atención sobre la obra "Symbolik oder Darstellung der dogmatischen Gegensätze der Katholiken und Protestanten" de Möhler. Por fortuna, en mis años de cuartel casi siempre tuve cuarto reservado. Esto me permitió leer y meditar con tranquilidad el libro de Möhler, como también los comentarios de Scheler a Kant.

Después de la lectura de Möhler y viendo ya a través de los ojos de la Iglesia, me di cuenta cabal que todas las negaciones y tergiversaciones del liberalismo protestante no eran más que la repetición de lo que siglos antes defendieran sectas heréticas, como los maniqueos, arrianos y otros. La

exposición serena de Möhler del concepto católico de la Iglesia cautivó mi mente y después de esta lectura vi echado el puente sobre el abismo de mis dudas y llegué a poner la planta segura en la firme roca de la Iglesia de Pedro.

¿Qué obstáculos me dificultaban aún el paso? Si en el correr de los siglos la Iglesia había sustentado alguna vez en su seno a malvados y traidores, tanto laicos como clérigos, ya tenían ellos su merecido galardón. ¿No hubo también un Judas entre los electos del Maestro? Por un juez injusto no caduca la justicia ¿Perdería Pedro sus derechos de pastor por haber entrado mercenarios en su grey? ¡Treinta son los Papas que en cadena cerrada vertieron como mártires la sangre por su rebaño! Y en los siglos posteriores, ¡cuántos santos y hombres eminentes entre los sumos pontífices!

Cuando las circunstancias me lo permitían, iba a las iglesias católicas y escuchaba algún sermón en francés; estando más tarde en Galitzia hasta fuí a escuchar un sermón en una iglesia católica rutena, sin entender palabra, por supuesto. Mucho provecho sacaba de la lectura de libros católicos. Los encontraba en abundancia en las casas parroquiales de pueblos destruídos durante la ofensiva de 1917-1918. Un día encontré en plena Galitzia un hermoso libro escrito en alemán, acerca del rezo del rosario, aunque los griegos unidos de la Ucrania no conocen esta devoción.

Los escritos de Scheler de tinte más marcadamente cristiano los había enviado a mi esposa. En

unos días de licencia que tuve, proyectamos entrambos nuestra mudanza de religión. Durante seis semanas que pasé en un hospital de mi patria comentamos los dos en coloquio íntimo todo el libro de Möhler. ¡Buscábamos un terreno seguro sobre el cual construir nuestro hogar, que sería la herencia de nuestros hijos! ¡Scheler y Möhler habían sido las estrellas que del mar borrascoso nos habían guiado al puerto seguro de la Iglesia!

La retirada precipitada de Francia en Adviento de 1918 y la desgracia de la patria avivaban no pocas veces los sentimientos religiosos de los oficiales de nuestra compañía. Cuando en los pueblos de Eiffel nos echábamos de noche sobre unos montones de paja, el tema de conversación giraba muchas veces sobre cuestiones religiosas.

Mientras tanto, entre mis parientes había echado pie el llamado "cientismo", y apenas llegado a mi patria me ofrecieron el grueso volumen de la Mother Mary para que lo estudiara. La lectura de pocas páginas me bastó para rechazar asqueado esa religión patológica, plagada de ideas maniqueas.

Era hacia la Epifanía de 1919. Dos neopaganos se presentaban en la casa parroquial y pedían al sacerdote una palabra orientadora hacia la verdad; no pensaban todavía en una conversión formal. Reservado al principio el joven sacerdote, al convencerse de la seriedad de nuestros propósitos puso todo su celo en nuestra instrucción, y sus plegarias se elevaban fervientes al Señor por nosotros.

Se lee en una visión de Ana Catalina Emmerich: los paganos entran en la basílica de S. Pedro por las puertas abiertas de par en par, mientras los protestantes conversos penetran a través de los muros. ¿La interpretación de esta visión? Lutero y sus satélites en la reforma han construído edificios laterales con las piedras de la Iglesia, encerrando en ellos a sus secuaces y adeptos, para aislarlos de la gran comunidad cristiana. Es mucho más sencillo lograr la conversión de un pagano que no la de un protestante. Los paganos entran en la Iglesia llenos de alegría, y en masas compactas atraviesan sus puertas; pero los que como por arte de encanto están como enquistados en los muros, con dificultad logran desasirse.

¡Cuánto trabajo de pala y pico de nuestro sacerdote para librarnos de esas paredes! ¡Es tan dura la cerviz protestante, son tan inflexibles sus rodillas! Cuando Dios ha enriquecido al hombre con su gracia para conocer las verdades divinas; cuando el intelecto humano está convencido que toda la doctrina de la Iglesia está basada en la palabra infalible de Cristo y que su desarrollo es admirablemente lógico y orgánico; cuando la razón no ignora que muchas cosas sobrepasan la comprensión humana por ser divinas, entonces es cosa de la voluntad el reconocer la verdad y el seguirla.

Después de una catequización de medio año nos resolvimos a dar el paso, y con júbilo pronunciamos el credo niceno en presencia de nuestro maestro, en la iglesia Catedral.

Durante catorce años nos hemos sentido felices de ser miembros de la Iglesia Católica. ¡Ojalá todos los hermanos encontrasen el camino que conduce al redil!

En el "Fausto", hace exclamar el poeta al protagonista: "¿Adónde corréis, fuentes de vida? Huís presurosas y en vano os anhelo", y el Señor contesta a este clamor de angustia: "Yo soy la fuente de agua viva; quien viene a Mí no tendrá sed jamás."

13. EL CULTO DE LA NATURALEZA

Dr. ROBERT BRAUN

A propósito de conversiones se emplea a menudo la frase "caminos hacia la Iglesia", y la encuentro realmente muy acertada. Y a decir verdad, en el caso mío fué un viaje largo y difícil. Empezó el camino de mi vida en el judaísmo, en el que nací y me eduqué, y fiel a él, todos los sábados iba a la sinagoga. Sin embargo, no me hallaba a gusto ni me sentía cómodo en esta casa de oración. No entendía el significado de las ceremonias y además, era tan escandalosa la conducta de mis compañeros y tan frívolas sus observaciones y comentarios sobre las ceremonias y maestros, que a menudo sentía envidia de mis amigos cristianos, que al menos tenían la ventaja de poder cumplir con sus obligaciones religiosas en un ambiente piadoso.

En nuestro hogar no había gran fervor religioso. Mi padre era un liberal empedernido, a quien no le importaba gran cosa ni su propia religión ni la ajena. En realidad, para él todas las religiones eran cuestión de negocio, y su ideal de vida era ser "caballero de principios". Pero, aunque mi padre cumplía con escrupulosidad sus máximas, como tal vez yo no sería capaz de hacerlo con las mías, su vida entera se consumía en preocupaciones y sacri-

ficios por su numerosa familia. Yo, en cambio, vivía en desasosiego y descontento, aspirando a salir de mi pequeñez y alcanzar algo superior.

Desde que me vi en la imposibilidad de dedicarme al arte, como lo había hecho mi hermano mayor al entregarse por entero a la poesía, no vi más camino que la veneración o culto de la naturaleza. A pesar de vivir confinado en los límites de una metrópoli, la naturaleza se me revelaba en los florecientes fresnos silvestres y en los tilos que embellecían la célebre Ringstrasse de Viena. Los esbeltos troncos de los árboles, el tierno follaje mecido suavemente por la brisa primaveral, la policromía de las hojas otoñales que remolineando por los aires iban alfombrando la calle, todo esto manifestaba una maravillosa vitalidad fuera de mí, una primavera de vida de la cual no solamente los árboles, sino también las criaturas tienen su origen. Fué éste el pensamiento que me dió la bienhadada certeza de que nada adverso me podría suceder, que también yo podría explayarme y desenvolverme según mis potencias y fuerzas innatas. Era panteísta y mi religión consistía en la intimidad con la naturaleza.

Por supuesto, muy pronto también llegué a conocer el reverso de mi culto a la naturaleza... Si me arrogaba el derecho de desarrollarme tan expeditamente como un árbol, sería víctima de la complacencia propia y del egoísmo que me haría desconsiderado con los demás. La amarga experiencia de mi primera amistad hizo que estos resabios paganos

me diesen en el rostro, como un golpe de bumerang. Había intentado, aunque inconscientemente, de subordinar a mi voluntad a este amigo, pero pronto comprobé que él tenía un alma propia y que asentaba su libertad resistiendo a mi tentativa de dominación. Este desenlace, con las reflexiones que en mí sugirió, causó un derrumbe de mi mundo afectivo. Había, pues, fracasado mi intento, pero a lo menos había descubierto que en la contemplación de los árboles y los pájaros, de las flores y los elementos no se debía buscar seguridad espiritual alguna.

Mientras tanto me había adherido al teosofismo, en el cual encontré la continuación de mi culto naturalístico. También los teósofos hablaban del "taller de la naturaleza", del "alma animal", y de cosas por el estilo, todo lo cual incitaba mi complacencia egoísta. ¿Pero, en realidad, qué pensaban enseñar estos "maestros", de quienes se esperaba que serían rectores de futuros movimientos históricos, cuando cada hombre lleva en sí las leyes de su propio desenvolvimiento que lo modela del mismo modo que un roble forma sus hojas por fuerza de sus tendencias innatas? Esto equivalía a un acto de fe en una autoridad desacreditada a mis ojos. La veneración de una persona superior no la conocía y finalmente opté por separarme también del culto teosófico.

Nada más conforme a mi estado de desarrollo religioso en aquel período, que Jesucristo fuese para mí un personaje desconocido. Me negaba a recono-

cer su divinidad. Cuando mucho me parecía un genio religioso, algo así como lo que había sido Napoleón en el campo de las armas. Lo mismo a la Iglesia, la consideraba con el criterio de un librepensador, con los ojos de un Stirner y de un Nietzche. Sin embargo, es innegable que vivimos bajo la tutela de nuestros ángeles, quienes tratan de corregir nuestras aberraciones mentales; y así fué que la lectura atenta de los libros de Jacob Böhme cambió radicalmente el curso de mi vida, en lo que respecta a la teosofía. Una creciente desconfianza hacia la teosofía, en la cual sospechaba una mezcla de ideas europeas e indias, me indujo a buscar las fuentes originales de los escritos de Böhme. Y fué aquí, en efecto, donde encontré la gran idea que habría de dominar mi inteligencia durante los años siguientes, y la que aumentaría más y más mi deseo por unirme a una iglesia cristiana, sin decidirme aún por ninguna de ellas en particular.

Por efecto de la concepción mística del cristianismo contenido en los escritos de Böhme, me vi desembarazado del interrogante más o menos justificado, si Cristo era sólo un "genio", "un gran hombre", "un prototipo de judío", o si era un "ser sobrenatural". Porque en aquellos escritos era presentado no como una figura histórica, sino como una persona divina, como un restaurador de la naturaleza, como el Redentor de la culpa de Adán, como el arquetipo de santidad superior a todo lo humano. Y comprendí finalmente que, en presencia de dignidad tan elevada, toda complacencia de la

propia perfección era una necedad en el completo sentido de la palabra y que era incomparablemente mejor volver a ser y sentirse otra vez una criatura y un ser humano. Cuando en el pasado me había sumido en meditaciones acerca de los árboles, sólo había descubierto el desarrollo de la vida desde los insondables abismos de la naturaleza. Pero ahora se me imponía la idea de que era necesario que una deidad se sacrificase a sí misma para que la naturaleza tuviese vida y ésta se desplegase; que el padre se debía sacrificar para que los hijos pudiesen progresar. Hay hombres que sacrifican su vida por la humanidad mediante un invento que será de provecho a muchísimos, y tanto más grandes son cuanto mayor es el ahinco con que se dedican a su invento. A la postre, todos sustentamos nuestra vida con el alimento indispensable, pero el alimento que tomamos está destinado a prolongar y sostener nuestra existencia perdiendo la suya propia. Es, pues, manifiesto que existe una misteriosa correlación entre sacrificio y vida.

¿Qué cosa más natural, pues, que un Dios, el Ser Supremo, se ofreciera y sacrificara a sí mismo, por todos? Dios no era un tirano, como yo tantas veces había inculpado a nuestro divino Salvador. Pero su poder, sí, su omnipotencia consistía, a mi modo de juzgar, en su misericordia infinita que le impulsaba y urgía a hacerse víctima por todos. Sólo de ese modo la naturaleza visible podría seguir existiendo (1). Mucho antes de que llegase a gol-

(1) Son éstos los pensamientos que guiaron al autor a la fe. No son una interpretación teológica de los atributos de Dios.

pear a las puertas de la Iglesia, mucho antes de tener comprensión de la Santa Misa, este sacrosanto sacrificio del que todos de modo misterioso tomamos parte, mucho antes de esto, digo, ya sentía que no podía existir un venero más abundante de vida que el misterio de la Última Cena.

Desde tiempo atrás había roto todo contacto con la religión judía, aunque sin decidirme por alguna iglesia. No negaré que esta situación, que llamaría "neutral", indecisa ante una tendencia religiosa determinada, no podía satisfacerme. En el ínterim me consideraba algo así como un "cristiano liberal", que tenía a Cristo en elevadísimo concepto y que leía con regularidad el Nuevo Testamento; pero mi vida seguía siendo la misma de antes. Me sentía como un estudiante aplazado en todas las materias a causa de haber descuidado la principal. Desde que me había casado y había tenido una hijita, se acrecentó mi desconcierto. Me sentía impulsado a buscar un poder coordinador al cual mis seres queridos y yo pudiésemos confiar nuestros corazones y nuestras almas, seguros de volvernos a hallar en él. Verdad es que tenía ya el vago presentimiento que esto únicamente sería posible en la Iglesia Católica. Como incrédulo había asistido a menudo a la santa misa, pero aun no podía deshacerme de mis prevenciones tan profundamente arraigadas. Un día, durante el tiempo de la primera persecución judía en Alemania, leí un artículo escrito por el Padre Cirilo Fischer, O.F.M., quien hablaba con claridad de la misión del pueblo judío. Las exposiciones de este

notable Franciscano no sólo fueron un consuelo en nuestras crueles humillaciones, sino que vinieron a corroborar las conclusiones a que yo mismo había llegado al respecto. Sentía como si me hubiese escrito un amigo, y me puse a redactar una carta de gratitud al amigo desconocido. Al poco tiempo recibí una contestación afectuosa del Padre Franciscano, a la vez que una invitación a una disputa, para la que me esperaría en el convento franciscano de Viena. Fué aquí donde se disiparon todas mis dudas y atravesé por fin con paso resuelto el puente que me había de transportar a una vida nueva. Mi conversión, que había tenido un proceso tan largo y dificultoso, llegaba finalmente a su punto como una fruta sazonada. De inmediato determinamos las horas de instrucción y durante el mismo año fuí regenerado por el bautismo.

Debo agregar aquí que yo vivía en las afueras de Viena y era bien conocida mi prosapia judía. De ahí que al principio me resultase embarazoso el cumplimiento de mis deberes religiosos, ya que los fieles me miraban con aire de expresivo recelo. Sus miradas me parecían decir que desconfiaban de mí y que consideraban mi conversión como una maniobra para acreditarme ante ellos y sacar provecho del partido. Por esta causa iba muchas veces a cumplir con el precepto de la misa dominical en una de las grandes parroquias de la ciudad, donde mi presencia no llamaba la atención de los demás fieles. Pero al poco tiempo me pareció muy cobarde este proceder y resueltamente empecé a frecuentar

la iglesia de mi parroquia. Generalmente me colocaba en un rincón de nuestra hermosa iglesia gótica, tratando de compenetrarme de las ideas de que todos los concurrentes eran mis hermanos en Cristo. ¡Imposible expresar la felicidad que me invadía cuando me mezclaba con la devota multitud, y como todos los fieles me arrodillaba para recibir la bendición con el Santísimo Sacramento y cuando unía mi voz a las suyas para cantar los hermosos himnos eucarísticos de Santo Tomás de Aquino! ¡Y sin límites era mi gozo sobre todo cuando me acompañaban a la iglesia mi esposa y mi hijita, y cuando la niña unía su dulce voz a la mía para entonar las alabanzas del Señor!

¡Y cuando llegué a comprender el más hondo significado de la santa Misa y del año litúrgico, que gira todo en derredor de Cristo, quien se da a todos bajos las especies de pan y de vino, entonces me sentí inmensamente rico en la Iglesia! Con el correr del tiempo descubrí más y más el inagotable tesoro escondido en mi fe, y comprendí que es ella una bendición tan grande para nuestra miserable existencia, que nada podemos hacer sino entonar un himno incesante de acción de gracias a Dios por este inmerecido don.

HOLANDA

14. ULTIMATUM AL CIELO

FRANCISCA VAN LEER

"La Thora no me ha redimido; sólo ha echado sobre mí la maldición de saber que soy pecador" (Werfel: "Paulus unter de Juden").

"No he venido a destruir la ley, ni los profetas, sino a darles cumplimiento" (S. Mateo v, 17).

Mi camino de la sinagoga a la Iglesia no es, bien mirado, sino el cumplimiento de estas palabras de Cristo. Aunque muchas veces me metí en callejones sin salida, la gracia de Dios siempre volvió a ponerme en la vía recta para que no errase de meta.

Nací en Amsterdam el año 1892. Mis padres eran judíos. Desde niña recibí instrucción religiosa y me hicieron estudiar hebreo para entender la Sagrada Escritura. Mi madre era muy piadosa. Educóme severamente conforme a los preceptos de la Ley Antigua; y no sólo, según lo exigía nuestra religión, llegué a conocer sus costumbres, sus oficios sacros, su culto religioso, sino que también los seguía y practicaba con amor y convicción.

Los libros de Moisés, que todos los Sábados se leían en las sinagogas, tenían para mí el valor y aprecio de la historia interesante y cautivadora de mi raza, el pueblo elegido de Dios. Mi madre me

enseñó a ser agradecida a mi prosapia judía, y a sentirme orgullosa de ser miembro del pueblo escogido.

Mayor encanto aun que el Pentateuco de Moisés encontraba yo en los libros proféticos del Antiguo Testamento, de los cuales también se leían trozos en las sinagogas los sábados y días de fiesta. Las descripciones del reino de Dios sobre la tierra, cuando el Mesías rigiese como rey; cuando "el lobo y el cordero paciesen juntos", y "los hombres transformasen sus espadas en arados"; cuando "ningún pueblo se levantaría contra otro" y "a todos los gobernaría un niño pequeñuelo", estas descripciones, digo, llenaban mi alma de vivo anhelo por el advenimiento del Mesías.

En clase de religión, y también en casa, preguntaba a menudo cuándo sucederían todas estas cosas, mas nadie sabía darme una respuesta satisfactoria. Pero sobre todo empecé a dudar de la veracidad de estas profecías al ver que las contestaciones de mis maestros y las de mis padres no solamente no concordaban, sino que se contradecían. Uno decía: "El Mesías vendrá como juez sobre las nubes del cielo." Otro afirmaba: "Nacerá como hombre"; un tercero agregaba: "No será hombre ni Dios, sino una época: cuando reine la paz en el mundo, entonces estará el Mesías en la tierra."

Pero como preveía que la observancia de los preceptos de la dura ley mosáica no me llevarían ni a mí ni a mi pueblo al advenimiento del Mesías, sacudí, a los 18 años, el yugo de los mandamientos,

para ser en adelante una "persona libre". En lugar de cursar los estudios superiores, según era la voluntad de mi padre, abandoné la casa paterna, para ganarme la vida como dactilógrafa en el extranjero. Quería vivir libre de trabas, hacer mi voluntad, marchar por los caminos que a mi antojo se le ofreciese, sin escuchar a cada paso el fastidioso e insoportable reproche de los míos.

La vida me trajo crueles desengaños, pero mi orgullo ciego se negaba a reconocer estos fracasos. Para adormecer mis penas frecuentaba mucho el teatro. Mi inquietud espiritual y mi temperamento me hacían preferir las óperas de Wagner, ante todo porque en ellas también se cantan con la misma intensidad de dolor, si bien de modo diferente, aquellos apasionados anhelos de redención de los profetas. En todas las obras de Wagner veía a personajes sumidos en los abismos del pecado y nunca faltaba quien viniese a redimirlos, y esto mediante algún tremendo sacrificio. En "El buque fantasma" se sacrifica Senta, en "Lohengrin", el Caballero del Cisne, en "Tannhäuser" Elisabeth, en "El anillo de los Nibelungos", faltando la víctima, son los mismos dioses quienes expían el pecado. Pero la cumbre de estas experiencias fué "Parsifal", obra que volví a ver muchas veces en el curso de los años, y cuyo protagonista me parecía el verdadero prototipo del redentor. El abismo, empero, entre hombre y Dios, entre vida diaria y religión, entre ciencia y fe me parecía insuperable. Cierto es que durante mucho tiempo consideré el arte como la única me-

dianera entre Dios y el hombre, y durante años me puse al servicio de esta "medianera". Como secretaria de institutos de arte moderno trataba de descubrir a los hombres, de palabra y escrito, las bellezas de la pintura, plástica, música y arquitectura modernas. Pero, la guerra y sus terribles consecuencias interrumpieron presto mis actividades y entusiasmos. ¿Cómo podría creer en el Mesías, en el reino de Dios, en un reino de paz, cuando lo que sucedía era precisamente lo contrario a lo que anunciaban "tanto los profetas como Parsifal"? En vez de transformarse las espadas en arados, las rejas se convertían en aceros cortantes, y de las mismas campanas, nuncios de paz, se hacían armas mortíferas.

En tales circunstancias resolví entrar como enfermera en la cruz roja, pero era incapaz de ver sufrir a otros. ¿Y qué respondería a las preguntas supremas y desesperadas de los agonizantes? ¿Qué diría cuando dirigiesen hacia mí su mirada esperanzada, preguntando el por qué del dolor, de la guerra, de la muerte? ¿Qué diría, si no tenía fe? ¡No, yo no podría inspirar esperanzas y consuelos a estos pobres, sin mancharme con la mentira!

Esto me hizo huir a la soledad. Leía, estudiaba, devoraba libros de todos los tiempos y de todos los pueblos, para hallar respuesta a la pregunta que en las circunstancias de la guerra se hacía la humanidad toda a voz en cuello, en el supremo esfuerzo del ahogo en un mar de sangre. ¿De dónde viene

el hombre? ¿Adónde va? ¿Para qué vive en la tierra? ¿Para qué existe el dolor?

Buscaba en vano una contestación satisfactoria y completa. Ciertamente, veía que los sabios de todos los tiempos se habían formulado las mismas preguntas, tratando de resolverlas. El uno les había dado una solución social, el otro religiosa, el tercero, práctica. Pero la "vestidura de la verdad" estaba desgarrada, dividida, cada cual se llevaba un retazo, pero, ¿dónde quedaba la vestidura inconsútil, indivisa?

Ignoraba yo que 1900 años hacía, estando un hombre ante la verdad divina en forma humana, había preguntado: "¿Qué es la verdad?" No conocía yo el Evangelio, porque cuando niña su lectura me había estado prohibida, y cuando mayor lo había despreciado, relegándole al número de las leyendas.

Tanteando las tinieblas de las verdades de este mundo y no hallando contestación a mis preguntas, recurrí a las estrellas, entregándome a la astrología. Pero, encontré en este campo sólo el misterio horrible de un destino ineludible y fatal, que excluye la libre voluntad, la gracia y la redención.

¡Tan densas y oscuras hubieron de llegar a ser alrededor mío y en mí las tinieblas, hasta que Dios hizo brillar su luz sobre ellas, "la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo", aquella luz que en su incomprensible ceguera mi pueblo había desechado 1900 años hacía y que hasta el presente no había reconocido todavía.

¡La Pasión según San Mateo! Muchas veces había escuchado esta magnífica composición de Bach, había llorado por el dolorido y amante Nazareno, sin considerarlo por eso más que una figura legendaria, una especie de Parsifal.

En 1918 llegué a leer las obras de Tolstoi, entre ellas sus "Diarios" y "Mi evangelio". Entonces Cristo ya tomó figura humana. Era persona de carne y hueso, había pronunciado palabras de paz, de amor, cual ninguno antes de él. Tomélo como modelo de mi vida, como lo aconsejaba Tolstoi, considerándolo cual el hombre perfecto, pero no como Dios.

¡Oh, cuánta distancia de una veneración a una adoración de Cristo! ¡Nadie puede salvarla sin la gracia de Dios! ¡Cuán lejos estaba aún de la fe!

Después de la lectura de Tolstoi adopté la resolución de seguir el Evangelio a la letra. Di cuanto era mío a los pobres y fuí, como lo enseñaba Tolstoi, a vivir con unos campesinos, para ganarme el pan diario con el sudor de mi frente. Con cuánto gusto me hubiera puesto a predicar, a enseñar el Evangelio a las gentes, pero, ¿quién me haría caso? Tal vez con sólo el buen ejemplo también haría algo...

Pero con mi ejemplo predicaba en desierto, y al verme sola, decidí lanzarme a la lucha por una "renovación de órdenes", conforme a mis posibilidades. Dirigí una carta al Kaiser alemán, pidiéndole una audiencia; quería moverle a procurar la paz por todos los medios. Era en agosto de 1918.

Para que mi carta llegara a su destino, busqué la mediación de una princesa. Pero, un telegrama, si bien muy cortés, traía la contestación negativa. "¡Ahora vendrá la revolución!", dije a la princesa. No había otra solución para aquel estado de cosas. Y el 9 de noviembre la revolución se hallaba a las puertas. Por un momento los jefes revolucionarios me parecieron ángeles de paz y mensajeros de salvación. Pero, para dolor mío, tuve que convencerme que no cambiarían ellos ni la historia ni al pueblo. Seguí la corriente torrentosa, con la esperanza de poder suavizar los horrores con mi ejemplo y ser medianera de paz y caridad en aquella inmensa tragedia.

En vano. En Munich, ciudad de mis actividades, vi caer asesinado a Eisner. Siguió un gobierno de terror bajo los consejeros. Cuando en mayo de 1919 las tropas blancas libraron a Munich no me cabía la menor duda que mi suerte sería la cárcel. Había estado en comunicación con los cabecillas revolucionarios, y por lo tanto la suerte de ellos sería la mía. Fuí, en efecto, arrestada de inmediato y sometida a un interrogatorio que duró cinco horas. Pero, mi caso dejó perplejas a las autoridades. Hablaba yo continuamente del Evangelio, de la paz mundial, del amor al prójimo, de Parsifal, de los profetas. Uno de los "jueces" llegó a preguntarme por qué no me hacía cristiana, si creía en el Evangelio. Riéndomele en cara, le dije: "Unas pocas gotas de agua bautismal no transforman a una persona. Cristo fué judío como yo. Jamás seré

yo cristiana si por mis sentimientos no lo soy ya en estos instantes.” Eran las diez de la noche. Fuí encerrada en un sótano del palacio donde había tenido lugar el interrogatorio, porque las cárceles estaban hacinadas de prisioneros.

Fué esta la noche más solemne y memorable de mi vida. La sentencia todavía no estaba dictada, pero el curso de mi proceso no era nada tranquilizador. Los guardianes daban por seguro mi fusilamiento. Convencida que esta noche sería la última de mis días, me puse a hacer un balance de mi vida pasada. Y el saldo fué negativo. Comprobé que era un ser imperfecto, un algo incompleto y por eso, yo no debía morir, porque aun no había encontrado la verdad, la paz, el reino de Dios.

¿Pero, dónde buscar estos bienes? ¿Cómo alcanzarlos? Y en mi suprema angustia y desesperación lancé un ultimatum al cielo. ¿Existía un Dios? Pues, entonces no podía permitir mi muerte sin haberle conocido antes. Si al día siguiente fuera pasada por las armas, sabría que la existencia de un tal Dios era una invención, y mi vida habría sido estéril, carente de todo fin y sentido. Si, en cambio, recobrara la libertad, creería en la existencia de Dios y estaría pronta a cumplir lo que su voluntad dispusiese y sería suya incondicionalmente.

A la mañana siguiente fuí puesta en libertad. Ignoro a qué circunstancia debí esta rápida mutación de suerte, pues nunca llegué a ver las actas de mi breve proceso. Mucho más importante que

la causa natural de mi sobreseimiento, fué el efecto sobrenatural que tuvo como consecuencia: mi conversión.

Es imposible describir exactamente cómo Dios quebrantó mi voluntad rebelde que rehusaba tenazmente el bautismo. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por Dios, menos a hacerme católica. La causa de esta actitud hostil no eran solamente los prejuicios de mi pasado judío, sino también la ignorancia absoluta que me dominaba en todo lo referente a la fe católica y a la Iglesia, y sobre todo una noción totalmente errónea de los conceptos de "gracia" y "redención".

Los libros del Padre Franciscano Dr. Heriberto Holzapfel me demostraron con lógica aplastante y convincente que la última consecuencia del Evangelio es el bautismo: porque "Cristo es Dios".

En el libro "Paulus unter de Juden", su autor Francisco Werfel pone en boca de San Pablo la siguiente respuesta a la pregunta de Gamaliel, cómo habría llegado el Apóstol a la fe de Cristo: "¿Cómo podré hablar de Él? ¿Cómo podré hablar del momento cuando del cielo se precipitó la luz para inflamar mis venas, cuando llegué ciego a un nuevo mundo? ¿Puede un hombre hablar del momento de su nacer?"

Las palabras humanas son vacías y descoloridas para describir la luz que repentinamente invade las tinieblas de un alma que, errante, ansía la verdad. Y esta luz es lo que la Iglesia llama la gracia.

Me parecería una profanación si tratara de describir cómo el rayo de luz del conocimiento de la divinidad de Cristo iluminó mi alma. Pedí al Padre Holzapfel el bautismo. "¡Al momento!", pedía yo. Me fué negado, como es natural, hasta tanto no estuviera bien instruída. Ya no podía contener mi impaciencia después que había reconocido en la Iglesia el tan buscado reino de Dios que trata de extenderse por todos los pueblos y naciones, tal como lo anunciaba el profeta. Estaba desconsolada por la postergación del bautismo. Pero la Providencia vino a socorrerme.

Como holandesa que era, fuí expulsada de Alemania, al igual que todos los extranjeros. La vuelta a mi patria incluía el regreso a mi hogar judío, cosa que imposibilitaría mi conversión. Por eso quería recibir el bautismo y los sacramentos antes de partir, así ya nadie podría impedírmelos.

Pero no había modo de mover al experimentado y prudente sacerdote a dar el paso sin verme preparada. Quería que fuese a Holanda sin el bautismo y que allí recibiese la instrucción necesaria.

Llena de desesperación corrí a la iglesia conventual y llegué en el momento preciso de repartirse la santa comunión. "Una fuerza emanaba de Él, que sanaba a todos", ¡y también a mi pobre corazón enfermo! Veía cómo los presentes iban a comulgar, y un hambre vehemente se apoderó de mí por aquella "substancia blanca", cuyo nombre y esencia no conocía, pero que intuía y se me revelaba sin palabras y que me atraía con empuje irresistible. ¡Tam-

bién yo quería aquella "substancia blanca"! Presurosa me dirigí al convento para pedirle al Padre que si no me quería dar el bautismo, al menos no me negase aquella "substancia blanca". Naturalmente, no transigió con mi deseo y me instruyó acerca de la eucaristía. Con eso mis anhelos de recibirla se acrecentaron mucho más.

"Le traeré a usted un compatriota, un Padre holandés. Él sabrá darle la dirección de algún sacerdote en Holanda, al cual usted podrá dirigirse", me dijo el Padre. "—¡No me hacen falta compatriotas! ¡Llámeme al Padre que repartía la comunión! Él no se negará a mis ruegos!

Meneando la cabeza salió el Padre del locutorio para llamar al Padre holandés. Porque, ¿cómo podría encontrar al Padre a quien yo había visto repartir la comunión, cuando esto se hacía cada cuarto de hora y por sacerdotes distintos, de tantos que había en el convento? ¿Y quién de ellos habría pensado jamás en bautizarme sin estar yo preparada?

Pero nuevamente me auxilió la Providencia. Al abrirse la puerta del locutorio y adelantarse mi compatriota, con admiración reconocí en él al Padre que había distribuído la comunión. Era el Padre holandés. Nuestra entrevista fué breve. Al preguntarme él por mis deseos, respondíle: "¡Quiero el bautismo!" A esta respuesta, el Padre creyó que yo ya estaba preparada, y que no deseaba sino ser bautizada por un compatriota. Sin tratar de engañarle, tampoco dije palabra para sacarle del error,

y permitió la Providencia que recién pasados dos días llegase a saber el Padre la verdad del caso.

Los sucesos se precipitaron. El 13 de junio llegué a conocer al Padre holandés Leto Himmelreich, O.F.M.; el 15 fuí bautizada; el 16 abandonaba Alemania, expulsada por la ley.

En la fiesta de la Santísima Trinidad de 1919 se cumplía en mí el mandato de Cristo que se lee en el Evangelio de la misa del día: "Id y enseñad a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo."

Era por fin hija de la Iglesia, del reino de Dios sobre la tierra por tanto tiempo y tan apasionadamente buscado; ¡ya podía recibir los sacramentos! Y en este cielo de mi felicidad brillaba con singular resplandor el sol de la eucaristía, Cristo sacramentado. ¡Él era el Esperado, el Mesías desconocido, el Redentor, el Rey de reyes, el Dios de Israel!

Y junto a mis acciones de gracias se elevaba al cielo una ferviente plegaria, la misma que el día de Viernes Santo reza la Iglesia:

"Omnipotente y eterno Dios, que ni a los infieles judíos excluyes de tus misericordias, escucha nuestras súplicas que te ofrecemos por este pueblo ciego, para que conozca la luz de la verdad, Cristo, y sea arrebatado de sus tinieblas."

15. INFIEL A LA TRADICIÓN

HENDRIK PIETER MARCHANT

Cuando el 21 de diciembre de 1938 fuí recibido en la Iglesia, ocupaba el cargo de Ministro de Educación, Arte y Ciencia de los Países Bajos. Había tanta variedad de elementos en el gabinete del Estado, que todos los partidos populares tenían en él sus representantes. Cuando en mayo de 1933 se creó el nuevo gabinete, había llegado yo a ser el adalid de los "demócratas liberales", a quienes correspondía nombrar el seis por ciento de los miembros de la segunda Cámara de Diputados. Existían también a la sazón las tres facciones "derechistas", a saber: el partido católico, el partido antirrevolucionario y el partido cristiano-histórico. Los dos últimos eran de origen protestante, y a los tres juntos sobraban fuerzas para sostener un gabinete de principios cristianos. Sin embargo, por la fuerza de las circunstancias, en 1933 los partidos liberales fueron absorbidos por los "izquierdistas".

Esto me puso en trance sumamente difícil en lo que se refiere a mi conversión largo tiempo premeditada, ya que habrían de multiplicarse las dificultades si un "ministro izquierdista" se hacía católico, aunque lo hiciese de propia voluntad. Por cuanto se estaba por aprobar un importante proyecto

de ley por el cual se restringirían todos los gastos para fines educacionales, me sentí obligado a permanecer en el ministerio hasta tanto que se hubiese sancionado el proyecto. Durante este tiempo traté de mantener oculto el asunto de mi conversión. Sin embargo, en varias ocasiones manifesté que mis convicciones en materia religiosa habían sufrido un cambio, y esto lo hacía para adelantarme a toda acusación de hipocresía de parte de mis conocidos. Pero, a pesar de mi reserva, se supo la noticia de la realidad de mi conversión. Mis colegas en el ministerio se encendieron en cólera y en consecuencia presenté mi renuncia, la que fué aceptada. Siguió un acalorado debate político, pero cuando se hizo manifiesto que mis motivos habían sido mal interpretados, la excitación bajó de grados.

Mientras hacía mis estudios del catolicismo, después que hube leído "Menschen, die zur Kirche kamen" me di cuenta del hecho de que toda conversión a la Santa Madre Iglesia cosecha siempre el mismo juicio de los no-católicos; la tachan infaliblemente de "traición". De todos modos, no se responde con tanta facilidad y prisa a la pregunta: ¿Quién es el traicionado? Sostener que un converso ha traicionado a su iglesia es una aseveración peligrosa y un arma de doble filo, porque espontáneamente brota otra pregunta: ¿A quién han "traicionado" los prohombres de la reforma al abandonar la Iglesia Católica? ¿No es más bien un acto laudable que un hijo pródigo borre la traición de sus antepasados?

A mi modo de ver hay una sola contestación posible a la acusación de traición. Un converso "traiciona", es decir, manifiesta que ni él ni sus antepasados estaban tan seguros y firmes en sus convicciones religiosas como trataban de hacer creer al mundo y que su aversión a la Iglesia en gran parte era obra de la ignorancia y de los prejuicios. Los lectores comprenderán con facilidad que no es una sensación placentera, que digamos, que quien se creía en un nivel intelectual superior al de los católicos, se halle con que su creencia en realidad no tiene razón de ser y que es injustificada. El hecho es que aquél que tiene el valor de sostener sus convicciones es tachado de traidor aun por aquéllos que no pertenecen a ninguna iglesia y que en general son indiferentes a toda religión.

Recuerdo un caso típico, en que un hombre que se preciaba de educado y era director de una gran biblioteca pública, dió muestras de este apocamiento corriente en materia de religión católica. Había pedido yo un libro escrito por un católico de gran autoridad y no se encontraba en la biblioteca. El director se excusó con la observación: "Pero, usted no ignora que no se leen libros católicos." Ya que las personas cuerdas e inteligentes no pedían libros católicos, quería significarme que aquellos libros no debían figurar en la lista, porque la biblioteca sólo era frecuentada por personas juiciosas. ¿Actitud tal, no equivale a una revelación de la verdad? No me cabe la menor duda que en gran parte son los prejuicios los que impiden a muchos el unir-

se a la Iglesia. Se condena a la Iglesia antes de oír sus razones. ¿No es extraño que aquéllos que sin fundamento la acusan como hostil al progreso científico, se expongan que a su vez se les haga el cargo de que impiden cualquier estudio imparcial y serio de la Iglesia?

En vista de las creencias subjetivas de un sinnúmero de no católicos, no es sorprendente que muchos no puedan comprender por qué la Iglesia de Cristo insiste en ciertos artículos de fe definidos e inalterables. Son contados los que fuera de la Iglesia Católica creen en la divinidad de Cristo. Es cierto que muchos permiten que se bautice a sus hijos "en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo", pero, no creen ellos ya en la Santísima Trinidad y la negación de la divinidad de Cristo incluye lógicamente la negación de una Iglesia por Él fundada. Para los tales es imposible creer que Cristo haya impuesto una fe definida a sus fieles y que el hombre no sea libre de creer lo que se le antoje.

Quien reflexione sobre esto comprenderá que un hombre nacido y criado en el protestantismo liberal no haya sido capaz de someterse a la Iglesia Católica sino a los 65 años de edad.

Como miembro del Consejo de Educación de La Haya, y luego como ministro, tuve contacto con católicos, tanto eclesiásticos como laicos, porque en Holanda las escuelas primarias de todas las confesiones están a la par de las escuelas públicas, en lo que concierne a la subvención del gobierno. El tra-

to con los católicos excitó mi curiosidad. Deseaba conocer la esencia del catolicismo y empecé a leer libros acerca de este tema. En el curso de estos estudios encontré muy puesta en razón la enseñanza de los teólogos católicos. Debo confesar que en cambio las doctrinas de los teólogos protestantes nunca me habían parecido muy convincentes, aunque jamás había entrado a indagar si eran ortodoxos o liberales. Algunos de los teólogos protestantes tenían como lema aquella frase de Lessing, que más importante es buscar la verdad que el dar con ella. Esto equivalía a decir que es imposible encontrar la verdad. Según ellos, un hombre que creyera haber dado con la verdad en realidad demostraría con esta actitud que vive en el error y que una vez más debería volver sobre sus pasos.

Nunca di importancia a esta doctrina absurda. Al contrario, cuando encontré la verdad di gracias a Dios de lo más íntimo de mi alma. Una cosa me resulta todavía incomprensible, esto es, que tantos obstruyan voluntariamente y con plena conciencia todos los caminos de la inteligencia que los podrían conducir a Roma y que se nieguen a reconocer los derechos y demandas de Roma por la sola razón de no comprender toda la evidencia de su propio error. La explicación de este lamentable hecho sólo se puede encontrar en la irreconciliable actitud hostil de los así llamados "reformistas" hacia las enseñanzas "idolátricas", como dicen, de la Iglesia, hostilidad que los condujo a considerar a la Iglesia, como lo hacen hoy todavía algunos, como el enemigo

público más peligroso. Además de esto, la tradición protestante repite aún hoy día todos los motivos de queja y las acusaciones del pasado contra la Iglesia, aunque éstos han sido refutados y deshechos una y mil veces.

En la encíclica "Mit brennender Sorge", de 1937, el Papa ordena a los obispos alemanes que hagan lo posible para conservar entre los fieles la pureza de la fe en Dios, en Cristo, en la Iglesia y en la jerarquía eclesiástica. Los enemigos de la Iglesia siempre han lanzado sus ataques contra estos pilares de la fe, luchando con furia contra ellos, pero en orden inverso. Su primer ataque se dirigió contra el clero y su jerarquía; el segundo, contra la Iglesia que no puede existir sin el sacerdocio. Siguió luego la negación de la divinidad de Cristo y por fin, el rechazo de la fe en un Dios personal. Un desarrollo muy lógico, después de todo. Es imposible remover una sola piedra de la construcción de la Iglesia de Cristo sin que se ponga en peligro todo el edificio. Por eso, todo ataque parcial estaba destinado a conseguir la desintegración total.

José Hubery, en su pequeño libro "La Conversión", distingue tres categorías de convertidos: los que se han convertido a causa de una súbita experiencia arrolladora; los que se han convertido por razones sentimentales; y por fin, los que deben su conversión, casi diríamos, a una deducción lógica. No pretendo decir con esto que el catolicismo recurre únicamente al raciocinio y que se funda únicamente en la inteligencia. De ninguna manera.

La fe no es contraria a la razón, pero tampoco es un producto de la inteligencia.

Hay muchos que encuentran las doctrinas católicas muy conformes a la razón y sin embargo permanecen incrédulos. Estos tales o carecen de la luz sobrenatural de la fe, o no cooperan con ella. Naturalmente, nunca se podrá demostrar la misteriosa influencia de la gracia divina sobre la inteligencia y la voluntad humanas. Es cuestión de experiencia para aquéllos a quienes Dios llama de las tinieblas a la luz. La gracia de Dios puede obrar en nosotros aunque no tengamos conciencia de ello. Sin duda, la gracia de Dios me impulsó a estudiar la fe católica, y por eso creo como un deber mío el ayudar a otros en su búsqueda de la verdadera dicha. Nuestra propia vocación a la fe nos obliga también a estudiar a fondo nuestra religión, porque nunca podremos enseñar a otros lo que nosotros mismos ignoramos. En virtud de la santa confirmación todos deberíamos ser misioneros de Jesucristo.

INGLATERRA

16. EL MISTICISMO QUE SALVA AL MUNDO

GILBERT KEITH CHESTERTON

Aunque llevo muy poco tiempo de católico, no escapa a mi comprensión la distinción perfecta que hay entre las dos preguntas: "¿Por qué soy católico?" y "¿Por qué me hice católico?" Siempre hay muchos motivos que contestan a estos por qué, motivos que sólo se destacan cuando el impulso inicial ha originado el movimiento hacia la ejecución. Son ellos tantos en número y tan diversos, que muchas veces el impulso inicial y original pasa desapercibido y desaparece entre ellos. Tanto en su sentido real como en el ritual, puede sobrevenir la "confirmación", p. ej., robustecimiento, después de la conversión. Las causas en este caso concreto son innumerables, y después de la conversión el mismo converso es incapaz de establecer el orden de su aparición. Pero, al final de cuentas esta multiplicidad de motivos se reduce a uno solo. Agnósticos entendidos en materia de arte se detienen con frecuencia, dándole al caso grave importancia, en observar cuáles de las partes de una catedral han sido restauradas o cuáles datan de la antigüedad. El católico, empero, da importancia solamente al hecho de su renovación y a la posibilidad de uso de la catedral para el culto.

Todo mi edificio espiritual se parece a una catedral: demasiado amplio para una descripción pormenorizada, y hasta encuentro dificultad en determinar la antigüedad de las piedras que forman conjunto. Pero, no creo equivocarme al afirmar que el primer impulso hacia el catolicismo lo hallé en ciertas circunstancias que como fin tenían precisamente el alejarme de él. Creo que más de un católico debe agradecer su vuelta al redil al ya fallecido señor Kensit [1].

Recuerdo en especial dos casos que tuvieron un efecto contraproducente en mí, haciéndome desear lo que personas serias condenaban. En el primer caso, si mal no recuerdo, Horton y Hocking, agitado el pecho, convulso el rostro, publicaban haber hallado una horrenda y sacrílega blasfemia en un místico católico, que hablaba de la Virgen en estos términos: "Todas las demás criaturas se lo deben agradecer todo a Dios, pero a ella hasta el mismo Dios le debe gratitud." Estas palabras iluminaron mi alma como un rayo de sol. "¡Qué bien dicho!", pensé. En realidad, entendido bien el místico, no hay palabras más justas y más claras para expresar el inefable misterio de la Encarnación.

El segundo caso. En el "Daily News", diario donde yo estaba empleado entonces, decía alguien,

(1) El señor Kensit, librero, conocido como protestante fanático, había organizado en 1898 un círculo, con el fin de estorbar los oficios divinos en las iglesias "ritualistas". Murió en 1902, a consecuencia de las heridas recibidas en una de sus irrupciones. Señalado con el dedo y condenado por la opinión pública, se solía llamar "prensa de Kensit" a las publicaciones pasquinescas contra Roma.

para pintar el oscurantismo y el amaneramiento de la Iglesia Católica, que un obispo francés había dicho en una ocasión a unos soldados y trabajadores, que fatigados llegaban a la iglesia antes de amanecer, que Dios se conformaría con su acto de presencia y no les tomaría a mal su cansancio y distracción. Y yo: "¡Qué sentido común el de esos católicos!", pensé. "Si alguien ha andado varias leguas para hacerme una atención, ¿no se lo reconocería, aun cuando se durmiese en mi presencia apenas llegado?"

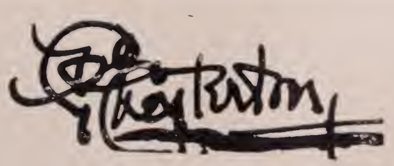
Y así podría seguir enumerando casos de este período en que mis tímidas simpatías por la Iglesia Católica se vieron fomentadas únicamente por escritos anticatólicos. De lo que siguió a estos primeros impulsos no me cabe la menor duda. Es una culpa que tanto más reconozco cuanto más desearía haberla ya expiado. Porque ya mucho antes de haber conocido a los dos varones notables a quienes tanto tengo que agradecer en este sentido, Rev. John O'Connor de Bradford y Sr. Hilaire Belloc, empecé a orientarme en esta dirección, y esto bajo el influjo de mi liberalismo político de siempre, y hasta en los mismos castillos del "Daily News".

Este primer impulso, después de Dios se lo debo a la historia y a la actitud de Irlanda. No es que por mis venas corra sangre irlandesa, ni que tenga intereses o mentalidad irlandeses. Nada de todo esto. He estado solamente dos veces en Irlanda. Pero presto me di cuenta cabal que sólo

el problema irlandés mantenía la cohesión del sistema partidista, porque en el fondo era una realidad religiosa, y porque ella existía me plegué por completo a esta parte de la política liberal. Guiado por la historia y la propia experiencia veía siempre más distintamente cómo un pueblo cristiano había sido perseguido por motivos inexplicables y cómo aun seguía siendo odiado hasta el presente; y un día se me abrieron los ojos a la realidad; esto debía ser así, porque era un pueblo de cristianos sinceros y estrictos como aquéllos otros que en el circo romano Nerón hizo arrojar a las fieras.

Estos puntos de vista reflejan los motivos que me impulsaron hacia la Iglesia y que pronto cobraron un empuje irresistible. Podría seguir describiendo cómo con claridad siempre creciente observaba que los grandes y poderosos que rompieron con Roma siempre han terminado donde terminan infaliblemente los que desprecian toda ley y la naturaleza: un brillante éxito momentáneo, y a poco un sentimiento de opresión, como si hubiesen caído en una red de mallas irrompibles y estuviesen incapacitados de librarse por sus propias fuerzas. No son más halagüeñas las perspectivas de un "prusianismo" en Prusia que las de un "individualismo manchesteriano" en Manchester.

Nadie pone en duda que a este antiguo pueblo de agricultores, arraigado firmemente en la fe de sus mayores, le espera un porvenir más glorioso o siquiera menos complicado y más inmediato. Me sería más fácil seguir un método tal de autobio-



grafía, pero lo conceptúo muy egoísta. Y aunque optando por el otro método me pongo en graves compromisos, lo elijo con todo y me decido a exponer concisamente, pero sin omisiones, la medula y el nervio de mis convicciones. Mi titubeo no se origina en la escasez de material, sino muy al contrario, nace de la dificultad de selección en una materia superabundante. Haré, pues, el ensayo de esbozar uno o más aspectos que me han impreso huellas más duraderas.

Habrá en el mundo millares de clases de misticismo de aquéllos que pueden hacer enloquecer a un hombre, pero es uno y único el misticismo que conserva al hombre en su estado normal. Está probado que el mundo no puede estar sin misticismo. ¡Hasta los primeros sonidos agudos de la voz helada de Voltaire tuvieron su eco en un Cagliostro! Hoy en día la superstición y la credulidad se propagan con tan vertiginosa velocidad que en breve veremos a católicos y agnósticos en línea y situación paralelas. Y será entonces sólo el católico quien en derecho y justicia podrá ostentar el nombre de racionalista. Algo similar sucedió en las agonías de la Roma pagana, pese a todos los "intermezzos" escépticos de un Lucrecio o un Lucano.

Ser materialista no es algo natural, ni es natural la impresión que causa. Contentarse y darse por satisfecho con la sola naturaleza, no es natural. ¡El hombre es místico! Nacido como místico, como tal casi siempre acabará sus días, ante todo si es agnóstico. Pero, mientras todas las sociedades hu-

manas tarde o temprano sienten esa inclinación a las cosas extraordinarias, debo advertir que es una sola la sociedad que tiene en cuenta las cosas diarias. Todas las demás eluden la vida diaria y la desprecian.

Un célebre hombre de letras ha escrito una novela titulada "The Cloister and the Hearth", tomando como tema el contraste entre convento y familia. Porque, en efecto, hace cincuenta años aun era posible imaginar un contraste entre estos dos términos. Hoy ya son casi sinónimos. Los que antaño clamaban por la supresión de todos los conventos, hogaño pisotean la familia a vista de todo el mundo. Es éste un hecho sólo de los muchos que confirman esta verdad: que solamente en la religión católica los más grandes, y si se quiere, los más irrazonables votos y vocaciones son, al final de cuentas, los amigos y protectores de todo lo bueno y noble de la vida diaria.

Muchas corrientes místicas han conmovido al mundo, pero una sola lo ha conservado: el santo está junto al hombre sencillo, el peregrino profesa amor a la familia, el monje defiende el matrimonio. Ser amigo de lo mejor no incluye enemistad con lo bueno. Lo mejor comprende en sí lo bueno. Toda otra revelación visionaria acaba por degenerar en este o aquel sistema de filosofía indigno del hombre, en simplificaciones aniquiladoras, en pesimismo, en optimismo, en fatalismo; en fin, cae en la nada y en un mar de desatinos.

Todas las religiones tienen algo bueno en sí, pero no ha de buscarse en ellas el bien en sí, la humildad verdadera, el amor subsistente, la gratitud ardiente hacia Dios. Cuanto mejor las conocemos, y hasta cuanto más las respetamos, tanto más nos convenceremos de esta realidad. En su seno cobija ella algo que no es el bien puro, algo que más bien es la duda metafísica sobre la materia, o la fuerte atracción de la naturaleza, o, en el mejor de los casos, temor del Señor y de la ley.

Si este estado de cosas se exagera, conduce a lo deforme, y se llega a un culto demoníaco. En esta situación las cosas no son soportables por mucho tiempo. Mientras duermen en paz, hasta parecen respetables, como sucede con el "protestantismo victoriano". Pero el entusiasmo más ferviente por la Santísima Virgen, o la más maravillosa imitación de San Francisco de Asís, en el fondo es siempre aun una cosa saludable y provechosa. Nadie renegará a causa de ello de su humanidad, o despreciará a otros. Es una de las características que al mismo tiempo parecen particulares y universales. Sigue otra consecuencia.

Solamente la Iglesia Católica puede salvar al hombre de la esclavitud humillante y desastrosa de ser hijo de su época. Manifestaba últimamente Bernardo Shaw el íntimo anhelo que cada hombre viviese 300 años en una época feliz. Esto pone de manifiesto la tendencia característica de los "fabianes" que desean una reforma del mundo de mero orden material y práctico. Conseguir esto

sería fácil, y convencido estoy que si Bernardo Shaw hubiese vivido los últimos 300 años ya a estas horas lo contaríamos en las filas católicas desde muchos años. Habría visto girar la tierra en su curso invariable y habría comprobado cuán poca confianza inspira el llamado "progreso" del mundo. Habría visto la Iglesia sacrificada a una superstición bíblica y como la Biblia sería víctima del darwinismo, y habría sido él el primero en oponerse a esta barbarie. Sea como fuere, deseaba él para cada hombre una experiencia de 300 años. En relación contraria a todos los demás hombres, el católico tiene una experiencia de 19 siglos. El que se hace católico de pronto tiene dos mil años de edad. En palabras más precisas: sólo en este momento crece y llega a edad viril. El católico juzga las cosas no según los últimos informes de los diarios, sino a través de la fermentación que produce en las masas y la conmoción que causa en todas las épocas.

Si, pues, un hombre moderno dice que su religión es el espiritualismo o el socialismo, manifiesta que vive en el mundo ultramoderno de los partidos. El socialismo es la reacción contra el capitalismo, contra el acumulamiento injusto de riquezas, como sucede en nuestro propio país. Si este hombre viviera, por ejemplo, en Esparta o en Tibet, su política sería totalmente diversa. El espiritualismo pasaría desapercibido si no fuera una rebelión contra el materialismo hoy dominante. Nunca como hoy causó tanta expectación en el mun-

do la fe en el espíritu. El espiritualismo quedaría desarmado en el instante que el mundo creyese en lo sobrenatural. Sólo después que una generación ha declarado decididamente y establecido como dogma para todos los tiempos que el espíritu no existe, ha empezado a temblar ante un mísero espíritu. Son invenciones hijas de la época, podría decirse en su descargo. Hace ya mucho tiempo que la Iglesia ha demostrado que no es ella hija de la época, sino obra de su Fundador y que después del correr de tantos siglos está tan lozana y llena de energías como al nacer. ¡Hasta sus mismos enemigos han perdido las esperanzas de verla perecer.

17. SÓLO ROMA ES INFALIBLE

Rev. OWEN FRANCIS DUDLEY

El primer contacto que tuve con la Iglesia Católica fué en la escuela, cuando un día un muchacho católico me escupió en la cara. Como era mayor que yo no pude desquitarme, aunque me sobraban ganas. Pero nunca olvidé que había sido un romano-católico.

Más tarde, con ocasión de unas proyecciones luminosas a las cuales me había llevado mi madre, tuve el segundo encuentro con la Iglesia Católica. Durante el curso de la función apareció en la pantalla un venerable anciano con un enorme sombrero en la cabeza y vestido de una larga sotana blanca. Posiblemente pregunté a mi madre quién era aquel hombre y me habrá contestado secamente: "El Papa de Roma." En fin, no recuerdo exactamente cómo fué, pero desde aquel día tuve la impresión que con aquel "Papa de Roma" las cosas no andaban del todo claras.

Luego aprendí en la historia inglesa (que después vería que ni era del todo historia ni del todo inglesa) que no solamente con el "Papa de Roma", sino también con toda la Iglesia del Papa las aguas eran turbias. Yo me forjé el siguiente

cuadro de toda aquella historia: Durante más de mil años el Papa tuvo bajo su dominio a toda Inglaterra, más aun, a toda Europa. Durante este período la Iglesia Católica, o católico-romana, se corrompió más y más, llegando al extremo de perder hasta los últimos vestigios del cristianismo primitivo enseñado por su fundador, Jesús. El lugar de Dios lo ocuparon viles ídolos. Por doquier se propagaron las más groseras supersticiones. Allí no había ni educación ni ciencia. El clero era el señor de horca y cuchillo y fuera de él nadie tenía voz ni voto. Entonces leí cómo sobrevino la "gloriosa reforma" que cual lucero esplendente ahuyentó las tinieblas de aquella noche del oscurantismo. El yugo del Papado fué sacudido, fué deshecha la urdimbre de sus enredos, cortada de su cuerpo la corrupción. Y la reforma encontró campo propicio también en Inglaterra. Y fué restablecida la doctrina primitiva de Cristo y del Evangelio verdadero. Y mis maestros y mis libros me seguían diciendo: Sobrevino una era de progreso y prosperidad bajo el reinado de la "good Queen Bess"; la buena reina Isabel. ¡Había terminado la infame tiranía de Roma, el mundo había sido libertado de su esclavitud espiritual!

De estas ideas me imbuía en las escuelas inglesas en los años de mi niñez. Y para mí todo aquello era tan cierto e incontrovertible como un Evangelio.

Y un día me sucedió lo que a todos: empecé a crecer. Y aquella sarta de embustes que me

habían enseñado seguía siendo para mí la verdad más absoluta.

Siendo de un poco más edad me decidí por la carrera eclesiástica y para el efecto empecé a frecuentar un instituto teológico anglicano. Y tengo que confesar que aquí se me complicaron las cosas. Una cruel incertidumbre me atormentaba: ¿Qué debería enseñar yo más tarde como pastor anglicano? Aunque era muy joven, no se me escapaba que mis maestros se contradecían hasta en los puntos más esenciales del cristianismo. Mis condiscípulos no acababan nunca de discutir sobre las verdades más simples y fundamentales de la religión. Al egresar del instituto mi mente era un torbellino de ideas confusas que en sus nubes de polvo hacía desaparecer las pocas convicciones adquiridas.

Sin querer concedérmelo a mí mismo, no lograba desterrar una idea atormentadora: el temor que la iglesia de Inglaterra no había sabido darme teología. Más tarde me daría cuenta que la iglesia anglicana no estaba ni en la más remota de las posibilidades de darme una teología sistematizada.

Durante mis estudios de teología, en las vacaciones, fuí por primera vez a Roma. Y llegué a ver nada menos que al mismo "Papa de Roma". Era Pío X. Le vi cuando sobre la "sedia gestatoria" hacía su entrada en la basílica de San Pedro. Pasó muy cerca de mí y pude distinguir perfectamente los rasgos de su fisonomía. ¡Era el rostro de un santo! ¿Y cómo se compaginaba esto con aquella historia de los papas que me habían ense-

ñado? Traté de explicármelo a mi modo: "Será una rara excepción entre todos", me dije, "y a pesar de ser Papa habrá conseguido conservarse bueno, debido quién sabe a qué circunstancias..." Pero aquel suceso se me estereotipó en el alma y las huellas que dejó fueron mucho más profundas de lo que entonces pude sospechar.

Llevaba yo un diario de cuanto me ocurría en Roma. Un día hice la siguiente anotación: "Me resulta muy comprensible que un hombre joven e impresionable pueda quedar cegado por todo esto y que quisiera hacerse católico." ¡Yo, naturalmente, me creía invulnerable a todos esos hechizos del papismo!

Mi primer campo de acción como pastor anglicano fué una parroquia rural. Pero al final del año mi "vicario" y yo convinimos en separarnos, pues, no íbamos de acuerdo ni en los puntos más esenciales y básicos de la religión cristiana.

Mi segundo campo de actividades fué una parroquia al este de Londres, entre los cultivadores de lúpulo y los obreros portuarios. Llegué a mi puesto inflamado del más ardiente celo y del entusiasmo más fervoroso, soñando con cambiar la faz de la tierra. Pero pronto se me cayeron las alas, al descubrir que a la mayoría de aquella gente le importaba un bledo toda la religión que les predicaba. De las seis mil almas de la parroquia, apenas si cien a doscientas personas pisaban la iglesia. Los clubes sociales, en cambio, eran muy frecuentados. Las noches de bailes y diversiones eran

muchas y los sones del organillo atronaban los aires hasta la madrugada. ¡Mis feligreses eran muy amables y adictos! Cada año, en Septiembre, me invitaban a pasar unos ratos muy entretenidos con ellos en los campos de lúpulo de Kent. ¡Esto era obra social! Pero de religión nada querían oír.

Bajo el influjo de mi "vicario", que me vió demasiado "protestante", empecé a cambiar mis modos de vida en otros más "católicos". Mi gran sombrero de ala ancha ya de entrada no le gustó y no estuvo conforme hasta verlo destrozado entre los dientes del perro y reemplazado por otro "más clerical".

Durante uno o dos años fué todo a las mil maravillas y mi religión anglicana no me inquietaba la conciencia. Me sería difícil apreciar ahora hasta qué grado me juzgaba yo "católico" en aquel entonces. En todo caso era lo suficientemente "católico" para defender enérgicamente mis puntos de vista y mis posiciones ideológicas frente a los modernistas y a los pastores de la "Low Church". Pero esa misma convicción me irritaba sobremanera cuando a cada encuentro una dama católica me decía que rezaría por mi conversión a la verdadera fe. Lo mismo me sucedió un día con un Franciscano. Con gusto les habría dicho que rezaran por la conversión de Barrabás. Recuerdo también que siempre que encontraba a un sacerdote católico me sentía como dominado por un complejo de inferioridad y que se apoderaba de mí una vaga sensación como si mi sacerdocio no fuese

legítimo, o al menos que entre él y yo había una diferencia esencial, aunque no me supiese explicar en qué consistía.

Mis primeras dudas y zozobras se originaron cuando ya no pude eludir por más tiempo ciertas tristes y lamentables realidades que como ministro anglicano encontraba en la cura de almas.

Estaba un día en casa de un obrero portuario que vivía frente a la iglesia, pero que nunca iba a ella. Aproveché la ocasión de preguntarle por la causa de su inasistencia. "¿Por qué", me decía el obrero, "¿por qué debo prestar más fe a sus enseñanzas que a las que nos predican los pastores de la "Low Church" en el otro tercio de la ciudad?" Sonaban a reto estas palabras, pero no supe darle una respuesta satisfactoria. Aquel hombre probablemente ni creía en las palabras de aquéllos ni en las mías, pero, el hecho era que me había puesto entre la espada y la pared. Mi colega y yo éramos ambos pastores anglicanos, y sin embargo el uno enseñaba justamente el reverso de lo que el otro pregonaba desde su púlpito en la iglesia vecina de la misma ciudad.

Y llegué a preguntarme a mí mismo: "¿Por qué debería creer alguno en mis predicaciones? ¿Con qué autoridad enseño yo?" Por primera vez me puse a investigar en aquellas pretensiones de la iglesia anglicana y lo hice lleno de angustias. El resultado fué que ya no podía cerrar los ojos voluntariamente y pasar por encima de los hechos manifiestos que hasta el presente no había tomado

en consideración. La iglesia "establecida" era una iglesia de contradicciones y de una infinidad de sectas, de las cuales cada una pretendía ser la Iglesia única, pero mientras tanto todas juntas, con sus posiciones opuestas entre sí y sus reclamaciones partidistas, destruían toda base a la pretensión de toda y de cada una de ser parte integrante de la Iglesia verdadera. En lo que se refiere a autoridad eclesiástica, allá se las había en su inmutable indiferencia, creyesen los fieles todo o nada o cualquier cosa. Si alguien quería ser "anglo-católico" extremista, no había inconveniente en que lo fuera, con tal de no aceptar la doctrina incómoda de la infalibilidad del Papa. Tampoco impedía la autoridad ni nadie que alguien fuese "modernista" extremado y que negase todas las doctrinas cristianas, con tal de que no aboliese los términos cristianos en su modo de expresarse. ¿A qué obispo, se le ocurriría dar un no o un sí categórico a alguno de los partidos? Los mismos obispos estaban tan divididos entre sí como las sectas y si alguno trataba de intervenir o fallar en alguna cuestión, el propio clero le desconocía y desacataba. Si el Espíritu Santo estaba con la iglesia de Inglaterra, juzgando con lógica, era él el autor y origen de toda esta confusión, puesto que cada secta se atribuía su asistencia especial.

Estos hechos me abrieron los ojos y me vi en un callejón sin salida. Las dificultades, que en olas gigantescas se levantaban a mi encuentro, amenazaban arrollarme y hundirme.

Más tarde, ya convertido, se me ha preguntado muchas veces cómo el clero anglicano puede permanecer de buena fe en su puesto en medio de tales circunstancias. A esta pregunta solía contestar yo: "Viven en la más sincera creencia." Hay un estado de ceguera espiritual que impide ver la lógica y evidencia, conocidos ya los hechos. Y a fe mía que durante este período obraba con toda sinceridad. Sólo quien alguna vez ha sido protestante puede saber cuántos estorbos se encuentran en el camino hacia la verdad, originados por mil prejuicios protestantes y por un temor y una desconfianza hacia "Roma" que están como encarnados en el ser.

Mientras mi alma se debatía en la noche cerrada de tremendas dificultades y angustiosa desesperanza, cayó en mis manos el libro de un sacerdote católico que en otros tiempos había sido pastor anglicano y que había luchado con los mismos problemas que a mí me aplastaban, hallando la solución de ellos en la Iglesia Católica. "Pero, no, la Iglesia Católica no puede ser el puerto donde he de refugiarme para ponerme a salvo de esta tempestad", me decía. Y en mi memoria surgieron todos aquellos recuerdos que desde mi más temprana niñez llevaba grabados en el alma. ¡La Iglesia Católica, plagada de falsas doctrinas y perversas herejías, corruptora de la legítima doctrina de Cristo! Cierto era que la Iglesia Católica comprendía en el presente, como en el pasado, la mayor parte de la cristiandad... Si era cierto todo aquello

que desde mi niñez me habían enseñado, entonces la mayoría de los cristianos había sido inducida a un lamentable error y había vivido casi durante dos mil años en las redes del engaño. ¿Podría Cristo haber permitido un fraude tan cabal, una impostura de tan tremendos alcances? ¡O la Iglesia Católica era una impostura, o...! ¿O qué...?

Me compré libros para estudiar la doctrina católica y para conocer la historia desde el punto de mira de la Iglesia.

Y llegó un día que sumido en mis torturantes cavilaciones, con la frente entre las manos, los ojos cerrados, y mi conciencia golpeada por la duda, me hizo formular esta pregunta: "¿Será verdad lo que el mundo afirma de la Iglesia Católica? ¿Será cierto lo que afirma ella de sí misma? ¿Durante tantos años, habré estado luchando solamente con un fantasma, producto quimérico de mi imaginación saturada de prejuicios, errores y prevenciones...?"

Y comparé los dos términos. La Iglesia Católica florecía en la más armoniosa unidad. Fuera de ella las sectas se multiplicaban como por generación espontánea. Mientras la nave de la Iglesia va serena y tranquila, guiada por el seguro gobernalle de la autoridad, el anglicanismo, al cual pertenecía y cuyo representante era, con su libre examen, marchaba a la deriva, con el peligro de estrellarse. Comparé los principios morales inmutables de la Iglesia con la vacilante moral oportunista del protestantismo inglés, y la conclusión, con su lógica

de hierro, se me ofrecía cada vez en forma más apremiante: la Iglesia Católica llevaba manifiestamente el sello y los rasgos de las obras de Dios, a medida que el anglicanismo, con su inconsistencia y enormes fallas, me parecía delatar la torpe mano de los hombres.

Pasaba un día frente a la Catedral de Westminster. Entré en ella, e hincándome de rodillas permanecí inmóvil durante media hora ante el Santísimo Sacramento. Al salir, mi alma estaba agitada hasta lo más íntimo. Imposible explicar la transformación operada en mí durante esta media hora. Lo que hasta el momento había constituído mi problema insoluble, de repente se había cambiado en un imperativo ineludible que exigía una solución de aquel estado y que no dejaba lugar a dilación ni regateos. Dentro de aquellos muros benditos había desaparecido la horrenda cerrazón de mi alma a la mirada atónita y anhelante se ofrecía una realidad ilimitada, infinita, que con su presencia hacía desaparecer toda otra cosa. Y me pareció tan grande la Iglesia Católica que a su lado toda otra secta se empequeñecía, y la religión de la cual era yo ministro se iba perdiendo en las sombras de la nada.

Volví a mi parroquia con el corazón oprimido como por un peso atlántico. Y aquella noche me sentí como un extraño entre mis feligreses.

Durante semanas estuve atormentado por una cruel incertidumbre, desorientado, indeciso si en conciencia estaba obligado o no a seguir la nueva

ruta que ante mis ojos se había abierto. ¡En qué agonía me sumían las innumerables sospechas que surgían en mi alma! ¡Qué martirio aquellas atenazadoras dudas! ¿Sería cierto lo que decía "Roma"? ¡Tal vez ni era verdadero sacerdote...! ¡Entonces mis misas serían inválidas...! ¡Inválidas tantas absoluciones impartidas...! ¡Horrible el solo pensarlo! Y oraba a Dios y cuanto más rezaba más crecía en mí la certeza de la invalidez de mi sacerdocio.

Decidíme por fin a consultar a un colega que era de aquéllos que por sus tendencias estrictas y sus prácticas un tanto romanas se solía llamar "católicos". Era persona muy piadosa y no me había equivocado al creerlo muy leal y sincero. Tuve con él tres o cuatro entrevistas y el resultado fué una confusión espiritual acrecentada, aunque amainó un poco mi exaltación de ánimo. Pero esta paz era falsa y un tanto artificial, ya que no provenía de la convicción sino más bien de consideraciones falsas e interesadas. En efecto, en estas entrevistas había mirado cara a cara el porvenir que me esperaba en caso de que me pasara a "Roma". El horizonte se me presentaba muy nublado y el cielo cargado de tormenta. Perdería mi cargo, no recibiría honorarios, me quedaría sin mis amigos. Con aquel paso no solamente destruiría todo mi porvenir, lanzándome a un mundo desconocido que podría ser abismo horroroso, sino que además causaría una pesadumbre irreparable a mis padres. Y pasado el Rubicón, me hallaría

ante la tremenda incógnita de la posibilidad de ser sacerdote católico. En todo caso, y supuesto todo, me encontraría en una situación de niño incapaz de valerse, tendría que pasar por todos los estadios de una verdadera infancia, tendría que recibir el bautismo... ¿Y si "Roma" no me aceptaba en el número de sus sacerdotes...? ¿Qué perspectivas se me abrirían?

Todo mi ser se convulsionaba ante tales consideraciones. ¡Imposible que se me exigiese tan duro sacrificio! Pero, no; necesitaba calma. Todos estos pensamientos eran elucubraciones de mi cerebro fatigado. Me había dejado desviar pòr el sentimiento. El demonio me había tendido una celada. ¡No, sería una infame traición abandonar la iglesia donde había nacido! Si era miembro de la iglesia de Inglaterra era porque Dios lo había dispuesto así en su voluntad. ¿No debía la bendición del cielo precisamente a mi religión anglicana? ¡Como miembro de ella había recibido del Señor raudales de gracias!

Y volví a enfrascarme en mis tareas pastorales y entregado a ellas febrilmente conseguí calmar por un tiempo aquel torturante suplicio de mi espíritu. Deseché aquellos pensamientos y si bien no conseguí ahuyentarlos del todo, al menos me libré de los temores que me destrozaban el pecho.

Pero de esta especie de modorra, y aturdimiento voluntario me sacó la advertencia casual de un fotógrafo, incrédulo a lo que opino, que me hizo ver la imposibilidad de defender de buena fe

y conciencia cierta a la iglesia anglicana. Decía él: "Si el cristianismo está fundado en la verdad, evidentemente la Iglesia Católica, con su autoridad, ocupa la única posición segura y verdadera." Era el testimonio de un hombre ajeno a toda iglesia.

Con esto renacieron con renovado vigor mis temores y angustias. Mi conciencia urgía con apremio que zanjara radicalmente la cuestión, quería fondear en algún puerto, cualquiera que me pareciese seguro, y no me detendría ante consideraciones materiales y naturales de ninguna especie. Además, aquel colega a quien consulté me había aclarado una cuestión, haciéndome ver que el punto álgido de la oposición entre Roma y Canterbury se reducía a la pretendida infalibilidad de Roma, demanda que Canterbury se negaba a aceptar. La infalibilidad era el centro y la clave de la cuestión y de ella dependía todo lo demás.

Me puse a estudiar a fondo aquella pretensión controvertida. Estudié los Santos Padres y Concilios, con sus exposiciones de la doctrina de la Iglesia vista a la luz de la razón natural. Después de algunos meses llegué a la conclusión que la Iglesia Católica podía probar brillantemente su privilegio de infalibilidad, tanto por la autoridad de la Sagrada Escritura como por la historia y la luz humana del intelecto.

Haré una síntesis doctrinaria. La infalibilidad es nuestra única garantía para poder creer en la

verdad de la doctrina cristiana. En efecto, si en este momento no creyera en un magisterio infalible instituído por Dios, nada en el mundo sería capaz de hacerme creer en la veracidad de la religión cristiana. Si las doctrinas del cristianismo dependen del juicio de personas particulares, como sucede en las sectas separadas de la Iglesia Católica, y si, en consecuencia, la religión cristiana depende de opiniones humanas, entonces no existe para nadie la obligación de creer. ¿Por qué debo creer en una opinión que procede de hombres como yo? El que no acepta la infalibilidad, o cree en los hombres, o no cree nada. La infalibilidad se reduce a lo siguiente: cuando la Iglesia Católica define en materia de fe o de moral, si nos dice qué debemos creer y hacer, entonces, y solamente entonces la preserva Dios del error para que no enseñe falsedad. La Iglesia es, por decirlo así, el altavoz o megáfono de Dios. ¿Puede Dios mentir? El protestantismo, que se dice en posesión del Espíritu Santo, a la vez que presenta un mar de confusiones y contradicciones, de hecho afirma que Dios no es veraz. Sólo una ceguera mental puede impedir a los adeptos del protestantismo la comprensión y la aceptación de esta realidad molesta. El solo sentido común y la sana razón deberían bastar a toda persona inteligente para obligarla a hacer alto ante esta reclamación de la Iglesia Católica y reconocer la legitimidad de su privilegio.

Se dice comúnmente que la aceptación de una autoridad infalible en materia de fe incluye una

especie de esclavitud que coarta en los católicos el libre uso de su inteligencia y que los hace cometer un verdadero suicidio espiritual. "Un intelectual", se suele decir, "no puede aceptar esos dogmas medievales de la Iglesia." Pero, vista a través del prisma de la inteligencia y del sentido común, esta "intelectualidad" y sabiduría de los "pensadores modernos" aparece como una desnuda insensatez, como un método anticientífico e irracional, conducente a mantener ciegas a las masas frente a las verdades católicas. Como las verdades de la Iglesia son hoy las de ayer y de siempre, caen de su propio peso aquellas necias objeciones que suelen expresarse con estas o parecidas frases: "Ninguna persona intelectual puede someterse a aquello que la Iglesia Católica declara como infaliblemente verdadero", o bien, "ninguna persona instruída puede someterse en materia de fe a una autoridad infalible". La fe en una autoridad infalible incluye lógicamente la sujeción a la Iglesia, que reclama la infalibilidad como su privilegio exclusivo.

La respuesta obvia a aquella actitud de los "intelectuales" es: "En nombre del sentido común... ¿por qué no ha de ser así? ¿Por qué no habrá de someterse el hombre en este campo, cuando en todos los aspectos de la vida se somete a tantísimas verdades infalibles? ¿Es esclavitud, es suicidio admitir la ley de la gravedad? ¿A quién se le ocurre arrojarse desde una altura a un abismo, en la creencia de poder ascender en vez de caer al vacío? ¿Un científico merecería nombre de tal

si no creyera, como todo hombre de ciencia lo hace, en determinadas leyes inalterables e infalibles? ¿No cree el matemático en la infalibilidad de las tablas de multiplicación, del teorema de Euclides? ¿El negociante, no cree en determinados principios fijos sin los cuales es imposible la administración? Si el negociante se permitiera en sus intereses lo que los llamados "modernos" se permiten en cuestión religiosa, a fe que llevaría su negocio a la quiebra, como esos "modernos" han conducido a la quiebra lo que todavía pretenden llamar cristianismo.

Mil ejemplos se podrían aducir para demostrar que todo ser dotado de razón se somete a ciertas verdades fundamentales en todos los ramos del saber. ¿Es razonable o es necio que se afirme que una persona ilustrada no debe someterse en un punto, esto es, en la religión, a una verdad infalible, aunque en noventa y nueve otros casos lo haga?

Evidentemente, la lógica está de parte de aquéllos que se someten en este centésimo caso, que es el decisivo. ¿Es señal de ilustración el someterse a opiniones humanas y negarse a hacerlo a la verdad revelada por Dios, que dispuso que esta verdad fuese anunciada y aceptada y que como sanción de su rechazo acredita la condenación eterna? ¿Es señal de ilustración el preferir el modernismo de las negaciones a los dogmas de la Iglesia que debe ser infalible si predica el cristianismo, esto es, si predica las verdades divinas reveladas, que debe

ser infalible si enseña la verdad, ya que la verdad es infaliblemente inmutable?

Cuando me hube convencido de la justicia de esta demanda de la Iglesia, resolví exponer a dos pastores protestantes muy eruditos los motivos que me hacían imposible permanecer por más tiempo en la iglesia inglesa. Hícelo así, pero, en cuanto recuerdo, sus "refutaciones" no me convencieron. Sin duda, aquellos señores me eran muy superiores en erudición, pero no era yo de tan cortos alcances, ni carecía de la lógica suficiente para no ver que todas sus citas de S. Agustín, de S. Cipriano y otros, traídas arbitrariamente e interpretadas a voluntad y capricho propios y no según la intención del autor, no lograban desbaratar aquella demostración sólida y ordenada que la Iglesia Católica extraía de la Sagrada Escritura y de la historia para la defensa de su doctrina. Es incomprensible cómo hasta eruditos de renombre se atreven a enfrentar con falacias y sofismas, pues no otra cosa son sus pretendidas objeciones, la demostración de los hecho más evidentes.

Expuse mi proyecto de abandonar el anglicanismo, pues a mi ver no podía arrogarse autoridad divina un sistema de doctrina todo él plagado de manifiestas contradicciones. No supieron ellos qué contestar a esta acusación que dirigía contra la iglesia inglesa; y a falta de otras razones más convincentes, cayó sobre mí una verdadera granizada de argumentos "ad hominem": "sentimentalismo", "traición a mi iglesia", "la corrupción romana",

"fiebre papista", "suicidio espiritual", y muchas otras objeciones y dificultades tan fútiles como éstas. Pero, ya hacía mucho que las conocía de los libros y me había convencido que eran falsas. ¡Ahí quedaban en pie, firmes e inconmovibles, las grandes realidades de la Iglesia Católica! ¡Y estas realidades exigían sumisión!

Muchas veces se me ha preguntado después de mi conversión por qué motivos había abandonado la iglesia anglicana, y esta pregunta, si no abierta, al menos solapadamente, equivalía a decir que seguramente no había sido fruto de serias reflexiones. Porque es una opinión muy divulgada que si alguien llega a convertirse es porque "ha sido engatusado por los curas" o "capturado". Quisiera aclarar a mis lectores no católicos que los convertidos no son "engatusados". Apenas si había hablado jamás antes de mi conversión con un "sacerdote romano". Sólo después que en mi conciencia, tras serias reflexiones, se había operado un vuelco completo, fuí a ver, y esto por propia iniciativa, a un Padre Oratoriano, en Londres. Cierto es que antes de esta visita me dominaban sentimientos muy encontrados, y estaba yo mismo convencido que era un "buen bocado", o un "rico botín" y que el sacerdote saldría de sus casillas de alegría al ver caer en sus manos a un pastor anglicano vivo y verdadero.

Pero, nada de eso me sucedió. El sacerdote me recibió con toda tranquilidad y calma. ¡Nada de aquellas excitaciones que esperaba! Ni se movía en su asiento, ni se frotaba las manos, ni daba

señales de nerviosidad. Pero, ¿no me consideraría acaso como un "espléndido botín"? Casi parecía tal. Contestaba con amabilidad a mis preguntas, y se declaró a mis órdenes por si deseaba volver a verle, y se acabó. Al salir de aquella casa olvidé en ella mi megalomanía. Me sentía como un enano.

Esta entrevista me fué de grandísimo provecho. ¡Cuán diversa había sido de aquéllas otras que había tenido con los pastores anglicanos! Para el sacerdote mi caso no tenía complicaciones. No trataba de eludir ninguna pregunta, ni esquivaba respuestas, ni había modo de ponerle en aprietos. Su franqueza con respecto a las debilidades humanas, que tampoco faltan en los miembros de la Iglesia, me llenó de asombro. Todas mis ideas angustiosas, mis invencibles dificultades, para él eran cosa obvia y llegué a extrañar cómo no había visto antes las cosas con esa claridad que les daban sus respuestas sencillas.

De otra verdad más me convenció aquella entrevista: que mi entrada en la Iglesia Católica era algo más que el trasbordo desde un bote a un gran transatlántico; era el arribo, feliz, después de un navegar trabajoso y lleno de escollos, al reino de Dios en la tierra, al puerto seguro de la Iglesia. No me convertía yo en católico, sino que la Iglesia hacía de mí un católico.

Tendría un breve período de instrucción y al fin recibiría la corona de mis combates, me sometería a una autoridad real, a la autoridad de Dios en la tierra.

A veces se me ocurre pensar, y ojalá estuviera errado en esta apreciación, que hay muchos que se han encontrado en las mismas circunstancias y en el mismo estado de conciencia en que yo me hallaba después que la entrevista con el sacerdote acabó de disipar mis últimas perplejidades, y sin embargo no se han sometido a la Iglesia. Han llegado, urgidos por un sereno y maduro conocimiento a las puertas mismas de la casa paterna, han dado el primer paso para trasponer la solemne arcada que introduce al templo de la verdad, sus ojos anhelantes se han encontrado con la mirada dulce de la Madre que recibía jubilosa a su nuevo pródigo: pero detenidos por sus viejos prejuicios ante el emblema de intransigencia grabado en el escudo de armas, han retrocedido y, cobardes..., han vuelto la espalda. ¿Podrán ellos olvidarse jamás de este instante...?

Pero, la sumisión de la razón dista mucho de involucrar la sujeción de la voluntad. Una vez convencida la inteligencia, dar el paso siguiente depende de la voluntad humana y de la gracia divina. La conversión en realidad no es más que la sumisión incondicional de la voluntad del hombre a la voluntad de Dios. Y esto no es cosa baladí para un protestante, acostumbrado a ver regida su ideología por el sentimiento, acostumbrado a una religión cómoda y amiga de opiniones particulares e individuales. Todo su ser se rebela cuando sin preámbulos se le dice: "Esto has de creer y aquello debes hacer", y cuando de una vez se ve obligado

a aceptar lo que nunca conoció: la obediencia en materia de fe.

No quisiera herir los sentimientos de nadie, pero creo no equivocarme al afirmar que la mayoría de los anglicanos está muy lejos de pensar siquiera en la sumisión a la Iglesia, cosa que ella exige absolutamente. Esto es, cabalmente, aunque no se manifieste, el estorbo principal para la conversión. Cuando el antes arzobispo de Canterbury declaró abiertamente que jamás ni él ni los adeptos de la iglesia anglicana traspasarían los umbrales de una puerta que en sus dinteles llevase inscripta la palabra: "sumisión", su voz no era sino el eco de la opinión protestante en general. Sin duda no pensaba él que la sumisión a la Iglesia Católica equivale a la sujeción a Dios.

Mi sumisión dista mucho de constituir un mérito mío, al contrario, me es un continuo reproche por la vacilación y cobardía con que retardé este paso. Cuando por la gracia de Dios me hube decidido, me restaba dar un paso más. Comuniqué mi resolución a mi "vicario", y dando un adiós definitivo a mi parroquia, me dirigí al Oratorio de Londres, donde recibí instrucción y fuí admitido en la Iglesia.

Quisiera hacer notar aquí que tanto mi "vicario" como mi sucesor en la parroquia, llegaron a ser ambos sacerdotes católicos.

"Ahora bien, ¿qué bienes ha encontrado usted en la Iglesia?", oigo que me preguntan. Os diré. Encontré cuanto esperaba encontrar. Se me había

dicho que la Iglesia Católica anteponía la Iglesia al mismo Cristo, dejando a éste en segundo término. Encontré lo contrario, pues, la Iglesia me ha unido tan íntimamente con Cristo como nunca hubiese sido posible sin ella; encontré que Cristo es el alma y aliento de la Iglesia, por quien y para quien vive ella, con el único fin de llevar a todos los hombres a una unión íntima y viva con Él.

Se me había dicho que con mi conversión se me esclavizaría el espíritu, que se me oprimiría la inteligencia, que perdería mi autonomía de pensamiento. Encontré lo opuesto. La Iglesia me pone en el terreno firme de la verdad, partiendo del cual mi espíritu se eleva a regiones ignotas y sublimes. ¡He hallado la verdad que me hace libre!

Se me había dicho que en la Iglesia Católica estaba estancada y paralizada toda vida. Y he sentido la vida de Dios mismo en los latidos del corazón del cuerpo místico. Sentí como si de una lóbrega mazmorra hubiese ascendido a un monte excelso y allí me hubiesen oreado suaves brisas. ¡He encontrado la vida!

En vez de la esclavitud espiritual que se me profetizaba, he encontrado una madre amante que se interesa por todas mis necesidades humanas; en vez de corrupción, he hallado santidad nunca soñada.

También encontré pecadores en la Iglesia, porque la Iglesia de Cristo no quiebra la caña cascada, ni apaga la mecha que aun humea. Siguiendo el ejemplo de su divino Maestro, trata de salvar lo

que se ha perdido. Es tan grande, compasiva y magnánima que hasta tolera pecadores en su comunión. De lo contrario no fuera la Iglesia de Cristo.

En vez de odio hallé compasión por los hermanos descarriados, por aquellas ovejas sin pastor, y quisiera yo que todos los hombres separados de la Iglesia pudiesen mirar un solo instante en el corazón de aquél a quien llamamos Papa, Pastor, y Vicario de Cristo. ¡Ah, entonces ya no verían en él a un autócrata ambicioso que quisiera sojuzgar la tierra con poder humano, no, sino al padre amante, amado de sus hijos como nadie es amado en la tierra!

¡He encontrado el reino de Dios sobre la tierra, la ciudad de Dios! "Y la ciudad no necesita sol, ni luna que alumbren en ella, porque la claridad de Dios la tiene iluminada y su lumbrera es el cordero" (Apocalipsis, XXI, 23).

18. CAMINO DE ROMA

A. R. BURGES - BAYLY

Dos fueron los sucesos que, sin darme cuenta entonces, contribuyeron a mi conversión. El primero ocurrió cuando todavía era niño y frecuentaba la escuela de Westminster. Contaba entonces 16 años y poco antes había sido confirmado.

Junto con otros niños de mi edad, había recibido una instrucción especial antes de la confirmación, pero tan poco provecho saqué de aquellas interminables explicaciones enmarañadas y confusas, que el día de mi confirmación y primera comunión apenas comprendía lo que estaba haciendo.

En aquellos años me importaba bien poco las cosas de la religión y creo que a esta edad apenas hay quien sienta sus influjos. Si he de ser franco, debo confesar que el domingo era para mí una ocasión de solemne aburrimiento. Durante el año escolar iba a comulgar de cuando en cuando, en determinadas ocasiones, y eso a la hora del mediodía. No lo hacía movido de propio interés, sino porque así lo exigía la costumbre. Pero sobrevino entonces el suceso que debía cambiar por completo mi actitud religiosa.

Un día, en tiempo de vacaciones, me preguntó mi madre, que era miembro piadosa de la "High Church", cuándo había comulgado la última vez. Al contestarle que lo había hecho el domingo anterior al mediodía, me dijo: "¡Pero, hijo, ésa no es hora de comulgar! ¡Eso hay que hacerlo a la mañana, antes de haber tomado ningún alimento!"

Esta advertencia sencilla me puso pensativo. ¿Por qué habría que comulgar antes de comer? En la escuela nunca me habían dicho nada de tal prescripción. Este suceso fué el origen de mi actitud "anglo-católica" posterior.

Por aquel tiempo, mientras pasaba unas vacaciones en casa, en Brighton, oía hablar con frecuencia de cierto pastor del otro distrito de nuestra ciudad, que atendía la iglesia familiarmente llamada "La iglesita de la Colina". Aquel pastor era realmente un hombre notable y gozaba de reputación de santo. Hoy todavía, transcurridos tantos años, no recuerdo haber encontrado otro como él. Una vez sola tuve ocasión de hablarle y fué en su última enfermedad, en su lecho de agonía. Pero aquellas pocas palabras que me dijo se me grabaron en el alma como con hierro candente y jamás las olvidaré. A su posición doctrinal, y sobre todo a su ejemplo, fué debida mi actitud "católica" de entonces. En su "iglesita de la Colina" hice mi primera confesión, y también allí vislumbré, aunque vagamente, qué era la Iglesia Católica, y qué exigía de los hombres. ¡Que el Señor tenga en su gloria a aquel santo varón! Dios le cumplió sus últimos

y ardientes deseos, pues murió, como nuestro divino Redentor, un viernes, entre las 12 y 15 horas, y en medio de su pueblo.

En el curso de los años llegué a conocer a otro hombre también muy extraordinario, pero de superior jerarquía. Fué el obispo King, de Lincoln, quien me ordenó de diácono. También él era muy piadoso, y todos, pobres y ricos, le amaban y respetaban. Durante mis años de estudio en Lincoln solía confesarme con él. El obispo también tenía su ideario doctrinal propio y sus puntos de vista religiosos individuales. Una devoción muy especial tenía al Santísimo Sacramento. Inculcaba la práctica de la confesión y el día antes de las ordenaciones se les daba a los candidatos una ocasión para confesarse. Por lo demás, manifestaba aversión a todo lo que era marcadamente "católico". Aun recuerdo muy bien la noche precedente a mi ordenación. Llamóme el obispo y lleno de exaltación peroró largamente contra la veneración de los santos. La causa de esta amonestación era que el archidiácono le había comunicado que el rector de aquella iglesia donde yo había actuado como diácono tenía expuesto un cuadro de la Madre de Dios y que solía encender velas en su honor.

Mi siguiente esfera de acción fué Cornwall, donde tuve como vicario al que después fué obispo de N. N. Creo que debí ser una espina en el ojo de mi vicario. En efecto, si bien en la iglesia parroquial los oficios divinos se celebraban según todos los ritos ordinarios, en la iglesia "misional"

de San Leonardo, en cambio, el ambiente era completamente "romano". Como yo no era un orador destacado, ni mucho menos, trataba de suplir la deficiencia con visitas particulares a las casas, según aquel adagio: "A house going parson makes a churchgoing people." Mi labor en San Leonardo confirmó la verdad de aquel dicho antiguo, y a pesar de mi actitud "romana", mi trabajo mereció elogios especiales de mi obispo diocesano. Pero, mayor satisfacción que esos elogios me causó la franca confesión de una ancianita que un día me dijo: "Nuestro pastor es de los de la moda antigua (romana), pero como le queremos tanto, también nosotros hacemos esas cosas de la moda antigua."

Después de una corta actividad entre los mineros de Yorkshire, recibí traslado a una conocida iglesia "anglo-católica", en el lugar de un célebre balneario. En aquella iglesia, llamada de San Juan, el "anglo-catolicismo" estaba en pleno florecimiento. "Misas rezadas" diarias, "misas cantadas" los domingos, ocasión de confesarse, todo esto constituía el estado normal de cosas en aquella parroquia. El vicario era un confesor muy buscado. En cuanto a mí, hubiera deseado que todo aquello fuese todavía más "católico".

Un día pronuncié un sermón sobre el culto de la Virgen y la invocación de los santos. Algunas damas se escandalizaron por los conceptos que allí vertí, y mi vicario me llamó amigablemente al orden. Él personalmente, me confesó, asentía en todo a mi doctrina y que en privado practicaba aquel

culto, pero que no era un tema apto para ser dilucidado en el púlpito. ¿Qué diría este señor, ya fallecido hace varios años, al ver las prácticas de hoy? Hoy apenas hay iglesia anglicana que no tenga su estatua de la Santísima Virgen y de San Juan. Y la costumbre de rezar en público el Ave María se ha propagado por todas partes.

Hacia aquel tiempo llegué a conocer una congregación femenina de la iglesia de Inglaterra. Las asociadas se daban el nombre de "benedictinas" y se habían establecido en una antigua abadía benedictina de West-Malling, de Kent. Cada año, en la fiesta del Corpus Christi, solían participar de esta solemnidad eclesiásticos de las partes más diversas de la región. Una vez también fuí invitado yo para actuar como subdiácono en la "misa" de la fiesta. En realidad, en Malling ya ni quedaban rastros de anglicanismo, bien al contrario, todo era allí pura y estrictamente "romano". El día empezó con una serie de "misas" en una capilla. Siguió luego una solemne "misa mayor" en latín, en la abadía. Al fin hubo "exposición" en el "altar mayor" hasta las vísperas de la tarde. Siguió después la procesión con la "hostia" por las dependencias de la abadía, con participación de un gran gentío. En la procesión, los niños precedían el dosel arrojando flores y seguían las monjas, encabezadas por la abadesa que llevaba el báculo abacial. En 1913 aquella parroquia entró en masa en la Iglesia Católica.

Llegamos ahora al capítulo de mi evolución en el camino hacia el catolicismo. Durante los dos últimos años de mis actividades pastorales, atendía una iglesia "misional" en uno de los suburbios londinenses, la "iglesia de la Santa Cruz". El nombre era como un presagio de lo que me esperaba, porque allí libré los combates más arduos y violentos.

Nunca había dudado de la validez de mi sacerdocio. Durante los trece años de mi cura de almas en la iglesia inglesa nunca había tenido ni la más remota duda de mis poderes sacerdotales de celebrar el sacrifico de la misa y de absolver en la confesión y estaba convencido que por mi ordenación poseía los poderes sacerdotales como los tiene cualquier sacerdote católico.

Vivía, pues, en absoluta buena fe. Pero, un día se me presentó un feligrés para hacerme una consulta. Su dificultad se refería a uno de los treinta y nueve artículos de fe, que debe jurar en público desde el púlpito todo pastor anglicano el día de toma de posesión de su parroquia. La declaración reza así: "Yo, N. N., declaro aquí solemnemente que asiento a los 39 artículos de fe, al "Book of Common Prayer", a las órdenes de los obispos, sacerdotes y diáconos. Creo en la doctrina de la Iglesia de Inglaterra, tal como ella la enseña, como si fuese la misma palabra de Dios. En las oraciones públicas como en la administración de los sacramentos, me obligo a atenerme a las dis-

posiciones del "Book", a no ser que la legítima autoridad disponga otra cosa."

La consulta de mi feligrés se refería al artículo 31, que trata de la misa. El artículo mencionado dice: "El ofrecimiento del sacrificio de la misa por el sacerdote, en el cual, como se decía comúnmente, Cristo es sacrificado por vivos y difuntos, así como el perdón de los pecados y culpas, son fábulas blasfemas y peligrosos embustes."

Esto sonaba como una sentencia condenatoria de nuestra misa, pero conocía yo la explicación que de este artículo dan los "no-católicos". Dicen ellos que esta condena se refiere no al concepto mismo de la misa, tal como se practica ahora, sino a ciertos abusos que eran comunes en tiempos de la sanción del artículo.

Tal explicación era aceptable, pero, ¿era cierta? ¡A mi interlocutor no le convencía! ¿Y me satisfacía siquiera a mí? Empecé a reflexionar... ¿Qué concepto tenían de la misa los autores del artículo? ¿Habían creído siquiera en la misa? Empecé a investigar en sus escritos y documentos. ¿Y encontré...? Que al hablar de la misa aquellos hombres se expresaban en términos sacrílegos y blasfemos. ¡Más! Con su infame conducta confirmaban sus opiniones. Destruían los altares para reemplazarlos con mesas. Las lápidas del ara se las utilizaba como bacías y artesas, o las arrojaban a las puertas de los pórticos de los templos para que fuesen holladas y profanadas por los fieles a su paso.

Esa actitud hacia la misa fué para mí la piedra de toque. La iglesia de Inglaterra podía ser ortodoxa en su rito bautismal, en su práctica de la confesión, pero en la misa no lo era. ¿Creía ella en la misa? Era la pregunta decisiva.

Para aclarar la cuestión, busqué el rito de ordenaciones en el "Book of Common Prayer". Aquí hallaría definidas las posiciones anglicanas al respecto. Lo comparé con el "Pontificale" romano. En muchas cosas concordaban, pero en un aspecto había una divergencia muy pronunciada. El "Book of Common Prayer" había suprimido hasta la mínima alusión a un sacrificio. Me llamó esto la atención, y la conclusión ineludible que saqué fué: la iglesia de Inglaterra no cree en un sacrificio de la misa. Hasta el obispo King, de Lincoln, tan inclinado al catolicismo, escribe en su libro "Ecclesiastical Polity", que debíamos estudiar para el examen de las órdenes: "El sacrificio no pertenece al culto eclesiástico, porque en todo el Evangelio no hay propiamente un sacrificio." Pero que la palabra "sacerdote", seguía diciendo el obispo, se podría conservar sin daño ni peligro, porque de ninguna manera hacía pensar a los hombres en un sacrificio, así como las palabras "senador" o "consejero" no hacen referencia a edades antiguas.

Nada echará tanta luz sobre esta actitud de la iglesia inglesa como las palabras del obispo Crammer, en su libro "The Lord's Supper", tomo v. Dice allí: "En cuanto al rezo y al canto del sacerdote en la misa, como antiguamente estaba en uso, debo

advertir que no es ni sacrificio propiciatorio, ni eucarístico, ni latréutico, porque Dios prohibe estos sacrificios y son detestables y dignos de abominación."

De ahí que el Papa León XIII pudiese declarar inválida la ordenación anglicana, tanto en la "forma" como en la "intención". De todo aquello resultaba que era imposible un sacerdocio en la iglesia anglicana, porque no tenía sacrificio. Desde aquel día sabía y sentía que no era sacerdote.

Y sobrevino la gran crisis de mi vida. Fué el 14 de septiembre, día de la Exaltación de la Santa Cruz, nuestra fiesta patronal. Dos semanas después me separé de la iglesia de Inglaterra, mejor dicho, resigné mi cargo. Pero nadie puede imaginar las angustias que pasé durante estas semanas. Cuando en los dos domingos que mediaron me revestía de los ornamentos sacerdotales para ofrecer, como de costumbre, el santo sacrificio, porque siempre lo había considerado como verdadero sacrificio, me aturdía y martirizaba la idea: "¡No eres sacerdote!"

Poco después fuí admitido como hijo de la Iglesia Católica, hecho que alejó de mi lado por un tiempo a mis familiares. Unos decían que mi paso era un "arranque momentáneo" y que a los pocos meses volvería al anglicanismo; otros me tachaban de "traidor a la iglesia de mi nacimiento".

Pero, pasaron los años y de repente me empezaron a llegar cartas y comencé a recibir visitas de antiguos amigos que durante todo este tiempo no habían dado señales de vida. Uno me escribía: "Es-

peremos que pronto vuelvas a nuestras filas. La iglesia de Inglaterra ciertamente tiene cabida para todos nosotros. Me dolió tu descarrío, pero no hay mal que no tenga remedio en esta vida."

Mi obispo diocesano se expresó así sobre mi caso, en una carta amable dirigida a quien fuera mi vicario: "Es realmente un golpe doloroso. Este paso de un hombre tan activo e influyente tendrá amplia repercusión. Esto y la pérdida de otro señor de su parroquia significan un grave daño para nuestra causa."

No estaban mal fundados los temores del señor obispo. A los dos años entraba en la Iglesia nuestro hijito menor, y cuatro meses después también mi esposa y mis otros dos hijos. De los feligreses de la parroquia hasta el día de hoy se han convertido más de cuarenta personas.

Laus Deo semper.

19. LA IGLESIA ES UN CUERPO VIVO

SHEILA KAYE-SMITH

Escribiendo este informe ocho años después de mi conversión, corro peligro de unir a este acontecimiento cosas que en realidad pensé y sentí más tarde. Muchas razones son hoy católicas, aunque no todas hayan intervenido directamente en mi conversión, porque muchas de ellas quedaron latentes. Me halagaría decir que me convertí porque me vi ante el dilema de optar por una de dos civilizaciones, o por la civilización del cristiano católico, con sus valores enteramente espirituales, o por la civilización completamente materialista del estado mundial que en fecha no lejana podría surgir de la fusión de ideales de Moscú y Hollywood. Pero no puedo forjarme la ilusión y pensar que realmente me hallé frente a esta alternativa antes de haber leído el libro "Brave New World", de Aldous Huxley. Vi entonces el terreno que pisaba y me alegré; pero no puedo atribuirme a mí misma este conocimiento.

Ocupo yo naturalmente una posición diversa a la de tantos otros convertidos, por el hecho de que algunos años antes de entrar en la Iglesia ya creía y practicaba muchas de sus enseñanzas. Doce años antes de serlo en realidad, ya me decía y creía

católica. No tuve que afrontar las dificultades que en general acosan a los convertidos provenientes de un protestantismo definido o aun del ateísmo. Creía en la transubstanciación, en el purgatorio, en el sacrificio de la misa; rezaba por los difuntos, invocaba a los santos, me confesaba. Hoy veo que entonces no creía y hacía aquellas cosas como hoy. Mi situación era muy distinta de la de aquéllos que adquieren estas nociones por primera vez. En algunos aspectos mi situación era más llana y fácil, pero en otros era más complicada, por cuanto la impresión no la recibía directa, sino confusa y vagamente.

Imagino que muchos lectores no-católicos dirán: "Si yo pudiera creer en la transubstanciación y en todo lo demás no demoraría doce años en la iglesia de Inglaterra, no me detendría a mitad del camino." ¡Ojalá obren así! ¡Ojalá lo hubiese hecho yo! Durante doce años tenía los ojos puestos en el catolicismo y le volví las espaldas porque me repugnaba; en cambio la "High Church" anglicana no podía atraerme con su colorido, su ardor y los románticos recuerdos personales. Me repugnaba el catolicismo aun cuando ya el anglicanismo no tenía atractivo alguno para mí, y siguió siéndome antipático en medida decreciente hasta que anclé en el puerto de la Iglesia.

Pero no puedo considerar como malgastados esos doce años de anglo-catolicismo, aunque lamento que las cosas hayan sucedido así. Como anglo-católica aprendí muchas prácticas y conocí muchas

doctrinas de la Iglesia. Podría decir que pasé un catecumenado, veinte y más veces más prolongado de lo que suele ser el general de los casos.

A la vez que practicaba mi religión, la iba predicando: escribía, hablaba, atendía reuniones, visitaba los principales centros de la "High Church". Pero a menudo sentía ceder el terreno bajo mis pies, atormentada por las dudas. A veces éstas eran muy explícitas. Una vez consulté a mi confesor y de esta entrevista resultó la precipitación de los hechos y esto, lo comprendo hoy claramente y ya entonces lo sospechaba, era lo que más me convenía. Con más frecuencia mis dudas eran implícitas. Recordando hoy aquellos días, me doy cuenta que muchas de mis más decididas actitudes a favor del anglicanismo brotaban de un secreto desasosiego y de la necesidad de justificarme ante mi propia conciencia.

Por ejemplo, pocos años después de unirme al movimiento de la "High Church" (no en el primer ímpetu de mi entusiasmo, en que escribí novelas como "Tamarick Town" y "Joanna Godden", sino más tarde, cuando mis fervores hubieron perdido algo de su ardor), escribí una novela que trataba del anglo-catolicismo en una aldea, titulada "The End of the House of Alard". Era ella, ya entonces lo comprendí así, un ensayo de autojustificación dirigida tanto a mí misma como a otros. Naturalmente aquella pintura de colores atrayentes era "pro domo", porque presentaba un anglo-catolicismo tal como me lo deseaba y soñaba, aunque sabía

que en realidad ni de lejos era así. Nunca había visto, a la verdad, una parroquia como Vinehall ni un cura párroco como el Padre Luce. Los creé como parte de una realidad anhelada e idealicé aquello que no podía retratar tal como lo veía. Jamás escribiría un libro como éste sobre el catolicismo y temo, o más bien espero que aquellos católicos que alguna vez han dicho que les gustaría una novela católica escrita por mí, se verían defraudados en sus esperanzas, si es que se referían a una novela del tipo de "Alard". Ya no siento la necesidad de justificarme ni ante mí misma ni ante nadie. Me ha sido dada una fe que es objetiva y estoy a salvo de ese desasosiego que acompaña a la mayoría de las empresas subjetivas y que urge al agente a darles sustancia y objetividad a cualquier precio.

Pero a pesar de esta oculta incertidumbre, es muy posible que nunca me habría convertido si no hubiese sido por mi matrimonio. Esto parecerá extraño a aquellos católicos que, como me consta, casi dejaron de rezar por mi conversión cuando supieron que me había casado con un pastor de la iglesia de Inglaterra. Pero el hecho es que mi matrimonio fué la causa principal que me hizo vacilar en el puesto que ocupaba en el movimiento de la "High Church". Tuvo mi casamiento tres consecuencias. En primer lugar cortó ciertas amistades que me habrían retenido en mi posición. En segundo término, me puso en contacto con una ideología que nunca había estado, como yo, bajo el hechizo del anglo-catolicismo. Mi esposo, aunque creía en

todo lo que la "High Church" sostenía, no tenía reparos en someter a su propio juicio algunos actos y personalidades del anglicanismo. No sentía por éste el mismo entusiasmo que por una causa. Su linaje de cuáquero le había hecho menos sensacional y más evangélico en sus métodos. A su lado descubrí un sinnúmero de remiendos gastados en la vestidura de mi religión.

El tercer efecto de mi matrimonio fué quizás el de más amplio alcance. Me mostró el interior de la iglesia de Inglaterra. Por decirlo así, fuí introducida en sus círculos íntimos, y pude observar sus métodos y auscultar sus rumores y comprobar alguna de sus inhibiciones. En adelante ya no podría refugiarme en un "ángulo extremo", y desentenderme de todo lo demás. El avestruz se veía obligado a sacar la cabeza de la arena para verse, como se podría haber esperado, en pleno desierto.

A pesar de haberme educado en la iglesia "establecida", nunca le había tomado cariño ni había aceptado su posición oficial y probablemente la habría abandonado al ser mayor, si no hubiera estado convencida que el anglo-catolicismo presto la transformaría, si es que no lo había hecho ya. Como esposa de un pastor pude comprobar cuán distante estaba todavía esta realidad. En cierto modo la "High Church" había ordenado la iglesia de Inglaterra, pero mirando más detenidamente su obra se manifestaba superficial y externa y no había introducido cambios esenciales y radicales. Además, por cada párroco que creía en la Inmaculada Concep-

ción, había dos que no creían en la Virgen María. Era esto un síntoma que probaba elocuentemente que el modernismo no era inferior en poderío al anglo-catolicismo y que era recibido con mucho menos examen y prevención.

Como esposa de un pastor, vi cuán descalificada estaba la voz del anglicanismo oficial y también comprendí que el anglo-catolicismo era igualmente incapaz de congregar en torno suyo a la nación entera. Era innegable que su poder de atracción se reducía a cierta clase de inteligencias. Aquí corro peligro de exagerar las experiencias de entonces. Hoy veo que el anglo-catolicismo es una religión apta para una naturaleza capaz de sentirse a sus anchas en lo subjetivo, al menos transitoriamente. De ahí que sea tan popular entre las mujeres y de ahí muchas de esas sus exterioridades religiosas tan raquíticas. "Sin tener Iglesia van a la iglesia", pensé para mí y siguiendo este pensamiento, me llegué a preguntar: ¿Reclamarán todas estas mujeres tan multiplicados servicios de sus eclesiásticos, —me consta que uno tenía que celebrar dos veces en los días de fiesta sólo para pocas personas—, a causa de que su "ir a la iglesia" reemplaza una realidad mal interpretada? Tanto un psicólogo como un sacerdote católico dirían: ¡Así es!, aunque ambos no concordaran en la interpretación de los hechos.

Me llamó además la atención otra frase. Discutía con un amigo sobre la mujer coronada de estrellas de la cual nos habla el Apocalipsis, pare-

ciéndome a mí que más bien significaba a Nuestra Señora que a la Iglesia. Mi amigo, que no era católico, replicó: "Pero, si nuestra señora es la Iglesia." Para los católicos será difícil comprender que estas palabras pudieran darme un concepto completamente nuevo. Hasta el presente nunca había considerado a la Iglesia como una cosa viva. Para mí era una vasta organización y había aceptado la "teoría de los miembros o ramas" dándole la interpretación de los anglo-católicos. Según éstos había tres miembros en una misma sociedad: el anglicanismo, Roma y el Oriente. Pero tan pronto como se concibe a la Iglesia como una personalidad viviente es imposible imaginarla dividida y a la vez viva. "La mano no puede decir al pie: No necesito de ti." Mi "teoría de los miembros" no resultaría probada mientras no viese en la Iglesia el cuerpo vivo de Cristo y no una mera organización.

Las reflexiones me dijeron que estaba en el cisma y que quedaba un solo recurso, esto es, volver a la unidad de la cual había sido separada. Hallé que muchos anglo-católicos participaban de estas mismas convicciones, aunque no les afectasen del mismo modo. Lo que a ellos les interesaba únicamente era la validez de sus órdenes y estaban convencidos que en este punto la Iglesia Católica estaba equivocada, mientras aceptaban todas sus demás doctrinas, hasta la infalibilidad pontificia. Me decían que yo era miembro de la única Iglesia verdadera y que no importaba que la Iglesia Católica negase mis derechos a todo cuanto ella ofrecía,

desde las indulgencias hasta el poder de los prelados de dispensar de prescripciones como el ayuno y la abstinencia. Pues bien, ¿por qué había yo de cambiar? Si esperaba un poco más vería con mis propios ojos la reconciliación. Roma sería menos intransigente y recibiría con los brazos abiertos en su redil a aquellas ovejas que hasta entonces no habían gozado de sus privilegios a causa de la separación. No me convencían del todo estas razones, ni me inclinaba a creer en la proximidad de tales sucesos.

Creyendo ya en todas las doctrinas romano-católicas y convencida del cisma, me quedaba un solo camino. Mil razones me impulsaban a andarlo y otros tantos obstáculos me atajaban. Doce años antes me había repugnado la austeridad de la Iglesia Católica y, después de haber estado durante todo este tiempo en el anglicanismo, aquella aversión había decrecido, pero aun esperaba encontrar aridez, frialdad y cierta falta de escrúpulos y carencia de espiritualidad en el catolicismo. Por supuesto, nada de esto encontré, pero el hecho de haber temido encontrarlo puso una distancia de muchos días entre mi corazón y mi inteligencia.

Durante largo tiempo no me sentía feliz en mi empresa. Pero me acordaba del caso de Conventry Patmore, que hasta el fin estuvo luchando contra sus sentimientos que le impedían aceptar el catolicismo que su inteligencia desde hacía mucho tiempo aprobaba. Sabía que esta dificultad tenía sus causas psicológicas, debido a la resaca de la mente, porque

el empuje de las corrientes origina la marea. Era sólo cuestión de esperar el flujo de las generosidades del corazón y amanecería sin falta el día en que podría cantar: "Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus" (Salmo 121, 1).

ESCOCIA

20. SACERDOCIO SIN SACRIFICIO

MAC FARLANE - BARROW

Me ha pedido usted un breve informe acerca de mi conversión al catolicismo. Jamás escribiría de este mi cambio de religión, si no estuviese convencido que una conversión no es un asunto personal y que nunca debería relegarse al terreno de lo individual. Una conversión es una demostración de la generosa bondad del Altísimo, y por eso, y únicamente por eso se la debe considerar como un asunto de interés común. Y he aquí expuesto el motivo de escribir estas líneas, para que sólo de Dios sea la gloria, y su reino se extienda a todos los confines de la tierra.

Para poner mi historia dentro de su marco real, debo advertir que me eduqué a las sombras y bajo el influjo del "Movimiento de Oxford". Tal vez alguno de mis lectores ignore el significado de esta expresión. Por "Movimiento de Oxford" entendemos nosotros aquella tendencia hacia la Iglesia Católica que caracterizó a la iglesia anglicana del siglo XIX y que en efecto llevó al seno del catolicismo a muchos anglicanos, tanto clérigos como laicos, descollando entre todos el gran Cardenal Newman.

Casi durante 18 años ejercí la cura de almas en una parroquia rural de la región montañosa de

Escocia. En el ejercicio de mi ministerio me atenía a las normas de la "High Church". La "High Church sostiene como hecho histórico, y lo mismo decía yo, el origen apostólico de su episcopado, sacerdocio y diaconado. Enseñaba yo que nuestros oficios eucarísticos eran un verdadero sacrificio, y estaba convencido, como lo está todo pastor anglicano, que como sacerdote que era, ofrecía un sacrificio real. Creía en la presencia real de N. Señor en la comunión y así lo enseñaba, y hasta me atrevía a llamar "misa" a nuestros oficios eucarísticos. También conseguí que muchos confesaran sus pecados. Casi siempre causa enorme asombro a los católicos cuando oyen que la iglesia anglicana también conoce la confesión y la absolución sacerdotal.

Para mejor comprensión de mis lectores quisiera poner aquí en claro algunas cosas. Así comprenderán cuán fácil es relativamente para un adepto de la "High Church", una vez convertido, el aceptar las doctrinas católicas. Oigamos al "Book of Common Prayer" que representa en sus páginas el único guía oficial de la doctrina de fe del anglicanismo. En lo referente a la visita de los enfermos prescribe, entre otras cosas, lo siguiente: "Aquí se tratará de mover al enfermo a confesar sus pecados, en caso que su conciencia esté perturbada por cosas graves. Después de la confesión el sacerdote absolverá al enfermo, si es que éste lo desea humildemente y de corazón, con las siguientes palabras: Nuestro Señor Jesucristo, que dió a su Iglesia el poder de absolver a todos los pecadores que verda-

deramente se arrepienten y creen, te conceda, en su gran misericordia, el perdón de tus pecados. Y por su autoridad transferida a mí, yo te absuelvo de todos tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén."

Fuera de esta prescripción ritual para la visita de los enfermos, da además el obispo explícitamente en la ordenación el poder de perdonar pecados. ¿Por qué soy tan explícito en estas cuestiones? Porque por una parte estos hechos pueden facilitar a un miembro de la "High Church" el paso a la Iglesia Católica, y por otra, también pueden dificultárselo. La iglesia anglicana logra satisfacer aquel vivo anhelo del corazón humano por un perdón cierto y completo de los pecados, y de ahí que el anglicano creyente se diga: "He hallado lo que mi corazón deseaba. ¿Qué cosa mejor puede darme Roma que eso?"

A no dudarlo, la misa es el centro vital de la piedad de un anglicano fervoroso, aunque no la llame con este nombre. Yo mismo, durante mis largos años de cura de almas, sentía acrecentarse mi devoción en cada celebración del santo sacrificio, y fué por este lado donde encontró puerta franca la gracia divina para apoderarse de mí y conducirme a la verdad.

Durante los dos últimos meses de mi actividad pastoral había yo sufrido mucho interiormente, al igual que muchos de mis colegas, a causa de las manifestaciones públicas del obispo anglicano Bar-

nes de Birmingham ([1]). Una y mil veces me preguntaba: ¿Será posible permanecer en comunión con un obispo que, a pesar de sus palabras sacrílegas, no es depuesto de su cargo? Ciertamente, la defección del obispo Barnes no era un caso extraordinario. Siempre, desde la fundación de la Iglesia, habían existido dignatarios eclesiásticos que turbaron al pueblo con sus palabras y obras. Pero, a pesar de ello, nunca me había inquietado tanto ninguna cosa como estas declaraciones del obispo de Birmingham y estaba convencido que bajo ningún pretexto podría permanecer yo aun en la iglesia anglicana. Di, pues, parte de mi resolución a mi propio superior, el obispo anglicano de Argyle y de las Islas, hombre muy simpático y la amabilidad en persona. El obispo me entregó varios libros, en la esperanza de devolverme la paz con su lectura. Entre ellos estaba la célebre obra del obispo Gore "Roman Catholic Claims". El obispo Gore pertenecía a la "High Church" y había yo leído ya antes, y con mucho provecho, varios de sus libros. Pero, también leí entonces por primera vez la "Apología" del Cardenal Newman. Comprendí que me hallaba yo en idéntica situación que él, antes de su conversión.

El estorbo principal para mi conversión era la ignorancia absoluta en que estaba acerca de la Iglesia Católica. Cuando joven había estado una vez en una iglesia católica, la de Sta. Gúdula, en Bruselas, y últimamente había asistido a una fun-

(1) Llegó a defender públicamente la eugenesia.

ción en una iglesia católica de Glasgow. Por lo demás, apenas si conocía el interior de un templo católico.

En lo que respecta a la doctrina de fe de la Iglesia Católica, creía estar al tanto de ella, pero me repugnaba el dogma de la infalibilidad pontificia, porque no lo comprendía. En lo restante, el pensamiento de hacerme católico estaba lejos de constituir una halagadora tentación. El corazón se me partía al sólo pensar que en caso de mi conversión debería resignar mi cargo y que como hombre casado y padre de una familia joven me sería imposible recibir el sacerdocio católico. Agréguese a esto los prejuicios protestantes ya tradicionales, arraigados en mi alma desde mi niñez. Volvía a recordar todo cuanto se me había contado de las astucias y traiciones de los católicos y un cambio de religión me espantaba como un salto en un abismo. Como un fantasma me perseguía día y noche la palabra "traidor". Posiblemente otros convertidos habrán experimentado las mismas ansiedades. Pero las ficciones que creaba mi fantasía sobre la Iglesia eran tan inverosímiles y grotescas, que si las juntara en un libro sería una originalísima colección de curiosidades. En todo caso, no era cosa de risa verse atormentado de esta manera por el diablo, que se muerde de rabia con cada conversión y de estos modos trata de impedirlas. Son pruebas de fe que una vez vencidas hacen cantar himnos de acción de gracias, como después de una gran victoria.

Pero, de todas las sugestiones del demonio, una idea me atormentaba sobre manera. Pensaba: "Hasta hoy has creído en la presencia real de Cristo en el Santísimo Sacramento, le has adorado. ¿Será todo esto un engaño, una equivocación? Si ahora renuncias a esta fe, ¿quién te dará la certeza que podrás creer en la presencia real de Cristo en aquella Iglesia a que quieres adherirte?" La idea de poder perder todo cuanto me era más querido me causaba un suplicio. También el alejamiento de los parientes sería una prueba dolorosa, porque casi siempre los que antes nos estaban unidos en la misma fe, después de la conversión se distancian y alejan.

Generalmente los protestantes no se ven en el trance de tener que estudiar la vida de los santos. Una vida de penitencia, como la practican algunos católicos, les es desconocida. Pero, recuerdo bien... me encontraba en la casa rectoral de la parroquia de mi actuación, cuando el obispo hizo pública desde el púlpito la renuncia de mi cargo. Vislumbré entonces que el reino de Dios exige sacrificios y a esta idea me aferré como a una tabla de salvación, aunque me parecía que mi vida era aniquilada en aquellos instantes.

"Tinieblas reinan en la noche, pero la aurora trae la luz", dice un antiguo proverbio. No quiero concluir mi informe sin advertir que, en los cinco años que han transcurrido desde mi conversión, cuatro de mis amigos, sin que yo influyera con una sola palabra, han pasado a la Iglesia Católica. Uno

de ellos, también pastor anglicano, entró el año pasado en la Iglesia. Cuando a los seis meses de mi conversión fuí a visitarle como amigo, me recibió lleno de enojo, diciendo: "¡Eres un Judas Iscariote!" Y hoy es católico como yo. Tan maravillosamente obra la gracia divina y tan poderosa es la intercesión de los santos. Laus Deo.

IRLANDA

21. LA PRESUNCION NACIONAL LOS ALEJA

Profesor Dr. W. P. STOCKLEY

Muchos de los que se convierten al catolicismo han llegado a la convicción de que este paso no lo han dado por iniciativa propia, sino impulsados por un poder superior. Al menos así fué en mi caso. Con insistente claridad me perseguía una voz interior, hasta obligarme por fin a entrar en la Iglesia Católica. Hoy, transcurridos cuarenta años, aquella coacción sigue siendo el motivo de mi dicha. Una profunda verdad y una grave responsabilidad se ocultaban bajo esta mi convicción de la existencia de aquel poder invisible, a saber, la certeza de un mundo sobrenatural que se me revelaba y abría y del cual me llegaba el aviso divino que me instaba a no negar mi obediencia a la Iglesia. Pero, estas son experiencias subjetivas.

El Dr. Salmon, ya fallecido, matemático de renombre universal, había escrito un libro de consecuencias desastrosas, titulado "La Infalibilidad de la Iglesia". Decían sus discípulos de esta obra, que ciertamente era la tumba de toda fe en la Iglesia Católica, pero que no la reemplazaba con ninguna otra fe. El Dr. Salmon era pastor protestante y, en sus tiempos, presidente del "Trinity College" de Dublín. Afirmaba él que la fe entusiasta

de Newman en la existencia de Dios sólo se podría comparar con el furor pietista que los antiguos metodistas y resurreccionistas excitaban en sus secuaces. Esta afirmación dista mucho de tomar en cuenta los factores filosóficos, sociales, históricos y morales, que son el apoyo de la fe y que obran en la inteligencia así como la gracia obra en el alma.

Es notable que un hombre de las luces y méritos del Dr. Salmon, ya sea por desidia, ya por sentimiento partidista, haya sido incapaz de emitir un juicio recto en todo lo concerniente al catolicismo. Pero en uno de sus escritos llega a decir: "Si las reclamaciones de la Iglesia Católica estuviesen basadas en razones sólidas, deberían someterse a ellas y acatarlas todos los hombres." El Dr. Salmon mismo era teísta, y sabemos que hubo muchas personas muy inteligentes que se declaraban ateas.

Hay innumerables problemas dificultosos. "Por lo que a mí atañe", decía el Dr. Newman, "no encuentro sencillamente solución alguna a ciertas preguntas", como aquélla de la existencia del mal y sus variadas manifestaciones en el mundo, idea que aturde y espanta y que sigue siendo un enigma cuya solución todavía no han encontrado los hombres. Pero ningún teísta tiene derecho a negarse a creer por el simple hecho de que no comprende. Así el dogma de la existencia de Dios, base y criterio objetivo de todos los dogmas, le resultaba al Dr. Newman el más arduo y dificultoso de todos. Pero problema e incredulidad no son términos sinónimos, ni se excluyen. "Difficulty and doubt are

incommensurable", decía él. Pero, al contrario, es necia, y para muchos desorientadora, la afirmación que para el creyente no hay dificultades o no las debería haber.

Hay, ciertamente, almas sencillas que no llegan a pensar en problemas y que nunca encuentran dificultades en materia de fe. Recuerdo el caso de un joven eclesiástico norteamericano, que me decía: "Pero ¿qué problemas puede haber, señor Profesor?" Para él sólo existían dificultades en el terreno ético, y una le resultaba invencible, la bebida. Posiblemente luchaba contra esa flaqueza, pero sin éxito favorable.

Para mí y para muchos otros era de grandísima importancia que Newman supiese tomar en seria consideración el punto de vista de su adversario, admitiendo su posición como justificada y real, en vez de eludir muchos problemas o declararlos como no existentes.

Hay muchos, ante todo en las generaciones jóvenes, que se dan exacta cuenta de las dificultades intelectivas. Este conocimiento con frecuencia va mezclado de vanidad, orgullo, falsas opiniones, que los vuelve engreídos, egoístas e inflexibles. Pero aun en estos casos se ha de considerar no el mero aspecto intelectual, sino el moral. Nadie, creo yo, que sea sincero consigo mismo, podrá restar verdad a lo que voy afirmando. Problemas, ¡los hay! ¡Es innegable su existencia! Pero la misma incredulidad es en sí ya una revelación de la vida sobrenatural; esta realidad no la elimina ningún

engaño del mundo, ni favorable ni adverso. Para tales cosas no tiene comprensión ni está capacitado para juzgarlas. Este oficio compete al confesonario.

En un período de tan insensata incredulidad me hallaba, igual que muchos otros, cuando frecuentaba la Universidad de Dublín, cuyo presidente era el Dr. Salmon. ¡Y me creía volando por excelsas alturas!

Educado por personas buenas y piadosas en la iglesia anglicana, o mejor dicho, en una de las muchas formas del protestantismo anglicano, siempre había sentido encendido interés por las controversias eclesiásticas y por todo lo religioso en general, y en especial por la historia de la Iglesia y liturgia. El problema de dar al protestantismo inglés una forma más "católica" era una de mis habituales consideraciones, y este esfuerzo, de tinte algún tanto provinciano, me robó mucho tiempo. Pero esta búsqueda había despertado en mí el interés por lo bello, interés que nunca más se extinguiría en mí.

En mi infancia había tenido una niñera que desde años hacía vivía en nuestra casa y que casi me hacía de segunda madre y me quería mucho. Era católica sencilla, seria y muy piadosa. Jamás rehusaba un sacrificio y rezaba sin interrupción. Recuerdo bien que un día, en mi presunción y altanería anglicana, le dije: "¡También nosotros somos católicos!" Y ella, en su inglés irlándico, me contestó: "This lately come to ye then" (esto se te ocurre sólo ahora.) Tenía razón la anciana.

¿Cuán grande habrá sido mi inconsciente culpa? Pero las maneras de aquella mujer me subyugaban. Aun tengo la sensación como si estuviera sentada junto a mi lecho de niño y como si oyese el roce del rosario entre sus arrugadas manos.

Todavía muy joven, llegué a ser profesor de una universidad de Norte América. De una fe positiva ya ni quedaban rastros en mi alma. Mantenía, cierto es, trato frecuente con personas muy creyentes y religiosas y entre mis amigos tenía el honor de contar a un obispo protestante, gran sabio y traductor de uno de los Padres de la Iglesia. Ya desde tiempo atrás había llegado a comprender cuán ridícula era la pretensión de la iglesia protestante inglesa al decirse ella la misma que la existente en Inglaterra antes de la reforma, esto es, la católica.

Contraje matrimonio. En los pocos meses que duró me entregué de lleno a la lectura de cuantos libros conseguía del problema anglicano, y no me faltaban motivos para hacerlo. A un pariente mío, eclesiástico anglicano, le escribí que, después de la admisión de los puntos de vista cristianos, no había otro remedio que someterse a la Iglesia. Pero esto no pasaba de teorías y convicciones.

Antes de un año de matrimonio perdí a mi esposa. Abrumado por la soledad, caí entonces en melancólicas cavilaciones, y me preguntaba si en realidad existía algún valor absoluto. Hice de mi persona el centro de las contemplaciones. ¿De dónde venía, adónde iba, por qué eran así las cosas? ¿Había salvación posible en medio de este

caos tremendo para un hombre que lucha solo frente a frente con su destino?

A una conclusión había llegado: que la vida era algo más que una mera consideración especulativa. ¿Hasta qué punto obraban en mí las oraciones de mis amigos? No lo sé, pero lo cierto es que nunca llegué a rebelarme contra el destino y blasfemar de Dios. Un sacerdote me diría más tarde que esto debía considerarlo como una gracia especial de Dios. No lo dudo. Pero ya mucho antes había llegado a la convicción que la Iglesia Católica era la verdadera Iglesia de Cristo. Si algún día me resolviera a ser cristiano, sería únicamente dentro del catolicismo.

En 1894 fuí admitido en la Iglesia Católica por el bondadoso arzobispo de Montreal, Mons. Fabre, juntamente con un pastor protestante, varón de gran piedad, el Dr. Alexander, con quien había hecho vida común desde la muerte de mi esposa. Amaba él a su patria inglesa, pero me confesó muchas veces que sólo la presunción nacional mantenía alejados del catolicismo a sus compatriotas. Este mi mejor amigo, trabajador infatigable, hace años que pasó a mejor vida. Era miembro de la tercera orden de San Francisco y quiso ser sepultado con hábitos franciscanos. "Sit anima mea cum illo." Solía reírse de mis largas peroratas acerca de la diferencia entre problemas difíciles y "dudas". Pisaba él terreno más firme que yo. El manuscrito de todos sus sermones protestantes lo arrojó al fuego, pero me repitió con insistencia que no contenían ellos

una sola palabra que no condujese al catolicismo. Toda su vida tenía un solo fin y norte: la entrega a Dios y el amor al prójimo. Su conversión al catolicismo fué, si se pudiera decir, una recompensa por una vida que se había reducido a imitar las perfecciones del Divino Modelo, Jesucristo.

Quizás es la oración de personas piadosas, como ya aduje antes, la explicación de la conversión de tantas pobres almas aturdidas, envueltas en las redes y engaños del mundo.

Séame permitida una palabra de amonestación. Los católicos cometen a veces un error al juzgar y condenar a personas de otros credos. "Quot homines tot sententiae." Cada hombre es individuo y muchas veces los hombres no son lo que parecen. ¿Cómo se explica que uno reciba la gracia de la conversión y el otro no? ¡Es y será un misterio! Pero es innegable que muchos cargan sobre su conciencia una grave culpa y una tremenda responsabilidad al mantenerse alejados de la Iglesia.

En cuanto a mí, lamento no poder arrojarme diariamente de rodillas, para descubrir la herejía y la tiranía de los hombres. La naturaleza y la gracia nos dicen que hay una sola verdad. La ley de Dios es inmutable. Solamente la Iglesia, cuya existencia perdurable es una demostración de su institución divina, es la guardiana y transmisora de la ley divina. La Iglesia, o es Cristo, o no es nada. "¡Mi iglesia, tu iglesia, la iglesia nacional de aquí o de allá!" ¡Qué confusión de opiniones y creencias de las generaciones que pasan! ¡Quizá sea éste

el destino de la humanidad! ¡Pero las cosas no pueden permanecer así! Quien ve y consiente que existen verdad y mentira, razón y error, éste tal debe reconocer la verdad de la Iglesia Católica y el error de todas las así llamadas iglesias.

¡No deja de ser un terrible problema que la mayoría de la humanidad esté destinada a vivir en el error! Considérese que la ley antigua agrupó a su derredor sólo un reducido número de adeptos; y en la era cristiana, la minoría que reconoció la nueva ley jamás llegó a ser mayoría.

Si se leen libros, es por el valor que tienen, no por sus deficiencias. Quien concede esto, comprenderá lo que pretende decir Charles Lamb al hablar de una "crítica maldita". ¡La ganancia líquida será un granito de verdad! Es contraproducente rebelarse contra verdades que se han aceptado, porque fuera de toda duda está que hay verdades que por siempre permanecerán un libro sellado. El no asentir a experiencias objetivas nos dificulta la comprensión y alimenta en nosotros la infructuosa adoración subjetiva, la egolatría por la cual se destruye el criterio objetivo y real.

La realidad de nuestra existencia, empero, no obliga a creer en la sana razón de la humanidad y en la aceptación instintiva del bien absoluto.

22. A MOSCÚ EN BUSCA DE LA COMUNIÓN

SHANE LESLIE

Es de veras muy difícil indicar una razón por la cual se ha llegado a ser católico, cuando sería más fácil enumerar las mil pequeñas razones que han movido a este paso. ¡Hay tantos caminos que llevan a Roma! A veces los motivos de conversión son los más contradictorios: uno se convierte por la lectura del infiel Gibson, otro, por la de la versión protestante de la Biblia, un tercero, impresionado por la arquitectura gótica, y un último, por el canto gregoriano.

Nacido de familia protestante en el norte de Irlanda, fuí criado con todos los privilegios y comodidades que un niño podría desear. A la religión católica me la pintaban casi como una cosa mala y enteramente confusa. Un día que pasamos cerca del seminario católico del lugar, el cochero me señaló el edificio, con la explicación de que aquélla era la casa donde sacerdotes ciegos trataban de cegar a unos pobres muchachos. Al decirme esto, pensaba él en la ceguera teológica, pero yo entendí que los cegaban con hierros candentes, a semejanza de Huberto y Arturo de Shakespeare y me entró un miedo atroz. Otra noticia más tuve

todavía en mi juventud de los católicos, esto es, que eran una secta extraña que para hacer templos hermosos no dudaban en exponerse a la ruina.

En la Irlanda del Norte había una mezcla de católicos y protestantes. Mi bisabuelo fué opositor de O'Connell en las elecciones, pero era muy bien visto porque rehusó todo cohecho para votar por la unión con Inglaterra.

Cuando en 1903 me hice católico, recibí inesperadamente una carta de la hoy ya fallecida Lady Sykes. Mi prima me decía: "Su bisabuelo fué el único de los ricos terratenientes del norte de Irlanda que rechazó la dignidad de Par de la Unión y votó contra el infame proyecto. Esto ha traído una bendición: todos los nietos y bisnietos de su primer matrimonio son católicos y de su segundo matrimonio ya siete descendientes católicos."

Mi bisabuela edificó iglesias y escuelas protestantes, pero también hizo construir muchas escuelas católicas en sus posesiones de Donegal, un siglo hace. Un anciano sacerdote me dijo un día que él atribuía la conversión al catolicismo de sus descendientes a las oraciones de aquellos buenos irlandeses que habían podido perseverar gracias a las escuelas confesionales por ella fundadas en tiempos que precisamente se hacía servir la escuela oficial como instrumento para arrancar las creencias católicas. Menciono esto porque tiene una relación mística con mi propia conversión, y me gusta pensar que ella se realizó tanto por las buenas obras de otros en el pasado, cuanto por la lectura privada y

el estudio que hice del problema católico, en la Universidad de Cambridge.

Hacia aquel tiempo habían fallecido ya los dos grandes cardenales Manning y Newman, pero entonces oí nombrarlos por primera vez y empecé a leer los libros de Newman. Contenían pasajes que me elevaban, pero a pesar de la suave cuanto razonable invitación que me parecía salir de sus páginas, opté por quedarme en la iglesia de Inglaterra, que durante 21 años me había ofrecido oficios divinos, música y bellezas imitadas en las prácticas católicas. Es difícil describir la atracción que tenía la iglesia inglesa para los amantes de la historia y de los ritos. Los antiguos edificios católicos estaban en poder de los anglicanos, y aunque el culto era completamente diverso del antiguo, muchas veces era factible la restauración de las formas del pasado. ¡Qué emocionante era para nosotros, los ritualistas, ver el altar otra vez transformado en un mar de luces, o elevarse nuevamente las columnas de incienso al cielo, como durante 400 años no se había vuelto a hacer en algunas iglesias viejas!

Desde que el Cardenal Newman había tratado de abrir la "vía media", millares de anglicanos habían seguido sus huellas. No todos le habían seguido en sus lógicas resoluciones, sometiéndose al Papa, pero en mis tiempos el método más común para llegar al catolicismo era la lectura de las obras de Newman. Su nombre era como una palabra mágica y ni aun la tristeza de su vida, que se hizo pública, empañó jamás la fe y la esperanza con

que sus escritos son leídos. Me encontré como entusiasmado y fascinado y me entregué a ulteriores estudios. En nuestras iglesias anglicanas habíamos adoptado plenamente el ritual católico, con la misa y la confesión. Por desgracia mediaba un impedimento, que con profundo dolor personal había declarado el Papa León XIII, cuando tras largo estudio y minucioso examen, manifestaba que las órdenes anglicanas no eran válidas. Por lo tanto, la absolución que recibíamos no era una gracia sacramental y por más que respetásemos la eucaristía, no podíamos considerar la fórmula consagratoria sino como palabras santas y consoladoras. Éste era el problema en su más exacta expresión y fué causa de pena para muchos. Tuve yo la fortuna de encontrar dos eclesiásticos anglicanos que habían solucionado este conflicto haciéndose católicos: el ya extinto Mons. Roberto Hugo Benson, hijo de un arzobispo de Canterbury y Mons. Arturo Barnes, el gran arqueólogo de la Iglesia primitiva.

Mons. Benson predicaba a la sazón en Cambridge con todas sus potencialidades emotivas, pero era Mons. Barnes quien podría resolver a fondo toda dificultad que se presentase en la materia. Benson me hizo desear ser católico, pero no estaba yo dispuesto a dar el paso sin haber conocido a través de la historia la invalidez de las órdenes anglicanas. Mons. Barnes había hecho un estudio profundo de la materia, e investigando en los documentos originales había llegado a la conclusión que los archivos habían sido violados y que

el obispo Barlow, que reclamaba la sucesión apostólica para la iglesia de Canterbury, después de todo ni era un verdadero obispo católico.

Había otro asunto candente. ¿Cuáles eran nuestras relaciones con la gran iglesia ortodoxa griega, cuyas órdenes Roma misma reconocía como válidas? Nuestra teoría era que en el curso de los acontecimientos la Iglesia cristiano-católica se había dividido en tres ramas principales. Roma, Canterbury y Constantinopla. La iglesia ortodoxa nos inspiraba más aliento que la romana. Constantemente aparecían prelados griegos en iglesias anglicanas y eran recibidos con todos los honores. Insistíamos que esto era señal de comunión entre ambas iglesias. De haber estado en comunión real con los griegos, nuestra posición se hubiera robustecido muchísimo. Tan pronto como terminé el curso en Cambridge, resolví dar el examen y hacer un viaje a Rusia. Me sentía confundido en medio de estas controversias y decidí que si las autoridades griegas me permitían recibir la santa comunión según el rito griego, siendo yo anglicano, no mudaría mis posiciones, pero si me la rehusaban, trataría de entrar en la Iglesia de los Papas.

En 1907 hice un viaje a Moscú y San Petersburgo. Creo que son muchos los que llenos de entusiasmo han hecho este viaje en busca del comunismo, pero soy yo uno de los contados que fueron a buscar allí la santa comunión. El resultado fué, que aunque el clero griego era muy bondadoso y simpático, no accedió a darme la comunión. Con-

sideraban ellos a la iglesia de Inglaterra como una parte desprendida de la Iglesia latina. Esperaban de nosotros que haríamos la paz con Roma, no con Moscú o el Santo Sínodo, supuesto que la cristiandad volviera a unirse.

Cuando volví a Inglaterra, estudié y acepté de lleno el credo católico. Me constaba que había leído y estudiado cuanto se me podía exigir, y me entregué a la mística de la Iglesia. Unas visitas a los grandes conventos de la Cartuja me convencieron que existía una vida sobrenatural en nuestro ambiente. Si aun había cuestiones que me incomodaban, dejaría su solución a miles de cerebros más capaces, que durante siglos se habían esforzado por darles la mejor explicación filosófica y teológica.

¡Lejos de mí la presunción de pensar que mis esfuerzos personales podrían prevalecer sobre las doctrinas de tantos sabios e ilustres varones! Este acuerdo y armonía de la Iglesia fué lo que acabó por llevarme a la religión católica, hecho que se realizó en la Pascua de 1908.

DINAMARCA

23. VISLUMBRANDO REGIONES DE DICHA

P. JACOBO OLRIK

Mi padre era pastor evangélico-luterano de la iglesia llamada popular, auspiciada por el gobierno dinamarqués. Su parroquia quedaba en Fünen, en la península de Hindsholm, región fértil y pintoresca, con campos de florido heno, jardines amenos, sotos encantadores, cerros elevados, y el fondo del soberbio cuadro, el grandioso mar, con el gran Belt, la Bahía de Balby, Cattegat, Odense Fjord. El patio parroquial era amplio y espacioso. El interior de la casa lo embellecían juegos de artísticos muebles, de aquellos muebles serios que pasan de padres a hijos y son un precioso tesoro de familia. Los muros de la casa estaban ceñidos de verde yedra y blancas clemátides, y un cerco de rosales de flores blancas y amarillas rodeaba la morada. Hasta había allí una parra legítima de Madeira que cada año producía unas uvas muy grandes y ricas. Alrededor de la casa se extendía el amplio huerto, lleno de frondosos árboles frutales de todas las especies, manzanos, perales, ciruelos, frambueas, zarzas de todas clases y otros muchos. Las vacaciones de verano eran nuestro sueño dorado. Las pasábamos felices entre frecuentes excursiones y baños, entre visitas

amenas y alegres bailes, entre música y canto. Tampoco se descuidaba la piedad. ¿Qué más podía desear? ¿Qué mayor dicha pedir al cielo? Pero, en el fondo de aquella copa de felicidad había una gota de amargura. Sentía un vacío en el corazón, sin saberme explicar su causa.

Mi padre tenía a su cargo dos iglesias antiguas y venerables. Procedían ambas de la Edad Media católica. Oficialmente no estaba adscrito a ninguna tendencia religiosa determinada, ni a la conocida con el nombre de "Misión Interna", ni a la llamada "Grundtvigianismo", si bien se inclinaba más a la última, que tenía ciertas reminiscencias católicas. Siendo joven había pasado mi padre un invierno en Roma y le habían quedado de aquella ciudad impresiones muy profundas, más profundas quizás de lo que él dejaba entrever. De las paredes de nuestra casa pendían 17 cuadros y todos ellos representaban un asunto dogmático distinto. Tenían indudablemente su valor como objetos de arte, pero también evidenciaban la tendencia religiosa y la ideología espiritual que dominaba en la casa. Prácticamente, empero, ocupaba mi padre una posición adversa al catolicismo.

Creo que me será permitido decir que mi padre era un hombre de corazón recto y bondadoso y de un ideario preciso y lógico. Pero fueron precisamente estas cualidades el obstáculo en el camino de su evolución religiosa, porque lógica y protestantismo son términos que se excluyen. No sin razón decía cierto teólogo luterano danés: "Si se

quiere ser lógico, o hay que volverse loco o hay que hacerse católico."

Al llegar yo a los 18 años cayó mi padre en una grave dolencia, y fué tal la irritabilidad nerviosa que ella le produjo, que hacía imposible todo cambio sereno de ideas y opiniones con él.

Quisiera poner de relieve dos impresiones de mi juventud cuyo recuerdo es imperecedero en mi memoria. Mi padre tocaba con regular maestría el piano, pero la voz no le favorecía para el canto. Y no obstante tocaba y cantaba con tal unción y expresión que nunca he vuelto a oír nada semejante. Sentado yo a su lado, miraba por la ventana y a través de un claro que dejaban las ramas del jardín contemplaba el rojo crepúsculo y en aquellos arreboles soñaba entrever las regiones de la dicha.

Algún tiempo más tarde, en Nochebuena, sentado junto a mi padre observaba las sombras que proyectaba el árbol de Navidad en el techo, ora más confusas, ora más claras, según y conforme se apagaban las luces del árbol. Estaba yo aquella noche muy lejos de sentirme triste y pensativo. Sin embargo, hablando para mí, decía: "No, ésta no es la vida, ésta no es la vida verdadera."

Mi madre era natural de Jutlandia, la tierra que también meció mi cuna. Como hijo genuino de Jutlandia sentía un horror instintivo y extremado al peligro de verme desengañado o decepcionado. De ahí que reflexionando me dijese: "No,

jamás sucederá que llegue al fin de mi vida con el corazón vacío y el alma desilusionada.” El cielo era uno de mis más fervientes anhelos y nada me causaba tanto temor como el pensamiento del infierno.

Mi primer contacto con el catolicismo tuvo lugar en Odense, donde cursaba los años de enseñanza secundaria. Desde mi ventana podía observar el interior de la escuela primaria católica que dirigían las Hermanas de San José. Con malicia infantil me divertía en hacer reflejar los rayos del sol en mi espejo de tal modo que diesen en el salón de clases de las Hermanas. Más tarde, siendo estudiante de derecho en Copenhague, oí disertar y discutir al Padre Jesuíta Breitung acerca del darwinismo. Desde esta ocasión sentí un gran respeto por los sacerdotes.

La divina Providencia, empero, vino en mi ayuda por medio de una revista semanal ilustrada, una de tantas que hay. Traía la revista la figura del famoso “Lienzo de Turín“, y al mismo tiempo la imagen del Señor descubierta hace poco por una fotografía negativa (1). En el acto me di cuenta que esta imagen tenía algo especial y mis conocimientos de anatomía y mis nociones de dibujo me decían que allí no había falsificación o fraude posible. No es del caso tratar aquí la legitimidad de la imagen. Pero fué ella, —hablo sólo de la fotografía, no de

(1) Según una antigua tradición estuvo envuelto en este lienzo el cuerpo de Cristo en el sepulcro.

tantas malas copias que circulan—, el faro que me guió al catolicismo. La fotografía era la del Padre Sana Saloro, S.J., la mejor de las existentes.

Sólo pasados varios años tuve tiempo y ocasión para hacer un estudio de aquel lienzo, lo cual me puso en contacto con el secretario del Obispo de Euch, Henri Gamel.

Había en el modo de ser del señor secretario algo que me sorprendía: su amabilidad, su naturalidad y su firmeza de carácter. Esta observación despertó en mí la curiosidad por conocer de cerca al catolicismo. Hasta el presente siempre lo había tenido como una religión necia y absurda. Para mis adentros hacía los siguientes raciocinios: "Si un hombre es de muy cortos alcances", lo cual a mi juicio era el caso en todos los católicos, "es posible que con dinero y riquezas logre algún éxito en la vida, pero a la larga debe parar en la ruina y en la quiebra, ante todo si es director de grandes empresas. ¿Cómo se explica que la Iglesia Católica persista incólume a través de tantos siglos?" Era un enigma para mí y a toda costa lo quería resolver. Y así me dediqué al estudio del dogma católico.

Otra cosa más me hacía simpatizar con la Iglesia Católica. Como protestante me embargaba siempre la conciencia de mi propia limitación y con frecuencia reflexionaba sobre la posibilidad de traspasar los límites de mi propio ser. Todos mis esfuerzos por lograrlo eran vanos. ¿Tenía solución posible el problema? En mis propios raciocinios no la encontraba. La duda acerca de si era lícita al

cristiano la guerra, aun la defensiva, me condujo al cabo a pedir las luces del Espíritu Santo. Mis deducciones personales no me inspiraban confianza, pues, tanto podrían llevarme a la conclusión verdadera como a la falsa. Estaba resuelto, sí, a buscar la religión verdadera, pero desconfiando de mí mismo, ponía todas mis esperanzas en la oración. Dios no me desoirá, pensaba, al ver como con corazón recto le pido conocimiento de la verdad y la gracia de ponerla por obra. Mi esperanza toda la ponía en el Espíritu Santo y la tercera Persona de la SS. Trinidad siguió siendo uno de mis centros de devoción durante toda mi vida posterior.

Cuando hube llegado a ser "asesor", me llevó la Providencia a la pequeña ciudad de Koge. Poco antes había sido trasladado al mismo punto el Padre misionero F. Maurer. Fuí a visitarlo, con la segunda intención de ponerle en aprietos con mis preguntas. Pero me estrellé contra la potente superioridad de la teología católica. Por largo tiempo traté de resistir o de eludir la fuerza de las argumentaciones del sacerdote, pero a la postre tuve que rendirme. Esperé un año más, indagando y hurgando por si encontraba un error, una argucia en la doctrina católica, golpeando los muros de la iglesia por ver si no había huecos. ¡Inútilmente! Por fin, auxiliado con la oración de muchos católicos, me decidí a la conversión. Hoy veo que difiriendo más el paso tal vez habría puesto en peligro mi salvación eterna.

Y así alcancé las regiones de la dicha otrora entrevistas entre las ramas de los árboles en los arreboles del crepúsculo. ¡Desde entonces hasta hoy he vivido 25 años de felicidad! ¡No he sido engañado! ¡Las estrecheces y limitaciones humanas pueden ser compensadas por la gracia divina! El sano criterio de la Iglesia Católica me ha abierto nuevos y amplísimos horizontes. En otros tiempos me había causado viva impresión la imagen de Cristo en el "Lienzo de Turín". ¡Nunca olvidaré la expresión de aquel semblante! ¡Concédame el Señor que un día le vea cara a cara en la gloria!

24. POR ASÍS A LA IGLESIA

BARONESA ERIKKE ROSENÖRN-LEHN

Nací y fuí educada en una familia protestante. Era yo la menor de las seis hermanas del hogar. Mi madre era profundamente piadosa y consideraba como uno de sus deberes primordiales la formación religiosa de sus hijos. Ella misma se reservaba el derecho de sembrar en sus corazones la semilla de una fe arraigada. Como hija de un diplomático, había pasado su niñez en Francfort del Meno. Sus compañeros de juego, entre otros el príncipe Carlos Löwenstein, que luego sería el Padre Raimundo y con quien mantendría correspondencia durante toda su vida, ejercieron un inconsciente influjo sobre su alma. También las ceremonias religiosas, a las cuales asistía con frecuencia, dejaron en su memoria un recuerdo indeleble. Pero las vicisitudes de la vida llegaron luego a apartarla de todo cuanto fuese católico. Sólo pasados muchos años, cuando su yerno y su hija mayor fueron recibidos en la Iglesia por el Cardenal Mermillod, entonces Obispo de Ginebra, comenzó mi madre a leer libros católicos.

En la tranquilidad campestre del castillo de Hoidkilde, nuestro hogar paterno, sobrábale a mi madre tiempo para dedicarse a un estudio repo-

sado, que dió como fruto el llegar a la conclusión de que la Iglesia Católica era la única verdadera instituída por Cristo.

Mi padre no opuso resistencia alguna al propósito de conversión de mi madre. Solamente le pedía que esperase hasta que yo, entonces niña de diez años, estuviese confirmada.

Fuí entonces alejada de toda influencia religiosa de mi madre y entregada a un pastor protestante para que me instruyese para la confirmación. Era éste un señor muy bueno y respetable. Pero, tanto él como cuantos me rodeaban, conocidas las simpatías de mi madre hacia el catolicismo, no perdían medio ni ocasión de afianzar y robustecer en mi alma la doctrina protestante. En consecuencia mis convicciones permanecieron firmes e inalteradas aun cuando después de mi confirmación, más o menos a los quince años de mi edad, mi madre y dos de mis hermanas mayores se hicieron católicas. Yo, que creía en todas las calumnias propaladas contra la Iglesia, lloraba la suerte desdichada de mis seres queridos que, según mi opinión, habían caído en la más abyecta de las idolatrías y en las más burdas supersticiones.

Transcurrieron diez años de sufrimientos para ellas y para mí. Nos amábamos tiernamente, mas entre nuestras almas mediaba una profunda sima. Pero esta situación se me hizo insoportable, y en la primavera de 1898, tenía 26 años, abandoné la patria y me dirigí a Inglaterra para estudiar arqueología clásica.

Allí mi ánimo se vió sacudido por los impresionantes oficios divinos de la iglesia anglicana. También me admiró que en Inglaterra no existiese aquel horror hacia los santos católicos, tan común en Dinamarca. En Inglaterra sufrieron el golpe de gracia mi fe y veneración hacia los "santos" protestantes Martín Lutero y Gustavo Adolfo de Suecia. Por medio de estudios históricos y sobre todo por los libros del profesor anglicano Leighton Pullan y también por la lectura de las "Confesiones" de S. Agustín y los "Fiohetti" de San Francisco me había convencido que no existía más que una Iglesia verdadera. Mi aversión hacia el catolicismo amenguó mucho, pero persistía en la opinión que la Iglesia única constaba de varias partes integrantes. Hasta llegué a ostentar el nombre de anglicana, sin entender la contradicción contenida en esta actitud, pues, es un absurdo considerarse miembro de la iglesia nacional de algún país sin ser miembro de dicha nación.

El invierno de 1901-1902 lo pasé en la escuela británica de arqueología de Atenas. Como en todos mis viajes, también en Grecia me acompañaba la inteligente artista Sofía Holten. Tanto nuestros estudios como nuestra evolución religiosa llevaban camino paralelo. Fué ella la que me sugirió cierto día la idea de encargar una misa por mi madre en una iglesia católica. Pero cuando el amable sacerdote que nos atendió dijo que rezaría por la conversión de Dinamarca, me sentí ofendida y pensé: "¡Si serán impertinentes esos católicos!" Pero, al

visitar meses más tarde el sepulcro de S. Nicolás de Bari, puse allí en manos de un sacerdote una moneda de oro, pidiéndole oraciones por mí.

Otra etapa de nuestro viaje era Aquila, donde se hallan los restos mortales de S. Bernardino de Sena. S. Bernardino de Sena siempre me había parecido como medio protestante a causa de su celo en la propagación del culto del dulce nombre de Jesús. Con gran interés contemplé en el ayuntamiento la mascarilla del santo, con esa su expresión dulce y angelical. Al anochecer me encontraba a la vera de su tumba. Sofía Holten iba siguiendo a un franciscano que nos servía de cicerone, para ver de cerca unas obras de arte. Yo me quedé sola y arrodillándome junto al sepulcro pedía emocionada que el Señor me concediese la gracia de hacerme una santa como "S. Bernardino". Acordándome de mi flaqueza y poquedad, dije a media voz: "¡Buen trabajo te habría de costar!". Pero, al momento me avergoncé de mi cobardía y entre lágrimas pedí perdón a Dios por mi pereza espiritual.

La noche la pasé en oración para prepararme dignamente a la visita del sepulcro de S. Francisco de Asís, la meta de nuestra próxima jornada. Lo que allí nos sucedió fué un milagro de la gracia que en toda la eternidad no sabremos agradecer debidamente a Dios y a su santo de Asís.

Sólo mencionaré uno de los muchos rasgos que más fuertemente me impresionaron y sumergieron como en una ola de bendición: la verdadera po-

breza evangélica y la caridad con el prójimo de los frailes franciscanos.

Al principio de septiembre tuve que acudir a casa con motivo de una enfermedad de mi padre. Al pasar de los países católicos a las regiones protestantes de Alemania sentí de repente toda la desnudez fría y el vacío de las iglesias protestantes que desde el tren veía diseminadas por todo el territorio. ¡Allí faltaba la presencia del Señor sacramentado!

Llegada a casa pude conversar libre y detenidamente con mi madre, como nunca lo había hecho antes, y le conté cuanto había visto en Asís. Sin duda habrá sospechado cuán cercana estaba ya a la Iglesia. Pero yo misma no me percataba todavía de ello.

Durante mi ausencia de Asís los buenos frailes siguieron rezando por mí junto a la tumba del Santo. El día de la vigilia de la fiesta de San Francisco llegaba yo de regreso a Asís, a la hora precisa cuando se cantaban las primeras vísperas. ¡Aquel era un regreso en todo el sentido de la palabra! A la mañana siguiente durante la misa mayor en la iglesia del sepulcro, al resonar el "Credo" por los ámbitos de la basílica, a las palabras "Et unam, sanctam, catholicam Ecclesiam", irrumpió en mi alma en raudales de luz la fe verdadera.

Ya durante el verano había recibido largas instrucciones del Padre Guardián Francisco dall'Olio.

Pero me había faltado el auxilio decisivo de la gracia. ¡La hora de la gracia había sonado por fin!

Sofía Holten todavía encontraba grandes dificultades para seguir mi camino. Era hija de un pastor protestante, descendiente de toda una generación de pastores. Su conversión le parecía casi una condena de toda su familia. Pero su fe convencida venció al fin todo reparo.

El 19 de noviembre, fiesta de Santa Isabel, día onomástico de mi madre y día de mi bautismo, fuimos recibidas ambas en la Iglesia Católica, junto a la tumba de San Francisco.

¡Loor eterno a Dios por esta gracia!

NORUEGA

[illegible]

25. DESDE LAS LOGIAS

CÓNSUL EINAR BERRUM

"Vias tuas, Domine, demonstra mihi, et semitas tuas edoce me." El curso de mi conversión es sencillo, sin sucesos extraordinarios y nunca se me hubiera ocurrido escribir nada de ella a no habérseme invitado a hacerlo. Pero, me es grato acceder a este pedido porque espero poder dar así una muestra de amor y gratitud a nuestra Santa Madre, la Iglesia.

Aunque no hayan transcurrido más de cuatro años desde mi conversión, no me resulta fácil, a pesar de que pudiera merecer lo contrario, escribir acerca de ella, porque ya se me han esfumado de la memoria muchas de las circunstancias que fueron otros tantos impulsos hacia la Iglesia Católica. Agréguese a esto que me veo en el trance de tener que expresarme en un idioma difícil para un noruego.

Nací en 1882, en Oslo, y para dicha mía fuí educado en un hogar cristiano. Mi padre era allí la columna y el ejemplo de piedad. Pese a sus sesenta años, emprendió en 1910 una peregrinación a Tierra Santa para visitar los lugares benditos, testigos de la vida y muerte de nuestro divino Redentor. Con ocasión de este viaje pasó un tiempo

en Roma, quedando tan bien impresionado que en adelante siempre le oí hablar con respeto de las costumbres y de la vida católica de la Ciudad de los Papas.

En 1891 recibí la confirmación, junto con otros 200 jóvenes; su influjo, empero, fué nulo en mi actitud religiosa. Tras una breve consulta con mi párroco, participé por primera vez, según el rito protestante, en la cena eucarística. Poco después abandonaba las aulas escolares. Como mis demás hermanos, también yo iría a Inglaterra para completar mi formación intelectual. Sería alumno de la "St. Olave's School" de York.

En la escuela de mi patria había recibido una educación netamente protestante. Mientras a Lutero se le elevaba a honores de santo, se sembraba en el alma de los niños toda clase de prejuicios y patrañas contra la Iglesia y el Papado. Estas fábulas burdas ya son conocidas de todos, huelga por tanto enumerarlas. Con el corazón lleno de desprecio hacia el catolicismo di los primeros pasos de mi vida.

Nunca olvidaré aquel domingo, el primero que pasé en York. Tres veces cada domingo debíamos ir a la antigua "St. Olave's Church", llamada así en honor de nuestro santo nacional, para asistir a los oficios divinos que allí se celebraban según los ritos de la "High Church".

Al principio entendía bien poco de la lengua eclesiástica. Todo el ambiente me causaba la impresión como si estuviese en una iglesia católica,

aunque nunca había estado en ninguna. Allí aprendí a arrodillarme, cosa que nunca había hecho antes. El canto melodioso, la música solemne, las ceremonias, aunque a veces extrañas, siempre majestuosas, todo me dejaba vivamente impresionado. En lugar de aburrirme, como temía, aquellos oficios me atraían tanto, que la semana me llegaba a parecer interminable en espera de los oficios del domingo, sobre todo de los vespertinos. Aquella iglesia gozaba de todas mis simpatías. Era eso un nuevo acontecimiento de mi vida que, a no dudarlo, sirvió de base a toda mi evolución religiosa ulterior.

Al volver a Oslo para hacer los estudios superiores y agregarme a la escuela militar, figuraba entre los concurrentes asiduos de la iglesia inglesa de Oslo, la "St. Edmund's Church". Y estando más tarde en Hamburgo, ciudad de mis primeras actividades, tampoco dejé esta costumbre de ir con regularidad y gusto a la "Church of England".

Hasta el presente las cuestiones religiosas no habían constituído un problema serio para mí. Si iba a la iglesia inglesa era porque me atraían los encantos de las ceremonias y oficios. Pero, sin percatarme de ello, con el tiempo esta costumbre se había transformado en necesidad y en esta práctica hallaba la solución de mis preocupaciones religiosas. A Lutero ni se le mencionaba en las iglesias inglesas. Pero, a decir verdad, en aquellos días no pensaba en establecer un parangón entre la "High Church" inglesia y la iglesia nacional noruega.

En el año turbulento de 1905, cuando Noruega se independizó de Suecia y la guerra estaba a punto de estallar, una fuerte corriente religiosa electrizó al país de un extremo al otro, y tampoco yo me libré de ella. El mismo año llegué a ser director de la fábrica que todavía dirijo hoy. Hacia este tiempo y en todos los veranos siguientes tenía que prestar servicio militar como oficial de dragones, y nunca perdía ocasión de asistir a los oficios divinos en los cuarteles. Pero, apaciguada aquella tormenta amenazante, también mis fervores religiosos decayeron. Nunca, empero, la llama de mi fe llegó a extinguirse, si bien sus fulgores fueron menos vivaces.

En 1908 tuve un suceso que quisiera tratar aquí con más detención. Mi padre llegó a ocupar un puesto de categoría en la francmasonería. Su deseo ardiente era que sus hijos también fuesen masones y el 24 de abril fuí aceptado, junto con dos de mis hermanos, en la "Gran Logia de Masones de Noruega". Fué un día de importancia trascendental para mí. Lo que echaba de menos en la iglesia lo encontraba en la logia. Ya veo una expresión de horror en los rostros de mis lectores católicos del extranjero al oírme hablar de la masonería. Quisiera poner en claro, sin revelar por eso los secretos de la masonería, que las logias escandinavas en cuestión de religión están a un nivel relativamente elevado. Se exige en ellas una absoluta fe en Cristo, fidelidad a la patria y cumplimiento del precepto: "Ama a tu prójimo como a ti



mismo." Fuera de esto, sostiene la logia que ella de ningún modo suple a la iglesia e incita a todos sus adeptos a concurrir asiduamente a las iglesias. Muy pronto fuí uno de sus miembros más entusiastas y con el correr de los años llegué a ser uno de sus dirigentes. Tres años antes de hacerme católico había recibido el grado máximo de la orden.

En 1918 contraje matrimonio con una dama danesa en Copenhague. Era ella muy religiosa y muy dada a las letras, afición que siguió cultivando también después de haberse trasladado de la gran ciudad a la pequeña Fredrikstad. Sabido es que para un protestante lo principal de su culto es la predicación. Para simbolizar la superioridad de la predicación sobre los sacramentos se ve en algunas iglesias el púlpito colocado por encima del altar. Mi esposa, acostumbrada a escuchar a los brillantes predicadores de Copenhague, buscaba algo parecido en Fredrikstad. Recorrimos una a una todas las iglesias nacionales. Más; visitamos también todas las iglesias de las infinitas sectas, bautistas, metodistas, adventistas. En vano, en Fredrikstad no existía lo buscado. Desistimos, pues, de nuestra afanosa búsqueda y en lo sucesivo nos contentábamos con las trasmisiones radiotelefónicas religiosas.

Un domingo a la tarde, era en la cuaresma de 1928, volvió mi esposa con el rostro radiante y con entusiasmo me comunicó un hallazgo. El orador sagrado que buscaba lo había encontrado en la pequeña iglesia católica de Santa Brígida. Me disgustó este paso de mi esposa sin previo consenti-

miento mío. Pero esta visita no fué la última, sino que se multiplicaron. Naturalmente, el tema frecuente de nuestras conversaciones llegó a ser la religión católica.

Tengo que confesar que yo combatía resueltamente las tendencias católicas de mi esposa. No sólo mantenía con ella frecuentes disputas, sino también trataba de disuadirla poniendo en sus manos libros y escritos anticatólicos. ¡Inútil todo! Mientras ella se sentía más y más atraída a la Iglesia, yo me iba aislando.

No contenta mi esposa con ir a las iglesias, trataba también de profundizar sus conocimientos de la doctrina y de la literatura católicas. Al mismo tiempo que en libros católicos, investigaba ella también en las obras del célebre filósofo y teólogo protestante Sören Kierkgaard. Contra la doctrina común de los protestantes, Kierkgaard sostenía la absoluta necesidad de las buenas obras. Y al hablar del clero protestante el ilustre teólogo lo hacía en forma muy poco benigna y favorable, echándole en cara que no ponía en práctica la genuina doctrina de Cristo.

El 2 de diciembre, primer domingo de Adviento, celebraríamos en Oslo el día de la confirmación de un sobrino. Después de muchos ruegos consiguió mi esposa que, en vez de ir a la iglesia protestante, la acompañase a la misa en la iglesia de los Padres Domínicos. Venciendo mil reparos accedí a sus insistencias y me ubiqué en el fondo, en los últimos bancos de la iglesia. En vez de hallar-

me embarazado y desorientado, como temía, me sentí gratamente impresionado y muy cómodo. Algo parecido me sucedía ahora como cuando por primera vez había ido a la "St. Olave's Church". Además, nunca antes en la vida había visto un verdadero monje y aquí veía y escuchaba a un Padre Domínico que, con ser francés y todo, pronunció un elocuente y brillante sermón en lengua noruega correctísima. Como es de suponer, poco y nada comprendí de las ceremonias que veía por primera vez. Pero ya a la entrada me había provocado la curiosidad el prólogo de un librito que en cada sitio había y que estaba destinado a explicar la misa a los protestantes concurrentes. Leílo con atención. Decía: "Acuérdate que la Iglesia Católica convirtió a tu patria. Por esta Iglesia ha muerto San Olao y muchos otros con él. Tus antepasados fueron católicos y los noruegos no han abandonado su religión por su libre voluntad, sino obligados por la violencia. La Iglesia es por eso también la Iglesia madre tuya y debes llegar a conocerla y con la gracia y auxilio de Dios debes hacerte hijo suyo. Tu fe tradicional sólo puede ser aquélla que Jesucristo mismo anunció y legó a su Iglesia para que ella te la enseñara a ti y a todos los hombres."

Palabras eran éstas que movían a reflexión. Si los oficios divinos habían conmovido mis sentimientos, esta lectura excitaba mi interés científico. Resolví investigar lo más pronto posible qué relaciones existían entre la Iglesia Católica y la historia de mi patria.

Desde entonces acompañaba regularmente a mi esposa a la misa dominical; ella ya era miembro del coro de la iglesia. En mi asistencia a misa era yo tan puntual como el mejor de los católicos. Al mismo tiempo empecé a estudiar la doctrina de la Iglesia y su historia en Noruega, dando de mano a todo prejuicio. Tuve en esta tarea un apoyo eficaz en mi esposa. Ella, sin haber sido educada en la doctrina de la Iglesia, tenía amplios conocimientos de ella. Lleno de sobresaltada desconfianza como estaba, comencé a estudiar en autores noruegos. Un protestante desde niño tiene la idea fija que sólo los meridionales son católicos, porque a su juicio, injusto por cierto, son ellos gente retrógrada y la religión católica es apta únicamente para personas ignorantes. El catolicismo, por tanto, según esta idea fija, es indigno de los protestantes, que son gente instruída. Muy diverso, empero, vi este estado de cosas después que hube leído las obras del erudito teólogo y conocido pastor converso Dr. Krogh Tonning. Su libro, "Memorias de un Convertido", está escrito con un calor y una lógica tales que dió en tierra con el resto de mis dudas, al igual que un soplo derrumba un castillo de naipes. También el libro "Cómo se llega de los Prejuicios a la Verdad", de J. Stub, converso noruego, más tarde sacerdote católico, me fué de mucho provecho. No puedo omitir la mención de las obras admirablemente bien escritas del pastor protestante Nils Beskow. Sus obras tenían un sello netamente católico, por eso a nadie extrañó que

pocos años después abandonara la herejía. También leí las obras universalmente célebres "La Iglesia de Cristo" del Cardenal Gibbons, y "Edgar" de Hammerstein. Imposible enumerar todas mis lecturas en aquella búsqueda de la verdad. Mi biblioteca da testimonio de su abundancia.

En realidad desde esta fecha me consideraba miembro de la Iglesia, tanto por mis sentimientos como por mis convicciones. Aquella iglesia católica era el centro de mis amores. Me sentía infinitamente seguro y tranquilo al pensar que aquella pequeña iglesia era parte de la inmensa y universal Iglesia Católica, la cual, fundada por Cristo mismo, es regida por los sucesores de los Apóstoles.

Mi entendimiento me decía que ya el protestantismo, con sus inconsecuencias, su propensión al sectarismo, con su subjetivismo, padre muchas veces de una descristianización total, era para mí nave quemada. Por eso me costaría poco dejar la iglesia nacional noruega. Pero otra renuncia me resultaba muy dolorosa: si me hacía católico debía abandonar mi amadísima logia masónica, ya encarnada en mi ser.

Interiormente me consideraba católico y participaba también en todo el culto externo de la Iglesia, pero carecía de lo fundamental, estaba excluído de los sacramentos.

Hacía algún tiempo que mi esposa iba recibiendo ya instrucción religiosa. En mayo entraría en la Iglesia. Pero esta fecha quedó postergada, porque la lectura de la biografía de San Francisco

había despertado en ella tal veneración por el santo de Asís que en su honor quería hacerse católica el cuatro de octubre. ¡Nunca podré olvidar los sentimientos que me embargaban el día que mi esposa se convirtió! ¡Me sentía solo, completamente aislado! También yo había participado en aquellas instrucciones de mi esposa, pero me faltaba el valor para decidirme. Muchas veces decía al sacerdote que impartía la instrucción: "Lo que Ud. dice está todo muy bien y es muy hermoso y no hay otra verdad fuera de ésta que enseña la Iglesia, pero... pero..." Hacía años que no me acercaba a la mesa eucarística y sentía ansias de recibir la comunión. No quería recibir la comunión protestante y la católica no me era permitida. Al fin se quebrantó mi resistencia, no podía ya "cocear contra el aguijón". El martes 26 de noviembre de 1929, después de un reñido combate interior, escribí mi carta de despedida a las autoridades de la "Gran Logia Masónica Nacional de Noruega" y el mismo día me presenté al señor cura párroco pidiéndole la admisión en la Iglesia. Fijamos para el acto el día jueves, 28 de noviembre.

¡Imposible describir la felicidad que se apoderó de mí después de mi resolución! La ceremonia se realizó con toda sencillez. Fuera de mi esposa, el testigo y algunas Hermanas del hospital nacional de San José, no había otros asistentes. A la mañana siguiente me dirigí al convento dominicano de Oslo para pasar allí unos días en la paz del monasterio. Hice allí mi primera confesión, gustando por vez

primera los dulcísimos frutos de paz que produce en el corazón el sacramento de la penitencia. El domingo, acompañado de mi esposa, recibí la primera comunión durante la misa mayor en la misma iglesia conventual donde años antes, desde el fondo del templo, había asistido al primer oficio católico.

En estas páginas se halla reproducida y reflejada una parte del introito de la misa del primer domingo de adviento, día que fué de tan decisiva importancia en la orientación de mi vida. Muchas veces he vuelto a repetir aquella oración del introito y el Altísimo se ha dignado oírla. Deo gratias. Amen.

26. UNA PROTESTANTE ENTRE RELIGIOSAS

ANTONIE TIBERG

Infinitas son las impresiones e ideas que a diario recibimos por esas ventanas del alma que son los sentidos, mas no sabemos cuáles de ellas se fijan en nuestra mente. Pero, me consta que ciertas cosas que he visto en mi ciudad natal, allá en el extremo norte, han sido el móvil para que, presente la ocasión, visitase yo en Alemania muchas iglesias católicas. En Berlín, donde estudié durante un semestre, iba a la iglesia de Santa Eduvigis. Pero no ponía el pie en las iglesias protestantes.

En 1913 recibí una pequeña suma de dinero y medio año de licencia del magisterio para hacer estudios en Alemania. Evité esta vez la región septentrional, para visitar la Alemania católica. Viajé por el Rin desde Colonia hasta Maguncia e iba visitando iglesias. En Friburgo de Brisgovia participé en un curso libre. Por doquier me sentía rodeada, como de atmósfera ambiente, del espíritu católico, y quizá también su influjo obraba en mí. Pero las personas con quienes tuve trato en este viaje eran casi en su totalidad católicos indiferentes. Recuerdo la impresión honda que me causó la fe de una señora católica, muy desgraciada por cierto, pero animada de la mayor conformidad, gracias a

su religión. Pero, al final de cuentas, regresaba del viaje tan incrédula como había partido. En 1922 me llevó mi curiosidad a Oberammergau, célebre por sus representaciones de la Pasión. Volví decepcionada.

Hacia aquellos años ejercía yo mi magisterio en un colegio secundario de la pequeña ciudad de Hamar, situada a tres horas de rápido al norte de Oslo. En las cercanías de la ciudad se hallan las ruinas de una catedral, construída a mediados del siglo XII. Llena de admiración me quedé frente a aquellos imponentes muros vetustos que hablaban de una época de heroísmo y grandeza. Según una antiquísima versión, el último obispo había tenido que abandonar su sede para marchar prisionero a Dinamarca. Aquellas grandiosas ruinas evocan una triste, pero para el porvenir quizá benéfica historia de la Reforma.

Cuando en 1923 fuí trasladada a Oslo, tuve el gran contento de poder vivir en la comunidad de "Gamle Aker". La iglesia de Gamle Aker es del número de las reformadas, y su construcción data quizás de los mismos tiempos de San Olao. Que existe una enorme diferencia entre las iglesias protestantes y las católicas es cosa que nadie que no sea ciego deja de observar y que ningún protestante tratará de negar. Un aspecto típico de esta diferencia, aunque no el esencial, lo he vivido yo en el suceso que diré. Un día iba visitando iglesias en Maguncia. Llegué a una, donde a la puerta me espectaron como saludo: "Cuarenta centavos la

entrada." No necesité más para saber que aquella era una iglesia protestante. Pero, también sin este saludo la habría distinguido, porque hay otra diferencia que las distingue. Las iglesias protestantes son edificios muertos, carecen de vida, esta vida que uno cree sentir y observar visiblemente hasta en la más pequeñita y mísera capilla católica.

La Iglesia de Gamle Aker es protestante, pero en sus muros vive y se mueve un espíritu. Hace cuarenta años había allí un párroco, llamado Krogh-Tonning, adalid infatigable de la pluma y de la palabra, un mártir de su fe. Es de lamentar que su obra, titulada "Memorias de un converso", aparecida en Tréveris en 1907, esté agotada ya hace mucho tiempo y que no se haya vuelto a editar. Este párroco tenía un "personel" (teniente) que, si bien aun pertenecía a la iglesia nacional de Noruega, asistía muchas veces a las funciones marianas de mayo en la iglesia católica de San Olao. Antes de su conversión pertenecía también a la comunidad de Gamle Aker el hoy párroco de San Olao, Mons. Kjelstrup.

Muchas veces me he preguntado por qué estas iglesias y muros antiguos evocan en el alma recuerdos y nostalgias que nos emocionan. Creo que hay una sola contestación y es ésta: lo poco que allí encontramos nos hace pensar en lo mucho que echamos de menos. Y aquello que echamos de menos bien lo expresó el R. P. Wilibrordo Verkade al definirlo "una ansiosa inquietud hacia Dios". La voz que habla desde estos muros abandonados es

la expresión del anhelo que arrebata al hombre que busca la verdad y la dicha y la paz, felicidad que al fin encuentra en aquello por lo cual suspiran esos muros fríos y desiertos: el sacramento del altar.

Durante este año había cultivado también mis aficiones literarias. Había compuesto las biografías de varias escritoras noruegas. Recuerdo en este momento a la primera de ellas. Había sido muy desgraciada en su vida y, sin darse ella misma cuenta del hecho, sentía inmensos deseos de ser católica. Este rasgo lo señalé en la biografía. Su hijo se haría católico más tarde.

También comprobaba en la literatura cuantas veces el libro hace las veces de confesonario y como sus autores a través de sus páginas claman por la absolución, sin conseguirla.

En 1924 se convirtió nuestra gran literata y escritora Sigrid Undset. Durante mucho tiempo este paso me pareció inexplicable. Cierto era que los libros escritos en la mitad de su vida, cuando aun no pertenecía a la Iglesia, ya llevaban un sello católico característico. Apareció entonces la novela de su conversión "Gymnadenia". Con tembloroso respeto comencé su lectura, pero mis esperanzas se vieron frustradas, la encontraba sin valor intrínseco. Hoy me explico perfectamente por qué esta obra desentona de las demás de la misma autora. Sigrid Undset trataba de reflejar y comunicar en ella las emociones experimentadas al contacto con la liturgia, y esto es trabajo de danaides, porque esta emoción es incomunicable, hay que vivirla y experi-

mentarla personalmente. Pero, encontré con todo en la obra un valor que me obligaría a una gratitud perenne a su autora.

Ella fué para mí una revelación de que también en nuestra patria protestante vive y florece una vida católica.

Durante los últimos años había tenido que sufrir mucho tanto física como moralmente. Y todavía me preocupaba la falta de un sueldo conveniente. En 1931 cuando recibía una cantidad de dinero para componer un pequeño texto escolar. Con la ayuda de mi editor conseguí una licencia de medio año de magisterio. Propiamente debía realizar mi cometido en Alemania, pero como en Austria la vida era menos costosa, pedí a unos amigos de Salzsburgo que me buscasen un alojamiento adecuado. Me recomendaron ellos el convento de Goldenstein, en Salzburgo. ¡Para una protestante era cosa de pensarse eso de ir a meterse en un convento católico! Mis planes eran muy otros, pero fracasaron. Así fuí, pues, al convento de Goldenstein, y me dediqué durante todo el verano a mi tarea.

El primer domingo de mi estada, tomado el desayuno, me dirigía despreocupadamente al jardín, cuando oí una voz a mis espaldas: "Si me permite, por allí se va a la capilla." Ni se me ocurrió pensar que la Hermana que esto me decía quisiese forzarme a ir a la capilla. Creía ella con toda sinceridad, y así lo comprendí, que yo ignoraba el camino. Y desde entonces nunca falté a la misa mayor, aunque nada comprendiese de ella. También iba a las fun-

ciones sacramentales, en las cuales se rezaba en alemán. Pero con nadie hablaba de religión. En todas las solemnidades religiosas estaba yo presente. Una Hermana me prestó un libro de misa. Al poco tiempo me llamó la atención la oración "Communicantes". Así, pues, ahí teníamos aquella famosa "adoración de los santos" de los católicos, contra la cual tanto se nos había hablado cuando niños. Busqué una ocasión para conversar del tema con una Hermana. Llevándose las manos a la cabeza, horrorizada, me contestó con violentos signos de negación. "¡Que adoramos a los santos! ¡No, nosotros no los adoramos! ¡Está usted muy errada!" Bien sabía yo que lo estaba. Y aquí se cortó mi conversación, porque las Hermanas ni tenían tiempo para entretenerse con tales huéspedes, ni tenían permiso para dedicarse a la conversión de nadie.

Se inauguraba en aquellos días un crematorio en Salzburgo. Buscando un pretexto para entrar en conversación acerca de diversos temas que me interesaban, dije a una Hermana: "Bueno, ya puedo quedarme aquí hasta el fin de mis días, ya que también en Salzburgo puedo ser cremada." La conversación se entabló. Fué una revelación lo que oí. Llegué a saber que esta Hermana estaba en el convento no por imposición violenta de su familia, ni había ingresado por amores desgraciados. Había tenido en el mundo muy buena posición y sus familiares habían puesto todos los obstáculos imaginables a su ingreso en el convento. Pero ella había salido con la suya, había realizado su "amor feliz". Y no tenía

por qué envidiar a ninguno que en el mundo goza de la más completa libertad.

Era yo la última veraneante en Goldenstein. Pero, también yo debía partir. En Munich el tiempo era frío y lluvioso. Echaba de menos la vida del convento. Una conocida, que me veía un poco "contagiada" ya de catolicismo, me contaba mil cosas de Italia, mostrándome fotografías de sus viajes, lo que vino entusiasmada más por conocer una tierra que bien se puede llamar museo del arte y relicario del Cristianismo. Calculaba ella que lo que gastaría durante un mes en una pensión de Munich me alcanzaría para pasar un mes en Italia en idénticas condiciones. Y como este año no me había tomado aún las vacaciones de verano, y por otra parte se había ausentado de Munich una conocida que esperaba encontrar, me dije: ¡Resuelto!, y partí para Italia, después de haber asistido antes a una misa solemne en la iglesia de San Miguel. Y ¡cosa extraña!, a pesar de tropezar a cada paso con novedades que atraían fuertemente mi curiosidad, se despertó también en mí una suave nostalgia por Goldenstein: escribía al convento, pedía noticias y preguntaba si a mi regreso de Italia podría pasar allí unos días.

Pocas novedades tuve los primeros días en Italia. La única fué que aprendí a arrodillarme en las iglesias. Para un católico será difícil imaginar lo que esto puede costar a un protestante. Rezar, apenas si podía. Mi estado de ánimo podía a mi parecer expresarse con aquella frase escrituraria: "Habla, Señor, que tu sierva escucha." A fines de

septiembre llegué a Florencia. Un domingo a la tarde pasaba junto a la Catedral. A estas horas hay bendición sacramental en Goldenstein, pensé. Quizás aquí también... Pero la Catedral estaba cerrada. ¡Imposible!, me decía yo, pero era así. Di la vuelta a la Catedral para ver si daba con una puerta lateral para entrar. Nada. Al llegar al punto después de rodear la Catedral, se me acercó una anciana, entregándome una estampa. Me decía algo que yo no entendía, y pensando que pedía limosna, abrí mi cartera para darle una moneda. Pero al levantar la vista ya se había ido. La seguí. No quería aceptar dinero; tomólo al fin entre palabras que no logré comprender.

Al llegar al hotel miré la estampa. Decía: "Santa Teresa del Bambino Gesù." Al dorso había una oración, que traté de traducir. No conocía yo entonces todavía a Santa Teresita. Recordaba, sí, el día de Santa Teresa de Ávila, porque para esta fecha pensaba enviar una carta a una Hermana de Goldenstein, llamada Teresa.

Llegué a Roma y me alojé en el convento de las Hermanas de la Cruz, en la Clínica Quisiana. Mostrando a una Hermana mi estampa, pedíla me tradujese la oración. "—¿Ha leído usted la biografía de la santita?", me preguntó. Ni sabía yo que existiese tal biografía. Me trajo entonces la Hermana el libro, que constituyó mi lectura diaria.

A pocos días de esto llegó una carta de Goldenstein, con fecha 3 de octubre. Me decía: "Hoy es mi día onomástico. ¿Conoce usted a Santa Tere-

sa de Lisieux...? Debería usted leer su "Historia de un Alma". Le pedí mucho esta mañana a la Santita, para que la conduzca a usted por el pequeño caminito que lleva más pronto a la meta." Sentí una emoción extraña. Creo que estoy en mi sano juicio, me decía, y aquí veo doble juego. Debo haber causado buena impresión a las Hermanas. Y un día, que sí, que no... soltaron la pregunta: "—¿Es usted protestante?" Sin titubear, respondí: "¡Sí que lo soy!" Pero... iba yo tantas veces a las iglesias y capillas...

Largo rato estuve al pie de la Scala Santa. Me llegué a preguntar: "¿Te atreverías a subir con fe, de rodillas y rezando, esta escalinata?" No, no me atrevía. A cada paso temía profanar con mi actitud aquellos lugares sagrados. Caía de rodillas muchas veces, y recuerdo que una vez me eché a llorar. Pero, no recuerdo si llegué a rezar.

Nuestra moneda se desvalorizó rápidamente durante estas semanas. En otras circunstancias probablemente habría interrumpido mi viaje para volar a casa. Pero en el presente trance permanecí tranquila, aunque el dinero seguía decayendo en valor. Calculé. El dinero no me alcanzaría hasta Navidad, pero no me aparté de mi plan trazado. Después de haber visitado escuelas en Viena, el día de Todos los Santos llegaba de nuevo a Goldenstein. Era un día otoñal espléndido y apacible. El sol brillaba esplendoroso; el cielo sin una nube, de azul claro, y allá en el horizonte la silueta azulada del Watzmann. Las Hermanas me recibieron como

a amiga de muchos años. Después de unos días me llegó una carta de Munich en la cual se me comunicaba que la pensión donde había dejado mis equipajes había sido vendida. Dije entonces a la Madre Superiora de Goldenstein: "Parece que Dios dispone que me quede aquí. ¿Me retendrían hasta Navidad?" Y allí me quedé.

Aderezóme la Superiora un cuarto muy bonito. De una de las paredes pendía un hermoso cuadro de Santa Teresita del Niño Jesús. Por lo demás era muy dueña de mi tiempo y nadie trataba de ejercer algún influjo sobre mi fe. En aquella soledad, revolviendo los archivos de mi memoria, me acordaba de aquellos tiempos cuando el Dr. Krogh-Tonning había sido mi maestro. Había aparecido su biografía, y deseosa de leerla escribí al entonces vicario general de Noruega, el joven sacerdote Irgens, otrora discípulo mío, para que me consiguiese el libro. Me lo envió a vuelta de correo. Durante estas semanas leí también "Ansias de Dios" de Verkade. Diariamente asistía a misa. Reinaba en la casa un ambiente de serena paz y tranquila dicha que ya en mi primera estancia del verano me había agradado sobremanera. Una suave brisa de oración corría por los ámbitos del convento. Y yo amaba aquella solemne quietud del silencio.

Hablando con varios sacerdotes, todos y cada uno me decían: "Su modo de pensar es enteramente católico", y muy pronto el profesor Adamer me exhortó a que me hiciera católica. ¿Ya? Pero, ¡si estaba todavía tan lejos de este trance! ¡Todavía

tendría que caminar hasta herirme los pies para llegar a la meta...! El profesor me contestó: "Pues, esté segura que no llegará usted a dar un paso más; para seguir adelante ya le son indispensables los auxilios de las gracias de la Iglesia." Pasó algún tiempo, tiempo de lucha encarnizada y seria meditación, hasta que un día fuí en busca del sacerdote.

Había yo aprendido de una Hermana una bella jaculatoria, que solía repetir todas las mañanas: "Señor, muéstrame el camino que quieres que yo recorra, y dame la fuerza para andarlo." En el convento todas rezaban por mí. Muchos escollos tuve que eludir aún, pero el 17 de diciembre de 1931 fuí admitida en la Iglesia, en Goldenstein. Recibí luego los sacramentos de la penitencia y Eucaristía y también la confirmación. ¡Cuánta felicidad, qué derroche de gracias en un solo día!

A la tarde, después de un breve descanso, me percaté de los bellos adornos que las manos cariñosas de las Hermanas habían colocado en mi cuarto. ¡Una ola de dicha me inundó! ¡Había encontrado por fin la casa paterna! ¡Lo viejo había pasado, todo era nuevo!

Con motivo de mi confirmación, mi madrina me regaló un cuadro del Buen Pastor, con inscripción de su puño y letra, que decía: "Con amor eterno te he amado y te he atraído a mí. No me has elegido tú a mí, sino yo a ti. Te he seguido y sobre mis hombros te he vuelto al redil. Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida."

Cada vez que leo estos textos, comprendo mejor cuánta verdad encierran. Tiempo hubo cuando creía que yo era quien buscaba la verdad; ahora sé que Dios me había estado buscando en vano durante mucho tiempo y que yo huía de Él, para echarme en brazos del mundo, de la ciencia, de los hombres. ¿Por qué es tan difícil encontrar la vuelta a la casa paterna? En primer término, porque los protestantes no tienen casa paterna. Se dividen en mil sectas, y en el seno de la misma secta que llamamos iglesia nacional de Noruega, hay varias tendencias opuestas entre sí. ¿En medio de tanta variedad y confusión, a cuál seguir? En una obra del librepensador Arne Garborg parece resonar el gemido del hijo pródigo, y se escucha como el clamor angustioso por un confesor. ¡Vana esperanza! "Pero, los protestantes sólo tienen teólogos", dirá al fin, herido de cruel desesperación. Los teólogos en vez de pan nos dan piedras. Lo que ellos llaman el tercer artículo de fe no es más que un palabrerío huero; el protestantismo no reconoce una comunión de los santos, no admite una Iglesia universal. Nunca he podido descubrir en el protestantismo la tradición que remonte su origen a los Apóstoles. No existe autoridad alguna. Proclaman la superfluidad de las buenas obras, pero eso no pasa de ser un dogma de los teólogos, en el que ni ellos ni nadie cree. Pero sirve como enérgico narcótico. Entre las cosas más odiadas y calumniadas por los protestantes está la devoción a la Sma. Virgen. Pero, en realidad, ¡cuántos suspiros ahogados en el

fondo del alma por aquella Virgen sin mancilla, por la mujer ideal!

El protestantismo, cuando una persona ha caído en la indiferencia, lo que hace es apagar la antorcha humeante, quebrar la caña cascada. Y estos pobres, no encontrando ya esperanzas en la fe, buscarán el substituto de la religión en la ciencia. Pasará corto tiempo y la persona inteligente verá que toda ciencia es limitada. Se habrá adherido a un sistema, y verá que los sistemas se mudan y evolucionan. Llegan momentos de apremio y el soplo de cualquier viento puede imprimir una nueva dirección, puede originar un nuevo sistema. ¿Y habrá quien se forje la ilusión de ser libre? Esta libertad carece en el mundo de toda esperanza y conduce a los límites de la autodestrucción y al aniquilamiento de la propia personalidad.

Durante mucho tiempo puede errar la oveja a lo largo de estos límites abismales, hasta que el Buen Pastor la recoge y la vuelve al redil.

27. EN EL REINO DE LA LIBERTAD

SIGRID UNDSET

Si todos los convertidos describiesen su camino a Roma, probablemente nos veríamos ante el hecho que no hay dos que hayan ido por las mismas huellas. Nosotros que hemos encontrado justificadas las demandas de Roma al proclamarse "columna y fundamento de la verdad", no extrañaremos que sean tantos los caminos cuantos son los individuos.

Si hay hombres que con ahinco se aferran a la ilusoria esperanza de la imposibilidad humana de encontrar la verdad absoluta, es porque imaginan que la vida perdería todos sus encantos y que nuestra libertad sería puesta en cadenas si existiera realmente una verdad, una verdad singular en la cual deberían estar comprendidas todas las demás. Si en esta verdad única y singular no pudieran estar comprendidas todas las demás, quedaría patente su falsedad. La mayoría alguna vez habrá encontrado intolerable que dos más dos siempre y en todos los casos fuese cuatro. Y sin embargo, es justamente en esta verdad que nos hastía, donde por necesidad se basa el desarrollo y despliegue de gran parte de nuestros talentos y empresas individuales. Si hay quien, en el afán de conservar su

libertad, sostiene la convicción personal que dos más dos son cinco, o nada, o siete, tendrá que atenerse a las consecuencias resultantes. Una de ellas será las represalias de parte de los que sentirán lastimados sus intereses al tratar con él, a causa de una tabla de multiplicación tan original y subjetiva.

Todos habremos experimentado alguna vez, siquiera incidentalmente, el deseo de hallarnos en un país encantado donde dos más dos fuese tanto cuanto se nos antojase. Sin duda, la libertad de un país de ensueños es más bien una ilusión, porque el número de las combinaciones y de los tipos imaginarios es limitado. El mundo de los ensueños está mucho más sujeto a leyes de lo que en general se cree. Lo que nos es desconocido no nos arredra, y por eso nos imaginamos que transportados a un mundo cuyo sistema y cuyas normas dependiesen exclusivamente de nuestro arbitrio, gozaríamos de una libertad honrosa. Pero nuestra realidad no es ésta; vivimos en un mundo donde la naturaleza y las cualidades de las cosas están determinadas por leyes fijas.

Existe un solo camino para que la humanidad, la humanidad tal como la conocemos, sea libre. El hombre debe abrirse paso a través de una densa red de causas y efectos y sus propósitos a menudo se anegan en embarazosas complicaciones que lo retienen y aprisionan. En esta vida podemos alcanzar una sola libertad, la libertad a la que se refiere Nuestro Señor Jesucristo cuando dice: "La Verdad os hará libres." Pero aunque el hombre haya co-

nocido la verdad y por ella se sienta libre, no podrá conservar esta libertad sino a precio de una lucha sin tregua contra los poderes de cuyas garras ha escapado; en otras palabras, durante toda su vida tendrá que luchar firme y decididamente contra la tentación de nostalgia de aquel romántico país de los ensueños donde dos más dos sería lo que él quisiese y donde podría hacer que fuera cualquier cosa.

Es casi incomprensible la ingenuidad con que proceden los hombres modernos al declararse libres de la autoridad de la Iglesia. Comprobamos esto en los continuos esfuerzos que realizan para escapar hasta de la sombra de una autoridad. Por lo demás, no son propios y peculiares del hombre de nuestros días estos anhelos por eludir toda subordinación y esta lucha contra una Iglesia que siempre ha exigido categóricamente el reconocimiento de su autoridad. Esta misma tendencia encendía los ánimos de los judíos de Jerusalén en los días precedentes a la pascua, en el año de la Pasión de Nuestro Redentor.

Sin embargo, quizás sean pocos los convertidos capaces de explicar su conversión y declarar cómo fué vencida aquella su resistencia y oposición, hijas del miedo y de la desconfianza en Aquél que se llama a sí mismo Camino, Verdad y Vida. La conversión es simplemente obra de un poder místico y sobrenatural, que en lenguaje teológico llamamos "gracia". Embarcados en esta empresa, sólo comprobábamos nuestras experiencias diarias, hasta

que un día nos vimos sorprendidos por el hecho de la injusticia de nuestra resistencia. Siente el hombre una desconfianza innata hacia una autoridad puramente humana; sin embargo nuestra naturaleza manifiesta también un deseo indestructible de una autoridad. Necesitamos un maestro que nos enseñe, necesitamos un jefe que nos mande y refrene, necesitamos de alguien superior a nosotros de quien podamos depender y a quien podamos admirar y a quien podamos amar, sí, a quien podamos amar. Cierto es que en mi juventud, y no era necesario ser una lumbrera para darse cuenta de este hecho, las ansias del mundo por una autoridad aun no habían asumido las formas patológicas actuales. Esta exigencia que brota de lo más íntimo del ser, explica que en realidad hemos sido creados para acatar una autoridad, aquella autoridad que ejerce el único derecho legítimo sobre nosotros, el derecho de Creador, el derecho de "Auctor vitae".

"Reflexionen ustedes mismos", era el estribillo que siempre se nos repetía en nuestra escuela. Pero cuando conforme a esta invitación llegaba a conclusiones distintas de las esperadas por los maestros, de inmediato notaba en ellos desagrado y sorpresa. En mi discrepancia no veían sino un conato de oposición, un acto de malicia, o en último caso, la influencia que ejercían en mí personas que eran necias, ignorantes y malintencionadas, puesto que no pensaban y creían lo que mis maestros. La directora de la escuela era una de las defensoras más acérrimas del feminismo en nuestro país, y

desde el fin del siglo pasado el espíritu de la escuela era marcadamente "izquierdista". Su lema era: "Libertad, progreso, instrucción"; sus santos de devoción: Wergeland y Björnson. Sentía y siento una profunda simpatía hacia aquéllos que encontraron en esta tendencia la vena de su idealismo, soñando con ser útiles a su patria, a su sexo, a cierta clase o a la humanidad entera. Desde muy joven, empero, había descubierto que los que se llaman radicales o liberales, o los que viven en la intersección de dos épocas, son muchas veces muy extremistas e intolerantes. La intolerancia no está en que alguien crea que está en lo cierto y que otros viven en el error, sino en la mengua de la inteligencia y de la imaginación que incapacita al intolerante para notar que los que no están de acuerdo con él bien pueden ocupar esta posición contraria con la mayor buena fe y con las más puras intenciones.

Indudablemente en las esferas conservadoras de aquella época el ambiente estaba impregnado de intolerancia. En mi juventud, decir conservador era lo mismo que hablarme de un extranjero. Y los que encontré en la vida, por ejemplo en mis años de oficina, me inspiraron muy pocos deseos de intimar con ellos. Los consideraba como almas extravagantes.

El primero que me pintó un cuadro más exacto de los puntos ideológicos de los conservadores fué, dicho sea de paso, el pastor que me confirmó, y confieso que me inspiró una gran aversión hacia ellos. Hasta llegué a creer que el deber principal

que Dios nos imponía, al menos a las niñas, eran virtudes esencialmente negativas, tendientes a la utilidad. Me sentí incomodada ante todo cuando explicó el sexto mandamiento. Hizo sus advertencias a las niñas de la escuela pública. Las previno contra las citas, contra los hombres que las pudiesen requerir en sus tardes libres, y contó la triste historia de una joven a la que había visitado en el hospital, donde yacía abatida y postrada a causa de "un solo beso". Quedé escandalizada y pensé: En realidad, no veo nada que sea tan pecaminoso en esta joven. Al contrario, la culpa fué del hombre. No ignoraba que señoras de nuestra esfera a menudo se hacían culpables de cosas mucho peores que el mal paso dado por esta pobre sirvienta. Pensé en el relajamiento de los vínculos matrimoniales, en las conquistas de hombres considerados como buen partido, sin consideración a si eran honrados o carentes de toda conciencia. Mal podía guiarnos un pastor para quien la virginidad no era más que un fruto negociable en el mercado matrimonial y no una virtud positiva y una fuente de energías. Que una mujer nunca se casara era considerado como una desgracia y una ridiculez. Había leído yo los escritos de Lutero sobre la virginidad y esta lectura me volvió enemiga del heresiarca. ¡Fueron éstas las enseñanzas que recibí en la escuela de Ragua Nielsen!

Pero no me cabía duda que el pastor hablaba de entera buena fe y que sería capaz de sufrir y sacrificarse por la idea errada que se había forjado

de Dios. Por otra parte no pensaba yo dar a su interpretación del cristianismo más importancia que a tantas otras que había oído. Por la instrucción religiosa que se nos impartió antes de la confirmación comprendí que ya no creía en la religión a la que durante mis años de escuela me había sentido inclinada. Tuve la desdicha de comprobar que en el protestantismo casi todas las personas de inclinación y fondo religiosos tenían a la vez sus convicciones personales y sus concepciones autóctonas del cristianismo.

El Dios que nos forjó nuestro maestro de religión era sin duda más aceptable que el dios Urano. Era un Dios humano, genuinamente humano, pero que no superaba la humanidad más perfecta que me era dado imaginar. Era sabio, pero sin sobrepasar los límites de la inteligencia humana. Como tantos jóvenes criados en un ambiente de liberalismo, opinaba yo que la fe es cuestión individual y acaso cuestión de gusto. También tenía mis propias creencias, aunque, dicho sea en honor de la verdad, no veía el por qué de la existencia de un Dios, ya que su razón de ser se reduciría a aprobar mis ideas de bien y mal, de honor y deshonra, y a ratificar mis ideales y mis negaciones. Pero estas cosas, concluí yo, nacían de mi naturaleza y de mi educación y bien las podría defender sin basar mi ideario en un Dios que en todo caso estaría concorde conmigo.

Un Dios que fuera el extremo opuesto (den Absolut andere) y al mismo tiempo uno, que po-

dría comunicarse conmigo, cuyos caminos no eran los míos, cuya voluntad absoluta y distinta podía ser diferenciada de la mía, pero que podría igualmente guiarme por sus caminos y poner mi voluntad en armónica concordancia con la suya, un ser tal no lo osaba crear aún en mi imaginación.

Aquéllos que hablaban en nombre del cristianismo empleaban el nombre divino para justificar sus propias concepciones e ideales. Muchos de ellos habían desechado el cristianismo como un estropajo inútil, aunque en sus idearios puramente sentimentales no podían deshacerse de una concepción coloreada de cristianismo. Habían renunciado a la fe en Jesucristo Dios y hombre, pero seguían adorando en Jesús, el hijo del Carpintero, el hombre ideal, el prototipo humano. No podían creer en dogmas, verdades reveladas desde "el más allá" y formuladas en lenguaje humano, pero sí creían en intuiciones religiosas y en genios religiosos de la humanidad.

No tenía yo ninguna inclinación al culto de un hombre, ni podía creer en intuiciones de otras personas, y en ningún caso en las de uno que decía de sí mismo: "Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón", y que sin embargo frente a sus adversarios usaba un lenguaje arrogante y altanero. Pero el que así obraba era más que un mero genio humano... Partí, pues, del punto (que consideraba bien probado, sin examinar su evidencia) que el Jesús histórico era un genio religioso que con su intuición había hecho progresar mucho a la

humanidad en su idea de Dios, fomentando su evolución y desarrollo. Para todos nosotros "desarrollo" era sinónimo de "progreso", supuesto que a este concepto le damos algún significado verdadero. No veía qué interés podía ofrecerme que un joven judío, diecinueve siglos hacía hubiese ido por todas partes prometiendo el perdón de los pecados y que hasta hubiese dicho de sí mismo: "¿Quién me convencerá de pecado?" Supuesta la verdad de esta santidad, no podría haber conocido por experiencia lo que se siente cuando se ha hecho algo contra otro y cuando por lo más grande del mundo se quisiera que no hubiese sucedido; no podría saber la agonía que significa la conciencia de haber frustrado tan lamentablemente las mejores intenciones personales de modo que cuesta perdonárselo uno a sí mismo. Sabía yo lo que era el remordimiento a causa de la crueldad hacia otros, a causa de la cobardía secreta y de la indolencia en cosas donde toda indolencia es imperdonable. Puedo afirmar que una vida conducida en conformidad con mi religión humanística privada no me habría satisfecho, a no ser, lo que hubiera sido mucho más vil, que me hubiese rebajado a compararme con otros que en apariencia vivían de acuerdo con normas más llevaderas. Sabía que mis noticias de su vida privada eran muy precarias para juzgarlos con conocimiento de causa, y en cuanto puedo asegurar, tampoco habían rendido ellos homenaje alguno a mis propias ideas éticas.

"Si non est Deus, non est bonus." Ignoraba en este tiempo que otros habían dicho esto mismo mucho antes. Pero mis nociones de historia me decían que el Cristianismo había predicado un Jesús que podía perdonar todos los pecados de la humanidad porque era Dios y Creador, y todos los pecados cometidos contra nosotros mismos o contra el prójimo son ante todo y en primer término pecados contra Él. Él puede perdonar los pecados porque se le ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra, aun la de transformar en bien nuestras transgresiones contra otros. Éste era el Cristo que San Olao predicaba a los que viniendo a él, se disponían a creer en la propia personalidad cautivadora del rey. "Si tenéis fe en mí, creeréis lo que os enseño, creeréis que Jesucristo ha creado los cielos, la tierra y a todos los hombres", así les decía el santo. Sin embargo, fué Renán, con su "Vida de Jesús", y otros atentados semejantes de reducir a Cristo a sólo una figura histórica, lo que me hizo comprender lo absurdo de que un hombre que siquiera remotamente concordase con aquellas ficciones fantásticas hubiese podido inspirar a sus amigos que le sobrevivieron una actitud tan leal y sincera en vida y muerte, cual nos la narran los "Hechos de los Apóstoles".

Pero estaba yo todavía muy lejos de creer que Jesucristo era realmente Dios venido a este mundo y que la Iglesia era el organismo en que Él seguía viviendo para continuar la obra de redención consumada en la cruz, dando así "comienzo a una

nueva generación". Pero lo que con anterioridad ya había vislumbrado y lo que ahora veía claramente era el hecho que los sistemas religiosos modernos, cimentados en el ateísmo o en un humanismo positivo, hijo del deísmo, de ninguna manera tenían fundamento científico más sólido que las religiones antiguas. Al contrario, más bien se basaban en meras hipótesis y hasta en caprichos y antojos. En realidad muchas de las acusaciones a las que sin examen ni reflexión había dado entrada por un oído, sin darles desgraciadamente la salida por el otro, no eran sino vaciedades insulsas o especulaciones atadas a circunstancias de lugar o tiempo. Por ejemplo, no sé decir cuántas veces había oído que Dios no era más que un anhelo del corazón humano y que la creencia en una vida ulterior a la terrena, hablando de cuestiones particulares, nacía del vivo deseo de una vida más larga de la que la naturaleza nos tiene designada a cada uno. Comprendo ahora que la primera de las acusaciones mencionada era como una espada de doble filo. No creo que la mayoría de los librepensadores de mi trato desearan realmente un Dios dispuesto a oír sus propuestas mientras le agradase. ¡Bien al contrario, muchos de ellos sufrían de teofobia! En mi propio caso ocurría así con frecuencia. Por eso no ignoraba que creían en una vida de ultratumba, pero rara vez pensaban que ésta pudiese ser una existencia de felicidad; para ellos sólo había un infierno u otro mundo. Era esto una realidad inamovible para ellos. Yo misma no podía imagi-

nar otra vida que la de un suplicio sin fin. Analizando las cosas de este mundo, todas ellas tienen su encanto, por la constancia que tenemos de su breve duración. El milagro de las estaciones del año nos hace estremecer, porque sabemos que tarde o temprano vendrá una primavera que no nos alegrará con sus flores, que vendrá un invierno en que la nieve irá a caer sobre un montículo de tierra bajo el cual descansamos. Y si amamos tanto a nuestros allegados, ¿no es a causa de la certeza que un día la muerte nos los quitará, si es que la vida no nos ha separado ya? ¡Era lo de siempre! Había rechazado las creencias y la incredulidad de otros porque estaban ridículamente impregnadas de su propia idiosincrasia, pero ahora notaba que mis puntos de vista personales pecaban de las mismas debilidades. Verdad era que podría seguir creyendo en "mi propio poder y fuerza", segura de que con eso variaría poco el estado de cosas. Ya otros habían intentado recorrer el camino de la vida armados de una fe igualmente limitada, pero lo hacían porque para ellos esto no era sino como una espada que les serviría para abrirse camino a través de una vida pasajera. Al final de cuentas no habían abordado el asunto con sentimentalismos, ni se habían desatado en torrentes de elocuencia sobre alguna secta que se disputase su preferencia.

En cuanto a mí, no podía vencer la sensación que me hacía ver un traidor en aquél que así procedía; pero era incapaz de precisar en qué consis-



Sigrid Undset.

tía propiamente la traición y a quién se traicionaba. Yo creía en una comunidad de hombres, aunque no podría afirmar que creyera en la perfectibilidad del hombre. Simplemente creía en la inteligencia y necedad del hombre, en su perversidad y bondad, en su valor y su flaqueza y en la naturaleza mudable del individuo. Más bien tendía a la desconfianza que a la confianza para con la mayoría de las personas de mi trato. Había oído decir siendo niña, a una joven del Ejército de Salvación, que Dios ama a los pecadores, según aquello: "Cuanto más grande es el pecador, mayor es el amor de Dios hacia él." En lenguaje de hombres, si esto era cierto, Dios debía amar más a aquellos hombres perfectos que constantemente están en peligro de pecar y que están expuestos a caer más profundamente que personas de mala vida o malhechores vulgares.

Hacía mis reflexiones y me decía que todos los poderes y cualidades que transforman a un individuo en maestro, prohombre y conductor del mundo necesariamente deben hacer de él un opresor y tirano consciente o inconsciente de sus prosélitos, a no ser que se sienta atado por una responsabilidad personal ante alguien que está por encima de todos los hombres y que, por decirlo así, soporta a la humanidad en sus manos. Esto fué lo que me enseñó el cristianismo y de una manera tan clara que jamás encontré una explicación de los enigmas de la vida que reuniese en sí tanta consistencia y probabilidad. La confraternidad humana estriba en

la participación de todos en un estado inferior a consecuencia de la caída del hombre. Sostenía yo que una pérdida común del poder en el cual nos fundamos para aquilatar nuestras virtudes y conocimientos nos imposibilitaba para guiar a los demás por el recto sendero. Sólo una intervención sobrenatural nos podría poner a salvo de nosotros mismos. La Iglesia cristiana enseña que esta intervención la constituyó Cristo mismo. Dios, permitiendo que Cristo naciese de una mujer, se había unido a nuestra naturaleza, y muriendo voluntariamente en la cruz para redimirnos del pecado, nos había allanado el camino hacia una vida eterna. No, nuestro destino no era aquel infierno que con miedo espontáneo preveímos sino una vida en Dios y con Dios, la bienaventuranza eterna que en nuestro estado actual ni nos es dado imaginar siquiera. Pero aun en esta vida terrena podemos experimentar una unión tan íntima con Dios que ya la felicidad de esta vida resulta como una anticipación de una eternidad dichosa, puesto que sin cesar podemos renovar las energías de nuestra vida en aquel poder que es la causa de toda vida, en Dios mismo.

Había llegado por fin a comprender que mi fe en Dios estaba en su punto muerto. Pero aun no creía en mi propia incredulidad. Son evidentes los signos que nos obligan a aceptar el cristianismo contra nuestra propia voluntad, al modo como se acepta por ejemplo una demostración de botánica (aunque en este campo las "pruebas científicas"

no abundan tanto como creían los maestros de escuela). De otro modo, ¿cómo podría decir Cristo: "Aquél que creyere y se bautizare será salvo, pero el que no creyere será condenado."? Esto ciertamente no impide al hombre el libre uso de su inteligencia, pero en última instancia es la voluntad la que elige. A ella corresponde decidir si se aislará en el infierno de su propio egoísmo, o si se entregará por entero a Dios, librándose de los lazos del amor propio para volar hacia los ámbitos de perspectivas eternas.

No me quedaba más recurso que presentarme a un sacerdote y pedirle que me instruyera en todas las verdades de la Iglesia Católica. No dudaba ya que ésta era la Iglesia que Cristo fundó. Para mí la autoridad de la Iglesia se identificaba con la de Cristo. La historia de la Reforma nunca la había concebido sino como la historia de la rebelión contra el Cristianismo, aunque se tratara de una rebelión de cristianos creyentes y a menudo personalmente muy piadosos y que esperaban que el verdadero cristianismo fuera algo que estuviera más en armonía con sus ideales cristianos subjetivos que lo que aparecía a sus ojos, y aunque este fenómeno fuera natural en un mundo donde el bien es oprimido por manos profanas.

Las objeciones comunes contra el catolicismo, tan familiares a mis oídos en tiempos pasados, perdieron su eficacia. Sin embargo, me había forjado una vaga idea que aquellas críticas debían tener un fondo de verdad, puesto que ejercían tan prepon-

derante influjo en las historias. Fuera de esto, hay en especial dos hechos que inducen a prestarles fe. El primero es la aversión a la renuncia de nuestras ficciones predilectas, y tememos su supresión de parte de una Iglesia docente. El segundo es el escándalo de los malos católicos que nunca faltan. Este último es como la sombra de la luminosa doctrina de la comunión de los santos. Creo que para los hombres de hoy día debe ser más fácil entender la esencia de la doctrina de los méritos de los santos, que presupone un tesoro de riquezas del cual toda la Iglesia se beneficia, porque en nuestros tiempos no sólo católicos, sino también cristianos de toda clase y sectas sufren ante Dios y el prójimo por el pecado de cada uno de nosotros. No hay unión humana que sea tan íntima y absoluta como la que existe entre las células vivas del cuerpo místico de Cristo.

La veneración de los santos, arraigada en la Iglesia desde su fundación, realmente parece una necesidad de nuestra naturaleza. ¡Necesitamos del culto de los héroes! Pero hemos colocado en lugar de tales a los campeones del juego, a los jefes de bandidos, a los artistas y deportistas, a las estrellas de cine y a los dictadores. ¡Debemos colocar en el pedestal a seres en quienes podamos admirar una parte de nosotros mismos! En los santos se realiza el fin que tuvo Dios al crearnos, según lo expresan aquellas palabras del ofertorio: "Que digna y admirablemente dispusiste la naturaleza humana y aun más maravillosamente la reformaste." Sólo en los

santos podemos desahogar nuestro deseo de venerar héroes sin que al mismo tiempo demos culto a nuestra naturaleza, que no merece tal.

¡Y el culto de María! Siempre lo he considerado como cosa muy natural. Si creemos que Dios nos ha salvado haciéndose hombre, no podemos mirar a María, en cuyas entrañas formó su cuerpo, con la indiferencia con que miramos a cualquier ser humano. Con ojos del más profundo respeto, de la más rendida devoción y de la más viva simpatía hemos de admirar su carrera en este mundo y su gloria en el reino de los cielos. Porque si es verdad que el Hijo de María es a la vez verdadero Dios y verdadero hombre, entonces el Hijo es su hijo, y la Madre es su madre por toda la eternidad, aunque Él sea el Creador y ella su criatura. Ningún católico ignora que la palabra "adoración" tiene diferente sentido hablando de Dios nuestro Creador o de la mujer a quien Él creó hermosa, a semejanza de una flor que hiciera brotar en la tierra.

¿Restricción de conciencia o libertad de conciencia? Pero los mismos que pregonaban la libertad de conciencia eran, creo yo, los que podrían haberse beneficiado más si sus conciencias hubieran estado bajo la férula de una mano opresora. Tal sucedía, por ejemplo, cuando se tomaban libertades con respecto al buen nombre y reputación de sus vecinos, cosa que ni en mis días de más ciego paganismo mi conciencia jamás me habría permitido. No sabía si esto era debido a mi sola conciencia o al influjo que en ella tuvieron mis padres. Solían

decir ellos que una persona sabe tan poco de la otra que cuando se oye una historieta de éstas lo único que se puede concluir con seguridad es que probablemente no hay nada de verdad en ellas. Los que dan rienda suelta a la habladuría deberían dudar siempre un poco, pues la calumnia es sólo una expulsión de la inmundicia que muchas veces llevan en sí los apocados. Nunca me ha gustado afirmar que alguien obraba contra sus convicciones o contra su conciencia. Por lo tanto, ¿qué ha hecho un hombre al otro? ¿Y qué derecho tengo yo de inmiscuirme si otros han obrado contra su conciencia? Cuando tengo tan poca confianza en las conciencias ajenas en cuanto a la pureza de sus conversaciones, ¿me atrevería a creer que mi propia conciencia no necesita un gobierno exterior?

Porque creo que Jesucristo es Dios, mi Creador, por eso mismo creo también que ha constituído su Iglesia como el hombre la ha menester. Difícil sería expresar en palabras lo que Dios me ha dado por su Iglesia. Con sus propios labios nos ha dicho que nos daría su paz, pero su paz no es la que el mundo da. Su paz es otra. Tal vez se la pueda comparar a la paz que reina allá abajo, en las profundidades de los mares. No la pueden alterar ni la bonanza ni la tempestad que reina en su superficie, ni los combates que monstruos extraños libran en sus honduras para derrotarse mutuamente. Nuestra experiencia práctica nos dice que el reino de Dios dentro de nosotros está, aunque nos encontremos cercados de nuestro propio ser inquieto en

pugna ora con sus realidades ora con las ilusiones del mundo. Pero sentimos que Dios está en nosotros de una manera sobrenatural y que sin cesar rechaza dentro de nosotros los ataques que dirigimos contra su reino.

28. LA IGLESIA ES CRISTO

PASTOR HAAKON BERGWITZ

Dos incidentes de mi vida fueron la causa por que me hice católico y son ellos también el motivo por que persevero hoy todavía, a diez años de mi conversión, tan firme en mi fe como el día que ingresé en la Iglesia Católica.

El primer incidente se refiere directamente a mi persona. Mi familia toda y la mayoría de mis amigos y conocidos eran y son protestantes. Para casi todos ellos, al menos tal es mi impresión, mi conversión constituyó un verdadero enigma. Y más que mi cambio de credo les sorprendió aún mi opción por el sacerdocio católico. Aunque respetaban mi posición, les resultaba incomprensible que en los tiempos modernos a alguien se le ocurriera volver a una religión pasada de moda, que tal era el catolicismo a su juicio. Decían algunos: "¿Se habrá pasado a esta Iglesia con toda rectitud y sinceridad o estará más bien esclavizado por una autoridad celosa, viéndose así obligado a predicar y proclamar cosas que en uso de su libertad jamás saldrían de sus labios?" No ignoro que es ésta una opinión que ha sido propalada recientemente por alguien a quien estimo mucho. El siguiente relato tendrá por finalidad contestar a este y otros juicios falsos acerca de los convertidos.

La segunda circunstancia no se refiere directamente a mí, pero tiene cercana relación con mi labor sacerdotal. No hace mucho fué recibida en la Iglesia una persona que antes había sido luterana muy convencida. Uno de sus conocidos le echó en cara: "¿Cómo es posible que Ud. haga esta profesión de fe? Por ella se ata usted de manos y pies y jamás recuperará la libertad. Nosotros los luteranos tenemos la libertad verdadera, que nos permite creer lo que queramos..." Esta observación también clama por una contestación que aclare por qué hay luteranos que se convierten al catolicismo y voluntariamente se comprometen a guardar sus doctrinas mientras dure su vida y Dios los sostenga con su gracia. Para empezar recordaré algunos pasajes de la Sagrada Escritura. En el capítulo 18 del Evangelio según San Juan, que nos presenta a Cristo ante el tribunal de Pilato, leemos las siguientes palabras: "Yo para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad: todo aquél que pertenece a la verdad, escucha mi voz." Entonces Pilato, el sabio de este mundo, consciente de sí mismo, egoísta, escéptico, se vuelve hacia él y dice: "¿Qué es la verdad?" ¿Qué sabemos nosotros de la verdad? No creo en ti. Pero para Cristo la verdad tiene un gran significado: "Yo soy el camino, la verdad y la vida", rezan sus palabras en el capítulo 14 del mismo Evangelio de San Juan. Y en otra parte dice: "Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres." En mi niñez no estuve rodeado de un ambiente religioso. A pesar de que

entre mis ascendientes en línea materna hubo muchos eclesiásticos, no pocos de ellos muy distinguidos, nuestro hogar no sobresalía por su fervor religioso; al contrario, era frío, como la mayoría de los de aquel tiempo en aquella región.

Fuera de esto, el cristianismo que yo conocí, invariablemente tenía un marcado tinte subjetivo y una acentuada inclinación al sentimentalismo. Le caracterizaba una tendencia bonachona, semejante a la bondad de ciertas señoras piadosas. Me imaginaba que para ellas la religión era un especie de consuelo personal indispensable. De todos modos, me atraía poco el cristianismo, ni vi que gozara de las simpatías de mis compañeros. Siguiendo la costumbre, fuí confirmado. No podía ser una excepción... y... ¿por qué ocultarlo...?, la confirmación venía acompañada de numerosos regalos. Pero confieso que la instrucción preparatoria a dicho acto se me pasó enteramente desapercibida. No pretendo inculpar de nada al pastor que nos instruyó. Afirmo sólo que no puedo recordar ni lo que dijo ni lo que dejó de decir. Del pastor solamente guardo el recuerdo de su bondad y de sus habilidades de músico. Pero que Cristo debiera ser una realidad y una verdad en nuestra vida, en mi propia vida individual, ahora y todos los días de mi vida, ni por asomo llegó a ocurrírseme entonces. Todo cuanto se nos decía de aquella religión era bueno y lindo, pero se reducía, sin embargo a cuestión de sentimientos.

Lo que me puso en contacto con la Iglesia Católica no fué el interés religioso, sino uno de aquellos sucesos que vulgarmente se dicen casualidad, pero supe que en cristiano se llaman Providencia Divina. No consistió este hecho en alguna "propaganda católica". Aunque parezca raro, mi providencia la constituyeron el diario "Dagbladet" y el Dr. Kr. Schjelderup.

En el otoño de 1924, cuando el país ya volvía a rehacerse de la guerra y regresaban los "buenos tiempos" y el materialismo comenzaba una campaña más decidida que nunca, se publicó un artículo, el primero de una larga serie y que más tarde aparecerían reunidos en el libro titulado: "Quién era Cristo y qué hizo la Iglesia de Él". El autor era el doctor Schjelderup.

Estos artículos eran cautivadores. Siempre había sentido interés por las cuestiones históricas y por ese motivo los leí con gran atención. El fruto fué una viva curiosidad por Cristo; digo, por ambos Cristos, el de la religión y el de la historia, las dos personalidades que el doctor Schjelderup pretendía separar. Por mi parte encaré el cristianismo como un problema histórico.

No fué mi conformidad subjetiva lo que cautivó mi interés, ni mi conciencia del pecado, ni mi anhelo sentimental por un redentor. No tenía conciencia del pecado. Cristo era para mí simplemente una figura histórica, un coloso en los anales del mundo.

El Dr. Schjelderup presentaba a Cristo como un hombre; eso sí, de personalidad religiosa innegable

y de grandes alientos, pero hombre y solamente hombre, al fin y al cabo. Sólo después de su muerte la Iglesia lo había transformado en el Cristo puesto de moda en las creencias cristianas del mundo moderno, haciendo de Él el Hijo de Dios encarnado, verdadero Dios pero también verdadero hombre. Oigamos lo que dice el Dr. Schelderup, resumiendo su teoría:

"La doctrina de la Iglesia no es lo mismo que la religión de Cristo. El Cristo de la Iglesia no es el Cristo de la historia. Los dogmas de la Iglesia tienen muy poca conexión con Jesús y sus enseñanzas. Admitir que los dogmas se originaron en cierta época como expresión de experiencias religiosas individuales de algunos santos, aun es demasiado. Pero el sistema de la Iglesia al dar curso a la creencia en un Dios como Padre sumiso a ella, no sólo representa una desviación sino hasta una oposición directa a la religión de Cristo.

"La ortodoxia también exige que un sistema esté basado en revelaciones contenidas en la Sagrada Escritura. Nos consta ahora que este cristianismo es completamente erróneo. La investigación histórica de los dogmas viene a comprobar que éstos no son sino el resultado de ciertos conceptos establecidos por la ideología de una época. Como he dicho antes, aquellos conceptos fueron aprobados por una mayoría de votos en los concilios eclesiásticos, buscándose luego un subterfugio en la pretendida revelación contenida en las Escrituras.

"Supuesto el caso que los concilios de la Iglesia hubiesen estado compuestos de diversos elementos de los que conocemos, es indudable que algunos de los dogmas serían hoy diferentes. Pero aun en este supuesto la doctrina de la Iglesia hubiera sido igualmente ortodoxa e igualmente se le atribuiría la misma autoridad bíblica que se da a los dogmas que ocasionalmente tenemos." (Pág. 102.)

Fué la enérgica reclamación del cristianismo oficial lo que despertó mi interés. Había oído hablar de una divergencia radical entre las formas liberal y ortodoxa del cristianismo. En mis reflexiones había llegado a concluir, en cuanto podía juzgar de la materia, que los ortodoxos eran hombres extremadamente serios, enemigos de necedades. En nuestra iglesia noruega rige como norma absoluta la Biblia, y bajo ningún concepto se puede discutir de ella. Los liberales, en cambio, eran lo que su nombre decía, libres, acomodaticios, desenfrenados, que permitían a cada cual seguir el camino que se le antojara, tener privadamente la religión que quisiera. El Dr. Schjelderup llevó este liberalismo a los extremos. Otros liberales, menos extremistas, no llevaban las cosas tan adelante. Los ortodoxos se declararon en abierta oposición y el resultado fué que cuando el Dr. Schjelderup pretendió más tarde un cargo en la iglesia noruega, no le fué aceptada la demanda.

Pero el asunto traído al tapete por el doctor Schjelderup cautivó mi interés. Me había revelado una debilidad notoria y sustancial en el cristianismo

oficial de nuestro país, cosa que antes ignoraba. Y como dije arriba, la persona de Cristo llegó a ser la obsesión de mi mente.

No creía que el asunto fuera tan simple como lo pintaba el Dr. Schjelderup, pero no podía negar que sus argumentos tenían más poder de lógica y más fuerza histórica que los de sus contrincantes, especialmente que los de los ortodoxos, para quienes la fe en Cristo era un mero asunto de sentimiento, —una experiencia personal decían—, unido a la lectura de la Biblia. Pero aun admitiendo la superioridad de los argumentos del doctor Schjelderup, no me conformaba todavía con la idea que el Cristo conocido en la historia fuera un ser humano como todos. Jesús había tenido sobre los hombres un influjo del todo diferente y muy superior que el que jamás ha tenido algún personaje histórico. La historia inquiría acerca del tiempo del nacimiento de Jesús, pero en realidad sobre él y sus doctrinas descansa todo nuestro edificio moral. ¿Sería más que un simple mortal?

A estas reflexiones iban unidos otros pensamientos. Creía en Dios, en Uno que es la causa de todo y que guía todo el universo. Todo cuanto sentía en mí y cuanto veía en derredor mío, me evidenciaba esta verdad. Sí, yo también era el efecto causado por alguien, por otro. Me había sido dada la existencia. Pero mis meditaciones me decían que debía haber un ser que es su propia existencia, que es eterno, infinito, sin principio y sin fin, un ser como el Espíritu que habló a Moisés

desde la zarza ardiente, diciendo: "Yo soy el que soy."

Las reflexiones sobre el ser humano me son familiares. Siempre he tenido marcada inclinación a lo que llamamos la verdad objetiva. En mi vida he tratado a mucha gente y he escuchado muchas opiniones. "Yo creo esto, yo aquello", es el constante estribillo. Esta expresión usual manifiesta sólo un juicio subjetivo y personal sobre algún asunto en cuestión. Pero con estas palabras los hombres admiten indirectamente su propia limitación, porque decir "yo creo esto o aquello", considerado con criterio objetivo no es sino la revelación de la ausencia de la certeza. Un conocimiento tal no puede satisfacer sino a la mente subjetiva.

Una valoración subjetiva de las cosas no me satisfacía. Quería saber lo que era la verdad, la verdad objetiva en sí, y este deseo instintivo que experimentaba en mí mismo no era sino el reflejo de la necesidad de nuestra naturaleza humana común.

Los seres humanos estamos dotados de razón. Es esto lo que nos distingue de los animales. Éstos no piensan ni razonan y se rigen solamente por los instintos naturales. Nosotros pensamos.

¿Qué significa "pensar"? La contestación es sencilla: pensar es buscar la verdad. Toda idea que atraviesa nuestra mente la analizamos. Queremos saber de qué se trata y tener claridad acerca del pensamiento que momentáneamente ocupa nuestra

reflexión. Así sucede en todo. El hombre, a veces inconscientemente, a menudo con plena conciencia, busca siempre una verdad, y hasta la Verdad misma.

Cuando comparo esta búsqueda eterna de la verdad por la mente humana, con mis creencias en la existencia de Dios, surge una tercera cuestión: ¿Cuál es la verdad final que el hombre busca en el análisis? Hay una sola contestación posible: busca la verdad eterna, la verdad de Dios mismo y su significado en nuestra vida. Llegado a este extremo en mis pensamientos, se me aclaró el problema de Cristo. Él se llamaba a sí mismo el camino, la verdad y la vida. ¿Era entonces realmente el Hijo de Dios, el camino a la verdad, era la eterna verdad? ¿Era Él el único Dios que dió a la humanidad la verdad absoluta acerca de sí mismo y de la vida venidera?

Muchas cosas me resultaban aún inexplicables. En este tiempo tuve conocimiento más inmediato de la Iglesia Católica y en ella encontré el esclarecimiento de todos los problemas que en mi alma había suscitado el libro del Dr. Schjelderup.

Nunca olvidaré este período, porque fué un tiempo terrible para mí. Lo que estudié entonces no fué nada extraordinario. Era simplemente un repaso del catecismo católico, a lo que se unía una lectura atenta de la Biblia interpretada y explicada correcta y sabiamente, y un estudio prolijo de la apologética y de la historia de la Iglesia. ¡Entré en un mundo nuevo y desconocido! De a poco se

fué desarrollando ante mis ojos todo el acervo doctrinal del catolicismo y la visión exacta de los problemas de la Iglesia primitiva. Las contestaciones que recibía de la Iglesia Católica me satisfacían plenamente. Empecé a ver con claridad una perfecta ilación, una lógica impecable y una real unión entre Cristo y la Iglesia. Entendí que Cristo era el Hijo de Dios y que tenía el derecho incontrastable de gobernarme y poseerme.

Vi también que el Dr. Schjelderup tenía razón en la crítica que hacía del cristianismo ortodoxo de nuestro país. La ortodoxia noruega, en efecto, no tenía cimientos lógicos e históricos muy sólidos. Decía bien el doctor Schjelderup al afirmar que el principio: "La Biblia solamente", era insostenible como guía de la doctrina cristiana. También estaba en lo cierto al decir que muchas cosas que la ortodoxía sostenía como verdades reveladas no eran sino el efecto de la mayoría de los sufragios obtenidos en los concilios de la Iglesia, —y hablaba de los concilios de la Iglesia Católica, que tuvieron lugar mucho antes de que naciera el protestantismo. Además, la misma Biblia, ¿de quién posee su autoridad? ¿De dónde sino de la misma mayoría de votos en los concilios? A fines del siglo cuarto un concilio reunió y ordenó Escrituras, Evangelios y Epístolas y decidió que el conjunto fuera reconocido, como la fuente de la doctrina cristiana. Muchas otras escrituras fueron rechazadas; solamente fueron aprobadas las que hoy conocemos como la Biblia (el nuevo Testamento). Éstas fueron reunidas en un libro y

el concilio de la Iglesia definió: He aquí la palabra de Dios.

A mí esto me llamó mucho la atención. Todos los cristianos creen que la Biblia es la palabra de Dios escrita, pero nadie, ni los liberales ni los ortodoxos desean saber nada de estos concilios que tuvieron tanta influencia en el cristianismo en el curso de los siglos, que hasta fueron ellos quienes le dieron la Biblia. El doctor Schjelderup fué bastante explícito. Él no creía ni en la Iglesia ni en sus concilios, pero por eso mismo, imparcial y honestamente también rehusaba creer en el cristianismo. Para él Jesús era un hombre honrado y notable, de quien tenía una opinión respetuosa. Era ésta la síntesis de su fe. Su punto de vista era explicable, pero lo que me resultaba incomprensible era la actitud de los demás.

Pero tampoco la posición del doctor Schjelderup satisfacía del todo. Atendido su criterio, la trascendental influencia de Cristo en la historia del mundo, no tenía explicación adecuada. Cristo había desempeñado un papel de importancia primordial en el conocimiento humano y había marcado nuevos rumbos. Además, creo que antes del Dr. Schjelderup también ha habido hombres inteligentes y perspicaces. La verdadera explicación del asunto la encontré en la instrucción que me impartió un sacerdote católico. Supe que los concilios tenían una grandísima importancia en la formación concreta y en la obra práctica del cristianismo. La Iglesia tenía la misión especial de hablar a la humanidad en nombre de

Cristo después que Éste abandonó la tierra. Pero no fueron verdades nuevas las que nos dieron la Iglesia y los concilios. Al contrario, no hicieron sino profundizar en las enseñanzas originales de Jesús y arrojar más luz y claridad sobre ellas. La Iglesia era entonces, como lo es hoy, la fiel intérprete de su fundador y no hizo sino continuar la obra de los Apóstoles. Cristo había dicho a sus apóstoles: "Todo poder se me ha dado en el cielo y en la tierra. Id, pues, e instruid a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolas a observar todas las cosas que os he mandado. Y estad ciertos que yo estaré continuamente con vosotros hasta la consumación de los siglos." Los Apóstoles y, puesto que ellos no podían vivir para siempre, sus sucesores, recibieron la orden de instruir a todas las gentes acerca de la verdad eterna que Cristo les había enseñado. Así Cristo fundó la Iglesia y ésta tenía que ser una sociedad compuesta de creyentes en la cual muchos debían escuchar la palabra predicada, pero en la que pocos eran elegidos para instruir a los demás. Cristo prometió a estos maestros la inspiración del Espíritu Santo y su propia asistencia hasta el fin del mundo.

Cristo había fundado una Iglesia, de esto no me cabía duda. Ella sería la voz que hablaría en su nombre y que transmitiría sus enseñanzas a toda la humanidad en el correr de los siglos. No había dicho a sus Apóstoles: Sentaos y escribid los Evangelios y las Epístolas, no, sino: Id y enseñad, ins-

truid, enseñad a todas las naciones lo que yo os he enseñado a vosotros.

Tuve que admitir que en esto la Iglesia Católica tenía razón. Como el Dr. Schjelderup, también ella tenía a su favor la lógica y la historia. Si Cristo había fundado su Iglesia, había una sola Iglesia Católica o universal. La historia declaraba que sólo la Iglesia Católica podía probar su origen, que sólo ella podía eslabonar la actualidad con los días de Cristo y de los Apóstoles. La iglesia nacional luterana del norte y las otras confesiones fueron fundadas mucho más tarde, y no eran obra de Cristo sino de manos humanas.

Aun me hallaba frente al problema más grande. Mientras el Dr. Schjelderup era liberal, la Iglesia, la Iglesia Católica, era ortodoxa, archiortodoxa. Como un dejo escéptico me dijo un día el doctor, mucho antes de que pensara en convertirme: "Después de todo, el catolicismo es muy consistente; cuenta con todos los dogmas de la antigüedad."

Acepté como probado por la historia que la Iglesia era fundación de Cristo. Pero la cuestión esencial estaba aún por resolverse: ¿Era Cristo verdadero Dios? ¿Era nada más que hombre? Si era Dios, nada más comprensible que su Iglesia fuera infalible y veraz. Pero, si era solamente hombre, ninguna obligación podía atarme al cristianismo y podría idear una religión propia a mi gusto y criterio personales. Con todas las veras de mi corazón deseaba llegar a la verdad objetiva también en este punto. Sabía y comprendía que la fe en un Cristo-

Dios no podía ser simplemente una cuestión de sentimiento. No es una "experiencia interna", no son tampoco las exigencias morales de la Biblia lo que nos dice que Cristo es el Hijo de Dios. No basta que nos sintamos vehementemente atraídos por el Jesús descrito en la Biblia, no es suficiente que nos sintamos unidos místicamente a Cristo, para reconocer en Él al Único, al Supremo, al Hijo Unigénito de Dios. Los mahometanos, budistas, brahmanes y otros también pueden tener experiencias similares en las cuales Dios desempeñe el mismo papel y sus libros sagrados también pueden ser muy hermosos. La fe en Cristo como Hijo de Dios no puede basarse en el sentimiento, sino que debe fundarse en un hecho histórico objetivo.

Emplearía mucho tiempo y espacio en presentar los argumentos históricos que encontré. La Biblia, los Evangelios son indudablemente los escritos más auténticos; pero encontré también una infinidad de documentos profanos en completo acuerdo con la Sagrada Escritura y que probaban a satisfacción que Cristo era, que debía ser lo que Él mismo de sí decía: Hijo de Dios. Fuera de duda está que la resurrección de Cristo no puede ser una falsificación histórica. Creo también absolutamente en la efectividad de sus milagros, tales como nos los presentan los Evangelios. Cristo se apareció a sus Apóstoles como prueba de la veracidad de sus palabras. Estoy seguro que los Apóstoles, hombres sencillos, rudos, llenos de flaquezas jamás habrían realizado las empresas que de ellos conocemos, si en

sus pruebas y penalidades no los hubiera alentado la certeza de que Cristo era el Hijo de Dios. No creo que el innumerable ejército de los mártires de que nos habla la historia de los primeros siglos de nuestra era habrían ido a la muerte con tanta valentía por sólo sus convicciones, si no hubieran tenido la prueba más auténtica que Cristo era verdadero Dios y que había hablado palabras de verdad.

Mi fe era ya inexpugnable. El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Dios se había hecho hombre y nos había hablado por medio de su único Hijo.

El sacerdote católico había completado mi instrucción. Todo estaba aclarado. Cristo era el Hijo de Dios; había fundado una Iglesia y había identificado sus propias enseñanzas con las de ella. Esta Iglesia era la única, la Unida, la Universal, la Católica.

Se creerá que de inmediato me convertí en un católico entusiasta y fervoroso. No fué así el caso. Todavía no me hice católico, sino que postergué el paso. ¿Por qué? Pues, cuando hube terminado mis estudios y estuve convencido por la lógica y la historia, me vi ante las exigencias de la Iglesia, las que me resultaban poco halagüeñas. La Iglesia siempre ha tenido sus exigencias estrictas y absolutas. Absoluta honestidad, integérrima pureza, total abnegación, rendido amor son sus preceptos. ¡Esto era lo que pedía! Exigía también la confesión de mis pecados ante el tribunal de la persona delegada

y facultada por Cristo para absolver. Me exigía el cambio de hábitos, me obligaba a rezar, me imponía ciertos deberes religiosos, en fin, el Sermón de la Montaña debía convertirse en la norma que rigiese mi vida. ¡No había contado con eso!

Medio año demoré en mi vacilación. Traté de deshacerme de Dios. ¡Fué inútil! Me decía para mí que era mucho más simple y fácil el ser protestante. Pero tampoco eso daría resultado. Hablando de eso con un conocido católico, me dijo: "Desde algún punto de vista es mucho más fácil el ser protestante, porque un protestante sabe mucho menos de la verdad de lo que sabe usted ahora. Por esa razón tendrá él menos responsabilidad. Pero para usted ya pasó la posibilidad de ser protestante." ¡Tenía razón! ¡Mi deber era dar el paso! ¡Era el llamado divino, era la voluntad de Dios! Con plena convicción hice mi profesión de fe católica y fuí recibido en la Iglesia.

Esta es la contestación a las dos preguntas formuladas al comienzo de estas páginas. Ni por un momento he dudado que éste había sido el paso más acertado de mi vida y en todos mis años de católico y de sacerdote nunca he tenido que violentar la menor de mis convicciones religiosas. La verdad que he alcanzado ha sido y será siempre mi gran satisfacción, no lo dudo. En la Iglesia Católica puedo tener una hora de retiro todos los días, puedo meditar, celebrar y asistir a la santa Misa. Sé que el Espíritu Santo me habla a mí y dentro de mí. Pero le escucho con prudencia, por-

que sé que nunca me dice cosa contraria a lo que inspira a la Iglesia.

En la Iglesia Católica puedo confesar mis pecados, puedo dar expresión a todo lo que deseo y hablar libremente a todos los que quiero. Pero en el confesonario tengo sobre todo un venero de aguas de vida que renuevan mi alma y mis fuerzas. Allí el ministro de Dios oye mi confesión y absuelve mis pecados en nombre de Dios. Por fin, en la santa comunión, en el Santísimo Sacramento del Altar tengo la certeza que Cristo mismo está presente y que viene a mí, que se une conmigo de la manera más íntima y me da el poder y la fuerza que tanto necesito. Por esta razón soy católico y lo seré mientras viva.

SUECIA

29. EFECTO INESPERADO

NILS E. SANTESSON

Nacido y educado en un país casi totalmente protestante, como lo es Suecia, me resulta difícil determinar con exactitud cómo llegué a reconocer en la Iglesia Católica la única verdadera.

Y por experiencia sé que aun llegado a esta convicción resulta nada fácil el hacerse miembro de la Iglesia. Un poderoso obstáculo es, sin duda, la situación un tanto precaria del catolicismo en Suecia, si tenemos en cuenta las absolutas libertades de que goza la llamada iglesia nacional luterana.

Si bien en nuestro hogar reinaba un relativo bienestar material, las relaciones familiares eran, en cambio, muy infelices, llegándose hasta a la separación entre nuestros padres. En consecuencia mi madre cayó primeramente en una profunda melancolía, y luego en una sombría piedad, tan propia de nuestras sectas protestantes nacionales.

Nosotros, los niños, bajo la tutela de ayos, habíamos aprendido a leer y escribir en edad desusadamente temprana. Ya antes de los cinco años sabíamos lo que la mayoría de los niños aprende mucho más tarde.

Como nadie vigilaba mis lecturas, cayeron en mis manos libros impropios y peligrosos pa-

ra un alma tierna de niño y que superaban mi capacidad intelectual. Como otros niños, tuve también yo mi período de furor y entusiasmo por las novelas y cuentos de Federico Morryat, J. Fenimore Cooper, Julio Verne, Daniel Defoe, Alejandro Dumas y otros. Pero, por desgracia también llegué a leer como niño autores que ni a adultos convienen, tales como Eugenio Sue, Emilio Zola, Boccaccio y otros de esta grey, que decía Horacio. Tendría no más de 14 años cuando leí el Decamerón de Boccaccio. Y por paradógico que parezca, recibí de esta lectura un fuerte impulso al estudio de la religión católica.

Los cuentos lascivos de Boccacio pronto se me borraron de la memoria y adelantando en edad me llegó a asquear toda esa bibliografía pornográfica. La vida es muy breve y preciosa para malgastarla en tales frivolidades. Basta leer pocas páginas de un libro tal, para dejarlo a un lado, porque ya se adivina su contenido, al modo como unas pocas gotas alcanzan para saber si un barril contiene vinagre. Por lo demás era yo un muchacho como todos los de mi edad: vivaz, alegre y lleno de vigor.

Veamos cómo Boccaccio pudo influir en mí benéficamente, que es caso original. Se cuenta en el libro la vida de dos amigos parisienses. El uno era un piadoso hijo de Abrahán, el otro un buen cristiano. El cristiano estaba afligidísimo por la segura condenación que esperaba al amigo si llegaba a morir fuera de la verdadera fe. Instábale

por eso a que estudiara el cristianismo y se convirtiera. El judío opuso larga resistencia. Al fin se decidió. Iría a Roma para conocer el cristianismo en su propio centro. Esto fué motivo de nuevas preocupaciones para el amigo cristiano, que conocía la vida relajada que en aquella época del Renacimiento llevaba del Papa abajo todo el clero. Trató, pues, de disuadir al hebreo por todas las razones imaginables, y de convencerlo que lo mismo que en Roma podría instruirse en la religión también en París. El judío persistió inquebrantable en su decisión: o en Roma o en ninguna parte, y partió. El amigo quedó desconsolado, temiendo lo peor del caso. Pasó un tiempo y un día volvió el judío radiante de gozo y echándose en brazos del amigo le contaba que ya era cristiano convencido. Ante la estupefacción e incredulidad del otro, dijo el judío: "—Mira, al llegar a Roma y ver la vida desarreglada de tantos prelados y clérigos, me dije para mis adentros: Esta religión debe ser de Dios. que si fuera cosa de hombres rato haría que habría dejado de existir."

Esta conclusión inesperada, pero tan lógica, me produjo una impresión muy honda, y tanto más cuanto que este modo de pensar estaba en las antípodas de aquéllos que yo acostumbraba oír. Generación tras generación la juventud sueca es envenenada con historietas como las de Zarchris Topelius, donde se habla infaliblemente de jesuítas y monjes traidores, espías y asesinos. Y la triste realidad es que en Suecia la opinión reinante acerca del catolicismo

es la nacida de novelas o historietas como las de Zarchris Topelius, J. O. Aberg, H. Bjursten, etc. ¿Quién en Francia jamás basará sus juicios sobre la Iglesia en las ficciones de Eugenio Sue o de un Alejandro Dumas? Pero, en Suecia sí sucede tal disparate. Estos libros románticos presentan por ley general a Gustavo Adolfo, evidentemente un gran rey, como el adalid glorioso de la fe, que con sus ejércitos marchó a Alemania para defender la religión contra las intrigas y usurpaciones de los perversos católicos. Pero, para gran desconcierto mío, hojeando la historia, aquellas narraciones no resultaban confirmadas. ¿Cómo los príncipes alemanes, en vez de recibirle como a salvador, trataban de impedirle el paso? ¡Y eso lo hacían siendo ellos mismos protestantes, y lo hacía el mismo elector de Brandeburgo, cuñado de Gustavo Adolfo!

Leía yo muchísimo en aquel tiempo. No tenía ningún católico en mis relaciones. A los 16 años fuí confirmado en la actual iglesia parroquial protestante de Santa Clara, que en los tiempos de la Suecia católica había sido iglesia conventual de las monjas clarisas. Tuve hacia aquellos días una entrevista franca y sincera con mi maestro de religión. En el colegio secundario teníamos un pastor que, según me informé más tarde, se inclinaba abiertamente al catolicismo, y hasta educaba a su hija en un instituto católico del extranjero.

Por medio de mis abundantísimas lecturas y mis relaciones personales con miembros e inspiradores de diversas corrientes intelectuales, llegué a

conocer un sinnúmero de sistemas y tendencias filosóficas: el unitarismo, el teosofismo, el positivismo y otros muchos. Hasta me interioricé en la literatura budista, y ni el Corán se escapó a mi curiosa investigación. Mi biblioteca estaba llena de las obras de Pascal, Balfour, Dummond, Staeker, pero, también leía la "Imitación de Cristo" de Tomás de Kempis.

Paulatinamente iba madurando en mí el proyecto de hacerme católico. Decidido a obrar sin intermediarios, siguiendo así una tradición de familia, me dirigí directamente a la instancia superior, presentándome al entonces vicario apostólico Monseñor Alberto Bitter. Expúsele mis propósitos, sin que en mi casa sospechasen nada de todo esto. Era un Viernes Santo, pormenor que me recordaría muchas veces el Obispo. Me recibió con mucha amabilidad, declarándome, empero, ya de entrada, que según la ley vigente era yo demasiado joven para tomar una resolución tan importante sin el consentimiento de mi padre. A invitación del prelado volví muchas veces y hasta me sentaba a su mesa alguna vez. Me tuteaba y me llamaba por mi nombre de pila, costumbre cariñosa que conservó hasta su muerte. En cambio tenía yo el privilegio de llamarle "Farbror" (Padre-hermano), denominación que en Suecia se acostumbra dar en trato más íntimo, y esto me resultaba muy honroso, vista la dignidad del prelado. También le acompañaba a veces en sus paseos. Sin duda, su conversación y trato me resultaban muy instructivos, pero, nunca me permitía

tocar temas religiosos. Esto lo extrañaba mucho, cuando estas cuestiones eran cabalmente las que más me interesaban. Pero, un día se rompió el dique de mi paciencia. Hablaría a mi padre, le diría lo que me sucedía. Había cumplido 19 años.

Fué algo tremendo. Mi padre, cuya imagen se me presenta siempre unida al cariño inmenso que profesaba a sus hijos, no tenía preferencia religiosa definida. Como la mayoría de los suecos, era completamente indiferente en esta materia. Pero, jamás consentiría en que yo me hiciese católico, "que traiciones la religión de mis antepasados". ¡Jamás sucedería eso! Con estas palabras me envió a nuestro párroco, que atendía la antiquísima iglesia de San Nicolás, siglos atrás católica.

El pastor me sometió a un largo interrogatorio, y a medida que me hacía las preguntas iba escribiendo rápidamente. Esto, pensé, no es mucha cortesía, que digamos... pero, en fin, él era un gran señor y yo un muchacho cualquiera. Terminó la entrevista y con admiración vi que doblaba todas las hojas que acababa de llenar, las metía en un sobre y me las entregaba: "—Para su padre", me dijo. Con mi sentencia en las manos, abandoné aquella casa cual nuevo Urías. Nunca supe el contenido exacto de la carta. Por confesión posterior de mi padre, llegué a saber que le advertía que el cáncer católico estaba ya tan adelantado en mí que no había cura posible y que me arrojara de casa. Como yo no tenía conciencia de culpa o delito alguno, me negué a abandonar mi casa.

A este primer choque siguieron días muy amargos, y durante año y medio mi constancia fué puesta a dura prueba. Pasado este tiempo recibí por fin el permiso del obispo para comenzar mi instrucción, la cual me fué impartida por el Padre jesuíta Eduardo Wessel. Este mismo sacerdote me recibió luego en la Iglesia Católica, él escuchó mi primera confesión y más tarde sería mi sostén en horas bien difíciles.

El siguiente episodio es típico y pone de manifiesto la actitud sueca frente al catolicismo. Comunicando mi conversión a un antiguo maestro mío, con ser hombre muy respetable y amigo mío, sólo pudo concluir del hecho, que me había entregado a una vida licenciosa, para llegar a caer tan miserablemente en brazos de la Iglesia Católica.

Entretanto había llegado a ser mayor de edad, y había conseguido los medios para completar mis estudios en el extranjero. Como a tantos jóvenes suecos convertidos, también a mí trataron de llevarme a la carrera eclesiástica, pero la tentativa no halló cooperación de mi parte.

Parece que el curso de mi vida futura estaba ya trazado. ¿Es determinismo, o qué, que sucedan tantas cosas que se han querido evitar y que se haga lo que estaba tan lejos de la intención?

Pero, en todo caso, agradezco a Dios que entre tantos millares y millones me haya favorecido precisamente a mí con la gracia de la fe.

30. CRISTO ES DIOS

SIGRID SWANBOM

La iglesia nacional de Suecia celebra cada año en otoño la llamada Fiesta de la Reforma. En ese día desde todos los púlpitos se hace un solemne panegírico del protestantismo, que ha traído bienes incalculables a los fieles, que les ha roto las ataduras serviles y les ha dado la libertad del espíritu. El catolicismo casi infaliblemente es el fondo sombrío del cuadro, la sombra que debe hacer resaltar las luces del protestantismo. Esta fiesta todos los años despertaba en mí una sentida compasión por los católicos, y durante varias semanas rezaba mucho por ellos, a fin de que Dios los iluminase y les hiciese conocer la verdad.

Años después tuve ocasión de detenerme en un país católico. Satisfaría mi curiosidad de ver de cerca y de palpar la vida católica. En aquel tiempo el solo pensamiento de hacerme católica me hubiera parecido un absurdo. Me sentía firmísima en mis convicciones religiosas, que me parecían de un nivel muy superior. Mis investigaciones acerca del catolicismo eran hijas de la curiosidad y de una benévola condescendencia con aquella religión aun envuelta en las nieblas supersticiosas de la Edad Media.

El primer problema que quise inquirir fué la posición católica con respecto a la divinidad de Cristo. Esta cuestión fundamental hacía mucho tiempo era para mí una espina punzante en el alma. En tantísimos y muy brillantes sermones protestantes Jesús siempre era presentado como el hombre perfecto e ideal. Pero a la larga, el Evangelio de este hombre ideal conduce a una cobardía completa y a un anonadamiento desesperanzado. Si Jesús es sólo hombre, aunque perfecto, los demás hombres deberían poder llegar a idéntica perfección. Pero, los hechos demuestran que por sus propias fuerzas nadie jamás llegará a esta cumbre...; y de ahí nace la quiebra de los ideales.

¡Cuál no fué, pues, mi desconcierto y mi impresión, al verme ante la realidad católica! Para los católicos este problema no existe, por la sencilla razón de que reconocen incondicionalmente la divinidad de Cristo.

Siempre había simpatizado con el movimiento denominado "ecuménico", nacido en las filas protestantes, tendiente hacia la unión. Por experiencia sabía las desastrosas divisiones que se originan en el seno de las parroquias y aun de las familias de Suecia a causa de las actividades de tantas y tan diversas sectas. De ahí que tratase de resolver esta segunda cuestión: ¿Cómo era posible que la Iglesia Católica hubiere conservado su unidad? En la ciudad de Italia donde por el momento me encontraba no había el menor indicio de sectarismo o división. Una unidad tal en la fe no sabía cómo explicármela.

El deseo de darme alguna explicación satisfactoria me obligó a un estudio prolongado y serio que por de pronto tuvo el efecto de rebajar los quilates a mi pretendida superioridad protestante.

Con frecuencia iba a las iglesias católicas. En especial me atraía la santa Misa con su devoto silencio. Aquellos brillantes sermones, que a nadie convencen, ya me hastiaban. Con todo, amaba yo a la iglesia nacional de Suecia y aun sigo amándola, convencida como estoy de que ella hizo todo cuanto sus medios le permitían.

Un día, durante la misa, en el preciso momento de la consagración, el cielo se abrió sobre mí en una lluvia de gracia. Con claridad meridiana comprendía la verdad y llena de fe me dije: "Aquí está a quien he buscado."

Y las palabras de Pedro se posaron en mis labios: "Señor, bueno es estarse aquí." La divina Providencia envió también un sacerdote en mi ayuda. Por motivos de salud, este sacerdote no ejercía su ministerio y por lo tanto le sobraba tiempo para atenderme. Tenía una paciencia a toda prueba... y buena falta le haría. Con nuestras preguntas interminables, justificadas o no, los convertidos seríamos capaces de poner a prueba la paciencia de un Job. Muchas veces le hacía repetir dos y tres veces la misma explicación; y la doctrina de las indulgencias no exagero si digo que se la hice repetir lo menos diez veces. Sin ambajes le manifestaba a mi maestro todo cuanto me desagradaba en el catolicismo, como el rezo mecánico del rosario,

la preferencia de muchos católicos del pueblo por la Virgen y los santos por encima del mismo Cristo y la Eucaristía. Y en eso de los "méritos" había un verdadero regateo con Dios.

La cita de unas palabras del P. Lippert, tomadas de su libro "Von Wundern und Geheimnissen", aclaró la cuestión de los méritos. Decía: "¿En qué consiste el mérito? En que una mirada nuestra de amor hacia Dios consigue que Dios a su vez dirija una mirada de amor hacia nosotros." En muchos casos mi maestro hallaba justificadas mis acerbas críticas. Me hizo ver cómo los mismos sacerdotes lamentan más de un abuso introducido por la piedad popular y cuánto combaten estas singularidades y exageraciones.

Un empeño especialísimo ponía mi maestro en hacerme distinguir los dos campos: doctrina de la Iglesia e historia de la Iglesia. La doctrina de la Iglesia es de origen divino, por lo tanto, infalible. Pero, los miembros de la Iglesia, sin excluir sus conductores y cabezas, son pobres pecadores y por eso la historia eclesiástica está sembrada de imperfecciones y debilidades humanas.

Desde el día en que llegó a interesarme el catolicismo hasta el de mi conversión pasaron varios años. Como es de suponer, durante este período leí muchos libros católicos. Me dejaron huellas profundas en el alma el "San Francisco" de Juan Jörgensen y la "Imitación de Cristo" de Tomás de Kempis.

Me atrevo a esperar que un día será realidad el profundo anhelo de unidad que anima tanto a protestantes como a católicos. Nuestro divino Redentor mismo ha rezado por la unión en las horas postreras de su vida, en aquella cena memorable: "¡Que todos sean una cosa!" Nosotros, empero, que sentimos arder en nuestros pechos esos deseo de unión de credo, podemos acelerar su realización con nuestras plegarias, rezando unos por otros.

RUSIA

31. CRISIS DE LA IGLESIA ORTODOXA RUSA

PROFESOR Dr. IVÁN PUZYNA

Es una tarea nada fácil el describir la propia conversión a la Iglesia Católica. Porque, en primer lugar, siempre y en cada caso la conversión es obra de la gracia divina, y luego, es muy difícil decir en palabras humanas las cosas divinas. Fuera de esto, una conversión equivale siempre a la crisis que enfrentan dos tendencias opuestas en la evolución espiritual de un hombre. De ahí que casi me parezca absurdo tratar de describir en pocas páginas el desarrollo de mi conversión a través de sus distintos períodos. Pero, con gusto haré la tentativa, con tal de servir al prójimo.

Empezaré con mi niñez. Mis padres eran personas creyentes y piadosas; especialmente lo era mi madre. Cada noche la veía rezar durante prolongadas horas. A menudo me llevaba consigo al cementerio, donde descansaba una de mis hermanas, llamada Tanja, que murió a los 16 años. Había sido una niña encantadora y buena. Mis padres estaban inconsolables por esta pérdida y sólo en su fe cristiana hallaban fuerzas para sobrellevar su dolor. No tenía yo más que seis años al morir Tanja, pero siempre conservé vivo el recuerdo de mi querida hermana y muchas veces, en grandes

contratiempos, he sentido su auxilio, aun en casos desesperados.

Fué en un día de otoño cuando por vez primera vislumbré el dogma católico de la unidad de la Iglesia. Tenía unos doce años, cuando asistí en cierta ocasión a un oficio divino. Era un día espléndido y los rayos del sol vertían raudales de claridad en el templo. El sacerdote rezó la oración "Recemos por la unión de todos". Esta oración, rezada tantas veces, me conmovió como nunca. Pasaron muchos años hasta que seguí aquel llamado de la inspiración divina...

En 1913 rendí el examen de maestro en la Universidad de San Petersburgo. Como alumno de la facultad de historia y filología tenía una marcada preferencia por la historia de la Edad Media y del Renacimiento. En una especie de seminario y bajo la dirección de un profesor, tratábamos de profundizar en las obras e ideologías de los pensadores medievales. Una impresión duradera me produjeron las "Confesiones" de San Agustín y sus exposiciones en "La Ciudad de Dios". Con interés especial leí también entonces la obra de Pablo Sabatier sobre San Francisco, y desde entonces fué éste el santo de mis preferencias y lo sigue siendo hoy todavía.

Según se acostumbra en Rusia, fuí enviado luego por dos años al extranjero, para completar los conocimientos en mi ramo y preparar mi tesis doctoral. Mi elección recayó en Roma. Propiamente no era el lugar que me convenía para el tema de mis inves-

tigaciones, ya que sería él la época de los Médici. Pero un deseo irresistible me impelía hacia la Ciudad Eterna. Al principio de 1914 me trasladé, pues, a la capital del orbe católico. ¿Cómo describir mis impresiones? Como extasiado iba por la ciudad, admirando sus ruinas de la antigüedad, que me hacían reconocer como merecida la fama de la Roma antigua. Pero, más que nada me impresionaron los restos del primer siglo de cristianismo. La sangre de los mártires me parecía mucho más valiosa que todos los tesoros de los Césares. A cada paso notaba el triunfo de la cruz. Roma llevaba el sello de los siglos, pero todas sus maravillas, iglesias, palacios, pinturas, monumentos de arte, bibliotecas preciosas, etc., todo era obra del cristianismo. Verdaderamente una ciudad de Cristo, pensaba piadosamente conmovido, una ciudad predestinada para hacer conocer a Cristo en el mundo. Profunda impresión me causó el altar en el "Forum Romanum", dedicado al "Deo ignoto". Aquel Dios desconocido de los paganos piadosos era nuestro Dios y rey Jesucristo y Roma era la capital de su reino temporal. ¿Era éste ya un concepto católico? Pronto tendría aún contacto mucho más inmediato con el mundo de las ideas católicas.

En Roma vivía un compatriota mío, Vladimiro Zabughin. No lo conocía yo desde Rusia, si bien nuestros padres habían tenido trato entre sí. Seguíamos los mismos estudios: la historia del renacimiento italiano. Zabughin fué, pues, el primer católico ruso, entiéndase del rito oriental, con quien

tuve trato. Con frecuencia realizábamos excursiones por los alrededores de Roma y visitábamos también el convento de Grotta-Ferrata, que ha retenido el rito oriental y el lenguaje griego-litúrgico. Los oficios de la Semana Santa de 1914 en Grotta-Ferrata fueron un gran acontecimiento para mí. También iba a veces a la capilla católica rusa de San Lorenzo, donde Zabughin hacía los oficios de diácono todos los domingos. La rica biblioteca de Zabughin, con muchas obras de pensadores católicos, estaba a mi disposición. Cobré hacia aquel tiempo un gran cariño a las obras del gran filósofo católico ruso Vladimiro Solovjev.

La buena impresión que recibía del catolicismo de Zabughin quedaba un poco borroneada, por otra negativa, que me producía un sacerdote ruso católico, residente en Roma. Observaba en este sacerdote muchas cualidades que me repugnaban. Pero no fueron ellas el único motivo por que no me hice católico en 1914. Si no lo hice fué más bien porque estaba convencido que la declaración ortodoxa era la verdadera. Cierto era que la organización católica romana era más perfecta que la de la iglesia ortodoxa. Pero, a mi parecer, a ésta no le faltaba ninguna de las características de la Iglesia verdadera, ya que tenía todos los sacramentos de la Iglesia madre y no enseñaba herejía alguna. También en el seno de la iglesia ortodoxa podría salvarme, me decía. Pero me preocupaba una segunda cuestión. Razonaba así: si la organización externa de la iglesia ortodoxa es defi-

ciente, mi deber es tratar de remediar esta deficiencia, es decir, debo trabajar por la unión de las iglesias. Pero mis ideas de unión se vieron disipadas bruscamente por el estallido de la Guerra Mundial y sus consecuencias. Pasada la guerra, el terror y vandalismo de la lucha civil y de la revolución bolchevique dejaban bien poco margen a cuestiones ideales. No digo que la revolución y el bolchevismo hayan entibiado mis fervores religiosos. Todo lo contrario, iba a las iglesias con más frecuencia y mi fe no sufrió quebranto alguno. No me quedaban dudas: el bolchevismo era el enemigo, la doliente iglesia rusa era la obra de Dios.

Hacia el fin del año 1919 se volvieron tan precarias las circunstancias, que ya era peligroso demorar un momento más en territorio soviético. Persuadí a los demás miembros de la familia a la fuga, pero pasaron muchas semanas de angustias y sobresaltos hasta que se nos presentó la ocasión propicia. No me detendré en narrar todos los pormenores de esta aventura, pero algunos hechos he de señalar. Mi hermano y yo nos agregamos a cuatro contrabandistas finlandeses que, huídos de la prisión soviética, trataban de regresar a Finlandia a pie, atravesando el golfo finés, cubierto de hielo. Mi esposa, mi cuñado y mi cuñada deberían seguirnos luego en trineo. Uno de los contrabandistas tuvo que buscarlos, para lo cual le hubimos de dar muchísimo dinero, toda nuestra fortuna.

La huída de San Petersburgo a Finlandia tuvo lugar en la noche del 12 al 13 de febrero de 1920.

Como distaba mucho de ser un deportista, aquel viaje me costó esfuerzos sobrehumanos. Una y mil veces me estrellaba contra aquel terso espejo helado. A cada paso resbalaba. Pero, ¡adelante!, me decía. Del feliz resultado de esta huída dependía la suerte de mis seres queridos. Y seguía y seguía... Al pasar los puestos de guardia bolcheviques muchas veces teníamos que echar a correr.

En las horas más desesperadas sucedió algo maravilloso. Noté a mi derecha dos figuras resplandecientes, que caminaban, mejor dicho, se deslizaban a mi lado. Su presencia me servía de sostén y consuelo en mis tormentos. ¿Quiénes eran? Preguntéselo a mi hermano, que iba a mi izquierda, pero él no veía a nadie más que a los cuatro contrabandistas que iban delante de nosotros. Yo, en cambio, seguí viendo durante mucho tiempo estas dos figuras que, hombro a hombro, iban a mi lado.

Algo más sorprendente aun. Mi hermano caía mucho menos veces que yo. Pero, una vez, al caer, se golpeó tan fuertemente contra el hielo que quedó desmayado. Pedí al jefe de los contrabandistas que nos esperara unos momentos. No quiso hacerme caso, porque el lugar era sumamente peligroso y lo que había que hacer era correr, y no detenerse. Los vi alejarse rápidamente de nosotros. ¿Qué hacer? Cargué a mi hermano sobre mis hombros y emprendí su seguimiento. Y... dejé de pegar tumbos. Durante una hora entera, mientras caminaba con la pesada carga, no volví a caer una sola vez. No es del caso narrar otros hechos de esta huída

y de la igualmente feliz de mis allegados. La aventura me resultaba un verdadero milagro de Dios, y con el corazón lleno de gratitud alabé su misericordia que nos había salvado.

El punto de cita de todos los fugitivos rusos que pasaban las fronteras finesas era Terrijoki. Aquí también permanecí yo con mi esposa, y durante algún tiempo me alojé en casa del párroco, con quien trabé íntima amistad. Fué este nuevo amigo quien hizo triunfar en la comuna mi candidatura para el cargo de director del colegio real de la ciudad.

Con alma y vida me entregué a mi magisterio y no ahorraba sacrificios ni tiempo en la formación moral y religiosa de mis numerosos alumnos. El año y medio que pasé en Terrijoki fué un período de incesante labor para mí, tanto en el terreno intelectual como en el religioso. Tenía entonces un interés especial por la historia de la Iglesia primitiva y por la vida de Jesucristo. En Terrijoki tuve también ocasión de leer las recién aparecidas "Kleinen Schriften" de Harnack, así como las obras de otros autores protestantes. Me ilustraron en muchas cosas particulares, pero su concepto de la Iglesia me pareció errado y dañoso. En mis conversaciones con el párroco no me faltó ocasión de exponerle mis opiniones en materia religiosa y mis ideales de unión de las Iglesias. El párroco poseía una formación bastante esmerada, pero en lo referente al catolicismo su ignorancia era no pequeña. Por toda contestación a mis exposiciones, me reco-

mandó un libro de su biblioteca. Era un libelo contra la Iglesia Católica; y el cúmulo de argumentaciones burdas que contenía me dejó asqueado.

Cuando en 1922 llegué a Alemania fueron, además del ramo científico de mi especialidad, las cuestiones religiosas el punto de atracción de mi interés. Numerosos autores protestantes ejercían un poderoso influjo en mí, sobre todo Harnack, con su última gran obra, acerca de las doctrinas de Marción. En esta obra hallé la explicación de los sucesos históricos que a mi vista se desarrollaban. El bolchevismo, me decía después de haber leído este libro, es un engendro de Satanás, y *todo el resto del mundo que suscribe pacto con el bolchevismo no merece tampoco juicio más benigno.* Marción decía: "Todo el mundo es obra de un ser cruel; el reino de Cristo, empero, es obra de otro." Me engolfé entonces con todo mi anhelante entusiasmo en el mar apacible y misterioso de la mística y con grandísimo interés leía cuanto encontraba escrito de la mística cristiana, mahometana, budista y pagana. De este modo mi concepción de la religión se tornó por una parte individualista, y por otra universal. Individualista, en cuanto juzgaba la religión con criterio propio, y universal, ya que en la mística despuntaban características trascendentales comunes a todas las religiones. Fué en aquel tiempo cuando escribí mi libro de la filosofía religiosa del florentino Marsilio Ficino.

Pero muy presto me percaté de los peligros a que me exponía con estas atrevidas incursiones, porque la interpretación subjetiva de las religiones



Prof. Dr. Ivan Puzyna

amenazaba con desterrar de mi vida hasta los vestigios de toda religión. ¿No había sido éste mismo el gran pecado de la reforma? ¿No era éste mismo el espíritu de la teología protestante moderna? Para penetrar en la esencia y en el espíritu de la Reforma, me puse a estudiar atentamente la vida de Lutero. No me quedó lugar a duda: el Dr. Eck estaba más próximo a la verdad que Lutero. Y mediante estos largos rodeos me acercaba más y más al concepto católico de la Iglesia.

En 1923 llegaron a Berlín más fugitivos rusos. Eran profesores que venían desterrados por el gobierno soviético por sus ideas antimarxistas. Entre ellos venía un ruso católico, llamado Kusmín Karawayew. Al oír este nombre, me acordé inmediatamente de cierto estudiante que en mis tiempos frecuentaba la Universidad de San Petersburgo, conocido como fanático bolchevique. Cual no fué, pues, mi asombro cuando en este fugitivo descubrí al estudiante bolchevique de otros tiempos. Kusmín Karawayew había roto con los comunistas, se había hecho católico, y a causa de su fe hasta había sufrido la cárcel. Muy pronto entablamos una sincera amistad. Aprobó sin reservas mi ideal de unión de las iglesias y juntos fundamos una sociedad con el fin de propagar la idea de la unión de católicos y ortodoxos en una sola Iglesia.

Desgraciadamente a los pocos meses nos vimos obligados a separarnos. El obispo Tychon, cabeza y jefe de los ortodoxos de Berlín, a quien confié mis inclinaciones hacia el catolicismo, como primer

recurso me exigió la promesa de no abandonar la iglesia ortodoxa antes de haber transcurrido tres años. Esta promesa, que también hice a mi confesor, la cumplí. Mis argumentos a favor de la Iglesia Católica estaban basados en los Santos Evangelios, en las doctrinas de la unidad de la Iglesia de Cristo y de la supremacía del sucesor de San Pedro. Además, cimentaba mis razones en la historia, ya que era un hecho innegable que la primitiva iglesia ortodoxa rusa había estado unida a la Iglesia universal, y que la separación había tenido lugar más tarde y sólo "de facto", y nunca "de iure".

En 1924, obedeciendo las órdenes del obispo Tychon, tuve que hacer frente en una discusión pública a Kusmín Karawayew, quien, ante un numeroso auditorio, defendía la unidad de la Iglesia de Cristo.

Obligado por las circunstancias, declaré en contra de su tesis que la ortodoxia era "la vestidura espiritual" del pueblo ruso. Mi contestación brillante conquistó el aplauso frenético del público. Pero yo mismo sentía asco de mi oratoria y cabizbajo abandoné el salón, sin esperar la respuesta de mi contrincante. Sabía claramente que la razón estaba de parte suya, a pesar de que los aplausos los había recibido yo.

Los tres años siguientes fueron descorazonadores para mí. Era ya católico hasta lo más profundo del alma, pero una promesa mantenía coartada mi libre determinación. La reacción contra esta fuerza que se me hacía fué apartarme de toda religión

durante estos tres años. Ya que se me impedía seguir la voz de mi conciencia, desterraba de mi alma cualquier religión. Pero, aun en este tiempo de tinieblas y torturas, la mano de la Providencia no me abandonó. Por medio de mi hermana llegué a conocer al Dr. Berg, el capellán católico de los residentes rusos. El Dr. Berg recibía siempre con los brazos abiertos y ayudaba en cuanto podía a mis pobres compatriotas en todas las necesidades. Esta ayuda generosa y desinteresada aun para con los ortodoxos, me causó una profunda impresión. La gran obra de caridad de los católicos alemanes a favor de los ortodoxos me puso ante mis ojos ese santo apostolado de la Iglesia Católica, la cual se halla por doquiera y en todas partes del mundo sufriendo con los afligidos, abrigando a todos en su amoroso corazón, luchando siempre contra el mal, haciendo triunfar el bien en toda la tierra. ¿Hasta cuándo dudaría? ¡La Madre llamaba! ¿Resistiría aún a la gracia? Estaba indeciso. Fué preciso un empuje directo y enérgico que lo recibí por el suceso siguiente:

En otoño de 1927 publicó el obispo Sergio, representante del patriarca y jefe de la iglesia ortodoxa rusa, una proclama en la cual declaraba la causa del bolchevismo como identificada con la causa de la iglesia ortodoxa rusa. ¡Eso era una atrocidad! Los bolcheviques combatían a la Iglesia de Cristo a sangre y fuego, el ateísmo era la base y esencia del soviet. ¿Qué hacer en situación tan engorrosa? Muchos ortodoxos rusos rompieron con la iglesia

patriarcal, formando comunidades autóctonas. Otros trataban de ver en la proclamación del obispo metropolitano la garra de la violencia y la coacción del régimen. Ambas vías me parecieron inaceptables. Porque fuera de toda duda estaba que Sergio era la cabeza legítima de la iglesia ortodoxa rusa, y que no hay coerción que pueda prevalecer sobre la Iglesia, es decir, sobre aquella Iglesia que ha recibido la promesa que jamás los poderes del infierno prevalecerían sobre ella. Y así me dediqué a buscar la Iglesia verdadera e invencible de la que habla el Evangelio. La búsqueda fué breve y pronto tomé mi resolución radical y tajante.

Una noche de otoño llegó a mis manos la proclama del obispo metropolitano Sergio; a la mañana siguiente comuniqué a mi esposa que abandonaría la iglesia ortodoxa para hacerme católico.

Tomar la decisión era fácil, pero no pude conciliar el sueño en toda la noche subsiguiente. ¡Qué sacrificio, tener que cortar con la iglesia a la cual me unían lazos tan íntimos, y tan gratos recuerdos! Después de mi resolución pasaron aún varias semanas hasta que fuí admitido en la Iglesia verdadera. Estas semanas fueron un suplicio. Pero el Altísimo me envió sus auxilios para confortarme. Un día mi esposa volvía de compras, y al sacar los envoltorios, por casualidad me encontré con un artículo de diario que trataba de Teresa Neumann. Fué la primera noticia que tuve de ella. Entre otras cosas que leí, me llamó la atención que la lectura preferida de Teresa Neumann era la biografía de Santa Teresa

del Niño Jesús, otra desconocida. Aquella misma noche pedí esta biografía a un sacerdote católico. Prometiómela. ¡Cuál no fué nuestra sorpresa, cuando al hojear un libro de la biblioteca de aquel sacerdote cayó al suelo una imagen de Santa Teresita! A la mañana siguiente recibimos su biografía. Los días siguientes los pasé rezando a ella y nunca ha vuelto a abandonar ya ni mi casa ni mi corazón.

El 15 de octubre de 1927, el día de la gran santa española Teresa de Ávila, me hice católico, reteniendo el rito ruso-oriental. A mi parecer es un caso muy raro que un convertido adulto que haya pertenecido antes a la iglesia ortodoxa rusa renuncie al hermoso rito oriental, a las hermosísimas oraciones y a la piedad peculiar del oriente cristiano, para agregarse al rito latino. En cuanto a mí, en lo que toca al rito soy orientalista convencido, y mi fe católica no es una condena de mi pasado ortodoxo, sino su complemento y rectificación.

¿En qué está, pues, el valor y el objeto de mi conversión? El Evangelio de San Lucas (IV, 4) dice que el hombre se puede saciar con toda palabra divina. Yo he oído la palabra de Dios sobre la unidad de la Iglesia y la he puesto por obra. Creo, empero, que el creyente que acepta una palabra divina con sinceridad y la ejecuta, inevitablemente también aceptará todos los mandatos del Señor y los cumplirá en santa obediencia. Y así mi conversión no es el último paso de mi vida espiritual, sino el primero hacia la meta que corona todo esfuerzo humano, la mansión de los cielos.

32. LA HISTORIA CLAMA POR LA UNIDAD

PRÍNCIPE DIMITRI GALITZIN

Muchos rusos me preguntan cómo es posible que yo haya sido infiel a la fe de mis padres y mayores, para entrar en la Iglesia Católica. Dicen: "Es una vergüenza que un Galitzin obre así, cuando sus antepasados han emigrado a Rusia precisamente por no querer permanecer en un país donde dominaba la influencia de Roma."

Narra la historia cómo el príncipe Patrikei de Zwenigorod, mi ascendiente en línea recta, entró con sus hijos, en 1408 al servicio del Gran Duque de Moscú. En efecto, se sabe que el príncipe entró a servir al duque moscovita para conservar su fe ortodoxa y la de sus hijos.

Yo mismo nací en la iglesia ruso-ortodoxa. Aunque desde niño fuí siempre religioso, no me interesé sino más adelante por las divergencias entre las diversas religiones. Este hecho me llamó la atención más tarde cuando, al estudiar la historia de mi patria y en especial la de mi familia, me encontraba a cada paso con conversiones a la Iglesia verdadera entre los miembros de mi linaje. A raíz de esto llegué a las siguientes reflexiones.

Rusia se convirtió en una gran potencia ortodoxa, y esto en mayor proporción a medida que más se desarrollaban en la nación las ideas auto-

cráticas. Las obras de Zabujni, del príncipe Augusto Galitzin, del profesor Freiherrn von Taube y otros, tratan ampliamente el paulatino fortalecimiento de la ortodoxia en nuestro país. Quisiera yo esbozar aquí ligeramente la actitud de los rusos frente a la Iglesia Católica, tema que iluminaría con luz meridiana el despotismo ruso. En la biografía del príncipe Dimitri Augusto Galitzin (Père Smith), misionero católico en Norteamérica, escrita por el príncipe Gagarine, se leen las siguientes significativas palabras: "El príncipe nació y fué educado en la iglesia cismática griega, y de herencia llevaba en sí todos los prejuicios comunes contra la Iglesia Católica, tal como aun los tienen los rusos de hoy, originados por el orgullo y la ignorancia, perpetuados a raíz de una costumbre que colocaba el despotismo en el lugar de Dios y de sus representantes en la tierra..." Este espíritu de despotismo y absolutismo es una característica de la historia rusa.

Obsesionados por estos prejuicios estuvieron el zar Miguel Feodorovitch y el zar Alejo Mikhailovitch. No olvidaban la tentativa de los más notables de la aristocracia rusa, encabezados por el metropolitano Filaret, de colocar en el trono ruso al príncipe polaco Wladislao, padre del primer monarca de la casa de los Romanoff. Aquel "período inquieto" de nuestra historia aun perduraba en el recuerdo.

Siguió luego la regencia de la zarina Sofía. Se nos había enseñado que era una mujer egoísta y

orgullosa, que contra toda ley y derecho impedía al legítimo heredero del trono Pedro que gobernase solo. En realidad la zarina no fué así. Si se quiere tener una imagen exacta de esta regente, se ha de beber en las fuentes históricas más antiguas. En aquellas obras antiguas, libres de toda parcialidad tendenciosa, aparece claramente la zarina Sofía como una mujer de extremada cultura y singular nobleza. Con su consejero, el príncipe Wassilij Galitzin, se proponía europeizar a Rusia por caminos de paz, contando con la ayuda de la aristocracia, y no, como sucedió más tarde, con la cooperación de aventureros extranjeros y con el auxilio del látigo y la destrucción de la aristocracia.

La zarina Sofía y el príncipe Galitzin también pensaban en lograr la unidad en la fe. El Papa envió ante el príncipe al jesuíta Vota, para tratar de la Liga Santa contra los turcos. Es muy probable que si la prudente regente hubiese conservado por más tiempo el poder, se habría logrado resolver el problema, que volvería a plantearse luego, durante el gobierno de los Romanoff.

Pedro el Grande, que, dicho sea de paso, era completamente ateo, deseaba una unificación de las Iglesias por cálculos dinásticos. La obra en varios tomos del Padre Piesling: "Heiligster Thron in Russland", echa mucha luz sobre la institución más ilegal que jamás haya existido sobre la tierra. El decreto de este zar, de fecha 11 de mayo de 1722, dice así: "Escójase en el sínodo un oficial de buen corazón, que al mismo tiempo sea valiente y conozca



la administración, para darle en el sínodo el cargo de fiscal del Estado."

Durante el gobierno de Pedro II se habría realizado seguramente la deseada unificación, si el zar no hubiese fallecido prematuramente. De los manuscritos coleccionados por el Príncipe Gagarine, que se encuentran en la biblioteca eslava de París, se concluye que la princesa Irene Dolgorouky, hija del embajador ruso en Viena, príncipe Pedro Galitzin, había entablado negociaciones con el representante del Papa, acerca de la unificación de las iglesias. La princesa misma pasó en 1727, en Utrecht, al catolicismo, y durante el gobierno de Pedro II regresó a Rusia con una propuesta concreta relativa al problema de la unidad en la fe. Según la propuesta, un Dolgorouky, era ésta la casa imperante, sería elegido patriarca de Rusia y al mismo tiempo sería el representante del Padre Santo en la tierra de los zares. La muerte prematura del zar frustró estos planes.

Por la historia se sabe lo que se hizo de la familia Dolgorouky. El trono lo ocupó la emperatriz Ana Yoannovna, una cruel perseguidora de la Iglesia Católica. El odio de la regente no conocía límites. El hecho de haber forzado al príncipe convertido Mikhail Galitzin (Kwassnik) a ser bufón de la corte, da una idea de su odio al catolicismo. Por la novela "Eishaus" de Lajetchnikoff sabemos el trato que se dió a este verdadero mártir de la fe que, pese a todo, perseveró en su religión. Se dice que la última oración del príncipe antes de morir fué: "Dios mío, concédeme como última gracia que

nunca cesen en mi familia las conversiones a la verdadera fe." El Señor ha oído realmente la oración de este mártir.

Merecen una mención especial las buenas relaciones del zar Pablo con el catolicismo. Reconocía que el absolutismo no podría traer bendición al país y que la dependencia de la ortodoxia era un grave mal que hacía imprescindible una inmediata reorganización de la iglesia. Este emperador hasta llegó a invitar a Pío VII, perseguido por Napoleón, a que fuera a San Petersburgo. Estaba a la cabeza de la orden católica de Caballeros de Malta y trataba de propagarla por Rusia. La benevolencia del zar para con los jesuítas la manifiestan sus palabras al Padre Gruber, quien las reproduce en una carta del 23 de noviembre de 1800 al arzobispo Marotti. (El original se conserva en el Vaticano.) Decía el zar: "No encuentro otro medio para contener en mi país el avance de la irreligiosidad, del iluminismo, del jacobinismo, que confiar la educación de la juventud a los jesuítas. Desde la primera niñez hay que empezar a construir el edificio sobre una base sólida, porque de lo contrario se derrumba todo, la fe y el gobierno." Si echamos una mirada sobre la desolación actual de nuestra patria, se comprende el sentido profético de aquellas palabras. No quiero omitir la mención de un suceso interesante de los días actuales. El notable historiador A. von Baumgarten, al abandonar Moscú, bajo el régimen comunista, recibió de un miembro de la familia Lvosn una esmeralda, que encerraba una espina de la co-

rona de Cristo. Esta esmeralda había pertenecido al zar Pablo, a quien le correspondía este distintivo como Gran Maestre de los Caballeros de Malta.

Cuando von Baumgarten llegó de Rusia a la ciudad de Roma, díjole el Papa Benedicto XV, con ocasión de una audiencia, que se alegraba que por los documentos del archivo del Vaticano se supiese que el zar Pablo I se había hecho católico antes de su muerte ("Revue de l'Histoire Moderne", mayo-junio, 1920). Si el zar Pablo I no hubiese sido asesinado por una conjuración, instigada por una gran potencia extranjera, seguramente aquella vez Rusia se habría separado del cisma griego.

El zar Alejandro I, después del asesinato de Kotzebue, empezó a temer el incremento de las ideas revolucionarias, de las cuales él mismo durante algún tiempo se había dejado arrebatar. (Esto se sabe por las memorias halladas recientemente pertenecientes a la condesa Lebzeltern, esposa del embajador austríaco en la corte rusa al principio del siglo XIX). Resolvió, pues, dirigir la nave del estado por aguas más tranquilas. En la unificación de las iglesias preveía el baluarte más seguro contra todo poder revolucionario. Hizo llegar por medio de su embajador ante la Santa Sede, Italinski, una propuesta al Papa Pío VII, pidiéndole una reunión de las jerarquías latina y rusa en la ciudad neutral de Venecia. En su carta a Italinski se gloría el zar de ser él el autor de este plan y aun menciona las ventajas que la unión reportaría al Estado y hasta habla de ir él mismo a Roma. Lastimosamente no

se llevó a cabo esta empresa, debido al influjo reaccionario de los consejeros de la corte.

¿A qué condujo este despotismo en la Iglesia? El zarismo se convirtió en ruinas, y con él la iglesia. Aun en los períodos más benignos de la evolución se vió atada de pies y manos, incapaz de defenderse, porque durante demasiado tiempo había estado sometida al Estado, bajo la vigilancia de comisarios sinodales como Protassof, Tschebischew, Tolstoi, Pobedonostzeff y otros. Cayendo su defensa, el Estado omnipotente, sucumbía también la Iglesia. En España y Méjico la situación es muy diversa, a pesar de las persecuciones. No puedo detenerme en pormenores. He echado sólo un vistazo sobre la historia rusa, para demostrar que el absolutismo del Estado fué el estorbo constante de la unificación de las iglesias.

A este estudio de la historia rusa va unida íntimamente la causa de mi conversión, ya que la historia del catolicismo en Rusia corre en línea paralela con la historia de mi familia.

¿Por qué se han hecho católicos mis antepasados? Pues, porque conocieron el origen del cisma griego, porque vieron, igual que yo, que la verdad única y exclusivamente la posee el catolicismo. Sólo el absolutismo del Estado, cuya raíz son el orgullo y el afán de reinar, han retenido a Rusia en el cisma.

¿No había desterrado Wassilij el Oscuro, temiendo una mengua en su poder, al metropolitano Isidoro, por haber suscrito el documento de unión

en Florencia? ¿No había desechado Pedro el Grande los consejos de Jorge I de Inglaterra, porque temía un menoscabo en su gobierno autocrático? ¿No demuestra el odio de Ana Yoannovna que era posible una unión? La suerte ulterior de la unión estaba puesta en manos de los comisarios nacionales para asuntos religiosos, siempre celosos que su poder menguase un ápice.

Pero Dios dispuso las cosas de otra manera. Los que temían perder un ápice de su poder, lo han perdido totalmente. El absolutismo del Estado se ha suicidado. Los rusos, empero, han permanecido alejados de la Iglesia por ignorancia, por no conocer la situación religiosa, por indiferencia o también por temor a las persecuciones en caso de una conversión.

Pesados estos hechos y reconociendo que la iglesia griega estaba fuera de ley, el pensamiento que muchos de mis antepasados y parientes habían servido al catolicismo con todas sus fuerzas, me hizo desear hacer lo mismo. Y es así como llegué a ser católico.

BRASIL

33. DEL CAOS A UN MEDIODÍA ESPLENDOROSO

PROFESOR Dr. EVERARDO BACKHEUSER

Educado en una familia católica de vida religiosa muy tibia, no tuve la dicha de recibir la primera comunión como los demás niños católicos de mi edad. Poco antes de los cincuenta años la recibiría.

Sin embargo desde niño fuí muy inclinado a la piedad y muy temeroso de Dios, como lo podría comprobar con la cita de muchos casos. Ese estado de cosas duró hasta que ingresé en colegios de enseñanza superior. Hasta la edad de doce años nunca iba a la escuela sin haber pasado antes por la iglesia. No era esto una mera costumbre, sino una piedad sencilla y acendrada.

Pero precisamente en aquel colegio, donde ingresaba con los ojos elevados al cielo y el corazón dirigido a Dios, sería despojado del tesoro de mi fe.

Ingresé en el colegio superior poco después de la proclamación de la república (1890-96), en la época del más rápido y peligroso auge de una impía incredulidad, cuando profesores y maestros a porfía se declaraban ateos y trataban de poner en ridículo al catolicismo. Ya en las primeras lecciones de geografía nació en mí la duda sobre el origen

divino del universo, a causa de la exposición tendenciosa que se nos hizo de la teoría Kant-Laplace. La obra de destrucción comenzada por el profesor de geografía fué completada por las leyes de la física y de la química, explicadas según el espíritu de Augusto Comte, por ciertas hipótesis que el filósofo de Montpellier llama "causas primeras" (vibraciones del éter, la existencia del átomo, etc.) y por los principios botánicos y zoológicos de Lamarck y de Darwin. Mi fe sufrió un naufragio completo. Llegué al bachillerato hecho un materialista.

Los estudios superiores y técnicos de matemáticas, con sus métodos positivistas, me afirmaron aún más en el materialismo y de consiguiente, también en el ateísmo.

Imbuído de este espíritu: rabiosamente incrédulo ocupé luego la cátedra de mineralogía y geología en el Colegio Politécnico, donde a fuer de ateo militante todas mis lecciones estaban impregnadas de mis ideas sectarias, y las transmitía a mis alumnos en las clases, en los trabajos prácticos y en el trato privado. Todo el veneno que mis maestros me habían inoculado con sus teorías, volví a inyectarlo de manera diabólica en mis discípulos, gota a gota.

Así permanecí por algún tiempo encastillado en mi materialismo hasta que, dictando las clases de física y ciencias naturales, di en serias reflexiones, que me hicieron dudar del valor de mi sistema. Las explicaciones materialistas no lograban satisfacerme, ya que dejaban grandes huecos y tenían mu-

chas deficiencias. A pesar de esta manifiesta insuficiencia de la filosofía atea, rechazaba con todo cualesquiera soluciones que partiesen de la existencia de Dios, porque "a priori" no las admitía ni quería ocuparme en ellas.

Después de esta época de abierto ateísmo y terca negación, siguió un período de dudas y zozobras; sentía la necesidad de tener fe, en vista de la felicidad de los creyentes que me rodeaban. Les envidiaba su tranquilidad, ajena a toda duda. Toda cuestión social o científica se me convertía en un enigma cuya solución única había que buscarla en una causa final. Para ellos no existía tal enigma, porque conocían la causa final. Por más que atormentase mi cerebro y esforzase mi mente, todas mis investigaciones iban a parar siempre a las fauces del abismo de alguna duda; los científicos creyentes, en cambio, caminaban con pie seguro, porque a cada paso tenían el recurso y apoyo en la "causa causarum", Dios.

Pero, a pesar de mi vivo deseo, la fe no vino a posarse en mi alma. Seguí incrédulo.

Un día, de repente nació en mi corazón la creencia en Dios. ¿Cómo sucedió esto? En un instante, por un paisaje que durante cuatro decenios siempre había tenido a la vista: la bahía de Guanabara, el puerto de Río de Janeiro.

Poco después de la Guerra Mundial preparamos el P. Pedro Sinzig, O.F.M. y yo una exposición de arte alemán. Aunque en materia de creencias nuestras orientaciones eran distintas, nos unía con todo

una sincera amistad, y a una tratábamos de justificar a los ojos de los brasileños a la nación alemana de aquellos tristes tiempos. Un día, de camino a la exposición, que, dicho sea de paso, era de arte religioso, le dije al Padre que me resultaba imposible creer en un Dios, por más que lo desease. Y extendiendo su mano, indicó la majestuosa bahía y dijo: "—¿Y todo este espléndido panorama que ante nuestros ojos se extiende, quién lo habrá hecho?"

Este argumento, que había oído hasta la saciedad de boca de otros y que siempre había rechazado, esta vez se me clavó en el alma como una flecha aguda. Recorrí la bahía con la mirada, como otras mil veces lo había hecho con fría indiferencia: aquellas tranquilas aguas azules como el cielo, los contornos de aquellos montes gigantescos, aquellas lanchas en rápida y entreverada carrera, aquellas moles de los grandes transatlánticos que suavemente se deslizaban sobre este espejo en dirección al anchuroso mar..., todo aquello me arrebató en extática admiración y me sumió en profunda emoción... ¡Y creí en Dios! No sé si fué en aquel preciso instante cuando conocí a Dios, pero le sentía presente, le comprendía y poco después le reconocía.

¡Qué cosa más sencilla, comprender a Dios! ¡Y antes me había parecido imposible...! En un momento se me habían abierto los ojos del alma, había cesado mi ceguera. Y antes, ¡cuánto me costaba abrir los párpados para ver!

Hoy, a muchos años de mi vuelta a la fe, comprendo aquellos sucesos. La gracia de Dios había descendido hasta mí, porque yo la había buscado ya durante mucho tiempo. Una sola palabra sencilla de aquella persona enviada por la Providencia había obrado aquel prodigio. Pero, aun estaba lejos de la fe. Entendía la existencia de Dios, casi diría que la comprendía filosóficamente. Pero mi corazón todavía no se había abierto a la confianza en Él, todavía no le amaba. La gran mutación sobrevendría cinco años después, en 1928.

Pero desde aquel tiempo, 1923, ya no salió de mis labios una palabra que sonase a ateísmo. En mis clases o conversaciones ya no buscaba el motivo de hilaridad en el Creador Supremo.

En cierta ocasión solemne, en 1924, y ante un auditorio numeroso proclamé abiertamente que creía en Dios, y con toda sinceridad pronuncié aquellas palabras con que comienza el Credo: "Creo en Dios, el todopoderoso." Pero, de aquí no adelanté un paso más, porque no me lo permitía mi sinceridad. En efecto, aun mi alma estaba lejos de la fe; en una hora muy amarga de mi vida el Señor me concedería la gracia de creer.

Esta hora fué la decisiva y ningún mérito puedo aducir para este don de la gracia divina. No me hizo Dios la merced a ruegos míos. Repito, no fuí yo quien abrió el canal de la gracia para que derramase sus aguas saludables sobre mi frente; fué, no lo dudo, la intercesión de mi santa esposa, cuando llegó ante el trono de Dios en la visión beatífica el

día mismo de su muerte, acaecida en Dresde el 3 de julio de 1928.

He de advertir aquí que mi esposa, Ricarda Restier de Backheuser, era mujer de pura y encendida fe. La pena de su vida fué mi incredulidad, la cual al principio era agresiva e intolerante; de a poco, empero, se volvió más comprensiva y condescendiente, llegando por fin a consentir un cuadro de "La Última Cena" en el comedor de la casa.

Inmensa fué la alegría de Ricarda al ver encendida la centella de la fe de Dios en el alma del ateo, pero su desilusión fué grande cuando vió que toda mi religiosidad se quedaba en un vago deísmo y no pasaba de este primer paso. Aunque a partir de entonces ella redoblara sus plegarias y sus sacrificios, yo a toda conciencia me mostraba irreducible, porque no quería creer sino en Dios, y nada más. Con esto creía yo haber adelantado mucho y estaba resuelto a no dar un paso más y persistía en mi aversión hacia los sacerdotes y las actividades religiosas de la Iglesia Católica, cuyos misterios nunca había llegado a conocer. ¡Creería en Dios, y de aquí no pasaría.

Como hecho que influyó poderosamente en el desenlace favorable de mi crisis espiritual, debo mencionar aquí que en mi última visita a Alemania había notado la catástrofe que amenazaba a la familia a causa de la preponderancia creciente de los divorcios, entablados con la mayor ligereza y a raíz de los motivos más fútiles. Por doquier abun-

daban los matrimonios deshechos para contraer nuevos enlaces, los amancebamientos, todo lo cual causaba una impresión aplastante. Horrorizado a esta vista, dije a mi esposa, para gran contento suyo, que a mi vuelta al Brasil no sólo lucharía de palabra y escrito contra el divorcio, sino también a favor de la enseñanza religiosa en las escuelas, la que me parecía el fundamento indispensable de toda moral en la sociedad.

Con este estado de ánimo, de franco repudio al ateísmo materialista al que en otros tiempos había servido, me sorprendió la muerte repentina de mi esposa. Esta muerte estuvo acompañada de tan maravillosas circunstancias que no puedo menos de ver en ello la mano de Dios, que dirigió todos aquellos tristes sucesos para abatir toda mi resistencia y para salvar mi alma. He aquí como sucedieron los hechos: Íbamos al teatro, cuando mi esposa, al dar un paso en falso, fué embestida por una bicicleta y arrojada violentamente contra el pavimento, sufriendo la fractura de una pierna. Resuena aún hoy en mis oídos el grito agudo que lanzó. Pero en el acto se reprimió y adoptando una actitud tranquila y serena, no sólo se resignó en su dolor, sino que hasta intentó besar la mano del muchacho que había ocasionado el accidente y había sido detenido por el público. A esto siguieron largos días de hospital y todos los sufrimientos los sobrellevó con admirable conformidad con la voluntad divina.

Postrada en el lecho del dolor, constituía su mayor pena el no haber podido recibir los Santos Sacramentos desde su llegada a Alemania. Pero cuando un día fuí a visitarla en el sanatorio, me recibió con la noticia de que pronto comulgaría. Sin saber apenas una palabra de alemán, había logrado hacerse comprender de una Hermana, llamada Eduvigis, que casualmente había llegado aquel día al sanatorio del Dr. ... Esta Hermana había conseguido un sacerdote católico, cosa nada fácil en aquella región protestante de Alemania, y afortunadamente aquel sacerdote hablaba francés. Y así Ricarda, aun sin saber alemán, pudo confesarse. Comulgó luego, pidiéndome antes que asistiera de rodillas a la santa ceremonia. Hícelo así, la primera vez después de cuarenta años de vida incrédula y me postré ante el Salvador presente en la santa hostia consagrada.

Dos días después, una apoplejía me arrebataba a la fiel compañera que durante tantos años había llevado una vida de resignación a mi lado. Murió repentinamente. La muerte repentina con razón es temida por los católicos, ya que también puede sorprender en estado de pecado mortal. Pero en mi esposa esta muerte no tenía nada de aterrorizador, ya que la encontraba tan bien preparada, por circunstancias admirablemente combinadas por la Providencia.

Sigue ahora lo milagroso. Depositamos el cadáver enbalsamado en el cementerio de Dresde,

hasta tanto que lo pudiésemos llevar al Brasil. El entierro, de noche, bajo una lluvia torrencial, ofreció un cuadro desolador. A mis dolores del alma se habían agregado mil preocupaciones materiales, y muerto de cansancio, el corazón lleno de angustia, fuí vencido del sueño aquella noche.

A la mañana siguiente sucedió algo extraordinario, en aquel mismo cuarto de hotel donde ella se había alojado antes del accidente. Era de mañana, ya bien alto el sol. Despertéme, y empecé a conversar con mi hijo, de 24 años de edad. El tema, naturalmente, no podía ser otro que la causa de nuestro dolor, la querida difunta y el traslado a Río de Janeiro.

De repente, vi en el ángulo superior del cuarto, iluminado por el ardiente sol estival, formarse una figura de nubes claramente esbozada, de la cual nació la imagen sonriente de Ricarda. Sobre sus hombros descansaba el brazo del Eterno Padre, tal como lo veía representado en las historias sagradas escolares, un personaje de rasgos serios, de luenga barba plateada. ¡Me sentí transportado! Ricarda sonreía dichosa en la presencia del Señor. No sé cuántos minutos duró la aparición; sólo sé que interrumpí la conversación con mi hijo, y me quedé mirando inmóvil, extático a mi Nené (nombre familiar), sonriente. Mi hijo, temiendo una alteración de las facultades mentales, me decía: "—¿Qué pasa, padre, qué tienes?" Con una señal le hice callar y le dije: "—Veo a tu madre en la presencia de Dios."

Fueron momentos de indescriptible alegría, de los cuales todavía hoy me acuerdo, porque aun conservo viva en mi memoria la imagen de la aparición; si fuera pintor, podría dibujarla exactamente. Hoy es solamente un recuerdo; entonces fué realidad. Lo vi tan claramente como cualquier otro objeto que me rodeaba, la cama, la puerta, lo que había sobre la mesa. Gozaba de buena salud, estaba del todo despierto y entregado a la conversación, ni entredormido, ni soñando.

Esta aparición causó una repentina y completa transformación en mi alma. Al momento estuve resuelto a creer. ¡Y tuve verdadera fe! ¡Sentía un deseo ardiente de confesar mis pecados y de humillarme, yo, que nunca había querido doblegar mi voluntad. Y sin demora lo llevé a cabo aquel mismo día.

A estos sucesos siguieron días de dura lucha, mientras en Hamburgo estuve esperando la salida del buque, y luego durante los doce 12 días de travesía. El materialismo que me había tenido preso en sus garras durante casi medio siglo, ponía en juego todos sus recursos para retenerme. Fueron semanas en que luché a brazo partido con el enemigo de la humanidad. Aunque tenía la mejor voluntad de creer en todas las prescripciones de la Iglesia, no podía dejar de dudar de todas y no entendía ninguna. No rechazaba nada, pero tampoco lo admitía. Y la lucha no tenía tregua.

¿Admitiría finalmente el catolicismo? ¿Comulgaría? ¿Entraría definitivamente en la Iglesia militante? Las dos semanas que mediaron entre la muerte de Ricarda y la llegada a Río fueron de angustiosa lucha.

Sentía la necesidad de desahogarme con alguien, con un sacerdote instruído que me supiese disipar las dudas, y quería hacerlo aún antes de enterrar a mi esposa. ¿A qué sacerdote acudiría? ¿Cómo lo encontraría inmediatamente al llegar a mi patria? El P. Pedro, que había dirigido mis primeros pasos de retorno a la fe, estaba ausente. ¿A quién recurrir?

Apenas fondeados en Río, hablé de mis combates espirituales a dos amigos íntimos, muy buenos católicos, que vinieron a bordo para recibirme. Me aconsejaron que fuera a ver al día siguiente al P. Franca, en su convento. Estaba dispuesto a hacerlo así, cuando otra vez un suceso imprevisto me facilitó mi empresa.

Mi esposa había tenido durante muchos años como confesor a un sacerdote bondadoso, inteligente e instruído, el P. Gastón de Veiga. Muchas veces me repetía ella, en sus tentativas de convencerme, que me presentara al P. Veiga para hacerme instruir de él. Estaba yo muy lejos de hacerle caso y ella me decía bromeando: "—Verás que un día el P. Veiga será tu primer confesor." Pues bien, en el preciso momento en que con el sombrero en la mano abandonaba la sala del velatorio, para ir en busca del P. Franca, jesuíta notable por su piedad, ciencia y talento, entraba una per-

sona en la misma sala. ¿Quién era? El mismo P. Veiga, a quien creía bien lejos, en San Pablo. Estaba pasando unos días en Nichteroy, y venía a darme el pésame.

¡No vacilé un instante! ¡Me resolví en el acto! Lo llevé a un cuarto vecino y allí le expuse detalladamente lo que sucedía en mi alma, mis dudas, mis perplejidades, mis indecisiones, todas cuantas dificultades hallaba mi inteligencia para creer; pero expúsele también lo que me atraía a Dios y a la Iglesia, la aparición, la belleza moral de los fieles, su conformidad en el dolor, todas las grandezas y consuelos de la fe. Hablaba con el corazón en la mano, traspasado de arrepentimiento y lleno de humildad.

A la tarde del mismo día escuchó el Padre Veiga mi confesión. Al día siguiente recibía mi primera santa comunión, junto al féretro de la que con su intercesión inmediata ante el trono de Dios me había impetrado la gracia de la fe. Fué el 26 de julio de 1928; tenía 49 años de edad. ¿Estaba convertido por fin? Dios había condescendido con mis anhelos, había escuchado mis humildes ruegos. Poco a poco reconocí las verdades de la fe. Diría que llegué a ello por mis estudios, si no supiese que fué la gracia divina la que me reveló las verdades. Cuando mi alma creyente se vió ante estos dogmas y doctrinas justificadas, razonables y explicables, no pude comprender cómo durante tanto tiempo no había podido entender cosas tan simples. La infalibilidad pontificia, la virginidad de María,

la Eucaristía, la veneración de los santos, todo lo aceptaba mi razón bajo el empuje de los raudales de la gracia divina. En cuanto a mí, cooperaba sólo con mi buena voluntad, dispuesto a aceptar y creer. Ya no existían para mí aquellas tinieblas de la duda. Como si se hubiese corrido una cortina de mis ojos, se extendía ante mí un mundo nuevo. Repito que no estudié ni obras apologéticas ni la Sagrada Escritura. No leía, ni pensaba hacerlo. Excepto en una verdad, la divinidad de Cristo, de la cual dudaría más tarde una vez más, a nadie pedí para nada ni explicaciones ni comentarios. En la soledad, la gracia obraba en mi alma. Rezaba a Dios. Él se encargaba de enseñarme y de aclararme las verdades de la fe.

Mi evolución religiosa podría ser dividida en las siguientes etapas:

1) Hasta los 13 años: Sincera fe en Dios y en los santos, aunque sin instrucción religiosa.
2) Desde los 13 hasta los 42: Materialismo; primero "in crescendo", luego debilitado por las dudas y el deseo de creer.
3) A los 44 años de edad: Readmisión de la existencia de Dios como "causa causarum" de todos los fenómenos en la naturaleza y en la sociedad.
4) El 49º año de mi vida: Sincera y convencida profesión de la Religión Católica bajo

el influjo de la gracia divina que fué derramada sobre mí en abundancia gracias a la intervención inmediata de mi esposa en el día de su muerte, y a mis humildes ruegos. La oración humilde y sincera a Dios me parece el medio mejor para conseguirlo todo. Desde entonces hasta hoy siempre he conseguido para mí y para mis queridos todo cuanto razonablemente he pedido, no con oraciones convencionales, sino con la voz del corazón entregado a la voluntad divina.

ESTADOS UNIDOS

34. LA BELLEZA DE LA LITURGIA

JOHN MOODY

¡Sería la mayor de las locuras que podría cometer!, me decía cada vez que oía que tal o cual se había convertido al catolicismo. Y este modo de pensar apriorístico y simplista me acompañó durante toda la vida. Me crié en la iglesia episcopal, pero al llegar a más edad, la dejé. Empecé a indagar en las formas más variadas del protestantismo. Di un paso más, llegué al panteísmo, pues, por naturaleza me sentía inclinado a la filosofía. Al cruzar los umbrales de los treinta años, el panteísmo me pareció un espantajo sin vida y explorando el terreno de la filosofía, topé con William James y sus adeptos. ¡Y ahí di un adiós a mi fe! ¡Era, como solemos decir: "un modernista"! Pero con el correr del tiempo y la madurez de los años, descubrí, lo que a ningún hombre poco reflexivo se le escapa, que es imposible ser feliz si de cuando en cuando no se vuelven a encontrar reflejadas en otros las ideas propias. En 1910 se me abrió un nuevo horizonte con Herbert Spencer, pero al poco tiempo empezó un nuevo día con William James, siendo éste a su vez reemplazado por un nuevo astro, Georg Santayama; y luego vino Bergson y finalmente Freud con su psico-

análisis, que dió al traste con todas mis anteriores ideologías.

En 1910 había llegado a un punto crítico: la filosofía moderna me parecía vana y huera. No sabía qué creer. La vida no tenía sentido para mí y me veía en la peligrosa situación a la que llega la mayoría de los que poseen algún sentido crítico. Es una situación indefinible, cual si se estuviera andando en un círculo, en el que no se llega jamás a la meta. El peligro está en que en general estos hombres, si no son especialistas en la materia, son muy propensos a prestar fe a autoridades que se han erigido ellas mismas en tales. Recuerdo que acepté el darwinismo porque esas autoridades decían que tenía sólido fundamento científico. De esta propensión nació también mi confianza en Spencer. Pero llegué a preguntarme: "¿Cómo saben estos hombres tal o cual cosa?"

Un día, creo que en el año 1922, discutí este tema con un profesor de la universidad. Y me confesó: "¿Y cómo voy a saber yo si algo es verdadero? ¡Si los hombres supieran que no somos más que unas "polillas"! Porque, en realidad no sabemos más que otros y tarde o temprano nuestras propias ideas nos crean mil compromisos." Tan sincera confesión me dió que pensar. Me acordaba de algunas "autoridades" que, allá en los años cuando era empleado de banco, me infundían un profundísimo respeto. Al llegar a más edad alcancé a ver las flaquezas de esos señores de Wall Street. Me percaté que la mayor parte de esos hom-



bres notables, fuesen industriales o políticos, tarde o temprano se manifestaban como "polillas". Y ahora este profesor amigo venía a incluir en la regla general también a los filósofos.

Estaba yo bajo el influjo de estas impresiones, cuando cayó en mis manos la "Ortodoxie" de Chesterton. Este libro me enseñó a despreciar la filosofía moderna. Pero para mis adentros pensaba que el problema de la vida debía tener una solución satisfactoria. ¿Dónde encontrarla? Sabía que no la hallaría en los diversos sistemas religiosos que uno tras otro me habían contado entre sus adeptos. ¿Dónde estaba la solución, qué finalidad tenía la vida? ¡Solamente me faltaba investigar en el catolicismo! ¿Por qué lo había omitido? Tenía mil prejuicios y prevenciones contra él. Me habían enseñado que era una peste contagiosa de la cual hay que mantenerse lo más lejos posible.

En este estado permanecí. Traspuse los umbrales del medio siglo de edad y después de tanto buscar me encontraba desilusionado. Pero no, aun me quedaba ánimo; el interrogante supremo, la finalidad de la vida, debía tener contestación. ¡Sí, la tenía, y pronto daría con ella!

En 1927 me detuve en Viena con un amigo, por motivos comerciales. Visitábamos a los banqueros y nuestra conversación giraba alrededor de temas de comercio. Un día fuimos a ver a un banquero, pero por razones imprevistas no pudo venir a la hora fijada. Nos sobraba una hora de

tiempo y propuse a mi amigo hacer una visita a la Catedral de S. Esteban, que quedaba cerca. Era el 15 de agosto y llegamos a la hora de la Misa mayor. Nunca antes había ido en América a una iglesia católica. Fué ésta la primera misa a que asistí. La Catedral estaba ocupada por una inmensa muchedumbre de fieles y como nos encontrábamos en la mitad del templo, de a poco fuimos empujados hasta bien adelante. Me di cuenta que este oficio sacro debía ser extraordinario y todo me pareció encantador. De repente sonó la campanilla y todo el mundo cayó de rodillas. Codeé a mi amigo, nos miramos y le dije por lo bajo: "Será mejor que hagamos otro tanto." Nos arrodillamos, y en esta postura permanecimos mientras así quedó la gente. Yo estaba conmovido, tanto que resolví volver a la tarde para las vísperas. En los tres días siguientes asistí todas las mañanas a misa en la Catedral. Antes de abandonar Viena, me dije: "¡El catolicismo encierra en sí una realidad innegable. Tengo que averiguar en qué consiste esta realidad!"

A mi vuelta a Nueva York hablé del caso a mi esposa. Me decía ella: "Antes que te des cuenta habrás caído en la trampa de los curas y te convertirán." "Eso nunca", contestéle yo. "Si yo llegara a este extremo sería por mi libre y soberana voluntad."

Resolví proveerme de libros católicos en la primera ocasión; y créanmelo, no me fué fácil dar con ellos. Hay muchos que, como yo, andan en busca

de libros católicos y no los encuentran. Al fin, cayó en mis manos el libro de Fulton Shen "Dios y la Razón". Encontré aquí, en primer término, un análisis de la filosofía moderna y eso era lo que me hacía falta. Además, contenía una exposición de la filosofía de Santo Tomás de Aquino. Hasta entonces apenas si conocía de nombre al santo. Pero la exposición de la filosofía del Ángel de las Escuelas me dejó suspenso. Pronto empecé a vaciar mi biblioteca de los libros de Mr. Eddy y otros de su laya, para dar lugar a la filosofía escolástica y a la literatura tomista. Y casi sin advertirlo me hallé engolfado en el mar anchuroso y profundo de los libros de S. Agustín y en su teología. Hacia 1931 tenía unos seis estantes de obras católicas. Ya sabía con certeza que me haría católico, pero no me precipitaba en mis resoluciones.

Todavía fuí a ver a tres pastores protestantes, hombres de grandes letras, y les pedí que refutasen mis objeciones. Cuando asediados por mis exigencias les hube acorralado, me dijeron a una: "¡Para usted no hay más remedio; hágase católico cuanto antes!" Pero aun titubeaba. Una vez más volví sobre mis pasos, estudié otra vez a Santayama y compañía. ¿No habría pasado quizás junto a la verdad sin verla? ¿En las encrucijadas de la vida, no habría errado el camino verdadero? ¿No habría cometido alguna omisión? Así pasé un año. Pero transcurrido este tiempo, ya no me cabía la menor duda, estaba convencido que el único camino era la Iglesia Católica.

Fuí a ver a un sacerdote en la zona rural al norte del estado de Nueva York y a la semana fuí admitido en la Iglesia Católica. El Cardenal Hayes me administró la confirmación y recibí el nombre de Tomás. Si alguien me preguntara cómo llegué a la Iglesia Católica, le diría: "¡Por medio de Santo Tomás!"

Dos palabras más. Soy católico hace solamente nueve meses, pero en este brevísimo tiempo he disfrutado una paz de espíritu que nunca antes había experimentado. Estoy plenamente convencido, y siempre lo estaré, que solamente la Iglesia Católica resuelve los grandes problemas de la vida. Digo esto como hombre que durante cuarenta años ha cosechado abundantes decepciones en las esperanzas que ha cifrado en las diversas corrientes ideológicas y en todos los sistemas filosóficos y morales del mundo. Y repito, sólo la Iglesia Católica da una contestación satisfactoria y segura al problema de la vida.

35. ÉL ES QUIEN TE HABLA

ROSALIE MARIE LEVY

En el año de gracia de 1912 el Señor me abrió los ojos para creer en la divinidad de su Hijo y en las enseñanzas de la Iglesia. La gratitud por esta gracia me impele a escribir el presente informe y espero animar con él a otras almas en la búsqueda de la verdad.

Mi patria fué un pueblo del sur de los Estados Unidos, cerca de Nueva Orleán, ciudad adonde íbamos con frecuencia, sobre todo en los carnavales. Eramos cuatro hermanos, tres niñas y un varón. La mayor de las hermanas murió muy joven. Nuestra primera escuela fué el propio hogar, pues mi madre era directora de un instituto pedagógico privado. Mis padres eran judíos y educaban a sus hijos conforme a las prescripciones de la ley antigua. Me mandaban a la escuela sabática y allí aprendí las doctrinas judías. También iba a la sinagoga para los cultos divinos los sábados y sus vísperas y los días de fiesta.

Desde mi temprana juventud me gustó todo lo católico y a veces iba con algunas amigas a los oficios de las iglesias católicas. No entendía las ceremonias, pero me gustaba presenciarlas porque

las encontraba muy impresionantes y piadosas. Mi madre me hablaba muchas veces de una amiga suya que la había acompañado el día de sus bodas como doncella de honor y que pocos años después se había hecho católica. Y yo me preguntaba por qué los judíos no creían que Cristo era Dios cuando tantos millones de católicos estaban convencidos de ello. Como todos mis correligionarios, admitía yo, como se me había enseñado, que el Mesías aun no había venido. Pero pensaba yo, que si el Mesías hubiese aparecido en la tierra, sería el Cristo del Nuevo Testamento, porque en bondad, amor y poder de atracción no podría ser superado.

A los catorce años me pusieron en un pensionado de Nueva Orleáns, el cual no profesaba como tal ninguna religión o secta determinada. La directora era una presbiteriana piadosa y de educación y trato muy finos. Exigía de cada alumna que el día del Señor fuese a la iglesia de aquella religión a que pertenecían sus padres. Y así yo iba todos los sábados a la sinagoga. Pero los domingos iba también a veces a misa, acompañando a algunas niñas católicas. Todos los domingos a la tarde teníamos una función religiosa en el salón de estudios. La abría la directora con una lectura del Nuevo Testamento. Las parábolas que más me impresionaron fueron la de las vírgenes necias y prudentes y la del sembrador. Me gustaban también los cánticos religiosos. Reflexionaba sobre el significado de sus textos y hallaba consuelo en sus palabras.

Un día me dijo una amiga católica que para conseguir una gracia especial estaba haciendo una novena a San Antonio. "¿Por qué no haces también una por mí?", le dije, "porque también yo necesitaría una gracia especial." "Pero eso lo puedes hacer tú misma", me respondió ella. "Bueno, lo haré, pero debes enseñarme cómo se hace", repuse yo. Dióme mi amiga una estatuita de San Antonio y me enseñó una breve oración en su honor. Empecé en seguida la novena, llena de fervor. Para sorpresa y dicha mía, fué escuchada mi petición y desde entonces profesé una gran devoción a San Antonio.

En el otoño de 1906 llegué a conocer a una amiga de mi madre, viuda joven y fervorosa católica. Congeniábamos mucho y pronto nos amigamos íntimamente. Como ella era muy enfermiza, iba a visitarla con frecuencia. La dulce conformidad y la serena paciencia con que sobrellevaba sus dolores me conmovían mucho y despertaban en mi alma serias reflexiones. Tomé como un cargo de conciencia ir a verla especialmente los domingos a la tarde y en las horas de las funciones vespertinas durante la cuaresma, cuando todos sus familiares iban a la iglesia. El culto judío no me satisfacía; me parecía frío, como si careciera de algo esencial. Por eso, excepto los días de fiesta, apenas si iba ya a la sinagoga. Mi amiga lo advertía. Rara vez hablábamos de religión, pero ella trataba de hacerme ver la necesidad de consagrar un día de la semana al Señor. Como estaba em-

pleada en una oficina, y por consiguiente no podía observar el sábado judío, que observase el domingo como el día del Señor... Y así iba a veces a la iglesia católica, pues me gustaba más que las otras. Como mi amiga conocía mi devoción a San Antonio, me explicó la práctica de los "nueve martes" en su honor. También hacía yo novenas a la Virgen Santísima y a San José.

En julio de 1909 dos sacerdotes paulistas dieron una misión en mi ciudad natal. Una amiga nos invitó a mi madre y a mí a los sermones nocturnos. La acompañamos varias veces y con interés especial escuchábamos la palabra del ya fallecido P. Lewis J. O'Hern, de Wáshington. Mis simpatías por la Iglesia Católica iban en aumento. No consentía que nadie la atacase y, dado el caso, tomaba su defensa lo mejor que podía en aquellas circunstancias. Pero aun estaba muy distante de mí el pensamiento de hacerme católica.

En 1910 recibí un empleo nacional en Wáshington. A la segunda noche de mi permanencia fuí invitada a dar un paseo en coche por la ciudad. Yendo por la Pennsylvania Avenue, en dirección al Capitolio, me llamó la atención un enorme letrero luminoso sobre la "Central-Union-Mission", que decía: "Jesús, la luz del mundo." Estas palabras me causaron honda conmoción. Aunque busqué dónde quedaba la sinagoga, iba raras veces a ella; ya no me atraía ni interesaba. Si bien asentía todavía a la opinión judía de que el Mesías aun no había venido, no podía disipar las dudas que al

respecto me desasosegaban a menudo. Pero, había puesto toda mi confianza en la oración, e iba muchas veces, sola y cuando no había nadie, a las iglesias católicas.

El Domingo de Ramos de 1911, acompañada de una amiga que tampoco era católica, asistí a la misa en la iglesia de San Pablo. Con dificultad conseguimos abrirnos paso a través de la muchedumbre que llenaba el templo. Durante toda la misa tuvimos que estar de pie. Aunque no comprendíamos las ceremonias, nos gustaba todo aquello, porque era un conjunto impresionante y piadoso. Al ver el altar mayor iluminado por innumerables velas y una infinidad de lucecillas, al contemplar las pinturas, las estatuas y el conjunto arquitectónico admirable, se apoderó de mí un sentimiento indefinible y un ardiente deseo de poder entender y creer como los fieles que me rodeaban. Más tarde iba a menudo a la misa en la iglesia de San Patricio, si bien no podía resolverme a hincarme de rodillas, como los fieles que asistían al santo sacrificio. Un día me vió salir del templo una dama conocida mía y al instante me vino al encuentro. "¡Cómo, no sabía que usted era católica!", me dijo. "¡Ni lo soy tampoco!", le respondí, "pero, me gustaría saber algo de las doctrinas católicas." Pareció alegrarse ella y se ofreció para llevarme al convento de las Hermanas de Notre Dame, para hacerme instruir. Tuvo que luchar con mi indecisión, porque, en realidad, yo no pensaba siquiera en hacerme católica; además, me sería

molesto el verme atada a un curso fijo de instrucción. Pero, aquietóme ella diciéndome que no había necesidad de hacerme católica si iba a recibir instrucción, a no ser que yo misma lo desease, y que ni podía ser admitida en la Iglesia Católica sin creer antes todos los puntos doctrinales y dogmas de la Iglesia. Consentí entonces, y sin perder un momento más nos dirigimos al convento. Era a principios de mayo de 1912.

Allí nos presentaron a una Hermana que tenía a su cargo la instrucción de los que, como yo, deseaban conocer la religión católica. Se declaró dispuesta a ayudarme en todo lo posible. En mí misma había experimentado yo la eficacia de la intercesión de los Santos, y al igual que esta doctrina de la Iglesia tenía la esperanza que también todas las demás responderían a la verdad. El estudio y la reflexión me convencieron que Cristo era ciertamente el fundador de la Iglesia. Luego, si era Dios, todas las doctrinas de la Iglesia eran verdaderas. Pero, ¿era realmente Dios? Era la pregunta decisiva que a toda costa quería ver contestada. ¿Cristo es Dios? ¿Es el Mesías prometido? Siempre me habían preocupado estos interrogantes y ahora más que nunca me absorbía el interés.

Todo esto se lo expuse a la Hermana. Para dicha y alivio mío comprobé que aquella Hermana experimentada e inteligente encontraba fácil el explicarme y demostrarme por medio de la Sagrada Escritura esta verdad consoladora. De mi parte,

rezaba fervorosamente a Dios para que me concediese la gracia de conocer la verdad y el valor de aceptarla a pesar de cuantas dificultades me saliesen al paso.

Hablé de mis propósitos de conversión a una amiga católica, pero, en vez de infundirme valor, ella más bien me desanimó. Me hizo presente el dolor que con este paso causaría a mis padres y familiares. Esto lo preveía también yo, pero consideraba que mi deber primordial era obedecer a Dios y estaba dispuesta a cualquier sacrificio, con tal de agradarle. Pero, pedía a Dios una señal visible para que me constase que no iba por camino equivocado.

Estando un día platicando de este modo ante el tabernáculo, se me vinieron a la memoria las palabras de Santo Tomás: "Si no viere en sus manos las heridas de los clavos y no metiere mis dedos en su costado, no creeré." Y me pareció como si el Señor me hablase a mí como en aquella memorable ocasión lo había hecho con Santo Tomás: "Porque has visto, has creído. Bienaventurados los que no ven y creen." Jesús me había hablado desde el tabernáculo y me había infundido paz y valor.

En la vigilia de la Asunción de 1921 fui hecha hija de la Iglesia. Y el día de la fiesta misma tuve la dicha de recibir la primera comunión. El mismo día recibí también el sacramento de la confirmación de manos del ahora ya falleci-

do Cardenal Bonzano, entonces Arzobispo y Delegado Apostólico, en su capilla privada.

No puedo expresar cuán feliz me siento desde que he ingresado en el seno de la Iglesia Católica. Pero, si he experimentado muchísimos consuelos, tampoco me faltaron, sobre todo en los primeros tiempos, amargas tribulaciones. La mayor pena me la depararon los reproches de mis padres, que no querían ni podían comprender que yo hubiese abandonado la religión judía, para arrojarme en brazos del catolicismo. Pero, pasemos por alto todo esto. No podían comprender mi posición espiritual, mis convicciones y la superabundante gracia de Dios que me había llevado a la Iglesia verdadera y que me había fortalecido para aceptar su fe.

Estoy convencida que muchas almas buenas y sinceras seguirían gustosas las huellas del Maestro si les fuese concedida la luz que yo recibí acerca de la pregunta decisiva: "¿Cristo es Dios, es el Mesías prometido?" Por eso he tratado de exponer en un librito, titulado "El Camino del Cielo" (edición y propiedad: Convento de Ntra. Sra. de Sión, Viena), cómo las promesas de Dios relativas a un Redentor se han cumplido y que hoy existe en el mundo la Iglesia, continuadora de su obra.

36. UN CAMPEÓN MUNDIAL

RALPH H. METCALFE

No es pequeña la satisfacción que se experimenta al verse coronado con los laureles de la victoria en una carrera en que participan los campeones de todo el mundo y al saber que uno es el campeón mundial. Son éstas y otras muchas las alegrías y sorpresas del deportista profesional. Con gusto se leen entonces los halagadores informes periodísticos aunque no se les puede prestar mucha fe.

Pero todos los honores y distinciones recibidas como campeón son una nubecilla de humo, una efímera pompa de jabón, en comparación del cielo que entró en mi alma con la comprensión de mi dignidad y dicha de ser católico. He encontrado en mi religión una felicidad nunca soñada y son las oraciones un consuelo nunca conocido. Fué mi conversión, sin duda, el hecho más trascendental de mi vida y estoy muy ajeno de lamentar este feliz paso.

Podrá parecer extraño o insólito a mis lectores, sobre todo si son estadounidenses, que un negro se convierta a la religión católica. Pero los hechos demuestran que mi raza, que de día en día aumenta en nivel cultural, es un campo fructífero para la

semilla evangélica. El catolicismo está desarrollando una amplia labor entre mis hermanos de raza. Testimonio fehaciente son las escuelas e iglesias católicas creadas para los negros.

Dicho sea en honor de la verdad, no tuve mayores dificultades al hacerme católico. No sufrí yo los suplicios que atormentan a otros convertidos, que se ven asediados por reproches de amigos y familiares. Yo, al contrario, tuve un ejemplo alentador en mi propia madre, que se convirtió antes que yo. Vivía ella en Chicago. Entre sus amigas tenía varias católicas fervientes, de ambas razas. Admiraba en ellas la sinceridad, el fervor y la conformidad con la voluntad divina en el dolor. Y esta admiración terminó en conversión.

Por este tiempo, cursando todavía los años de enseñanza media, el catolicismo se conquistó mis más cálidas simpatías. Y fue esto lo que me movió a matricularme en la Universidad Marquette, porque era un instituto católico, regentado por los padres jesuítas.

Mi conversión no fué efecto, como pensaban muchos de mis amigos no católicos, del influjo de los Padres de la Compañía, ni tampoco me llevó a este paso la influencia de mis compañeros de estudio y deporte. Ya mucho antes de inscribirme en la Universidad católica me había interesado, como aduje arriba, la Iglesia Católica. Las experiencias que hice en la Universidad no hicieron más que confirmar mis anteriores simpatías y resoluciones.



Ralph H. Metcalfe

Durante un viaje que hacía con el cuadro deportivo de la Universidad, en invierno de 1932, confié mi "gran secreto" a un amigo. Lleno de alegría me arrojó los brazos al cuello y me aconsejaba que no demorara en empezar mi instrucción. Pero rechacé su consejo, diciendo: "Ahora no tengo tiempo; estoy recargado de estudios, me absorben los entrenamientos. ¡Quiero llegar al catolicismo con plena conciencia!" Pero no hubo modo de hacerlo cejar a mi amigo. Dió parte de la novedad al entonces director del círculo universitario, P. John Markoe, S.J., en quien todos los estudiantes apreciábamos un verdadero hombre, en todo el sentido de la palabra. Me presenté, pues, a él.

Bien visto, no tenía yo reparos y dudas, pero me parecía un poco violento. El P. Markoe daba a la instrucción un carácter sencillo y familiar. Primeramente me demostró cuál era la Iglesia verdadera, y luego me introdujo en los dogmas de fe y en las costumbres de la Iglesia. Otros también se desvivían por ayudarme. Puedo afirmar que en general reinaba un laudable espíritu de colaboración entre los estudiantes y la Facultad, no sólo en el sentido religioso, sino también en el campo científico. Era ésta una circunstancia que me hacía grata la Universidad y por lo que me encontraba feliz en ella.

Mi admisión en la Iglesia se realizó hace más de dos años. El día de mi confirmación fué otro día feliz para mí. Inolvidable es también aquel 8

de diciembre de 1932, en que fuí recibido en el círculo mariano.

Voy con regularidad a la iglesia de negros de San Benito "el negro", aledaña al terreno de la Marquette, y a menudo me acompaña alguno de los universitarios negros no católicos.

El catolicismo me ha abierto los ojos. Me ha infundido nueva alegría de la vida, me ha dispensado consuelos inefables, me ha llenado de nuevo vigor. Tanto en mis estudios como en el deporte, en mis esfuerzos físicos como espirituales, mi confianza entera la tengo puesta en la oración. No deseo otra cosa, y así se lo pido al Señor, que perseverar fiel a esta Iglesia.

37. UN FUTBOLISTA PROFESIONAL

KNUTE ROCKNE

Un sentimiento de admiración y santa envidia se apoderaba de mí cuando veía como todo mi cuadro de futbolistas se acercaba cada mañana a la santa comunión. Opté, por fin, acompañándolos a la misa a lo menos en los días que teníamos un partido por delante. Reconocía que no podía causar una impresión muy edificante que yo, director del cuadro, al llegar a una ciudad junto con mis compañeros, me dirigiese desde el tren directamente al hotel, mientras los demás iban a la iglesia. Por el solo motivo de no constituir una nota discordante, decidí ir a la Iglesia con ellos los días que teníamos concertado un partido.

Una noche, antes de un gran encuentro en el Este, estaba nerviosísimo por la expectativa de la jornada. ¡Imposible conciliar el sueño! Después de muchas tentativas infructuosas de dormir, resolví vestirme y bajar al zaguán del hotel para echarme en un sillón y dar libre curso a mis ideas. Habrá sido a las dos o tres de la madrugada cuando hice esto. Para distraerme, trabé conversación con unos mozos del hotel que por allí rondaban.

Hacia las cinco o seis iba recorriendo el zaguán a grandes pasos, cuando de repente topé brusca-

mente con dos de mis jugadores que salían apresuradamente. Interroguélos por el motivo de su salida mañanera, aunque ya lo adivinaba. Después me retiré a un ángulo, desde donde, sin ser visto, podía observar a cuantos entraban y salían. Al poco rato iban saliendo mis jugadores en pequeños grupos. Cuando casi todos hubieron desfilado, me aposté junto a la puerta para atajar a los últimos. No esperé mucho hasta que los vi llegar. Preguntéles si iban a misa. Me lo afirmaron. Y tomándolos del brazo, los acompañé. ¡No imaginaban ellos la emoción que me causaba su piedad y fervor! Cuando los vi a todos ir a comulgar, pensé cómo para hacerlo sacrificaban varias horas de sueño y comprendí por primera vez la importancia que tenía la religión en la vida de esos jóvenes. Y fue ésta para mí la hora de la gracia y de la luz y vi lo que siempre me había faltado en la vida. Y pronto tuve la dicha de arrodillarme en el comulgatorio junto con todo mi cuadro.

38. LA SUCESIÓN DEL MAGISTERIO INFALIBLE

Excmo. Sr. Obispo DUANE G. HUNDT

A menudo se juzga muy mal a los convertidos a la religión católica. Se pone en duda la suficiencia de sus conocimientos del catolicismo; los amigos generalmente les presagian el fracaso de la vida; hay quienes atribuyen su actitud a un momento de irreflexivo entusiasmo, y todos, por fin, afirman que es una humillante rendición de la independencia intelectual. Mucho dista todo esto de la verdad, como podría demostrarlo por mis propias experiencias, porque el caso de mi conversión es justamente corriente y característico.

Nací y me crié en un hogar que, aunque no católico, era muy religioso. Mis padres eran cristianos prácticos y piadosos. Desde muy pequeño me llevaban a la iglesia, a la escuela dominical y a los diversos oficios eclesiásticos. Desde edad muy temprana me familiaricé con la Biblia, y siempre le guardé profundo respeto. Con el tiempo fuí enviado a un colegio cristiano, donde en un principio fuí fiel a las prácticas piadosas de mi niñez.

Sobrevino, empero, un tiempo en que, por razones que no quisiera mencionar aquí, adopté una

actitud indiferente y despectiva hacia la religión. Recuerdo que renuncié a las reuniones devotas, que tomé una posición casi hostil, y que llegué a hacer observaciones poco delicadas sobre las oraciones inadecuadas y sobre las exteriorizaciones de piedad de mis compañeros. Me irritaba el sentimentalismo de las reuniones para fomentar el espíritu religioso, como también el empeño proselitista con que los estudiantes cristianos trataban de ganar a sus compañeros no cristianos. No es de extrañar, pues, que dado mi estado de ánimo, cada día me sintiera más incómodo en ese ambiente. Hacía ya mucho tiempo que me preocupaban determinados problemas religiosos. ¿Qué debía creer? ¿Qué hacer? ¿Cómo debía dar culto a Dios? ¿En qué fuente bebería la verdad? Comprendí que para dar algún sentido humano a mi vida, debía dar respuesta satisfactoria a estas preguntas, que de continuo me atormentaban. Mediante mis propias investigaciones podría llegar a conocer las verdades de la ciencia, de la historia y otras materias, pero comprendí que para conocer las verdades de la religión debería volverme a Dios. ¿Cómo hacerlo? Por de pronto tendría que hacer un serio análisis de mi situación. Refirmando mis creencias en la existencia de Dios y que Dios es el autor de la verdad, vi que había solamente tres caminos por los cuales Dios me podría guiar. El primero, que Dios me instruyera directamente de alguna manera prodigiosa; el segundo, que inspirara a un hom-

bre escogido para que escribiese un libro, a través de cuyas páginas el Señor me hablaría, el tercero, que seleccionara un grupo de hombres, los instruyera en la verdad, y los autorizara luego para que me enseñaran.

En cuanto al primero, no encontraba el menor indicio de que Dios me hubiese revelado directamente la verdad, ni era muy razonable esperar tal cosa de Él. Si Dios me revelara inmediatamente la verdad a mí, debería hacer lo mismo con otros. Y si revelara la verdad en forma directa a los individuos a causa de sus ardientes y sinceros ruegos, debería comunicársela de manera idéntica a los millones de personas piadosas que hay en todas las religiones en todo el mundo. Pero si en realidad hubiese sucedido así, habría Dios revelado las doctrinas más contradictorias a diversas personas. Esto, por supuesto, era totalmente absurdo. El segundo medio posible era un libro. Instintivamente volví mis miradas a la Biblia, tan respetada desde mi niñez. Siempre la había considerado como la palabra de Dios. Pero cuando examiné el asunto a través de la crítica, quedé desorientado. Sabía desde luego, que había muchas y diversas interpretaciones del texto sagrado. Del mismo capítulo y hasta del mismo versículo las diversas religiones cristianas habían deducido las doctrinas más contradictorias. ¿Qué interpretación, cuál de las doctrinas era la auténtica y verdadera?

Para colmo de males se me planteó una nueva dificultad. ¿Cómo podía saber yo que Dios había

inspirado a los autores de la Biblia? Se me había dicho que algunos cristianos de los primeros tiempos de nuestra era habían decidido que la Biblia era inspirada. ¿Pero cómo lo sabían ellos? ¿Se lo había comunicado Dios?

Se me había dicho que sólo leyendo la Biblia con devoción se me haría manifiesta su inspiración. Seguí el consejo. Había ciertos pasajes de la Biblia que me llenaban sobremanera de admiración, pero no podía estar seguro si eran inspirados. ¿Cómo averiguarlo? ¿Qué norma podía aplicar? Pero también había otros pasajes de la Biblia que no me interesaban en nada. ¿Tendría por inspirados a los primeros y a estos últimos no? Si tal hiciera, acomodaría la Biblia de acuerdo a mis propias conveniencias.

La tercera posibilidad era que Dios hubiese designado a ciertos hombres como representantes suyos para instruirme. Probablemente serían ellos los ministros de alguna iglesia. ¿Pero de qué Iglesia? ¿Cómo la identificaría? Con seguridad, si Dios había nombrado representantes, estarían provistos de credenciales que los acreditasen claramente como tales. Pero a tales hombres no los conocía. Además, si ellos enseñaban en nombre de Dios, debían ser infalibles. ¿Y dónde encontrar a estos hombres?

Cuanto más reflexionaba sobre estos enigmas, tanto más crecía mi confusión. Desesperaba de encontrar la verdad divina enseñada infaliblemen-

te. Mis inquisiciones habían suscitado las dudas y las dudas iban corroyendo la fe. Era innegable que estaba bien lejos de aquella fe sencilla y confiada de mi juventud.

En este estado de ánimo, recibí unos libros que exponían la religión católica. Recuerdo bien con qué desprecio y desdén comencé a leerlos. Estaba tan seguro que la religión católica era falsa, que ya de antemano prejuzgaba que sus páginas no eran sino una trama de contradicciones y burdas patrañas. Sin embargo, a pesar de mis prevenciones, descubrí que después de todo la Iglesia Católica tenía la solución de mis problemas.

Al principio no tomaba esta lectura tan en serio, pero luego hacía apuntes y trataba de recordar algo. Recuerdo haberme dicho una vez a mí mismo: "Es una vergüenza que la Iglesia Católica sea tan tremendamente mala a causa de la lógica de sus argumentos." Pero me habían contado tantas cosas de la Iglesia Católica, que estaba ciego de prejuicios. Me habían enseñado que habiendo sido la Iglesia Católica santa y fiel durante algunos siglos, luego se había corrompido, y sus obispos y papas habían caído en la vida más escandalosa. De ahí que cuando me resolví a estudiar con seriedad la religión católica, estas acusaciones se volvieron a agolpar en mi mente. Hice un examen de ellas. Para mi grandísima sorpresa comprobé que las acusaciones contra la Iglesia Católica no se podían probar. Entre muchos citaré aquí un ejemplo típico.

Dióme un amigo un panfleto en que el autor trataba de probar que San Pedro nunca había estado en Roma. Según su argumentación, afirmaba confiadamente que los derechos de primacía de la Iglesia Católica eran falsos. Leí el panfleto y después inquirí también en libros católicos sobre el mismo tema. Encontré que la Iglesia Católica podía probar hasta la evidencia la legitimidad de sus derechos, apoyada hasta por los mejores historiadores no católicos. La consecuencia de este incidente fué que sentí un respeto mucho mayor que antes hacia el catolicismo. Lo mismo me sucedía con todos los temas que sometía a mis estudios.

En el camino de mis dificultades, llegué un día a tropezar con la duda acerca de la divinidad de Cristo. Y deliberadamente exageré esta duda, pues deseaba librarme de la Iglesia Católica. Aunque parezca extraño, es ésta la verdad. Trataba de convencerme a mí mismo de que la Iglesia debía estar en el error, y que debía haber caído en doctrinas falsas y que su ruta era equivocada. Y si las cosas eran así, Dios no había preservado a la Iglesia contra el error. Entonces aquella promesa de infalibilidad hecha por Cristo a su Iglesia era una mera cuestión de historia. Si ella se había equivocado, Cristo no la había protegido y no había cumplido su promesa. Si fuese así, evidentemente no era Dios, sino solamente un hombre, y por más señas, un hombre fanático.

En mis deseos de no someterme a la Iglesia Católica, llegué a caer en la trampa de mis propios

prejuicios. Si aceptaba como probado el cargo que se hacía a la Iglesia contra su inmunidad del error, estaba obligado a rechazar la divinidad de Cristo. De hacer eso, rompería a la vez con el cristianismo y con toda iglesia cristiana. En tal caso, ¿dónde buscaría la verdad? Pero, si aceptaba la divinidad de Cristo, mis pasos se dirigirían hacia la Iglesia Católica.

No quedaba escapatoria. Tarde o temprano tendría que estudiar a fondo el tema de la divinidad de Cristo. Para abreviar la narración, de este estudio resultó que admití la divinidad de Cristo como probada y que no podía dejar de aceptarla, si quería ser sincero y razonable. Sin embargo, al poco tiempo volvía a alistarme nuevamente contra la Iglesia Católica. Cristo era Dios. Había fundado su Iglesia y le había prometido inmunidad contra el error. Eran hechos que no se podían negar. Por esto, Él había protegido su Iglesia contra errores y naufragios y su Iglesia existía en el mundo y enseñaba infaliblemente la verdad. Por más que me esforzase, no podía cerrar los ojos a esta verdad.

Para huir de lo inevitable, leí los peores libros que tenía a mi alcance contra la Iglesia Católica. iba con mayor regularidad a otras iglesias, enseñaba en la escuela dominical y trataba de identificarme con estas sociedades. ¡Y todo esto lo hacía con la esperanza de hallar satisfacción y felicidad fuera de la Iglesia Católica.

Durante un curso extraordinario de jurisprudencia resolví sincerarme conmigo mismo, y puesto que la lógica me guiaba abiertamente hacia la Iglesia Católica, me adheriría a ella. No podía ser un cobarde en mis convicciones. Y llegué a ser católico porque no pude evitarlo ya más. La Iglesia Católica respondía perfectamente a mi primer análisis. Evidentemente, Dios no me reveló directamente la verdad. No cabía duda que Él había revelado la verdad a los autores de la Biblia, pero para que sus lectores no cayesen en errores, había designado a los rectores y jefes de la Iglesia para interpretar autorizadamente la Sagrada Escritura. Las autoridades de la Iglesia llevaban el distintivo de representantes de Dios, ya que eran los sucesores de los Apóstoles, a quienes Cristo había entregado personalmente el magisterio infalible. Eran ellos, como comprobé, los obispos de la Iglesia Católica.

39. LA PRESENCIA INVISIBLE

AGUSTINE J. ROTH

Muchas veces se me ha preguntado cómo y por qué me hice católico. Quisiera contestar breve y concisamente a esta pregunta, pero no me creo capaz de ello. Si cuando era protestante, hubiese sido uno de los liberales, nada me sería más fácil, y en el más probable de los casos mi respuesta se reduciría a éstos o parecidos términos: Quedé impresionado por la piedad de algunos católicos de mis relaciones; o sino, encontré a un sacerdote o a una Hermana que me dió unos libros católicos. Pero como yo había sido un fanático, hasta tal grado que no toleraba ningún católico entre mis conocidos, me resulta dificultoso ser breve en mi exposición.

Las doctrinas de la iglesia bautista me tenían descontento, y por eso me entregué al estudio de las enseñanzas de otras iglesias, excluyendo naturalmente la católica, y a esta tarea estuve entregado durante seis años. ¿No habría otra iglesia a cuyas doctrinas podría asentir con toda sinceridad? Jamás habría sospechado que esta investigación pudiese guiarme al catolicismo, porque odiaba tan de corazón a esta Iglesia que, de haber tenido algún

indicio del resultado de mis inquisiciones, sin duda las habría abandonado, aun con riesgo de perder mi alma enteramente y de desarraigar de mi corazón hasta el último resto de la fe que me quedaba. Si, a pesar de este mi fanastimo, llegué más tarde a convertirme, es ello una prueba de la misteriosa eficacia de la gracia divina, que paso a paso me condujo a través de las contradicciones y errores de las otras confesiones y me enriqueció con el más precioso de los dones: la fe. Esta es la verdadera respuesta a la pregunta, cómo me hice católico. La contestación a la segunda cuestión, por qué me hice católico, puede resumirse en pocas palabras. Me hice católico, porque, después de una concienzuda investigación de seis años, quedé convencido que la Iglesia Católica es la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica. Me hice católico por la misma causa por la cual se convirtieron el año pasado medio millón de almas, porque nadie puede conocer la verdadera Iglesia y sentirse feliz no perteneciendo a ella.

Mi conversión se llevó a cabo de un modo poco común y podría llamarme un convertido del Smo. Sacramento. Dios me condujo a la Eucaristía, después de haber buscado durante seis años el alimento para mi alma, después de haber hecho durante seis años todos los esfuerzos posibles para mantener encendida la fe que lenta pero irremisiblemente se consumía, porque en vez de pan se me daban piedras. Después de haber vagado durante más de un lustro en medio de una oscuridad impe-

netrable de sectas y doctrinas, de luchas y discordias, de dudas y temores, estaba ya a punto de desesperar en mis anhelos por la verdad. Entonces el P. J. A. O'Brien me invitó a visitar la Catedral de Sprinngfield, de Illinois. Jamás en mi vida había yo cruzado los umbrales de un templo católico. Nada sabía de sacramentos o sacramentales, a no ser lo poco que se nos había enseñado en nuestros propios seminarios, y esto no tenía aplicación en el Smo. Sacramento. Pero cuando puse pie en el recinto sagrado y me hallé por primera vez ante el Santísimo, sentí que me encontraba en presencia de Cristo. Verdad es, ignoraba entonces que Él estuviese presente en el Sacramento del Altar, pero tenía la certeza de que estaba presente en aquella iglesia, porque nunca en mi vida me había sentido tan cerca de Él como en esa hora memorable.

Postréme y recé. Allí vertí a los pies del Maestro todas las penas de mi alma y mientras rezaba sentí que cesaban mis congojas. Por primera vez después de tantos años sentí nuevamente la alegría de un alma feliz y la paz espiritual que se apodera de quien, después de haber vagado por la soledad de sectas y errores, ha llegado por fin a la casa paterna.

Allí mismo y al instante quise que se me recibiera en la Iglesia Católica, lo que naturalmente no se realizó. Los argumentos del sacerdote católico me impresionaron. Después de decirme que era necesaria una instrucción previa y que le sería muy

grato dar comienzo de inmediato, me recalcó el sacrificio que implicaba una conversión. Al despedirme de él aquella tarde, me entregó varios libros. Y los había escogido muy sabia y prudentemente, pues cuando llegado a casa abrí el paquete, me encontré con una pequeña biografía del Cardenal Newman.

Extraño parecerá, pero confieso que no sabía que el gran Newman fuese un convertido. Muchas veces, y en mi propia iglesia, habíamos cantado el "Lead Kindly Light" y cuanto sabía de su autor o autora era que se llamaba J. H. Newman, porque otro dato no figuraba en el libro de nuestros himnos. Nunca hubiera imaginado que este cántico fuera una plegaria que servía de faro a alguien que, como yo, sentía un gran vacío en su corazón, vacío que su propia Iglesia no era capaz de colmar. Entre los libros que me había dado el P. O'Brien figuraba también el titulado "Rebuilding a Lost Faith" de John L. Stoddard, otro convertido. Al leer esta segunda obra recibí como una sacudida, porque si alguien me hubiera dicho que este libro había sido escrito por un convertido en reconocimiento y defensa de su fe, no le habría dado crédito. Otro libro, titulado "Where we got the Bible", de Graham, me demostró que toda la enseñanza recibida en el seminario había sido una pérdida de tiempo, porque sólo después de haber leído este libro me percaté de cuán poco sabía de la Biblia, no obstante que la había estado predicando durante más

de siete años. ¡Tan cuidadosamente están veladas las verdades a los ojos de quienes se preparan a la carrera eclesiástica! Con tan concentrado interés me entregué a la lectura de estos libros que permanecí en vela durante toda la noche. A la mañana di cuenta a mi esposa de la visita que había hecho al sacerdote, de lo que había experimentado ante el Smo. Sacramento y de los libros que había leído. Me rogó que desistiera de este camino, porque si seguía adelante atraería la desgracia sobre la familia, y si me hacía católico ella tomaría a nuestro hijito y se iría a casa de sus padres. Que no querría ni oír ni saber nada de mí hasta tanto que no hubiese vuelto arrepentido.

Muchas veces había oído hablar de las tremendas crisis pasadas por algunos hombres. En tal trance, por cierto poco halagüeño, me encontraba yo ahora. Estaba ante una grave disyuntiva. Si escuchaba la voz de Dios que resonaba en mi conciencia, perdería a mi esposa y a mi hijito, seres tan caros a mi corazón. Si, en cambio por falso amor a mis seres queridos, desoía la voz de Dios. perdería sin remedio mi alma inmortal. Frente a tal situación, iba de biblioteca en biblioteca, devorando todos los libros no católicos que caían en mis manos, porque contra toda esperanza esperaba encontrar una puerta de escape. Y aunque leía con pasión, me convencí que todo lo que afirmaban el sacerdote y los autores de los libros que él me había prestado podía ser estrictamente compro-

bado y verificado hasta por notables teólogos no católicos. Puse entonces mis manos en las llagas ensangrentadas del Divino Crucificado y le pedí la gracia de perseverar en su seguimiento. Y Él me escuchó.

Sobrevino entonces un período de persecución tan cruel de parte de mis deudos y conocidos, que apenas se creyera posible tal cosa en pleno siglo veinte. Sin embargo, las promesas del Señor me daban la fuerza necesaria.

Mi esposa me había abandonado. Sin comunicarme nada, escribió después a las hermanas que me habían dado albergue, y a los cinco meses volvió a mi lado y fué inmensa mi alegría cuando el santo bautismo católico me devolvió a mi esposa y a mi hijito, uniéndonos en la misma fe. Mientras tanto muchos de aquéllos que me perseguían han ingresado igualmente en la Iglesia Católica.

Hace ya cinco años que soy hijo de la Iglesia y de día en día me siento más profundamente arraigado en mis santas creencias. En la Iglesia encuentro una Biblia incólume a través de una tradición gloriosa, porque la Iglesia Católica ha venido actuando como testigo desde los días de la vida terrena de Cristo. Ella estuvo presente en la Última Cena; estuvo presente ante el tribunal de Pilato; estuvo presente en la Resurrección; estuvo presente en las catacumbas de los primeros cristianos, en sus calabozos humillantes y en la arena de su martirio.

Durante casi dos milenios ha señalado la Iglesia una senda estrecha por entre las heladas y estériles cumbres del fanatismo y de los prejuicios. Ella ha visto a los pueblos alzarse hasta la cima del poder y los ha visto precipitarse en la ruina. Millares de hombres se han levantado iracundos para arrojar su puñado de arena contra la sólida roca sobre la cual su Divino Fundador la ha colocado. Sus enemigos han creído triunfar durante breve tiempo, pero cual flor de un día han caído sepultados entre el olvido y desprecio de los hombres. Ella ha visto el efímero triunfo de sus perseguidores y ha contemplado su fin. Ella en cambio vive y vivirá como la más pujante fuerza civilizadora que el mundo jamás ha conocido, porque Cristo le dió la promesa: "Y yo estaré con vosotros todos los días, hasta la consumación de los siglos."

Vine en busca del pan de la verdad y se me ha dado pan de vida. Gozo del privilegio de estar en comunión con el glorioso ejército de los santos y de los mártires, cuya sangre ha sido semilla de nuevos cristianos. En esta compañía seguiré adelante hasta alcanzar la meta que será mi premio. Ya no hay más dudas, ni temores, ni sectas vacías e inútiles. ¡He encontrado la casa paterna!

CANADÁ

[illegible]

40. MIS VECINOS CATÓLICOS

Dr. SAM ATKINSON

En mi libro "My Catholic Neighbours" (The Trinity Publishing Co., Toronto, 1934), he descripto mi conversión y cómo sometí las doctrinas católicas a un minucioso examen a través del prisma de la razón. El catolicismo me llegó a interesar por una especie de provocación de parte de un sacerdote católico. En mi calidad de conferencista racionalista me había dedicado a estudiar todas las formas posibles de religión. Entre mi público se hallaba un día el R. P. Finn, de Rockford, Illinois. Después de la conferencia el Padre me invitó a un té. Nos entretuvimos largo rato y el sacerdote llegó a decirme: "Señor Atkinson, según parece conoce usted todos los sistemas religiosos del mundo, pero por lo visto nunca ha hecho una exploración por el campo católico. ¿Sabe usted que en Estados Unidos hay veinte millones de católicos y que de los diez millones de habitantes de Canadá cuatro millones pertenecen a la Iglesia Católica? Para conocer el confucianismo, usted estudia la doctrina de Confucio. ¿Por qué no consulta los autores católicos si quiere conocer el catolicismo? Me parece que sus vecinos católicos son acreedores a la atención de que usted se informe de sus creen-

cias; y para eso debe leer libros católicos. No creo que usted sea de número de los que emiten a plena conciencia un falso testimonio contra el prójimo. Me tomaré la libertad de indicarle los libros que le convienen para el efecto."

En consecuencia empecé un estudio serio del catolicismo. Imposible enumerar todos los libros que leí, pero tampoco viene al caso, ya que en definitiva no fueron ellos los que me condujeron a la verdad.

Por la lectura de ciertos libros, llamados científicos, sobre el socialismo, llegué a formarme un criterio puramente material de la historia y me convertí en un filósofo anárquico. ¿Dios? Era para mí simplemente una idea. Y aquel Jesús de Nazaret no era más que un gran Maestro. La historia de la concepción virginal la relegué al mundo de las fábulas. Como no creía ni en la existencia de Dios, era punto menos que imposible que la sola lectura me abriese los ojos a la verdad. ¿Tenían solución los problemas de la vida? La había buscado, pero sin éxito positivo. ¡Pobre iluso! ¿Quién jamás podrá resolver los graves enigmas de la vida sin la convicción de que la fe es una gracia de Dios?

La promesa hecha al P. Finn de leer los libros recomendados la cumplí fielmente. Pero cuando en una ulterior permanencia en Rockford pensaba ir a ver al Padre, me comunicaron que había fallecido. El P. Whalen, de la iglesia de Santa María, que fué quien me dió la triste nueva, me invitó

a una entrevista después que hubiese dado mi última conferencia en la ciudad. Acepté de buen grado la invitación. El P. Whalen era un inválido de la guerra. Unos meses más tarde habría terminado su carrera en la Iglesia militante.

Aquella noche, que para dicha mía pasé con él, será siempre uno de mis recuerdos más gratos. No hablamos de cuestiones religiosas, sino de los mil problemas de la vida. Pronto nos encontramos en un ambiente de cálida confianza. Entre otras cosas me dijo que estaba convencido que el P. Finn me había abordado con excesiva violencia en aquel nuestro primer y único encuentro. Luego, como descorriendo suavemente los telones de un escenario, me hizo echar una ojeada sobre la vida de un sacerdote, con todos sus deberes y preocupaciones, esperanzas y deseos. No era aquélla una conversación de pasatiempo. El P. Whalen rayaba muy alto en cuestiones de literatura. Con la misma soltura con que aducía a los Santos Padres, citaba a Browning, Tennyson y Whittier. No echaba en olvido su calidad de sacerdote; sin embargo, me sentía humanado con él. No retrocedía ante ningún problema y los sometía todos a su seria investigación y examen.

Al despedirnos eran casi las dos de la madrugada. Alargóme el Padre la mano y reteniendo la mía en la suya, me dijo: "Señor Atkinson, ¿me permitiría una pregunta de índole enteramente personal? ¿Reza usted alguna vez?" Libré mi

mano de la suya. "—¿Qué, rezar?", exclamé. "¡En diez años no he vuelto a pronunciar una oración!" Y continuó el Padre: "—¿Podría pedirle un favor, de *gentleman* a *gentleman?* ¡Hágame el obsequio de rezar cada noche de rodillas, antes de acostarse, una breve oración!" "—Pero, "Padre", le contesté, "sería una falsedad de parte mía porque, en primer término, no creo que exista quien escuche mi oración, y luego, no estoy en condiciones de prometerle algo que me pondría en el compromiso más ridículo." "—Querido amigo", me interrumpió el sacerdote, "si no existe un Dios, en todo caso no le hará daño este acto. Haga usted la tentativa."

Titubeé un instante. "De gentleman a gentleman" me había dicho... Pero, ¿no era absurdo ponerse a rezar si no existía un Dios? "—¿Y por qué intención he de rezar?", solté al fin. "—Póngase de rodillas ante su lecho", me dijo el Padre, "y si nada se le ocurre, rece así: ¡Oh Señor, haz que vea!"

Vuelto al hotel, me desvestí rápidamente y me metí en cama. A punto de dormirme, me acordé de aquellas palabras: "De gentleman a gentleman". Yo me consideraba tal y lo quería ser en todo caso. Había hecho una promesa y por infantil que pareciese, debía cumplirla. Salté de la cama, me puse de rodillas y juntando las manos en actitud devota, dije: "¡Oh Señor, haz que vea!", y volví a acostarme. Al menos había cumplido mi promesa.

Hay hombres que tienen el don de conmover a otros hasta las fibras más íntimas del corazón. Cristo debió tener una clarísima visión del porvenir, cuando dijo a Pedro, el pescador: "Desde hoy serás pescador de hombres." Un pescador experto decía una vez: "Echa el anzuelo y retírate; cuanto más te retires, tanto mayor será la probabilidad de una buena pesca." El P. Whalen era uno de los pescadores de este método; se retraía en absoluto. No trabó una polémica, no trató de convencerme con argumentos aplastantes, porque sabía que la fe es una gracia de Dios. Santo Tomás de Aquino dice: "La fe es un acto del entendimiento que, con la ayuda de la voluntad movida por la gracia de Dios, reconoce las verdades divinas." La fe es, pues, un don de Dios, una gracia que ilumina el entendimiento para que conozca la verdad, y mueve a la voluntad a que asienta a la verdad conocida. Algo así me había expuesto una vez mi padre. ¡Que leyese cuanto quisiera, que estudiase al pormenor el ideario y la doctrina de mis vecinos los católicos a fin de juzgar rectamente, nunca llegaría a creer con eso en las verdades divinas, si la gracia de Dios no me iluminaba. Mucho más tarde llegué a saber que el P. Whalen había ido a la mañana siguiente de nuestra entrevista al convento de las Clarisas para pedir oraciones por la salvación de mi alma.

Indudablemente, en aquellos tiempos aun estaba muy alejado de la Iglesia. Había cumplido cier-

tamente la promesa de rezar diariamente, pero no se había hecho sentir ningún efecto. Al contrario, me parecía que la vida me hacía sentir cada día más duramente sus problemas sombríos y enigmáticos. Pero hoy comprendo que también aquella permisión de Dios era providencial.

Hace poco tuve una entrevista con un señor que negaba los milagros de Cristo. Como prueba, aducía la curación del ciego. Decía: "¿Por qué no devolvió Cristo la vista al ciego con sola su palabra, en vez de escupir en el suelo, como lo hizo, y untar con barro los ojos del ciego?" Ocurría esto ya después de mi conversión y supe contestarle que no era de admirar que Cristo sanase con barro a un ciego, ya que el hombre mismo no es sino barro y tierra. Además, dije que Cristo no podía ignorar que la mayoría de los ciegos distinguen aún un débil rayo de luz y que con su proceder había querido significar el efecto de la gracia divina; por eso hizo mayores las tinieblas, obstruyendo por entero la vista del enfermo, para hacer brillar luego tanto más la luz.

Aunque por entonces yo me había acercado más a la luz, me rodeaba todavía una densa oscuridad. Para salir de estas tinieblas, me alejaba siempre más de Dios. Decía Voltaire en cierta ocasión: "Cuanto más leemos, más sabemos y cuanto más hemos estudiado, mejor nos consta que no sabemos nada." Aquellas mis lecturas no pudieron dejar de inquietarme. Por ellas había llegado a saber

que las doctrinas del protestantismo, al que me había adherido cuando joven, estaban cimentadas sobre una base movediza y falsa. Reconocí que no hay persona que sea tan universal que abarque todos los campos, y que ningún hombre es competente sino en su materia. El hecho de ser el señor Oliver Lodge un gran científico no hace que sea una autoridad en el terreno religioso. Ciencia y religión difieren en muchos aspectos. El verdadero hombre de ciencia no puede fundar sus demostraciones en meras hipótesis, sino en hechos concretos y probables, y estos hechos deben basarse en la verdad. De ahí que sea imposible una contradicción entre una religión verdadera y una ciencia que fundamenta sus experiencias en la verdad. Pero, ¿cómo llegaría yo a la inteligencia de la verdad? Por un solo camino: la unión con Aquél que es el origen de toda verdad. Por un suceso insignificante se curaría mi ceguera.

Mi esposa y yo habíamos puesto un jardín. Éramos de la ciudad y por primera vez nos dedicábamos a tal ocupación. Hacíamos todo de propia mano. Removíamos la tierra, sembrábamos y plantábamos. Durante el invierno estudiábamos horticultura. El cultivo de este jardín era todo nuestro encanto en la primavera. Digamos, entre paréntesis, que el trabajo principal lo hacía mi esposa; yo le ayudaba cuando podía. A menudo íbamos recorriendo nuestro pequeño paraíso, alegrándonos con cada nuevo retoño que nacía y recreando nuestra vista en aquellos verdes planteles.

Un día, cuando todo el jardín estaba bien ordenado, se presentó una fuerte tormenta. Estaba yo en el centro de la ciudad. Veía cómo se formaban los negros nubarrones y cómo el cielo al fin se desplomaba en un torrente diluvial. ¡Una idea cruzó como un relámpago por mi mente! ¡Qué sería de nuestro jardín! Lo di por perdido. Apenas cesó la lluvia, tomé un auto y volé a casa. Mi esposa estaba en el jardín y al verme llegar me gritó desde lejos: "¡Mira, a pesar de la tormenta ninguna planta ha sido dañada! ¡No se ha quebrado ni una hoja!" ¡Me quedé inmóvil, perplejo, mudo! Los ojos se me llenaron de lágrimas. Recobrada la serenidad, dije: "¡Qué maravilla! La lluvia hubiera podido arrasarlo todo. Si no ha sucedido así es porque un poder invisible lo ha dispuesto de otro modo. Tras las leyes de la naturaleza debe ocultarse un legislador. ¡Hay un ser superior! ¡Existe un Dios y creo en él! ¡Señor, ayuda mi incredulidad!"

"No es por el poder ni por la ostentación de su fuerza que habló el Señor, sino por su espíritu." El P. Whalen había tenido razón al afirmar que la fe es una gracia de Dios. ¡Y yo era partícipe de esta gracia! Ante la luz de esta fe desaparecieron como por encanto todas las tinieblas de mis dificultades. De repente me sabía explicar cuanto había leído acerca de la Iglesia única y verdadera. El plan salvífico de Dios se me había revelado en toda su sublimidad. Dios había entregado

a su unigénito Hijo por nuestra redención. No, no podía ya reducirme a un estudio frío de la fe de mis vecinos, debía apropiármela absolutamente, si tenía en aprecio la salvación eterna de mi alma.

Por el suceso mencionado se me manifestó la causa real de mi miseria espiritual de los últimos meses pasados. Había sido un tiempo de absoluta ceguera. El pensamiento de haber hecho traición a Cristo me oprimía el corazón como una lápida. Había huído de Dios, pero el Hijo de Dios me había seguido y buscado y el Espíritu Santo había abierto las puertas de mi alma al sol de la verdad mediante los últimos sucesos narrados. Francis Thompson ha descrito magistralmente esta actitud del alma que huye perseguida por el amor de Dios, en su poesía: "The Hound of Heaven." Huye el alma en carrera precipitada, noche y día, año tras año, sin parar jamás. Huye por abismos sin fondo, por laberintos sin salida, corre, tropieza, cae, surge y va a llorar su desolación en tinieblas insondables. Y el Buen Pastor la sigue, paso a paso; resuena su voz dulce y amable que reprocha y pide y llama.

Aunque las puertas del corazón y del entendimiento estén aherrojadas, es imposible eludir a Cristo, es imposible esquivar su encuentro. A pesar de sus dudas y traiciones, Cristo sigue los pasos de las almas. ¿Por qué tanto amor? También a mí me hubiera podido decir lo que Thompson le hace decir en su poesía: "¿Hijo, ignoras que eres

indigno de mi amor? ¿Quién sino yo te amaría, criatura vil?"

Sí, éste es el mayor de los milagros. No merecía yo su amor. Le he ofendido veces sin cuento. He pecado en infinitas ocasiones. Mil traiciones le he hecho. Nunca le hubiera encontrado si él no me hubiese salido al encuentro...

En mi ciudad natal, Toronto, Canadá, se fundó un círculo de convertidos, compuesto en proporción igual de convertidos y católicos. En esta ciudad son más de mil los convertidos. El fin del círculo es fomentar en los convertidos el sentimiento de unión, ya que después de la conversión, en los primeros tiempos la mayoría de ellos se sienten aislados. En la parroquia de Santa Clara, a la cual pertenezco, hemos organizado durante el invierno pasado, y con muy buen resultado, diversas reuniones a las cuales eran invitados igual número de católicos y convertidos. En caso de un matrimonio mixto, se invitaba a la parte no católica. Así se creaba un ambiente de armonía y casi siempre los no católicos concurrentes pedían el ingreso en el círculo. No tratábamos de temas religiosos. Eran simples reuniones amistosas que ponían en contacto a los convertidos y a los no católicos, a la vez que a estos últimos se les brindaba ocasión de consultar con los laicos ciertas cosas de fe, si no se atrevían a exponer sus problemas a los sacerdotes. Los sacerdotes de la parroquia también frecuentaban estas reuniones, lo que destruía muchos prejuicios. Y este proceder, tan fraternal y sencillo, hace pre-

ver que contribuirá poderosamente a disipar recelos y crear un concepto más favorable al catolicismo de parte de los no católicos.

Muchas veces se me ha preguntado: "¿Y qué ha encontrado Ud. en la Iglesia Católica?" Contestaré con el siguiente cuadro: Yacía enfermo un niño. Atormentado por la calentura, no hallaba sosiego. La madre se desvivía por aliviarle. Humedecía sus ardientes labios con bebidas refrescantes, le arreglaba la almohada, le componía la ropa, en fin, le hacía cuanto dicta el amor de una madre. Todo en vano, el niño seguía igual. No sabiendo ya qué hacer ni a qué recurrir, tomó al niño de su camita y lo meció en sus brazos. Y el niño suspiró aliviado: "¡Madre, así estoy bien!"

Mecido en los brazos de la Santa Madre Iglesia se colmaron todos mis deseos. He hallado en ella lo que me hacía falta. ¿La paz? Sí, pero más aun, encontré la verdad. ¿La felicidad? Sí, pero más aun, encontré la verdadera vida. ¿La libertad? Sí, pero más aun, he encontrado el espíritu de la renuncia que antepone la libertad del prójimo. ¿La conformidad? Sí, pero por el sacrificio.

En la Iglesia Católica he descubierto mi propia insignificancia y la grandeza de nuestro Redentor.

JAPÓN

41. "ANSHIN RITSUMEI"

TAKIZAKI SAN

¿Por qué y cómo llegué a ser católico? Lo diré en pocas palabras. La causa principal, huelga decirlo, fué la gracia divina. Era la voluntad divina que el sendero de mi vida condujese al catolicismo. Éste sería el resumen de toda la historia de mi conversión. Pero, indicaré algunos puntos salientes de mi odisea.

Estando en el colegio en el Japón y cursando la enseñanza secundaria, mis aficiones me hacían dedicar más tiempo a los problemas filosóficos que a mis propios libros de estudio. El cristianismo lo llegué a conocer por medio de un pastor protestante y también por mis propias traducciones de la Biblia. Por lo demás, todo mi interés corrió durante muchos años en pos de las vanidades del mundo, la fortuna, el saber.

Habiéndome establecido con mi familia en Seattle, envié a mis hijos a la escuela de Maryknoll, para que aprendiesen las verdades fundamentales del cristianismo. Unos años más tarde fueron bautizados, pero a mí me interesaban poco o nada todas las cuestiones religiosas. Ni siquiera sabía distinguir entre el protestantismo y el cato-

licismo. Juzgaba que el verdadero cristianismo era el protestante, prerrogativa que reconocí más tarde al catolicismo.

Durante un verano perdí a mi hijita, de siete años de edad, en un accidente automovilístico. Las exequias se realizaron en la iglesia de Maryknoll y fue ésta la primera vez que puse el pie en una iglesia católica. Las ceremonias que ante mis ojos se desarrollaban me causaron profunda impresión y constituyeron un eficaz motivo de atracción hacia la Iglesia Católica.

Tratando de pentrar el sentido de las ceremonias, se me reveló paulatinamente la peregrina belleza de la Iglesia Católica. Dirigido por el R. P. John Murret, empecé a recibir instrucción religiosa. Cuanto más estudiaba la santa religión católica, tanto más aumentaba en mí la conciencia de mi ignorancia. No tardé mucho en reconocer en esta religión la única que puede dar la paz verdadera y durable al alma, y preveía que no volvería a hallar sosiego mientras no me afiliara a ella.

En el Japón hay personas que ponen la cumbre de sus aspiraciones y la meta de todos sus esfuerzos en el llamado "anshin ritsumei", esto es, en una imperturbable serenidad del ánimo y sana tranquilidad inalterable, aun frente a la muerte. Muchos japoneses, para alcanzar el "anshin ritsumei" se afilian a la secta budista llamada "zen"; jitsu", una especie de esgrima. Pero, creo yo im-
otros, practican cierto deporte nacional, el "ken-

posible llegar al "anshin ritsumi" sin la fe en las doctrinas de Cristo. Recibiendo una instrucción adecuada de estas doctrinas, es muy fácil reconocer en el Catolicismo a la Iglesia verdadera. A través de las enseñanzas católicas comprobé que ninguna sabiduría humana, ni bien terreno alguno es capaz de dar al alma una felicidad entera. Fuí, por fin, bautizado, y he alcanzado realmente el "anshin ritsumei".

42. EL RELATIVISMO CONTRA LA VIDA

Prof. Dr. PABLO KOTARO TANAKA

Los protestantes convertidos encuentran un grato placer en hablar de sus experiencias personales, y también a mí me gustaba, en los primeros tiempos después de mi conversión, contar todo cuanto me sucedía, cual si fuese un asunto de importancia vital. Hoy mi estado de ánimo ha cambiado y ya doy menos importancia a mis experiencias personales.

Mi informe podría reducirse a lo que sigue: que por la Providencia de Dios llegué a ser católico hace ocho años y que, aunque el fin de la religión no consista en la paz del alma, vivo mucho más feliz y tranquilo que antes de mi conversión. Con gratitud compruebo que me siento ahora no como si hubiese sido bautizado a los 35 años, sino en edad infantil. Dios tiene muchos caminos para cercarnos y reducirnos a su servicio. Unas veces se sirve de los sucesos cotidianos, otras, de acontecimientos adversos en el trato con otras personas, y por fin, también de acaecimientos de nuestra vida que para otras personas y en otros casos carecerían de toda importancia. La mano del Señor se posó fuertemente sobre mí y yo me aferré a ella con todas mis fuerzas. Aquí podría poner el punto final de toda la historia de mi conversión.

Echando una mirada retrospectiva sobre mi vida, me invade ante todo un sentimiento de viva confusión por la gracia inmensa de la cual la Iglesia me ha hecho partícipe al confiarme las riquezas inagotables de sus verdades. Conózcalas yo o no, estas verdades existen independientes de mí, así como existe el sol aun cuando no alumbre nuestro hemisferio. Estas verdades se encuentran reproducidas hasta en las cosas mínimas, así como en una gota de agua cristalina se refleja el astro inmenso que nos da el día.

Antes de mi conversión juzgaba como muy elevados mis principios éticos y, al modo kantiano, no acataba otra norma que mi conciencia, como si fuera el criterio infalible de la moralidad. No sólo despreciaba una vida fundada en cálculos utilitarios, sino hasta rechazaba las "buenas obras". Todo cuanto no proviniese de un impulso moral interno, las obras todas que no brotasen de mi convicción personal, de mis entusiasmos éticos, todo era falso e hipócrita: como un sacerdote que predica sin convicción, como un artista que trabaja sin interés, como un creyente que va a la iglesia por fuerza, como una dama de beneficiencia que hace donaciones por vanidad.

Según este criterio más o menos kantiano juzgaba las acciones propias y extrañas. Y así llegaron a ser tensas mis relaciones con aquella concepción puramente externa de la moral dominante en mi patria y que ya no era sino una corrupción de

la doctrina de Confucio. Una vida librada a los propios impulsos internos, exenta de toda coacción externa, eso era lo único que juzgaba digno de aprecio. ¿Y qué más noble que el modo de vida de un gran artista? ¡He aquí el exponente más digno de la vida! El artista vive y crea en alas de su propia e incontenible inspiración. Contrariamente a aquel sistema moral del éxito basado casi exclusivamente en la actitud externa, sostenía yo que la única relación verdadera de los hombres entre sí era el contacto personal e íntimo, tal como decía Tolstoi. Pero, al pensar así, no consideraba que una tal actitud ideal se veía imposibilitada y frustrada por las manifestaciones mal reprimidas del estado de ánimo y por las reservas y reticencias y que acabarían por conducir al empeoramiento de las relaciones. Huyendo de la hipocresía se iría a caer en el extremo opuesto, la irrespetuosidad. Las opiniones y las maneras de vida de tantos protestantes, miembros de sectas de origen norteamericano, bien poco contribuyeron a solucionar mi problema, ya que distaban mucho de tratar a fondo la cuestión y en consecuencia ellos mismos se creaban compromisos con la vida.

Quien se profesa cristiano debe concentrar su fe en ciertos puntos inalterables y objetivos de la doctrina cristiana. Yo encontré este metacentro en la Sagrada Escritura, en aquella Sagrada Escritura expurgada de taras tradicionales, libre de comentarios teológicos y eclesiásticos, incólume también de

toda investigación bíblica positivista y de la así llamada, crítica bíblica superior que rebaja a la Biblia a un monumento arqueológico e histórico. Libre de la norma objetiva de la autoridad eclesiástica y de toda ciencia positiva, el mal inevitable fue que caí en una interpretación arbitraria de la Sagrada Escritura y en una acomodación de su contenido a mis propias necesidades. ¿Qué era de esperar sino la anarquía moral? Pero, no, que sucedió algo peor: un pobre hombre como yo, preso de mil bajas pasiones y debilidades naturales, miserable e imperfecto, se creía nada menos que con poderes de Papa. Un orgullo tan desmedido forzosamente debía traer una catástrofe, tan pronto como se viese frente a frente con los problemas morales de la vida diaria. ¡Y un día me encontré ante las ruinas de mi pobre alma! Me faltaba la norma objetiva que enderezase mi criterio ético, necesitaba una autoridad que me impusiese normas precisas y determinadas.

Agreguemos algo más. Pertenecía yo a aquel grupo de jóvenes estudiosos que en torno suyo había congregado el doctor Uchimura, hombre de gran personalidad y de visión profética. Tanto el maestro como los discípulos, estábamos descontentos del protestantismo. A una rechazábamos toda iglesia. Uchimura, discípulo y admirador de Lutero, recalcaba la salvación por la fe sola. A su grupo de alumnos lo llamaba "evangélico". En cuanto a la Biblia, defendía la investigación literal, libre de atrofías. Rechazaba el bautismo y los

demás sacramentos, pero sostenía encarnizadamente la divinidad de Cristo y los milagros del Salvador tal como los narran los Evangelios, y esto le situaba en abierta oposición a la mayoría de los protestantes del Japón. Mi experiencia me enseñaba que semejante separación de la fe y de las obras no hacía sino justificar la propia imperfección. Uno se consuela pensando que mediante la fe se vence al pecado sin mayor esfuerzos y que la vida se corrige por sí misma. Pero tarde o temprano viene el desengaño. Querer ser cristiano sin sacrificio, sin cargar sobre los hombros la cruz, equivale a hundirse en la más lamentable y desastrosa autosuficiencia y en el más triste egoísmo. Ya que éramos subjetivistas, ¿qué podíamos desear sino algo objetivo? Y por eso queríamos transformar la Biblia en nuestro criterio objetivo. Pero como cada cual la trataba a su manera y antojo, muy presto desapareció toda unidad de fe en nuestro círculo. Aquello se convirtió en una Babel de contradicciones y opiniones nuevas. Y estas opiniones se aguzaban mucho más, haciéndose insoportables, tan pronto como se trataba de decidirse por una actitud en la vida práctica. Enigmas indescifrables, incógnitas insolubles, laberintos inextricables... tal era la situación que nos creamos. El reverso de luz y de paz de este egocentrismo me lo descubriría la Iglesia Católica.

Digamos dos palabras más. Siendo estudiante de jurisprudencia, estaba imbuído de las ideas del positivismo jurídico. No satisfaciéndome éste, me

dirigí a los neokantianos, que dominaron durante algún tiempo en nuestro mundo intelectual. Bajo el desconcertante influjo de estos sistemas de filosofía, desorientado ante los múltiples aspectos de la moral y del derecho en tiempos pasados y presentes, me resultaba muy difícil reconocer la existencia de una ley moral natural, promulgada por Dios. Hoy todavía el derecho natural es despreciado como fantasía y ridiculez en nuestras esferas jurídicas. En semejante atmósfera de liberalismo vivía yo. Aun después de mi conversión me resultó dificultoso alterar las opiniones científicas tan arraigadas en mí. Pero, por fin caí en la cuenta que, debido a su inconsistencia y vaciedad, este liberalismo era inepto para dar solución a los conflictos candentes del estado y de la sociedad. Era ilógico que siguiese siendo mi punto de vista y mi actitud decidida, un sistema que conceptuaba fallido y contrario a todo valor y realidad, a toda norma y ley, a todo derecho, ética y sociología; en fin, un sistema puesto fuera del mundo y su realidad.

La filosofía social católica, empero, y en especial su teoría del derecho natural, tal como por medio de la escolástica la hemos recibido de Aristóteles, contribuyó eficazmente a libertarme de las ligaduras del subjetivismo neokantiano y sus formalismos. Al mismo tiempo desapareció mi aversión contra un derecho natural intrínsecamente determinado. Rechacé y depuse la idea fija que me hacía desechar la metafísica como por obligación

de sinceridad. Desapareció la barrera entre ciencia y fe. El relativismo se convirtió en un estropajo inservible.

Y así, como católico sincero, di de mano a todas mis presunciones éticas en mi vida privada, y en mi vida de científico relegué al olvido el relativismo inerme. La autonomía de la propia voluntad ha cedido el lugar a la autoridad de la Iglesia, es decir, a la voluntad de Dios. Sobre las ruinas del formalismo ha asentado sus reales la efectividad de una ley moral objetiva. Nosotros los católicos de los cinco continentes, incluso los que han pasado a mejor vida y los que vivirán mañana, todos en una sola voluntad nos sometemos voluntariamente a una autoridad común y universal, y unidos todos en un solo anhelo trabajamos por la extensión del reino de Cristo sobre la tierra. Solamente el concepto social católico y su realización decidida y constante pueden resolver las dificultades que abruman a la sociedad, ya sea en la familia o en el estado ya sea aquí o en cualquier parte del globo. En la realización de este ideal se volverán a refundir las muchas cosas buenas que tiene en sí nuestra moral japonesa tradicional y serán elevadas a un nivel superior mediante el influjo de lo sobrenatural.

Vida y ciencia no están en oposición. La fe y el sentido común necesitan la mutua colaboración. Y así puedo vivir tranquilo y confiado, sin temor a que lleguen a un conflicto en mi alma el hombre y el científico.

43. LA RELIGIÓN GUARDA EL HONOR

Almirante S. SHINJIRO YAMAMOTO

Toda gracia, de Dios procede. Así nos lo enseña el catecismo y así lo creemos. Si cualquiera conversión es obra de la misericordiosa gracia divina, lo fué singularmente la mía.

Nací el 22 de diciembre de 1877 en Katase, lugar de residencia de mi familia, no muy distante de Tokio. Allí mismo fuí a la escuela nacional. A los trece años hacía mis cálculos y planes: "Mi padre es rico y seguramente me mandará a estudiar a Tokio. Estudiaré mucho y un día seré ministro y general japonés." Volaba yo en alas de la ambiciosa ilusión tan común entre los jóvenes de aquellos tiempos heroicos, al comienzo de la era de los Meiji (1868).

Día y noche le repetía la cantinela a mi padre, pero él hacía oídos sordos a mis ruegos. No le faltaban motivos. Era yo un fierabrás. Amparado por la posición y fama de mi padre, todo el pueblo sufría mis endiabladas ocurrencias. ¡Pobrecitos mis compañeros de juego! ¡Cuántas lágrimas y chichones ocasionaron mis puños! Era el terror de los vecinos. Pero, un día se les acabó la paciencia y tras una paliza dieron cuenta de mis fechorías a

mi padre. En vez de ir a la escuela, en cuanto podía me escabullía por los bosques y campiñas. Bien poca mella me hacían los consejos paternales y no me asustaban sus enojos, pero toda esta serie de aventuras tuvieron un fin trágico con la seria intervención del bambú aleccionador. No era, pues, de extrañar que no me dejase ir a Tokio. Y tanto menos esperanzas me quedaban por cuanto mi hermano mayor no había hecho honor al nombre de la familia como estudiante en la Capital. Bien lo recordaba mi padre.

Por aquellos días, poco antes del verano, se presentó en nuestra casa, en Katase, un europeo, procedente de Tokio, para alquilar una casa de veraneo. Este señor era director de un colegio de enseñanza media. Se le alquiló la casa y, entrado el verano, volvió acompañado esta vez de doce europeos más, vestidos todos de idéntica manera, de traje y corbata negros. Eran Hermanos Maristas. Ya en la primera ocasión que tuvo, preguntóle mi padre por su profesión. "Somos educadores de la juventud", le contestaron. "Somos maestros severos. Nuestros alumnos deben cumplir el reglamento hasta en todos sus pormenores. No pueden salir un minuto antes de hora, y a la hora fija deben estar de regreso. Durante tres días se habla inglés, y durante otros tres, francés." Tal fué, en resumen, el informe que le suministraron a mi padre. Quedó un poco desconcertado al oírlo. Pero al momento le interesó aquello de la disciplina severa y de los idiomas extranjeros.



Estas vacaciones de verano fueron para mí divertidas como nunca. Todos aquellos maestros eran jóvenes, vivaces y alegres. Íbamos juntos a la costa, nos bañábamos, remábamos, pescábamos en los ríos, ascendíamos a las montañas, cazábamos mariposas en los arrozales, en fin, éramos verdaderos compañeros. Al llegar el mes de septiembre, se despidieron los Maristas. Mi padre, que entretanto les había cobrado confianza, me llevó a Tokio y confió mi educación a los maestros europeos. Y así llegué a lo que entonces era una escuelita, y que hoy es el floreciente y célebre instituto de enseñanza media llamado "Gyosei", esto es, Estrella de la Mañana.

Los alumnos del colegio, si los comparamos con los de hoy, eran relativamente de más edad. En su mayoría procedían de familias fanáticamente patriotas, presos por entero en las redes de los prejuicios contra la odiada doctrina de "Yaso", el Cristianismo.

Yo era como ellos. Aborrecía de lo más íntimo aquella doctrina de "Yaso". Y así tuve más de un choque con mis maestros, a quienes provocaba a la lucha. Pero, como no tenía instrucción religiosa alguna, bien pronto me cerraron la boca y su evidente superioridad me infundió respeto. Pasando el tiempo, conseguí interiorizarme algún tanto en la vida íntima de estos hombres. Vi cómo obedecían todos y cada uno al superior incondicionalmente, sin consideración de nacionalidad, edad o forma-

ción. Vi cómo nos amaban más a nosotros que a sí mismos, cómo observaban un reglamento severísimo, cómo tenían votos que cumplían sin reservas. ¿Cómo explicar cosas tan sublimes? ¡Debía ser por su religión! Cuando esto me dije, comprendí en el acto que la obligación de hacerme católico era inevitable. En todo caso, serviría fielmente a Dios y a mi patria y así me haría acreedor a mi felicidad. Dios me había infundido esta resolución y Él también me facilitó su ejecución.

Pero el asunto no era fácil. Mi padre era miembro del consejo de un célebre templo budista. En casa teníamos un "Camidana", un altar shintoísta, y un "Budsudan", un ara budista. Cada mañana, según una antiquísima costumbre, se les daba veneración a ambos. No es de extrañar que temblase a la sola idea de manifestar mi deseo a mi padre. Pero "¡ánimo y adelante!" me dije un día. Escribíle una carta, pidiéndole permiso para hacerme instruir en la religión católica. ¡Qué tormenta se me vino encima! Apenas recibió mi carta se presentó en Tokio para darme una severa reprimenda y sacarme tales ocurrencias de la cabeza. ¡No sé cuánto me dijo! ¡Que la doctrina de "Yaso" era peligrosa para el Estado, que jugaba con mi porvenir, que por aquel camino marchaba directamente al abismo de la ruina de mi vida! ¡Inútil fué que tratase de convencerle y disuadirle, nada conseguí! Se mantuvo firme e inconmovible en su negativa. En vista del fracaso de mi tentativa y sintiéndome

débil frente a la voluntad decidida de mi padre y sin valor para desacatarle, aquella noche me fuí a la cama con el corazón despedazado y lloré durante largas horas. Era en la primavera de 1893.

Pero, Dios velaba por mí. Durante las vacaciones de verano que pasé en casa de mis padres intenté un nuevo asalto. Mi padre seguía inperté-rrito. Eché mano entonces a mi último recurso, mi oratoria. Y el Espíritu Santo había inspirado al pagano las palabras que su lengua debía pronunciar. Díjele así a mi padre: "Voy adelantando en años y estoy pensando en mi porvenir. No sé si tendré la desgracia de ir por caminos torcidos, ignoro si daré pasos que puedan deshonrar el nombre de mi padre. Pero lo que sé es que únicamente como católico puedo prevenir y alejar tal desgracia. Por eso te he pedido permiso para estudiar la religión católica. Hasta hoy me lo has negado. Si algún día me vieras precipitarme por el camino del deshonor, declino toda responsabilidad." Y mi padre se dió por vencido. "Bien", me dijo, "te doy el permiso. Ponte a escribir al señor director."

No bien transcurrieron las vacaciones, en septiembre, empecé a recibir instrucciones. En la Nochebuena del mismo año, antes de la misa de gallo, fuí bautizado en la capilla del colegio de Gyosei. Era el primero a quien mis maestros bautizaban en mi patria. Huelga decir que nada cambió en mi vida exterior; sólo que la voluntad de Dios se había cumplido en mí.

Desde aquella Nochebuena han transcurrido cuarenta años, con sus tormentas de verano y sus fríos invernales. Muy joven todavía, ingresé en la marina, tomé parte en tres guerras, y en ellas fuí salvado más de dos veces como por milagro. Cuando por primera vez en su historia el Japón enviaba un embajador ante la Santa Sede, cayó en mí este cargo; tuve el honor de acompañar al príncipe heredero, nuestro actual emperador, en su viaje a Europa y, como dicha particular de mi vida, me fué dado pasar los demás años bien cerca de la persona de mi emperador.

Más o menos 25 años he vivido en feliz matrimonio. Dios bendijo nuestra unión con varios hijos. De este modo ha bendecido el Señor en su bondad los días de mi vida, no acordándose de mis culpas y flaquezas.

44. ATRAÍDA POR LA CARIDAD

UNA JOVEN JAPONESA

Tenía yo 17 años y estaba en el cuarto año de la escuela normal de K., al sur de Japón, cuando oí hablar por primera vez de ciertas mujeres abnegadas, trapenses las llamaban, que allá, en la isla de Hokkaido, al norte de mi patria, se dedicaban al cuidado de los leprosos. La vida de tales personas consagradas a Dios me pareció como el espejo de santidad y me causó indeleble impresión en el alma.

Entonces también leí por primera vez algo acerca de Cristo. En aquel libro, cierto es, no aparecía como Dios, pero sí como una personalidad noble y grande. Jamás había yo leído algo tan sublime como aquel Sermón de la Montaña.

Hasta entonces siempre me había causado repugnancia la superficialidad de la enseñanza moral que se acostumbraba dar en las escuelas; pero, la figura de Cristo me señalaba el único camino verdadero que todo hombre debe andar. Desde aquel momento echó anclas en mi corazón el deseo de consagrarme por entero a Dios y al servicio de los hombres.

Por aquel tiempo me asediaban mis padres y maestros con el consejo de que una vez terminados

mis años de escuela normal continuara mis estudios superiores en Tokio. Pero yo no me decidía a dar este paso.

Cuando a los 18 años terminaba mis estudios en la escuela normal, cierto es, sentía alguna envidia hacia aquéllas de mis compañeras que ingresaban en los institutos de enseñanza superior; pero no, mi propósito era inquebrantable. Iría por el camino escarpado del sacrificio, llevaría una vida de humildad, daría un adiós a las alegrías del mundo, me consagraría a Dios. Yo misma no sabía entonces aun cómo alcanzaría este ideal, ni cómo encontraría a Dios, pero ni un momento dudé que daría con Él.

Un día me regaló mi padre un Nuevo Testamento. ¡He aquí el camino de Dios!, pensé. Diariamente me abismaba en su lectura, y en la vida práctica trataba de poner por obra cuanto allí leía. Pero hube de convencerme presto que aquello no me resultaba como quería, que antes bien hacía lo contrario de lo que el Nuevo Testamento enseñaba. Agréguese que entendía bien poco o nada de cuanto leía.

Me consideraba yo como una pecadora incorregible y estaba desconsolada por esta idea, pero Cristo me consolaba con aquellas palabras: "Pedid, y os será dado." Como cinceladas quedaron en la carne viva de mi corazón los pasajes del hijo pródigo y de la Magdalena arrepentida.

En un nuevo arranque de fervor resolví, conforme a las palabras de Cristo, dejarlo todo, tomar

la cruz sobre mis hombros y seguir al Maestro. Con el apremio de una espada desnuda sentía este ineludible mandato; quería cumplirlo, pero ¿cómo? Y volví a a pensar en aquellas mujeres, de las cuales no tenía otros datos sino que se llamaban trapenses y que tenían su convento en Hokkaido. Nada sabía yo todavía de una Iglesia de Cristo y menos aun comprendía la distinción entre protestantes y católicos. Traté de averiguar dónde quedaba el convento en la isla, pero no lo conseguí.

Así las cosas, leí un día en un periódico un artículo sobre la iglesia protestante y sobre cierto pastor. Creyendo que protestantes y trapenses era una y la misma cosa, escribí inmediatamente a este pastor, exponiéndole mi deseo de ser trapense. Pero él me contestó que mejor sería que sirviese a Dios en el mundo, y que antes que nada pensase en hacerme cristiana.

Tuve entonces el gran gozo de oír algo más acerca de Cristo y su doctrina. El pastor venía con gusto a nuestra casa. Consolada oí de su boca que nuestros pecados son perdonados por la muerte redentora de Cristo. Pero, cuando más convencida que antes le volví a hablar de mis deseos de ser trapense, me declaró el pastor que aquello no tenía nada que ver con el bautismo cristiano. Que me casara cuanto antes, me decía para gran desconsuelo mío. Porque por la lectura de la Sagrada Escritura ya había llegado a conocer y justipreciar la virginidad, y si me decidía por ella era más bien

porque veía en este estado el precepto divino, que no mi propio deseo.

El 19 de marzo fuí bautizada en el protestantismo. Pero muy pronto me asaltaron terribles dudas sobre si mis pecados habían sido perdonados realmente. Además, se me planteaba el problema de estado, y cada vez que hablaba de las trapenses me atraía una reconvención del pastor. Se apoderó de mí una inconsolable tristeza y lloraba sin cesar. Me veía sola y sin apoyo espiritual, pero en mi corazón conservaba su lozanía el ideal de hacerme víctima de Cristo.

En tan triste situación, me resolví a consultar a un pastor de otra localidad. Tal vez él aclararía mis dudas. Mas, lejos de hallar consuelo, experimenté un desengaño más cruel aun. Pero este paso estaba dirigido por la Providencia que velaba por mi felicidad. Iba yo por las calles de la ciudad vecina, cuando por casualidad leí sobre un portón: "Iglesia Católica." No me llamó mayormente la atención. Será una de las tantas sectas cristianas que hay en el Japón, pensé. En una librería compré la biografía de San Francisco, y también la "Vida de Jesús" de Papini. Fueron dos fuentes de gracia que el Señor abría a mi paso.

Vuelta a casa, iba como antes a la iglesia protestante, pero ya no encontraba atractivo en ella y de día en día aumentaba mi tribulación. Entretanto cobraba un ímpetu incontenible el deseo de entregarme del todo a Cristo, y tanto más cuanto

leía en la biografía de San Francisco cómo el Santo se había despojado por entero de sí mismo para vivir enteramente para Cristo. San Francisco fué el maestro que me enseñó el verdadero Cristo y su infinito amor. Se me traslucía cómo realmente Cristo mismo vivía en San Francisco.

Hacia aquel tiempo llegué a saber que en el Japón también había cristianos que vivían conforme al uso de la Iglesia antigua, y que todos los Santos pertenecían a aquella Iglesia y que ésta tenía en alto aprecio la virginidad, y que aquéllos que consagran toda su vida a Dios eran miembros de ella. ¡Qué feliz descubrimiento! ¡Entonces... también las trapenses eran de estos cristianos...!

¡Me decidí en el acto! Cierto es que el pastor, con quien conversé sobre la Iglesia Católica, me decía que ésta no era la verdadera y que el mismo San Francisco había acabado por dejarla. Pero con redoblado fervor seguí rezando a los santos Francisco y Clara, pidiéndoles auxilio. Luego escribí una carta al misionero de la iglesia católica de la ciudad vecina, pidiéndole consejo y ayuda para poder ingresar en el convento trapense.

El misionero me contestó que en primer término era necesario hacerse católica y después se vería. Quedé satisfecha con esta respuesta y tuve un gozo indecible por haber dado finalmente con la Iglesia verdadera. No me cabía la menor duda que la Católica lo era.

Trasladéme por un tiempo a la casa de la misión católica y allí recibía diariamente instruccio-

nes. Experimenté un consuelo inefable en las doctrinas de la santa eucaristía y de la virginidad de la Madre de Dios.

Ya al poco tiempo fuí admitida en el catolicismo. ¡No cabía en mí de felicidad! De nuevo pedí con fervor que el Señor me aceptase en el número de sus víctimas. Pero ahora mi oración era humilde, y a semejanza de S. Francisco quería ofrecer a Dios un corazón inflamado de amor y ajeno a toda voluntad propia.

Después de Navidad regresé a casa. Pero antes había consultado a las monjas trapenses sobre mi posible ingreso en el convento. Me contestaron que en todo caso tendría que esperar cuatro o cinco años.

Tampoco el Padre misionero me hallaba muy apta para aquella vocación. Opté entonces por hacerme enfermera, pero no consintió mi padre en ello. Oí entonces que también la orden de San Francisco ejercía sus actividades en Japón y nacióme así el deseo de ser una verdadera hija de San Francisco, ya que tanto le debía a este Santo. ¡Quiera el Señor guiar mis pasos y bendecir mis propósitos!

CHINA

45. DIOS ES EL CREADOR

Mayor CHANG P'EI FU

En ligero bosquejo diré la historia de mi conversión. Nací en la provincia de Hopei, en el distrito de An ts'e y tengo 42 años. Me llamo Chang P'ei Fu y en el bautismo tomó el nombre de José. Durante el quinto año de la república china (1916) pasé mi examen de oficial de artillería en la escuela de oficiales. Más tarde llegué hasta el grado de jefe de división y ocupé varios cargos en el estado mayor. Al estallar el conflicto con los japoneses en la Manchuria, me encontraba en el noreste, en la provincia de Hei-lung-kiang, donde organicé la resistencia nacional. A causa de nuestros fracasos militares me fuí a Rusia y viajé luego por Alemania e Italia. De regreso a mi patria fuí nombrado consejero de la comisión militar de Pekín. Al mismo tiempo desempeñé el cargo de profesor de asuntos militares en la Universidad "Tung - Pei" (Noreste). Poco después recibí el santo bautismo que me convirtió en hijo de la Iglesia Católica.

Ya durante mis años de estudio recibí, a raíz de diversos sucesos, una impresión muy favorable y elevada del catolicismo, cuando durante el cuarto año de la república (1915), se produjeron las

dificultades chino-francesas. En aquel conflicto fue el sacerdote católico Lei-ming-yuan (Padre Lebbe, misionero belga) el primero que salió por los fueros de la justicia y de la humanidad. Al salir tan denodadamente en defensa de la justicia y al sacrificarse por la verdad, no le movía otro interés que su amor al prójimo, nacido de su grande amor a Dios. Amaba el Padre a todos los hombres, y por ende también al pueblo chino. En la conducta abnegada y heroica del Padre pude comprobar cómo la religión católica lucha por la verdad y la justicia y cómo enseña una caridad de hechos para con el prójimo.

Si indagamos los motivos de la guerra civil china y de los conflictos de la Manchuria, hemos de decir que son debidos a la ausencia absoluta de fuerzas vivas y unificadoras y a la carencia de una orientación espiritual segura de los hombres. Para conseguir entre los hombres más armonía, más fuerza de carácter, mayor pureza de costumbres, es indispensable la religión como único medio eficaz. Pero entre todas las religiones, sólo la católica está construída sobre una base sólida y segura, y solamente la nave de la Iglesia va orientada hacia el tranquilo puerto de la paz. Sólo ella permanece inconmovible en medio de las borrascas del mundo, sólo ella resiste a los embates de los siglos. Sólo ella puede gloriarse de una tradición ininterrumpida y perenne, sólo ella está en condiciones de satisfacer todas las exigencias y anhelos de la naturaleza.

Además, la fe católica es admirable por su sentido común y por su extremada pureza de doctrina, libre de errores y engaños. Si se investiga acerca del origen y fin último del mundo, la religión católica siempre encuentra su centro de gravedad en un creador personal. Sin la existencia de un espíritu puro, todopoderoso, omnisciente, ¿cómo se podría explicar una evolución tan ordenada y gigantesca de un mundo poblado de tantas especies de seres y cosas? Hoy que las ciencias naturales están progresando de día en día y que se crean mil elementos artificiales y sintéticos, ¿ha creado alguien siquiera un solo ser vivo? Si Dios no es el creador, ¿cómo se explica que haya vida en el mundo? En el libro "Ta Ya" (Grandes cánticos de fiesta, que es una parte del antiguo libro clásico de los cánticos de fiesta), se lee: "El divino Cielo conduce la tierra sin que se oiga o vea nada." Y Ch'eng-tse dice: "Si se quiere nombrar su esencia, se le llama "cielo". Si se quiere significar, empero, su poder de dominador, se le llama "emperador" (esto es, dominador del mundo). Entre todos los sabios antiguos no hubo uno que no adorase a Dios. ¿Por qué no lo había de hacer también yo?

46. LA IMITACIÓN DE LOS ESPOSOS LESEUR

Dom P. C. LOU TSENG-TSIANG, O. S. B.

Mi padre era protestante y miembro de la "London Mission Society", en la cual fuí también bautizado yo. Me causaba admiración el celo y la caridad de los misioneros de esta sociedad, que con su actividad eran un vivo pregón de la moral sobremanera excelente y del valor social imponderable del cristianismo.

Hombre de fe firme y sencilla, mi padre era sumamente caritativo. La generosidad de su alma no conocía límites. Su mentalidad estaba compenetrada del espíritu de la China antigua y sus principios eran aquéllos: cumplir la ley del cielo, y contar con su providencia paternal que vela sobre nosotros. Mi madre era mujer que comprendía el verdadero significado del sacrificio personal y del cumplimiento del deber. Vivía olvidada de sí misma. Desgraciadamente falleció cuando yo apenas tenía ocho años. Unida al sentimiento de la más profunda gratitud llevo grabada en mi alma su imagen inolvidable y querida.

A la edad de 21 años llegué a San Petersburgo, Rusia, para actuar como intérprete en la legación china. El embajador chino, Shu King Chen era

hombre de muchas letras, clarividente, razonable, y de un corazón de oro. Se complacía en instruirme, llamándome la atención hacia aquello que constituía como la "medula" de la civilización occidental. A su modo de ver aquella "medula" la constituía para Europa el cristianismo. Me incitaba a estudiarlo, señalándome la influencia moral y espiritual que la iglesia cristiana ejercía en la sociedad y en la familia, y la luz que el Vaticano irradiaba sobre el mundo entero. Indújome asimismo a estudiar más a fondo los elementos fundamentales de los problemas nacidos de nuestras observaciones.

A la edad de 28 años contraje matrimonio en San Petersburgo, con una joven belga, la señorita Berta Bovry, hija de un alto oficial del ejército belga. Prometí educar a nuestros hijos en la fe católica; pero Dios no nos dió el consuelo de ver bendecida con fruto nuestra unión.

Era el alma y la vida de mi esposa un verdadero y fiel reflejo del alma, vida y poder del catolicismo. Nunca tocó con la más ligera insinuación el tema de mi conversión a la Iglesia Católica. Por su parte, ella cumplía fiel y sencillamente con todas sus obligaciones religiosas. Nuestra mutua comprensión era grande y sin egoísmos, y en todas las vicisitudes y deberes de la vida siempre fuimos un solo corazón y un alma sola. Me afligía el pensamiento que nunca tendría oportunidad de cumplir la promesa hecha antes del matrimonio, ya que

no teníamos hijos. En consecuencia, para compensar este desencanto, decidí hacerme católico yo mismo. La Iglesia Católica, en efecto, desde un principio me había parecido la más antigua y la más perfecta de todas las iglesias cristianas, porque sus orígenes se remontaban al tiempo de los Apóstoles, poseía una perfecta unión orgánica, tenía su jerarquía establecida, una autoridad y vida fecundas, un credo inmutable como la verdad misma. Estas y parecidas reflexiones me tuvieron absorto durante mucho tiempo. Pedía a Dios la gracia de creer en la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, y el Señor escuchó mis plegarias. Este don recibido del cielo me hizo obediente al llamado de la gracia y me enfervorizó en el cumplimiento de la doctrina de la Iglesia. Loor y gracias sean dadas a Ntro. Señor Jesucristo por esta vocación.

He de hablar todavía cómo la bondad de la Divina Providencia, que constantemente velaba por mí, me condujo a la vida religiosa y de ella al sacerdocio.

En 1932 mi muy Rev. P. Abad me ordenó que escribiese los recuerdos de mi conversión al catolicismo. Y así, a medida que recordaba algunos sucesos, los iba trasladando al papel. De estas mis memorias entresaco las líneas que siguen. Pertenecen al capítulo de la muerte de mi esposa, y tratan del gran influjo que sobre los dos tuvo cierto libro. Me refiero a los escritos póstumos de Mada-

me Elisabeth Leseur "Journal et Pensées de chaque jour". Transcribo de mis memorias lo que va a continuación:

"Toda obra duradera debe ser engendrada por el dolor y el sacrificio; de este modo es fertilizada y necesariamente ha de alcanzar la madurez. Así lo tiene ordenado Dios. Así había ocurrido en el caso de Isabel Leseur y esto mismo había de repetirse en la vida de Berta Lou.

"La primera fué la causa de que su esposo volviese a la fe católica; la última indujo al suyo a emprender el camino de las enseñanzas de la Iglesia. Isabel Leseur confiaba en el regreso de su esposo al redil de Cristo; Berta Lou se llevó a la tumba la convicción cierta que su esposo se haría religioso, ya que él mismo así se lo había asegurado y prometido."

Fué en Berna, durante el curso de la larga y penosa enfermedad de mi esposa, que se prolongó desde 1923 hasta 26, cuando experimentamos la influencia de Isabel Leseur en nuestra casa, y su poderosa intercesión. Mis memorias sobre aquellos días dicen: "La vida diaria de la paciente era invariable, sujeta a un régimen casi diría militar. Observaba todos los días estrictamente el mismo horario. Tenía su hora fija para levantarse y acostarse, para los tratamientos y comidas, para un paseíto por la terraza y para una partida de "bridge" a la tarde.

"Diariamente leía durante un rato.

"Un día creí llegado el momento oportuno para manifestar a mi querida paciente mi intención de permanecer siempre fiel a su recuerdo. Para no alarmarla y evitar que interpretara mis palabras como un indicio de su estado desesperado, busqué un rodeo para manifestarle los sentimientos que me embargaban.

"Acostumbraba yo leer todas las tardes el "Temps" de París, y así, a la vez que cumplía con mi deber junto al lecho de la enferma, me informaba de los sucesos mundiales. Tenía también la costumbre de hojear las revistas, cuando una tarde di con un artículo que trataba de los escritos de Isabel Leseur; su "Diario" las "Cartas a un incrédulo", "Cartas sobre la tristeza", "La vida espiritual", etc. Al leer esto, pensé para mis adentros que estos libros me vendrían de perlas para mi propósito. Si se los leyera a mi esposa, ella encontraría ciertamente ocasión para hacer una declaración de amor como 27 años antes.

"El plan fué realizado y encargué los libros a Gigord, quien había llegado a ser mi editor. El "Journal et Pensées" fue el que más nos interesó. Cada día leía en voz alta, en presencia de mi esposa, un capítulo tras otro. Algunos pasajes en que Isabel hacía protestas de sus sentimientos, eran como el reflejo de los afectos de nuestros corazones. La lectura de este libro, que continuábamos conforme a las circunstancias para no fatigar a la enferma, constituía un verdadero placer.

"Desde años atrás teníamos la inocente costumbre de adoptar actitudes y modales de personajes conocidos que nos atraían, sin atender a que ellos fuesen reyes, actores o Santos. Siguiendo esta costumbre, empecé a llamar "Isabel" a mi esposa y ella a su vez me decía "Padre Lou". Estos nombres seguimos usándolos en adelante hasta el día de la muerte de Berta. Mediante este artificio buscaba yo un momento oportuno para declararle mis intenciones.

"Un día, mientras conversábamos, la abordé súbitamente: "Querida, tú imitas perfectamente a Isabel Leseur; pero dudo mucho que yo sea algún día otro Padre Lou.

"Con gran sorpresa mía, respondió sonriente: ¿Por qué no? ¡Con tu buena voluntad y la gracia de Dios bien lo podrás!

"Mi plan se estaba llevando a cabo. Conforme a él cambié de tema y seguí leyendo. Mi propósito era darle a entender y convencerla de que estaba resuelto a serle fiel por siempre jamás, hasta el punto de abrazar la vida religiosa. En este momento psicológico recordé las palabras que otrora me dijera mi maestro Shu: que no debía cejar en mi proceso de "europeización" hasta verlo llevado a cabo.

"Partió ella de este mundo sin una palabra de protesta, sin un pedido. ¡Todo lo aceptó en silencio! ¡Pero aquél a quien dejaba sin consuelo en esta vida, había tenido la intuición de sus últimos deseos y anhelos!

"En el día de mi última muestra de amor a la compañera de 27 años de mi vida, a mi amiga sincera y consejera abnegada, me pregunté: ¿Cómo podría expresar del mejor modo mi gratitud a la que se me entregó de cuerpo y alma y compartió mis alegrías y penas todas? Si había algún medio para expresar mi amor y reconocimiento a la que siempre había considerado como mi ángel tutelar en la tierra, indudablemente sería el de mostrar a mi compañera fiel de vida y muerte que yo estaba dispuesto a compartir con ella la misma suerte sin precederla ni seguirle, al mismo tiempo, al mismo minuto y segundo ordenado por Dios.

"No es raro el caso que dos esposos, aunque no hayan nacido el mismo día ni año, partan de esta vida el mismo día y hora, conforme a lo dispuesto por la Divina Providencia.

"La mutua comprensión que nos había unido en la vida, siguió existiendo, y si cabe en grado mayor, después de su muerte. Llevóse ella mi vida monástica a la tumba y yo me llevé su vida beatífica a mi aislamiento voluntario. ¿Qué más podríamos darnos mutuamente? Habíamos hecho un canje con cuanto Dios nos había dado: cuerpo por cuerpo, corazón por corazón, alma por alma, vida monástica por vida eterna. Nos había separado la muerte, pero la vida religiosa nos volvía a unir para siempre. Mi esposa velaba por mí, yo rezaba con ella y por ella. Ella desde lo alto me mira y yo desde abajo la contemplo con admiración. Nun-

ca hemos estado distanciados los dos. También ahora nos une un vínculo, el consolador misterio del dogma católico: la comunión de los santos. Ella hace nuestra unión más íntima que nunca. ¡Oh esposa mía querida! ¡Tú no has muerto para mí! ¡No, tú vives! Yo, en cambio, he muerto al mundo por tu amor.

"Durante la prolongada enfermedad de Berta, la personalidad de Isabel Leseur había ido creciendo más y más en influjo sobre nuestro hogar. Su nombre no abandonaba nuestros labios, ya que nuestros corazones estaban poseídos por ella. Una circunstancia providencial puso de manifiesto su benigna tutela sobre nosotros.

"Al poco tiempo de haber conocido yo los escritos de Madame Leseur, se anunció que en Berna se fundaría un círculo llamado "Isabel Leseur". La señorita Herking, presidenta del círculo, consiguió que el Padre Leseur hablara en esta ocasión. En aquel entonces ningún extraño se había percatado de que el espíritu de Isabel Leseur se había ya posesionado de nuestro hogar, y que la teníamos en alta veneración. Naturalmente no falté a la conferencia, que tuvo lugar en el salón histórico de la ciudad. El auditorio era selecto. De más está decir que me situé en primera fila. Huelga agregar que fuí el primero en felicitar al Padre Leseur y en estrechar su mano en señal de sincero aprecio. Nuestros corazones y nuestras almas vibraban al unísono."

Mi esposa falleció el 16 de abril de 1926. Año y medió después, justamente al terminar el tiempo de luto, cumplí mi promesa. El 4 de octubre de 1927, Berta Lou vió a su esposo vestirse el hábito de San Benito y entrar en la vida religiosa bajo la protección de las dos almas queridas que le habían precedido a la eternidad.

¡Alabanzas sean dadas a Dios por todas las gracias que se dignó concederme por la intercesión de sus dos fieles siervas, Isabel Leseur y Berta Lou!

INDIA

47. BIENAVENTURADOS LOS QUE TIENEN HAMBRE Y SED DE JUSTICIA

L. M. BALASUBRAHMANIAM, S.J.

"¡Bienaventurados aquéllos...!"

Una conversión es como la ascensión a una montaña. Atravesando las nieblas del valle se llega al pico más encumbrado. No siempre las nieblas estorban la vista. Hay picachos donde el viajero detiene su andar para echar una amplia mirada sobre el camino ya recorrido. Describiré, pues, mi conversión tal como la he visto desde aquellos altos de mi ascensión.

"Bienaventurados aquéllos que tienen hambre y sed de justicia...!

No siempre sentía yo aquel hambre y aquella sed de la justicia de Dios. Tiempo hubo cuando me encontraba muy a mis anchas en mi hinduísmo ortodoxo popular y con mis resabios ocasionales de panteísmo védico, y en este ideario encontraba la solución de todas mis dificultades. Fiel a la tradición de mi país, me veía en la obligación de tener que dar culto a una abigarrada caterva de dioses de todas las especies. Estas divinidades, en cuanto a moral, no estaban a un nivel en mucho superior al de los hombres, que digamos; bien al

contrario, con harta frecuencia se revolcaban en el más hediondo lodo humano. Allí no había mucho que elegir o preferir. Todos eran de la misma laya: todos eran soberanos, todos eran cobardes, todos eran dominadores, todos eran serviles. Cada uno tenía sus flaquezas humanas, sus deslices, su vergonzosa historia de escándalos. Fuera de sus diversas manifestaciones externas, buenas o malas, no se distinguían entre sí más que por su condición anatómica y por el número de sus mujeres. Así, por ejemplo, el dios bajo cuya protección me habían puesto al nacer era bígamo, de seis pares de brazos y seis cabezas. Por este estilo eran todos aquellos dioses a quienes había que temer, tener propicios y amar. Temer y tratar de conciliar a estos dioses, mejor dicho monstruos, era fácil y obvio a primera vista. ¿Pero amarlos...?

Ciertamente, comprendía el significado de representaciones simbólicas. Los dioses mismos no eran tales cuales se los representaba. Lo que los artistas habían querido simbolizar con aquellas imágenes de ojos numerosos como las estrellas y de incontables miembros, era el poder ilimitado de las divinidades. Era una teoría infantil, a la vez que una defensa sumamente ingenua, porque al fin y al cabo, ¿se trataba de los dioses o de aquellas imágenes e ídolos? Y luego, ¿porqué el artista reducía, por ejemplo, los ojos, a cierto número determinado? La "Diana" de Efeso era venerada como la "Magna Mater" y su estatua no

dejaba lugar a equívocos acerca de la grandeza de su maternidad. Un simbolismo semejante no era ajeno a la mentalidad inda. La "Purusa sukta" (Rig Veda, x, 90) empieza así: "Sahasva sivsa Purusah. Sahasvaksa sahasvapad." (Purusa tiene mil cabezas, mil ojos y mil pies.) Con esto se quería expresar que Purusa era omnisciente y omnipresente. Pero del Purusa de los Rig Veda a los idolillos del hinduísmo popular la distancia era enorme. Además de esto, quedaba en pie la objeción fundamental, esto es, que en el panteón indo el número de brazos, por ejemplo, de un dios no guardaba proporción alguna con sus dimensiones. Este simbolismo dejó de convencerme y me pareció una apología muy sosa del hinduísmo.

Los dioses griegos no eran buenos, pero a lo menos eran hermosos en sus apariencias externas, ya que se los representaba en forma humana, y si se quería se los podía amar. Los dioses indos en cambio, sólo inspiraban miedo y hasta terror, supuesto que se creyese en ellos. No pocas veces me asaltaban serias dudas acerca de la existencia de esos seres. Muchos de ellos eran meramente dioses locales y la mayoría habían sido desconocidos hasta el advenimiento de la era Puránic. La fe en tales divinidades me inspiraba graves reflexiones y a ellas me entregué con interés. Vino entonces en mi socorro el panteísmo védico, que se basa en el conocimiento de la no existencia de la pluralidad. Según la lógica de esta doctrina

los miembros todos son una y la misma cosa, una sola cosa son todos los ojos, todas las mujeres, todos los dioses, todos los mundos, y yo y fulano y zutano somos uno y lo mismo. ¿Por qué inquietarse ya? ¿No podía vivir todo el mundo en paz y armonía? Estas ideas me sepultaron en una indiferencia completa, y en esta modorra permanecí durante mucho tiempo.

Estaba convencido que mi posición ideológica, que confieso no estaba desposeída de toda destreza dialéctica, era invulnerable a toda controversia. Distinguía clara y distintamente entre verdad relativa y absoluta, entre una mentalidad superior y otra menos elevada, entre el misticismo oriental y el realismo occidental, etc. En una palabra, insensiblemente había anclado en la mentalidad de los neoindos, cuyos libros leía y que debían estar en lo cierto y verdadero porque... ¡porque eran indos!

"A los hambrientos los colma de bienes", canta la Madre de Dios en el "Magnificat". Y la voz del Hijo le hace eco: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed... porque serán saciados." Esto es lo característico de toda conversión. Sobreviene primero la cuaresma con sus ayunos más o menos rigurosos, más o menos penosos, de mayor o menor duración, y luego sigue el banquete que jamás, ni en la otra vida, tendrá término. Pero el que está harto no será saciado. El hambriento, en cambio, verá colmadas sus ansias. Ya desde

tiempo atrás estaba yo harto. No sentía hambre y con todo fué necesario que la experimentara en alguna forma para que el cristianismo pudiese venir a saciarla. Al racionalismo le incumbiría la tarea de realizar en mí esta transformación y lo consiguió plenamente.

Por una pura casualidad me puse en comunicación con el racionalismo. Pero una vez que hube empezado a leer los libros de los racionalistas me sentí subyugado por su método. Guiado por ellos, comprendí pronto que si los hombres abrazaban una religión, o era por ciego instinto, o por un interés mezclado de generosidad, pero rarísima vez por una reflexión seria y madura. Se decía que la religión estaba como arraigada en la esencia misma del hombre, pero en realidad apenas si rozaba la inteligencia, que sin duda es parte esencial del hombre. Pero hasta en los casos cuando entraba en contacto con la razón, siempre le seguían faltando cimientos sólidos y construído el edificio a flor de tierra siempre estaba próximo al derrumbe.

Haciendo un análisis de mi propia religión, me hallé ante el aterrador descubrimiento que el dogma fundamental del panteísmo indo: "Todos los seres son un solo ser", contenía una abierta contradicción. Con este hallazgo el hinduísmo pasó al almacén de antigüedades de mi vida. "A los ricos los dejó ir vacíos." El rico epulón se había transformado en el pobre Lázaro.

"Porque ellos serán saciados." Los racionalistas eran ultraburgueses, a su manera. Eran amigos

de cosas pequeñas, medidas reducidas, modos de vida humildes. En fin, su inteligencia era pequeña, reducida, insignificante. Su mercadería la medían como su metro-patrón simplificado. Este se prestaba para medir cuanto se les diese la gana, aun el sistema solar y el universo todo, si fuera necesario. Porque en realidad afirmaban que el universo era mensurable. Y hasta este punto tenían razón. Pero en su negación de lo inconmensurable descubrí la claudicación de su sistema. Decían: "Lo que no puede ser medido no puede existir." Experimentaba que en su limitación mi espíritu aspiraba a lo ilimitado, a lo infinito. Esto infinito no podía ser lo indefinido porque a la postre lo indefinido no es más que la imaginación indefinida de lo limitado. Mi espíritu me mostraba la necesidad absoluta de una realidad infinita, cuya existencia fuese tan real como mi propio espíritu y como la aspiración de éste a lo infinito. Los racionalistas negaban la existencia de Dios en su calidad de realidad infinita. También yo negaba a Dios, es decir, al Dios de las religiones. Pero al Dios infinito no lo podía negar. Siempre de nuevo volvía a interrogarme con los racionalistas: "¿Cómo es posible que mi espíritu, siendo limitado como es, pueda comprender lo infinito en su pensamiento?" Signo de interrogación abierto..., no sabía qué contestar.

En aquel tiempo estudiaba en un colegio católico de enseñanza media. Presentéme a un Padre

jesuíta, mi profesor de física, y le pedí me explicara los conceptos de limitación e infinidad. El Padre me introdujo en las augustas esferas científicas de la "philosophia perennis", cuya grandeza e importancia en realidad supe apreciar sólo pasado mucho tiempo. Me decía: "Un tintero es una cosa limitada. Este recipiente es capaz de recibir una cantidad indeterminada de tinta, si se quiere, todo un mundo de tinta, pero jamás un tintero puede contener el concepto universal "tinta". Eso sobrepasa su capacidad. Los conceptos universales no son algo material, no son una cosa. El espíritu humano trabaja con conceptos universales, luego debe ser inmaterial, debe ser espiritual, pero no se puede afirmar que es "nada". Los conceptos universales están en un mundo superior al de las cosas. Cuanto el espíritu está por encima de la materia, tanto dista lo infinito de lo limitado. Pero el espíritu humano no puede comprender enteramente lo infinito." Y con eso entramos en un terreno nuevo, el de las causas y efectos. Después que me hubo aclarado los conceptos de materia, espíritu, especificación, trascendencia, necesidad y contingencias, ya no dudé de la existencia del Infinito.

¡Dios existía! Pero, ¿dónde estaba? ¿Qué era? Era un espíritu porque tenía espíritu. Con respecto a mí, era la bondad. Se podría enumerar una larga serie de atributos. Pero la cuestión esencial no era la manera cómo se me manifestaba Dios, sino lo que era Dios en sí. El Padre me decía: "Dios existe,

luego su ser no puede consistir en una esencia que no exista necesariamente." Era ésta una contestación negativa, pero entendí que era la verdadera. En efecto, una definición positiva hubiera equivalido a una limitación positiva y ésta no es sino un vano juego de palabras. Pero oía cómo me susurraba el panteísmo védico: "Lo mismo se dice en los "Upanisads". Bien conocía yo aquellos pasajes de "Neti, neti" de "Brhad Aranyaka Upanisad" (IV, 11, 4, etcétera). Pero aquéllas no eran sino verdades a medias y una media verdad en la filosofía es peor que un error craso.

Hasta aquí había volado por las excelsas regiones de la filosofía, pero para que esta filosofía fuese fructífera debía descender y plantar sus reales en la tierra. Bajé, pues, y fijando mis pies firmemente en el suelo. Ojeé por los cuatro vientos en busca de una religión cuyo Dios no estuviese reñido con una filosofía probada y pura. Las divinidades indas no eran Dios, esto lo veía incontrovertible. El Dios confuso del "Upanisad" aparecía como el único ser; pero yo también estaba dotado de un ser real, luego Dios y yo éramos idénticos... No, eso no podía ser, eso era una burda mentira. No es, pues, extraño que este Dios no fuese el centro de alguna religión. El Dios de los mahometanos no era más que un tirano benévolo, pero tirano al fin; el Dios de los teósofos era una creación artística de un juglar; el Dios budista, no, que los budistas se gloriaban de no tener Dios... En consecuencia, no

quedaba más Dios que el de los cristianos. A El se le llamaba "Padre". Esta concepción me pareció la más parecida a la que yo me formaba entonces de Dios.

La idea de un Dios que fuese padre me agradaba. Pero ignoraba que el Padre fuese Dios, porque aun no sabía que el Hijo era Dios. Tampoco sabía que existía un Espíritu Santo. Esto lo supe todo más tarde. A Dios Hijo lo conocí de la manera como había conocido a Dios, es decir, por medio de los racionalistas.

Todavía era yo un racionalista, pero no en todo les daba confianza a estos señores. Hacía uso de la medida que me habían puesto en las manos y advertí que ellos mismos no conocían su uso perfecto. No quería ser esclavo de sus bagatelas. Los había conocido más de cerca. Será cierto que son amables, enteramente imparciales y críticos positivos en sus exposiciones de los diversos sistemas religiosos. Sí, eran positivos, hasta que tocaban el cristianismo. El cristianismo, al parecer, los sacaba de quicio cada vez que trataban de él. Llegados a este punto perdían todo su sentido común y hasta su tono por lo demás tan moderado, y sobre todo perdían toda su objetividad. Se exasperaban y el lenguaje que entonces brotaba de sus labios distaba mucho de ser escogido. Estos hechos me hicieron reflexionar. ¿Quién desespera antes de haber puesto en juego todos sus recursos? Estos hombres, tan respetables en toda circunstancia, aquí perdían todo

dominio sobre sí mismos. Era manifiesto: el cristianismo estaba puesto en razón y el racionalismo se sentía débil para embestirlo. ¡Cuántas veces iría aún el balde al pozo hasta extraer el agua que había de regenerarme!

He aquí la actitud racionalista. Cristo es la Iglesia y la Iglesia es Cristo. ¡Un purísimo pensamiento paulino! Quizás. Tal era la teología mística de S. Bernardo! Que sea. Este era el criterio de algunos apologistas católicos contemporáneos de miras amplias, influenciados por el panteísmo de Oriente. ¡Hélo aquí! Me satisfacía poco estudiar la religión cristiana bajo la dirección de cristianos que se servían de tales argumentos de los racionalistas. Pero lo que mayor extrañeza me produjo fue comprobar que los mismos racionalistas prestaban entera fe a esta doctrina. Combatían la Iglesia con todos los medios lícitos e ilícitos, por que estaban convencidos que era la prolongación de la vida de Cristo. "¡Ecrasez l'Infame!"

Conocía yo a la Iglesia por la labor que desarrollaba en derredor mío. Era la madre solícita de las vírgenes y viudas, de los desterrados y oprimidos, de los pobres y parias. Nada objetable hallaba en esto.

Los racionalistas me hablaban de un pasado de la Iglesia. ¡Leí, pues, su historia! Tiene un pasado largo y glorioso. Pero descubrí algo más. Estudiando la historia "de la Iglesia" di con la historia "de las iglesias". ¡Hallazgo interesante, a decir verdad! Era un grato entretenimiento de la mente el

reflexionar sobre las insospechadas posibilidades evolutivas de las iglesias, que harían nacer una iglesia de Blavatsky, una iglesia inda, una iglesia hotentote, una iglesia mahometana, etc. Las iglesias afirman que la Iglesia consiste en una marcha religiosa, pero por dónde es esa marcha no lo declaran. ¡Han omitido la reflexión sobre la esencia de la religión! No la omití yo; tampoco la había pasado por alto la Iglesia. Nunca había cesado ella de proclamar que así como hay una sola vida y una verdad única, así también sólo hay un camino: el Cristo siempre-vivo. Siempre se proclamó ella el camino, el único camino, siempre sostuvo ser ella Cristo y que Cristo era la Iglesia. ¡Entonces, los racionalistas habían tenido razón, después de todo! Amén.

48. DE BRAHMCHARI INDO A DISCÍPULO DE CRISTO

BRAHMCHARI REWACHAND ANIMANANDA

Cuando yo era chico, me inculcaba mi abuela que siempre dijese la verdad y que amase mucho a Dios. En recompensa, me decía ella, tendría la visión de Dios. Una noche vi en sueños al dios indo Sree Crishna, coronado de una espléndida diadema. ¡No cabía en mí de gozo por este suceso feliz! Más tarde me apersoné a un "sannyasi", monje indo, para ofrecerle mis servicios de "brahmcharí", discípulo. Pero por este paso recibí una severa reprimenda de mi abuelo, quien me condujo nuevamente a casa. Este proceder me pareció muy extraño, no pudiendo comprender cómo se me castigaba por una obra buena que había hecho. Otras sorpresas semejantes me esperaban en la escuela. Por decir la verdad, recibí una vez una soberana paliza de un compañero de escuela. Estos hechos despertaron en mí serias reflexiones, y a menudo me preguntaba: ¿Por qué me ha creado Dios? ¿Qué provecho me trajo? También encontraba un enigma insoluble en el problema del dolor. Mis compañeros solían decir que los dolores de la vida eran debidos a culpas personales en vidas anterio-

res [1]. Pero esta respuesta no me contentaba. Siempre me asaltaba de nuevo el tremendo interrogante: ¿Por qué me habrá creado Dios? ¿No hubiera sido mejor si jamás me hubiese dado la existencia? Ahora que soy católico, iluminado por la fe comprendo en cierta medida el misterio que encierra la creación; pero sigue siendo un misterio, que nos será revelado el día que nos hallemos en la visión del cielo, gozando de la luz de la gloria. Ya un poco más adelantado en edad, empezó a vacilar mi fe en la religión inda. No era para menos, dadas las groseras supersticiones que aprisionaban al pueblo y la vida nada ejemplar de los sacerdotes indos y de los "sannyasis" (monjes). Con ocasión de un rito público se me entregó, como a todos los concurrentes, un pedazo de barro, con la advertencia de que lo guardase cuidadosamente, que al cabo de un año se habría convertido en oro. Cada vez que iba al templo de Sikh, para buscar aquella ofrenda bendecida tan dulce, que llamamos "Kanah Prasad", la cantidad de Prasad que se recibía siempre era conforme a la suma de dinero que se había depositado ante el "bava Sikh" (jefe del templo). El mismo afán por el dinero manifestaban los brahmanes siempre que tuviesen a su cargo la ceremonia de un casamiento o de un entierro. Por todo esto perdí mi fe en el hinduísmo, aunque permaneció en pie mi fe en Dios y en el fundador del sikismo.

(1) Los indos creen en la metempsicosis. Según sus creencias, el alma emigra a través de varios cuerpos, y muchas veces tiene que expiar pecados cometidos antes, en otros cuerpos.

Terminados mis años de escuela primaria, ingresé en la "C. M. S. High School" (colegio protestante de enseñanza media), donde estudié seis años. Antes de las clases el misionero solía rezar el Padrenuestro, que nosotros debíamos repetir en nuestro idioma. Esta práctica piadosa me sirvió, como a muchos otros muchachos, de ocasión para blasfemar el santo nombre de Dios, porque en lugar de la palabra "padre", decíamos "ternero", ya que ambas palabras en el idioma sindio son homófonas. Después de haber cursado el cuarto año en este colegio, me presenté para tomar parte en las clases bíblicas dominicales. Durante una de estas clases nos contó Mr. Rodman la historia de los tres jóvenes de Babilonia, que negándose al mandato del rey de adorar a los ídolos, fueron arrojados en el horno encendido, sin que les chamuscase el fuego un solo cabello. El calor y la convicción con que el misionero narró este pasaje bíblico fueron para mí la prueba de la autenticidad del milagro, y quedé interiormente convencido de la verdad del cristianismo.

Cuando un conocido supo el sesgo que tomaba mi orientación religiosa, me pidió que leyera el libro de Keshub Chundra Sen, titulado "Asia's Message to Europe". Pero esta lectura no hizo más que confirmarme en las posiciones recién conquistadas. Decíame para mis adentros: "Prefiero pertenecer a la religión del Rey de los profetas, a pertenecer a la religión de Keshub Chundra Sen."

A pesar de todo, el día de mi bautismo aun estaba lejos de amanecer. Grandes eran las dificul-



B. Animananda.

tades morales e intelectuales que se interponían en el camino de mi conversión. Y en realidad, no era cosa baladí el refutar las objeciones de los nacionalistas contra el cristianismo, y era punto menos que imposible defender la doctrina protestante, que decía que todos los no cristianos se condenaban sin remedio. Además, el pequeño grupo de los indos convertidos al protestantismo con quienes tuve trato, dependían en todo y enteramente del misionero, y sus maneras de vida, si no eran inferiores, tampoco se elevaban por encima del nivel de las de los no cristianos. Me desalentaba la sola idea de tener que vivir con ellos, en caso de convertirme.

Cuando supe que un brahamán de una alta casta bengalí, llamado Upadhyay Brahmbandhav, había sacrificado posición y prestigio y que a causa de su fe en Cristo vivía en extremada pobreza, maduró en mí el propósito de hacerme bautizar. Me prometía una vida feliz en la compañía de este hombre, en caso que abandonase mi casa paterna. El Viernes Santo, 26 de febrero de 1891, después de su bautismo, en una reunión que había organizado pronunció un discurso conmovedor sobre la divinidad de Jesucristo. Sus palabras me arrebataron y en el acto me resolví renunciar al mundo para hacerme misionero.

Más tarde, en una reunión presidida por Upadhyay Brahmbandhav, pronuncié una conferencia sobre el valor moral que exige la fidelidad a las convicciones. En el curso de la exposición propuse a Martín Lutero como el modelo acabado del hombre

fiel a sus convicciones. El presidente no dijo palabra acerca de esta mi afirmación. Pero, el amigo de éste, Permanand Mewaram me manifestó luego a solas que Lutero no era aquel gran hombre que yo imaginaba. Aceptélo sin observar nada. Pero, cuando me dijo que Brachambandhav se inclinaba al catolicismo, no pude contenerme más, y le llamé necio e insensato. ¿Para qué abandonaba a los ídolos indos, si iba a echarse en brazos de la idolatría católica? Agregué aún que Guru Nanak, el fundador del sikismo, era mucho más santo que la Virgen María, porque aquél al menos se había encumbrado por sus propios méritos, mientras ésta no tenía mérito personal alguno, y no era sino la madre de Jesús. Ignoraba entonces todavía que es María la única creatura concebida sin pecado, que es en verdad la reina de las vírgenes y que toda su vida fué un cruento martirio.

Mr. Permanand, ahora director del periódico católico "Lux", me prestó un libro escrito por el obispo Spalding. Esta obra probaba con argumentos claros e irrebatibles, que Lutero, no era un reformador, sino un rebelde contra la autoridad divina de la Iglesia y que sus doctrinas eran anticristianas y contrarias a la Biblia. Los escritos del obispo de Bombay, Dr. Meurín, a su vez me mostraban que el culto católico de los santos distaba mucho de ser aquella idolatría que decían.

El protestantismo me había infundido una actitud desconfiada con respecto al catolicismo. Pregunté, pues, al director anglo-indo de la "High

School" si aquellos cargos que los católicos hacían a Lutero se fundaban en la verdad. Me contestó que escribiría a Alemania para pedir informes. Al mismo tiempo me expresó su pesar de verme tan avanzado en mis ideas. "—¿Por qué ha leído usted esos libros romanos?", me dijo. Le contesté que lo había hecho únicamente para cerciorarme de la verdad o falsedad de los cargos que se hacían contra Lutero. Esta actitud reservada de un protestante para con el padre de la reforma, fue para mí un argumento más a favor del catolicismo.

Conseguíme el "Manual de la religión cristiana" de Wilmer y me puse a estudiarlo detenidamente. En esta obra expone el autor las doctrinas cristianas tan exquisita y razonablemente, que no pude menos que convencerme del origen divino de la Iglesia Católica.

Durante el tiempo que estuve bajo la influencia del protestantismo me sentía fascinado por la admirable personalidad de Cristo. Pero creo que nunca hubiera llegado a ser cristiano de veras, si la infinita bondad de Dios no me hubiese hecho conocer la Iglesia Católica. En efecto, en el protestantismo nunca hubiese llegado a vencer las dificultades intelectuales que el racionalismo había sembrado en el terreno fértil de mi alma. Con sincera gratitud recuerdo a aquel buen jesuíta de la arquidiócesis de Bombay, el P. Patholf, quien disipó mis dudas, resolvió mis dificultades y me confirmó y alentó en mis resoluciones. Pero aun así no me animaba a dar el paso definitivo. Si había vencido las dificul-

tades intelectuales, todavía me asediaban las morales. No me animaba a dejar a aquellos seres a que me unían los vínculos de la sangre y los lazos del amor.

Mientras tanto ya me atrevía a hablar abiertamente a mis amigos de las verdades de la religión católica, de la santidad y unidad de su doctrina y de la singular excelencia de una vida virginal como se la practica en la Iglesia Católica. La vida heroica de los Santos me daba una idea más cabal de la personalidad divina de Jesucristo. Tanto había adelantado en mi veneración por los Santos, que santificaba mi cuarto con una imagen de San Luis. Fué entonces cuando cierto día hablé a un discípulo de las verdades de la Iglesia Católica. Al poco tiempo me escribió una carta en la que me pedía que no volviese a entablar con él conversaciones religiosas, antes de que yo mismo hubiese entregado mi corazón a Cristo. Si quería ser franco, mi corazón aun no pertenecía a Cristo. Y resolví hacer por fin lo que a otros predicaba. Animado por el ejemplo de un compatriota y guiado por la gracia divina, recibí el bautismo unos ocho meses más tarde, de manos del P. Salinger, S.J., en la fiesta de la Sma. Trinidad, en mayo de 1893, en Hyderabad (Sind).

CEILAN

49. SARMIENTO SECO

J. STEPHEN NARAYAN

Mi conversión a la Iglesia Católica no fué efecto de una decisión repentina, sino el resultado de un proceso de largos años. Comprenderán, pues, mis lectores, que tenga que empezar a narrar desde mi niñez.

Era hijo de un brahman de la India y como tal fuí educado en mi pueblo natal hasta los catorce años. Mi noble madre, a la que amaba con el más entrañable amor filial, supo preservarme del mal mediante su vigilancia severa y sabia y su amor ardiente y comprensivo. Desde niño me hacía rezar diariamente la oración: "Oh Dios, dame el conocimiento verdadero", y la historia de mi vida, que esbozaré a continuación, no es sino una contestación a aquella plegaria.

A partir de mis catorce años empecé a sentir el influjo intelectual y moral del cristianismo. Teníamos obligación de asistir a las clases bíblicas de una escuela protestante. Esta circunstancia y el trato íntimo con un maestro de dicha escuela me infundieron una veneración y un amor siempre crecientes a Cristo, y en 1916, cumplidos los 18 años, llegué a recibir el bautismo.

Las severas prescripciones de las castas vigentes entre los indos ortodoxos hacían que este paso significase a la vez la ruptura total con mi hogar y con mi madre. No conociendo partido mejor, me afilié a la orientación protestante extremista de la iglesia de Inglaterra. La Biblia era mi única autoridad en materia de fe y moral. La consideraba como inspirada por el Espíritu Santo, pero me habían enseñado que podía interpretármela a mi libre arbitrio.

Pero presto eché de menos en el protestantismo y en su piedad aquel espíritu de sacrificio, mortificación y devoción del hinduísmo estricto. Y nació una duda en mi alma: ¿No habría quizás otras formas más perfectas de cristianismo? Con el correr del tiempo, durante mis viajes por diversas regiones de la India, al contacto con los misioneros de la "High Church", descubrí otra forma de cristianismo. Y en consecuencia de este hallazgo cambiaron por completo mis conceptos de la Iglesia y de los sacramentos. Hacia aquel tiempo falleció mi madre, la cual me había seguido en el protestantismo. Su muerte me llevó a estudiar las condiciones del alma en la otra vida y fueron las doctrinas católicas con su purgatorio y los sufragios por los difuntos las que más me conformaron.

En 1920 ingresé en el instituto teológico de Bangalore, con el fin de graduarme en teología y prepararme a la carrera eclesiástica anglicana. El espíritu de aquel instituto era intensamente protestante. Afirmaban los anglicanos que el cristianismo

de los primeros siglos había sido el más puro. Lleno de ansiedad me resolví a estudiar los escritos cristianos de la antigüedad. ¡Cuál no fué mi estupefacción al comprobar que aquellos escritos ni existían en la biblioteca del Instituto! ¡Por fortuna llegué a conocer entonces en Bangalore al Dr. H. C. E. Zacharías. Como anglicano, el doctor Zacharías pertenecía entonces a la corriente eclesiástica que adoptaba doctrinas y prácticas católicas, y cuyos miembros le daban el nombre de "Anglo-Catholics". Desde entonces el doctor ejerció grandísima influencia sobre mí por su amistad, por su correspondencia regular y también por los muchos libros católicos y anglicanos de la "High Church" que me enviaba.

Al año abandoné Bangalore y me dirigí a Calcuta para continuar mis estudios en el instituto teológico superior anglicano de la India, el "Bishop's College". En Calcuta me puse en contacto con los Padres de la "Oxford Mission Brotherhood", pertenecientes a una congregación anglicana. Se dedicaban primordialmente a la juventud universitaria y en sus prácticas religiosas eran decididamente "Anglo-Catholics". Bajo su influjo me acostumbré a la práctica de la confesión. Aunque estas confesiones carecían de valor sacramental objetivo, ya que faltaba el sacerdote verdadero, no puedo negar que me sirvieron de poderoso estímulo subjetivo en mi vida espiritual. Durante los estudios teológicos tuve además la suerte de poder estudiar las obras de los Santos Padres de la Iglesia primitiva. Por medio de estas lecturas y de los Padres de la "Oxford Mis-

sion" llegué a conocer muchas doctrinas y costumbres católicas y traté de afiliarme a los "Anglo-Catholics". Estos consideraban a las iglesias anglicana, griega y romana como partes de la única Iglesia universal y esperaban anhelantes el día de la feliz unión de todas las iglesias, dando así término al lamentabe cisma. También había oído decir que en Malinas había conversaciones religiosas entre miembros de la Iglesia Católica y del anglicanismo, y me consolaba con la esperanza de una pronta unificación de las iglesias.

A fines de 1924 fuí ordenado de diácono y marché luego a ejercer mi ministerio en Poona, junto con un grupo de monjes anglicanos, llamados comúnmente "Cowley Fathers". Mientras tanto el Dr. Zacharías me presentó a un jesuíta irlandés, el Padre Lander, cuya amabilidad y espíritu de comprensión me hicieron simpatizar mucho con el catolicismo.

Tres sucesos del año 1926 fueron causa de que se desmoronase para siempre mi fe en la iglesia anglicana. El primero fué la conversión del doctor Zacharías al catolicismo, después que hubo vencido mil dificultades doctrinales, en las cuales casi siempre me había consultado a mí. El segundo fué un coloquio que tuve con mi esposa. En una conversación le expliqué el "anglo-catolicismo". Y ella me salió con la pregunta, ¿cómo era posible que tres iglesias separadas, Roma, Constantinopla y Canterbury, que entre sí no mantenían comunión de ninguna especie, fuesen no obstante sarmientos

vivos de la única Iglesia Católica? No supe qué responder a esta objeción y tanto más me intranquilicé, cuanto que la conversión del doctor Zacharías era muy reciente y la tenía muy fresca en la memoria. El tercer suceso fué una entrevista que tuve con el P. L. Lander. Entre otras cosas me declaró que juzgaba inválidas las ordenaciones anglicanas a causa de los defectos de la intención. Yo ya había recibido la ordenación sacerdotal y también había estudiado el problema de la validez de las ordenaciones, pero desde el punto de vista anglicano. Pero la advertencia del P. Lander traía a mi ya desasosegado espíritu otro nuevo motivo de inquietud. Leí acerca de la materia algunos libros que encontré en la biblioteca de los "Cowley Fathers". Pero el temor de la invalidez de las órdenes anglicanas no me daba punto de reposo. Decidí consultar a mi confesor y él me dijo que aquellas dudas generalmente procedían del demonio.

En 1927 fuí trasladado a Batticaloa en calidad de vicario y de director de escuela. Fué esto un motivo de alegría para mí, pues esperaba olvidar mis dificultades en mi nuevo campo de acción. Pero Dios había dispuesto otra cosa. La iglesia de Batticaloa era enteramente adicta a la "Low Church" y eché de menos a los "anglo-católicos" de Poona, miembros de la "High Church" ritualista. Tuve muchas disputas con mi colega, especialmente en materia de teología. Cuando supo que yo creía en la transubstanciación, me prohibió enseñar esta doctrina a mis alumnos, agregando que personalmente

creyese lo que se me diera la gana. Estas desavenencias me sumieron en un estado de completo aislamiento y acrecieron mis deseos por la unidad de la fe.

Mis dudas fueron en auge después de ciertos sucesos ocurridos en la iglesia anglicana de Inglaterra. ¿No era para perder la fe en esta iglesia? El Obispo Barnes salía abiertamente en defensa de la eugenesia y tachaba de magia al Smo. Sacramento; los demás obispos de Inglaterra no movían un dedo contra el infeliz; en la "House of Commons" tenían voz y voto en asunto de liturgia hasta los no-cristianos y los ateos; la "House of Bishop's" disponía que el Smo. Sacramento fuese guardado en un armario de la sacristía en vez de exponerlo al culto y adoración. ¿No era todo esto suficiente para quebrantar mi fe en el anglicanismo?

Fuera de esto, al trabar relaciones con el Padre Boutry, S.J., director del colegio católico de Batticaloa, resucitaron todos mis recuerdos y dificultades teológicas habidas durante mi permanencia en Poona. Aquellas conversaciones que se habían realizado en Malinas no habían tenido éxito positivo, y con esto se habían frustrado mis esperanzas de la reconciliación con Roma. La última encíclica papal acerca de la unificación me llenó de admiración por el espíritu de Roma. En este escrito se reflejaban la firmeza y la decisión con que la Iglesia primitiva velaba por la pureza de la doctrina de fe. Pero a pesar de eso creía, o más bien me esforzaba por creer, que las órdenes anglicanas eran válidas y

que me encontraba en el seno de la Iglesia verdadera.

Mi decisión la tomé cuando una mañana, leyendo uno de los sermones de San Agustín, el gran obispo de Hipona, topé con un pasaje que me llamó la atención. No era la primera vez que leía aquel párrafo, pero nunca me había cautivado tanto como esa mañana. Las palabras del obispo africano iluminaron mi mente con vivísimos fulgores. Decía el egregio doctor: "Lo que el alma es para el cuerpo, es el Espíritu Santo para el cuerpo de Cristo, la Iglesia. Lo que el alma ejecuta en un solo cuerpo, lo hace el Espíritu Santo en toda la Iglesia. Pero mirad lo que debéis evitar, hacer y temer. Sucede a veces que un miembro, una mano, un dedo, un pie son separados del cuerpo humano. ¿Acompaña el alma al miembro separado? Unido al cuerpo, aquel miembro tiene vida, pero separado de él, la pierde. Lo mismo acaece con un cristiano. Mientras es miembro de la Iglesia, tiene vida en sí, es católico. Si se separa, se vuelve hereje. El espíritu de vida no acompaña a un miembro separado..." (Sermo 247).

Al decir esto pensaba San Agustín en los donatistas, que se habían separado de la Iglesia y que poseían órdenes y sacramentos válidos. Pero no sólo San Agustín, sino también toda la Iglesia Católica de entonces consideraba a los donatistas como separados de la comunión de la Iglesia. Los "anglo-católicos" tienen como infalible la Iglesia de los Santos Padres. Pero esta misma Iglesia de los

Santos Padres afirma que no bastan órdenes y sacramentos válidos para formar parte de la Iglesia Católica. Y columbré que ni aun supuesta la validez de las órdenes y de los sacramentos del anglicanismo, éste era miembro vivo y parte integrante de la Iglesia Católica.

Siempre había encontrado más justificadas las reclamaciones romanas que las anglicanas sobre el privilegio de la legitimidad. Mas hasta el presente no había sentido la necesidad de un cambio de religión, convencido como estaba que la iglesia anglicana poseía órdenes y sacramentos válidos y creyéndola parte vital de la única Iglesia Católica. Pero las palabras de San Agustín me hicieron ver la falsedad de esta posición. Desde aquel día dejé de ser anglicano, aunque todavía me costaba someterme a Roma. Creía que a pesar de que Roma poseyese todos los dogmas y el espíritu de la Iglesia primitiva, había agregado, en cambio, nuevos dogmas a la doctrina tradicional. Este concepto erróneo lo rectifiqué por la lectura de la gran obra del Cardenal Newmann "El desarrollo de la doctrina cristiana". El Cardenal demuestra en este libro que la Iglesia es un organismo vivo, cuyo principio vital y guía único es el Espíritu Santo. Partiendo de esta concepción de la Iglesia, recorrí en espíritu la historia eclesiástica y comprobé que la fe, el culto y el gobierno de la Iglesia de hoy no son sino el desarrollo lógico y la evolución consecuente de la Iglesia primitiva.

En vista de estos hechos, renuncié en Batticaloa a mi cargo, me separé del anglicanismo y me dirigí a Trincomalee. Aquí, después de un retiro espiritual y una instrucción complementaria de mi esposa, fuimos admitidos ambos en la Iglesia Católica. Estábamos en vísperas del Domingo de Ramos de 1928.

AFRICA

50. LA IGLESIA DE CRISTO ES UNA

RODOLFO A. MNDAWENI

Aunque no intento escribir una autobiografía, no puedo omitir con todo la narración de algunos sucesos, porque de lo contrario sufriría la continuidad y nexo lógico en el relato de mi conversión.

Nací en el protestantismo (Wesleyan Church), y por ende mis conocimientos acerca de Dios y de sus mandamientos eran los de un protestante. Antes de ingresar en el colegio de enseñanza media —lo hice a los 17 años— ignoraba por completo la existencia de otras confesiones religiosas. Con anterioridad a este ingreso mis ideales habían sido siempre ser pastor, y en lo secreto de mi alma rezaba muchas veces según esta intención. Había solicitado ser admitido en el colegio protestante, pero posteriormente cambié de opinión y con un amigo, que había sido rechazado en dicho colegio, empecé a frecuentar el "Mariannhill Training College", colegio católico de Natal, y fué aquí donde entré en contacto con el catolicismo.

Desechaba yo la fe y las costumbres católicas a ojos cerrados, y como tantos protestantes prevenidos contra los católicos, les encontraba cosas carentes en absoluto de fundamento. Confieso que durante el primer año que pasé en el colegio mi

actitud fué de abierta beligerancia anticatólica. Era esto sin duda, y lo comprobé más tarde, efecto de mi crasa ignorancia en lo referente al catolicismo.

Andando el tiempo me familiaricé más con las prácticas y cultos católicos. También se ampliaron mis conocimientos de la Reforma y sus ingratas consecuencias. Me inquietaba un poco la pregunta, ¿por qué tantas sectas se habían separado de la Iglesia Católica? No escatimé esfuerzos para saber la verdad del asunto. Por otra parte me consolaba pensando que aunque las demás iglesias habían abandonado a la Iglesia primitiva, esto no era óbice para que siguiesen siendo igualmente verdaderas iglesias de Cristo. Y buscando consuelo, a menudo crecía mi tribulación por ciertas manifestaciones que hacían mis compañeros de estudio acerca del protestantismo.

Reflexionando sobre la infinidad de iglesias que hay en el mundo, todas y cada una de las cuales se proclaman la verdadera Iglesia de Dios, caí en mortal desasosiego. Y siendo innegable el privilegio de la antigüedad de la Iglesia Católica, perdí toda fe en el protestantismo y dejé de considerarlo como el arca de salvación. ¡Cómo explicar la necesidad de una pluralidad de iglesias! Esto me condujo a estudiar con más detención la doctrina católica y en breve tiempo me vi más católico que protestante. No me cabía duda, no. ¡Cristo no podía querer una adoración de tan diversos aspectos! Al decir a Pedro: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra

edificaré mi Iglesia", no dijo "iglesias", no, sino que hablaba de una sola.

Comuniqué al director de la escuela mi proyecto de hacerme católico, aunque yo mismo no sabía si me atrevería a dar muchos pasos más en este camino que a la vista se me presentaba. ¡Encontraba todavía tantos enigmas en la Iglesia! Pero una cosa sabía a ciencia cierta, que en ningún caso seguiría siendo protestante.

Después de un serio estudio del catolicismo, se apoderó de mí un sentimiento rayano en aversión hacia el protestantismo. Y esto era tanto más notable por cuanto en tiempos anteriores, en mis frecuentes disputas con los estudiantes católicos solía recurrir casi a los hechos cuando no triunfaban mis razones. En efecto, siempre me había gustado más aparecer como vencedor y no como vencido. Después de tres años egresé del colegio con el firme propósito de hacerme católico.

Fuera del colegio, las circunstancias me pusieron en trato con protestantes convencidos y fanáticos que me declararon guerra sin cuartel. Pero fuí constante en la prueba y perseveré en mis santos intentos. Afortunadamente no encontré obstáculo en la voluntad de mis padres. Varios compañeros de estudio imitaron mi ejemplo. En la gran misión protestante fuí yo el primero que se convirtió al catolicismo. Como catecúmeno no me resultaba fácil sostener mi fe, rodeado como vivía de adversarios listos y fuertes; pero no ahorraba esfuerzos para permanecer fiel a mi nueva orientación. Du-

rante este período no cesaba de rezar con renovado fervor a Dios y le pedía me indicase el camino que reportaría más gloria a su nombre y que si la Iglesia Católica era la verdadera, me confortase para afrontar los enredos y dificultades que mi conversión suscitaría, como realmente sucedió. Todo lo malo y perverso que se aducía contra mi nueva religión me servía de estímulo para defenderla, cosa que ahora ya conseguía con buen resultado.

Un año después de haber concluído mis estudios, conseguí un empleo de ayudante de oficina en una localidad distante sólo tres millas de una misión católica de los benedictinos. No podía desear nada mejor, porque esta circunstancia facilitaba enormemente mi conversión. Mayor aun fué mi contento cuando al cabo de otro año me fué ofrecido el cargo de maestro en dicha misión. Aquí me convencí de una vez por todas que la Iglesia Católica era la única instituída por Cristo y el único medio de salvación para los mortales. Redoblé mis estudios de religión, se multiplicaron las instrucciones que hicieron nacer en mí un ardiente anhelo de ser un católico a carta cabal.

Los días aquellos en que se descorrieron ante mis ojos los velos de la ignorancia y recibí los santos sacramentos constituirán un recuerdo perenne en mi vida. El 16 de abril de 1927 hice mi primera confesión; el 24 recibí la primera comunión y el 5 de junio me fué administrada la confirmación. ¡Imposible describir la alegría y la felicidad que experimenté en estos días memorables!

Desde entonces me siento como renacido a una vida nueva y superior. La paz y el contento se han albergado en mi alma. Cuando joven convertido, era tan grande mi entusiasmo que no podía imaginarme nada más grande que trabajar por la causa de Dios como católico. El conocimiento de la infalibilidad, autenticidad y santidad de la Iglesia Católica llenaba mi vida de una unción sublime, de un sentido profundo y de una seguridad confiada.

Ahora soy catequista y maestro, y desempeño este cargo hace cuatro años. Llegué a esta misión como un pequeño precursor de Cristo y mi labor se vió bendecida. Al principio no había aquí ningún católico y hoy ya existe una comunidad cada día más floreciente y que ofrece las más halagüeñas esperanzas.

EPÍLOGO

Inútil sería agregar de nuestra parte una sola palabra a los fehacientes testimonios contenidos en este libro, que por lo demás, son una mínima parte de los que podríamos insertar. Conste esto sólo: no hay sobre la faz de la tierra religión alguna que cuente con tan numerosos y notables convertidos como la Católica. A esto hay que añadir el glorioso e innumerable ejército de los mártires. Estos testigos de la fe son acreedores a la gratitud de todo el mundo, porque "morir por la verdad no es sacrificarse por la patria sino por el mundo entero" (Jean Paul en "Hesperus", 1759, t. IV). Una Iglesia que tiene tantos confesores y mártires y que al cabo de diecinueve siglos aun ejerce un poder de atracción tan grande, debe ser algo más que una mera obra humana. Participar de su fe equivale a enriquecer la propia vida, equivale a hacerse partícipe de su perennidad.

Sin duda la Iglesia no vive de la gloria del mundo ni tampoco sucumbe por su odio. Pero siente en lo más vivo de su corazón de madre que no todos los hombres encuentren el camino a su regazo para que ella los pueda guiar a la patria del alma, a Dios.

La célebre poetisa Gertrudis von Le Fort pone por eso en boca de la Santa Madre Iglesia las si-

guientes palabras, que transcribimos libremente de sus magníficos "Himnos a la Iglesia" (Kösel-Pustet, ed. popular, pág. 19), y que serán el broche de este libro:

"Mundo, ¿por qué injurias mi grandeza, semejante a la de mi Padre celestial. Mira, en mi seno se albergan pueblos que fueron y en mí hallan la luz divina los infieles. Oculta estuve en los templos de sus dioses, velada estuve en los dichos de sus sabios. Estuve en las torres de sus astrólogos, estuve con las mujeres solitarias que sentían la presencia del espíritu. Fuí el anhelo de todos los siglos, fuí la luz de todas las edades, soy el cumplimiento de todos los tiempos. Soy su inmenso conjunto, soy su eterna unidad. Soy el camino de todos los caminos y por mí los milenios corren hacia Dios."

INDICE

ESPAÑA

FRANCIA

SUIZA

HUNGRÍA

ALEMANIA

HOLANDA

INGLATERRA

ESCOCIA

IRLANDA

DINAMARCA

NORUEGA

SUECIA

RUSIA

BRASIL

ESTADOS UNIDOS

CANADÁ

JAPÓN

CHINA

INDIA

CEILÁN

ÁFRICA

Este libro se terminó de imprimir el 15 de setiembre del año de gracia del Señor de 1944, en los talleres de la Editorial Guadalupe, Villa Calzada, F.C.S.

